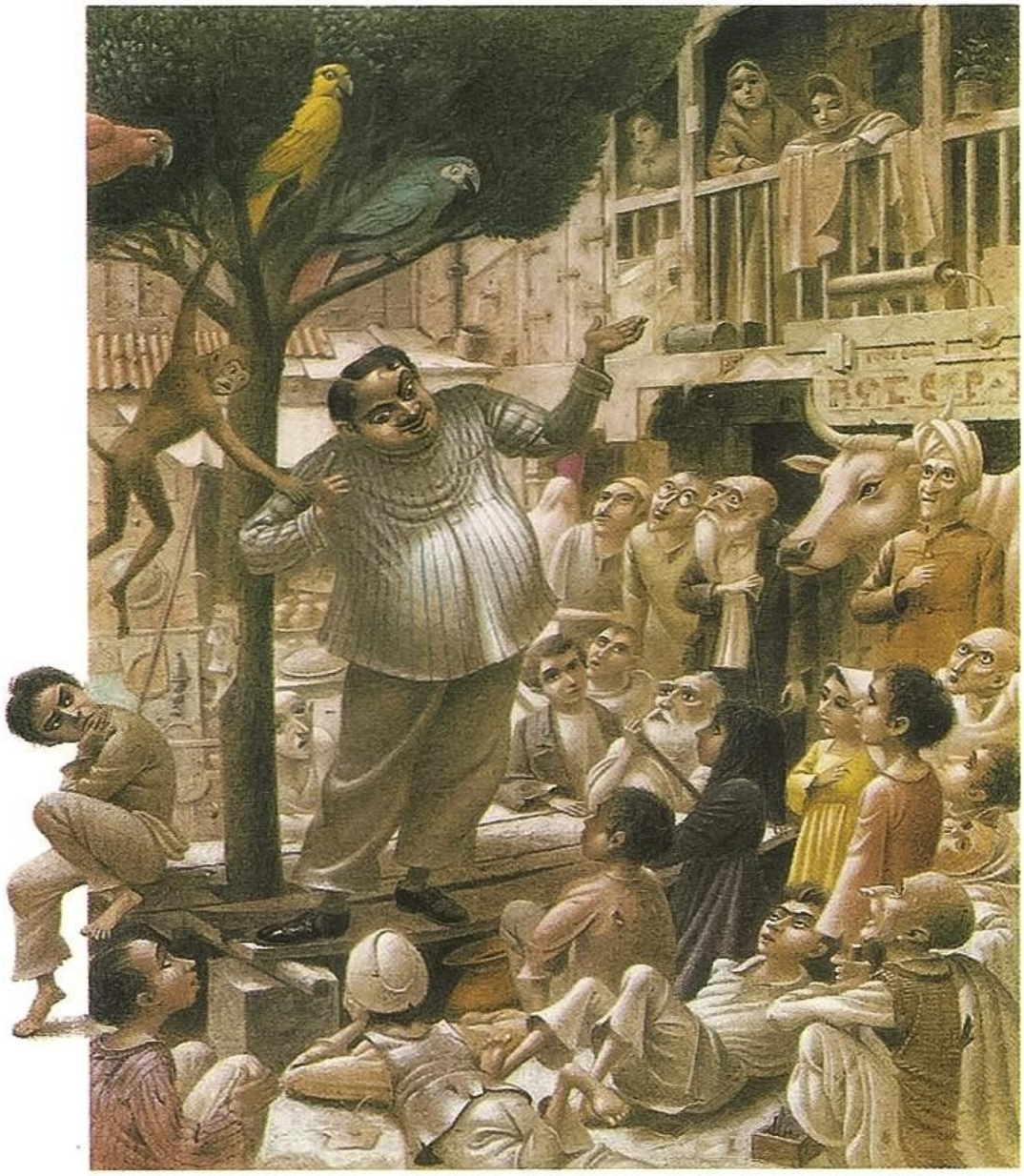
EL CÍRCULO DE LOS MENTIROSOS

CUENTOS FILOSÓFICOS DEL MUNDO ENTERO

Jean-Claude Carrière



Lectulandia

«Como los gusanos que, según dicen, fecundan, ciegos, la tierra que atraviesan, las historias pasan de boca a oído y dicen, desde hace mucho tiempo, aquello que ninguna otra cosa puede decir».

Con estas palabras describe Jean-Claude Carrière el inmemorial poder que las historias han ejercido sobre la humanidad desde la noche de los tiempos. Carrière guionista, dramaturgo, brillante colaborador de Luis Buñuel durante veinte años recoge en este bellísimo volumen el legado oral de la especie humana. Historias de todos los tiempos y de todas las tradiciones; zen y sufíes, chinas y judías, indias y africanas, americanas y europeas, se trenzan en este libro para conformar una infinita narración de narraciones que a su vez constituye el compendio filosófico más completo. Solo a través de los mejores relatos del mundo entero podemos alcanzar la sabiduría, iluminar nuestros días y encontrar la respuesta a las preguntas de siempre. En el principio de los tiempos, los hombres se contaban mitos que eran verdaderos porque su autor era el cosmos. Después llegaron los narradores de cuentos e inventaron historias. Fueron los primeros mentirosos. Jean-Claude Carrière, ilustre heredero de esa maravillosa estirpe, los ha reunido a todos para que los escuchemos a lo largo de una cálida y mágica noche.

Jean-Claude Carrière

El círculo de los mentirosos

Cuentos filosóficos del mundo entero

ePub r1.0
Titivillus 20.11.2024

Título original: *Liers Circle*
Jean-Claude Carrière, 1998
Traducción: Néstor Busquets

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

AQUÍ HAY LUZ

Como los gusanos que, según dicen, fecundan, ciegos, la tierra que atraviesan, las historias pasan de boca a oído y dicen, desde hace mucho tiempo, aquello que ninguna otra cosa puede decir. Algunas culebrean y se enroscan en el seno de un mismo pueblo. Otras, como hechas de una materia sutil, atraviesan las murallas invisibles que nos separan los unos de los otros, ignoran el tiempo y el espacio, y, simplemente, se perpetúan. De este modo, el conocido gag circense en el que un payaso busca en un círculo luminoso un objeto que ha perdido, no porque dicho objeto se haya perdido en ese lugar, sino porque «aquí hay luz», aparece en libros árabes e indios desde el siglo x, y quizás antes. Consignemos también que esa historia tiene un significado ocultó, como el objeto que se busca. Nos dice, más allá del sabor de la anécdota, que es mejor buscar donde hay luz. Si no encontramos el objeto perdido, tal vez encontremos otra cosa, sin embargo en la oscuridad no encontraremos nada.

Esta historia —como miles de otras— ha sobrevivido a las guerras, a las invasiones, a la desaparición de los imperios. Ha resistido a los siglos. Se ha abierto camino por nuestra memoria, al igual que muchos de nuestros secretos.

Si el cuento, placer antiguo y universal que reclamamos desde la infancia, conserva esa persistencia, es sin duda porque encierra cierta virtud, algún singular principio de permanencia. Su fuerza básica es evidentemente transportarnos mediante unas cuantas palabras a otro mundo, un mundo donde imaginamos las cosas en lugar de padecerlas, un mundo donde dominamos el espacio y el tiempo, donde ponemos en movimiento a personajes imposibles, donde poblamos a voluntad otros planetas, donde introducimos criaturas bajo las hierbas de los estanques y entre las raíces de los robles, donde penden salchichas de los árboles, y los ríos remontan su cauce, y pájaros parlanchines se llevan a los niños, e inquietos difuntos regresan en silencio para reparar un olvido, un mundo sin límites y sin reglas, donde organizamos a nuestro placer los encuentros, los combates, las pasiones.

El narrador es ante todo alguien que procede del exterior, que congrega en la plaza de un pueblo a aquellos que no saldrán jamás de él, que les hace ver otras montañas, otras lunas, otros miedos, otros rostros. Es el propagador de las metamorfosis.

En este sentido, mediante el «érase una vez» la posibilidad de trascender el mundo —dicho en otras palabras, la metafísica— se introduce en la infancia de cada individuo, y acaso también en la de los pueblos, a menudo hasta el punto de hundir una raíz tan profunda que mantendremos nuestras invenciones humanas a lo largo de toda nuestra vida como una realidad incuestionable. Tras la admiración y la entrega, la historia que nos han contado es la base misma de nuestras creencias.

Y, sin embargo, la historia no se limita a ese ir más allá, o, si se quiere, a esta transgresión. De modo inevitable, ya que es esencialmente una relación entre seres humanos, nos remite siempre al público que escucha, y en ocasiones incluso, aunque de forma menos visible, al propio narrador. Es como uno de estos objetos mágicos que tan a menudo aparecen en ella, como, por ejemplo, un espejo que habla.

La historia es pública. Y, al contarse, habla. Narciso, que no piensa en otra cosa que en sí mismo, no puede ni inventar ni contar. Está perdido en su reflejo mudo. El relato de una historia, ese acto público que ayuda sin duda a mantener la coherencia de las naciones, está hoy muy presente en las películas de todo tipo que nos muestra sin cesar la televisión. Nunca en el pasado hemos tenido tantos dramas, tantas comedias, tantos folletines, tantas sagas históricas al alcance de nuestros ojos. En cantidad, la historia rivaliza con la omnipresente imagen, a la que, desde hace cien años, se ha unido. Sólo en cantidad: en cuanto al resto, nada se puede decir.

Más difundido que nunca, tal vez más debilitado y vulgarizado (pero no siempre), el relato subsiste en los medios de comunicación modernos. Si nos preguntamos por qué, pensamos inmediatamente en el divertimento, es decir, en la desviación de nuestro pensamiento, del objeto de nuestras preocupaciones. El relato está ahí para hacernos olvidar la sangrante y extrema fealdad del mundo, o su monótona estupidez. Es la evasión, nos transporta al país del olvido.

Pero, cuando es hábil, nos reconduce rápidamente a ese mundo del que habíamos creído liberarnos. Aparece el espejo. No tardamos en reconocernos en la ficción.

Es más, si la historia —invención construida según cierto orden, que bautizamos «ficción»— es a menudo anunciada claramente como tal, también

puede ser, muy a menudo, clandestina. Puede esconderse en todas partes. Puede estar aquí sin que lo sepamos.

Porque todo es historia, incluso la Historia con mayúscula. Todo es narrado como una serie de acciones sucesivas, en las que un hecho sigue a otro, al que borra y reemplaza. Sucedió esto, después lo otro. Los periódicos —que equivalen a la persona de un intérprete, relator de buenas y de malas noticias— están inevitablemente dramatizados. Un secuestro de rehenes, un asesino acorralado, una hazaña deportiva, son otros tantos relatos, otros tantos dramas. Hoy vivimos la guerra de Troya en directo, con entrevistas a Aquiles por un lado, y a Helena por el otro, ¿tal vez incluso a los mismos dioses?

Narramos del mismo modo en que se hizo en el pasado. Y en que, sin duda, se hará por mucho tiempo. Es evidente, también, que nos gusta contarnos a nosotros mismos. ¿Sabes lo que me ocurrió ayer? ¿No? Pues escúchame. Y nosotros escuchamos. Incluso, a menudo, cuando vivimos con otra persona, le escuchamos pacientemente referir la misma historia a amigos distintos. Hacemos ese amable sacrificio. Sabemos que a él (o a ella) le gusta esto, situarse en el centro de un relato. Captar, durante unos minutos, la atención. Es un momento de genuina existencia.

Vivimos dentro de una historia, la nuestra, y también dentro de la historia de algunas personas cercanas a nosotros. Y también vivimos dentro de otras historias, que compartimos con nuestros vecinos, con nuestro país, a veces con el mundo entero.

Y no estamos satisfechos con nuestros narradores; con nuestros guionistas, por ejemplo. Es normal. Ningún espejo puede ser totalmente satisfactorio. Todos los pueblos, en todos los tiempos, han sido decepcionados por sus autores, por sus narradores. Todos han deseado mejores historias. Porque están hechos de esta sustancia. Se reconocen en ella, se identifican con ella. Quisieran que sus historias fueran mejores, porque se sueñan a sí mismos mejores.

Obviamente, nuestra vida también está hecha de otros elementos. No somos sólo relatos. Pero sin relato, y sin posibilidad de contar ese relato, no somos nada, o somos muy poco. Y, dado que una historia es ante todo movimiento de un punto a otro punto, que no deja nunca las cosas tal como eran al comienzo, vivimos en este fluir, en este movimiento. Tenemos un principio y tendremos un final.

Se dice —sin pruebas— que el arte con mayúscula es un desafío al tiempo que nos arrastra y nos corroe, que las pirámides de Gizé están destinadas a la eternidad, como los versos de Rimbaud o el techo de la Capilla Sixtina. Yo no

estoy seguro. Lo ponemos todo en el mismo cesto, y «el duro deseo de durar» (ya que yo no perduro, que al menos perdure alguna de mis obras) no lo explica todo, ni mucho menos.

La historia popular, contada de viva voz, y de autor anónimo, no tiene esta ambición de permanencia. Se pliega a la negligencia y a los largos meandros del olvido. Si se pierde, mala suerte. Habrá otras. Sobre todo no culpemos a nadie. Un antiguo poeta sufí lo expresó así: «La noche ha terminado, y mi historia no está terminada. ¿Qué culpa tiene la noche?».

Contar una historia, además de impulsarnos hacia otro lugar, es una forma particular de deslizarse en el tiempo, negándolo a la vez. Un tiempo de narración se ha instalado, casi sin esfuerzo, en el lecho del irresistible tirano. Éste parece perder por un instante toda influencia, toda capacidad de acción sobre nosotros. Nosotros estamos en él, en la cresta de su ola, nosotros somos él. Toda gran obra dramática capaz de arrebatarnos abole el tiempo, al que el aburrimiento, guardián atento, nos devuelve cuando llega el caso.

El interés dramático, ese viejo motor, tiene probablemente mucho que ver con la afirmación implícita, que el narrador nos repite a cada instante, de su dominio sobre el tiempo.

Un día le pregunté al neurólogo Oliver Sacks lo que él consideraba un hombre normal. Cuestión que parecía irrelevante. Pero, en su calidad de neurólogo, Oliver Sacks tenía un punto de vista. Dudó un momento y luego me contestó que un hombre normal quizás era aquel capaz de contar su propia historia. Sabe de dónde procede (tiene un origen, un pasado, una memoria ordenada), sabe dónde está (su identidad), y cree saber adónde va (tiene proyectos, y la muerte al final). Está situado, por lo tanto, en el curso de un relato, es en sí mismo una historia, y puede contarse.

Si esta relación individuo-historia se rompe por alguna razón psicológica o mental, el relato se quiebra, la historia se extravía, la persona se ve proyectada más allá del devenir del tiempo. Ya no sabe nada, ni quién es ni lo que tiene que hacer. Se aferra a sucedáneos de existencia, a apariencias de existencia. El individuo se muestra, a los ojos del médico, a la deriva. Aunque sus mecanismos corporales funcionen, ha extraviado la ruta, ha dejado de existir.

¿Podemos decir de una sociedad lo que se dice de un individuo? Algunos lo creen así. No poder contarse, identificarse, situarse con normalidad en el curso del tiempo, podría ocasionar que pueblos enteros se borrasen, se vieran cercenados de los otros pueblos, y sobre todo de sí mismos, por falta de una memoria constantemente reavivada. Como ocurre hoy con los pueblos

africanos, sudamericanos. Están en peligro de enmudecer. Expuestos a la censura número uno, que es la comercial, y que avanza bajo la bandera de la «libre competencia» (California y Mali son «libres», por ejemplo de rivalizar dentro del campo de la producción televisiva: ¿qué significa esto realmente?, ¿no es, acaso, una vez más, el zorro libre en el gallinero libre?), son muchísimos los narradores hoy amordazados. Purificación estética y étnica siempre han ido de la mano. A esto se añade en estos momentos el pretendido liberalismo, que en realidad se limita a decirnos: Cállate.

Por todas estas razones —y algunas otras de puro capricho— nace la tentación, cuando uno es narrador profesional, de hacer un día una recopilación de sus historias favoritas.

Pero ¿qué historias, qué cuentos escoger? ¿Cómo señalar y preferir, en el océano, unas gotas a otras? Es necesario, aunque a veces lo lamentemos, elegir y eliminar.

Las historias que he reunido y he contado a mi manera (que es una manera como tantas otras, en un momento dado, en un dado lugar) no son historias míticas. Aunque a veces conserven huellas de la gran preocupación por el origen, de la obligación de referirse a ella, no proceden de ese inmenso territorio, tan metódicamente explorado en el momento mismo en que se desvanece, ese territorio que permitió a algunos hombres, durante largo tiempo, tranquilizar a sus parientes y a sus vecinos, asegurándoles, mediante historias generalmente fabulosas, que no estaban en este mundo por casualidad ni por error, que un vínculo antiguo y sobrenatural los unía a su rinconcito de tierra, y que un nacimiento preciso les constreñía a determinada manera de vivir juntos, primera conciencia de la humanidad.

He renunciado a estos relatos míticos, o mitológicos, no por falta de interés, sino por falta de espacio. A menudo son bastante largos y adolecen de una oscuridad, la famosa niebla de los orígenes, donde podemos extraviarnos. A lo que se añade el hecho de que ya hay colecciones excelentes, en diferentes países, que reúnen esos relatos sobre los orígenes.

También he dejado de lado, casi en su totalidad, el inmenso grupo de relatos maravillosos, cuentos de hadas, de genios, de fantasmas escoceses o chinos, de espectros graves, de monstruos, de hechiceras malignas, de princesas dormidas, de falsas ranas y auténticos demonios, que pueblan el edificio nunca acabado donde nuestra imaginación busca otro mundo, que prolonga al nuestro y lo amenaza.

Si estos cuentos tienen un sentido, más allá del maleficio o el hechizo que nos muestran, este sentido es sin duda secreto, incluso para los autores. Al

menos eso es lo que nos dicen analistas convencidos. Nuestros miedos reales son clandestinos. Se manifiestan como pueden, muy cerca de nuestros oscuros deseos.

También se puede —pero con prudencia— en lo que se refiere a estos cuentos que llamamos «fantásticos», o sea, producto de la fantasía, hablar de ingenuidad, de una necesidad infantil de soñar, de una grieta en la opresiva objetividad, de un juego sutil y continuo entre el terror y la felicidad. Desde hace ya mucho tiempo los historiadores han señalado la complejidad de este campo. Han reconocido que una serie de acontecimientos no bastan para explicar un pueblo. También nuestros monstruos revelan lo que somos. La realidad en sentido estricto —lo que hemos hecho, lo que ha acontecido— es incapaz de rendir cuentas de lo que fuimos, si nuestros sucesivos imaginarios, forzosamente enmarañados, no vienen a iluminarla.

Todas estas aproximaciones son fértiles. Nuestra infancia es constantemente renovada, constantemente acunada y exaltada. Pero el río de lo fantástico es tan largo que sería precisa una larga serie de volúmenes para brindar una selección aceptable. Y el otro mundo puede resultar, a la larga, tan fastidioso como éste.

También he eliminado —salvo en una docena de casos— las historias breves que a mi parecer tendían a una enseñanza moral, una vulgar recomendación de prudencia; y, en primer lugar, las fábulas, compuestas con una finalidad precisa, para sacar una conclusión, dar un consejo, para expresar una pobre idea de lo que es conveniente o de lo que es sensato. A pesar de su éxito en todo el mundo —del *Panchatantra* a La Fontaine—, estas fábulas me parecen más dadas a cerrar que a abrir. No me suelen gustar demasiado. Me aburren, no me sorprenden. Ofrecen una vida estrecha y limitada.

La moralidad me parece siempre ficticia, discutible y en cualquier caso inútil. La sabiduría de las naciones es prudentemente contradictoria. En ella lo encontramos todo y lo contrario de todo. «Al que madruga Dios le ayuda» y «No por mucho madrugar amanece más temprano». Todos los refranes y proverbios son reversibles como guantes. Se los puede girar del revés. Y también los antiproverbios, que caen en la trampa que ellos mismos han tendido. «Verdad a un lado de los Pirineos, error al otro». He aquí una gran verdad que nos ha dicho Pascal. Pero ¿a qué lado de los Pirineos nos situamos?

Poco a poco, mientras iba dando forma a este libro, que me ha llevado más de veinticinco años, fui descubriendo que buscaba otro tipo de cuentos y de historias, presentes por casi todas partes, pero tan difíciles de clasificar que

no sabía qué nombre darles. ¿Historias de sabiduría? Era anodino y plano como una distribución de premios. ¿Historias de saber vivir? ¿Aleccionadoras? ¿Historias entretenidas e instructivas, como se decía antaño? ¿Historias divertidas? Eso habría sugerido una compilación de chistes. ¿Historias del tiempo y del espacio? ¿De aquí y de allá? ¿De ayer y de siempre? Ningún título funcionaba.

Cuando volvía a los relatos que realmente me gustaban, veía que se situaban en este mundo, pero que a menudo lo trascendían, lo ponían patas arriba. Ofrecían un significado, e incluso varios significados ocultos los unos detrás de los otros. Se trataba de historias pensadas y elaboradas para ayudar a vivir, eventualmente a morir, concebidas y contadas en sociedades organizadas y tranquilas, que se creían duraderas, y por ende civilizadas.

Las historias de esta recopilación —nunca sabremos qué desconocido genio las inventó un día— llegan para sembrar la duda, para reforzar o quebrantar las leyes, para afinar y pervertir nuestras relaciones familiares y sociales, para desorientar la política, para provocar incansables al más allá, que se guarda muy mucho de responder. Son un suplemento de lo inesperado, de la curiosidad, un suplemento de inquietud dentro del bienestar. Tocan con gracia todos los interrogantes que se plantea el ser humano, como chispas alrededor de un mismo fuego. Me parece que se merecen el nombre de «cuentos filosóficos».

A menudo concluyen con una nota indefinida, que parece negarse a concluir, que ensancha nuestra mirada, que prolonga la situación hasta las fronteras del misterio. A menudo son hermosas —es cuanto podemos decir de ellas—, pero su belleza es, ante todo, evidentemente filosófica.

Su antigüedad es muy variable y el origen con frecuencia desconocido, ya que constituyen un bien que se roba de un pueblo a otro. No he vacilado en poner lado a lado antiguas parábolas e historias que hoy en día llamamos divertidas, algunas de las cuales trastocan con placer las universales estructuras de la mente.

Esta contigüidad parecerá sin duda artificial a quienes pretenden ignorar que lo muy viejo habita en nosotros todos los días y nos impulsa a actuar. Y, sin embargo, así es. Venimos de muy lejos. Del mismo modo en que se observa en astrofísica una «luz fósil», que centellea a nuestro alrededor desde el comienzo de los tiempos, podemos escuchar, si abrimos bien nuestros oídos, murmullos anteriores a la historia.

Los sueños de antaño son parientes de los nuestros. Si todos, o casi todos, soñamos a veces que caemos, esto podría proceder, nos dicen, de tiempos

antiguos en los que todavía éramos lemúridos, o alguna especie de simios, que dormían por la noche en los árboles, temerosos de caer en cualquier instante en las fauces abiertas de las fieras. Quién sabe si, en las páginas que siguen, no se encuentran algunos relatos que ya se contaban en las cavernas de la prehistoria, donde hacían reír o temblar, hace trescientos siglos o incluso más, cuando no existía todavía ningún Estado, ninguna sociedad parecida a la nuestra, pero cuando las pinturas rupestres brillaban ya en todo su esplendor.

Así, aun reconociendo en estas historias una calidad social, podríamos decir intelectual, nos vemos obligados a remitirnos con torpeza a nuestro origen, tan lento y tan largo y tan difícil de desentrañar. ¿En qué etapa comienza una civilización? ¿Por qué signos la reconocemos? Quizá con este indicio concreto: un hombre, o una mujer, o un grupo de hombres y mujeres, se aparta, en un momento dado, de la tradición mítica, de la repetición de las verdades primeras, para inventar una situación, unos personajes, una acción estructurada, una palabra final, una *historia*.

Ha nacido el autor, aunque sea anónimo. Es el primer mentiroso colectivo (conoceremos millones de otros). Su historia es una falsedad, una fabulación. Pero ha gustado, será repetida, acaba de penetrar sin esfuerzo en la existencia cotidiana, de la que no la desgajarán ya jamás. La mentira, bajo una forma narrativa, se convierte así en el aliado de todos, el maestro de la vida, el lazo de unión, lo inseparable.

No ha bastado el mito, ni la fábula, ni la epopeya. Tomando elementos de unos y otros, ha aparecido otro tipo de historias, que incluso podríamos llamar metafísicas, ya que nos obligan también a deformar este mundo, a darle sabor, a abandonarlo para regresar mejor a él, como si la única forma de comprenderlo y domesticarlo fuera mirarlo de lejos un instante, no ver en él más que la débil copia de otra cosa, un modelo perdido, un ideal frustrado. En el preciso instante en que la civilización se afirma, en que inscribe en la piedra su gloria, algo nos advierte, de forma irónica y discreta, que sólo tenemos en las manos un borrador, o un desecho.

Repitamos que el verdadero peligro en el arte de inventar cuentos radica en que podemos acabar por preferir aquel mundo a éste. Podemos refugiarnos —¿quién no conoce decenas de ejemplos?— en la compañía de los ángeles o de las hadas, acoger espectros todas las noches, hablar con los planetas. También podemos abandonar realmente este mundo —lo hemos visto varias veces en este fin de siglo—, cabalgando audazmente a lomos de un cometa que pasa, buscando un descanso definitivo en una lejana Sirio.

En un punto extremo, nuestro espíritu se repliega sobre sí mismo y creemos en la realidad de nuestros propios sueños. Nuestro imaginario es tan vasto, y a trechos tan positivo, tan preciso, que viene a suplantar una realidad engañosa y enmascarada, y a pretender ser —él, que es pura niebla— la verdad suprema, inalterable, autoritaria. Los dioses, o Dios, personajes cambiantes de una historia humana, también vienen a destronar a sus inventores, y nos postramos vanamente ante nuestros fantasmas. Somos como Balzac, que, según dicen, pedía en su lecho de muerte auxilio a uno de sus personajes, Horace Bianchon, único médico en quien todavía confiaba.

Felizmente, las historias que nos hemos contado a nosotros mismos son a menudo conscientes de esta desviación, de esta perversión. Si permanecen siempre abiertas a otra cosa, como una ventana entornada por donde se deslizan, una noche de verano, los perfumes entremezclados del jardín y los ecos amortiguados de una fiesta, saben devolvernos a nosotros mismos cuando es necesario, saben mostrarse severas e irrisorias. Nos recuerdan a cada instante su engaño y su carácter ilusorio.

Están vivas, son desconcertantes, ligeras. Son como flores, o golosinas, que los comensales intercambian sonrientes al final del banquete, sin pretensión de constituir pensamientos muy profundos, lejos del sermoneo, de la pesadez, del didactismo. Montaigne decía que él «contaba», no «enseñaba». El narrador que anuncia la obra, al principio de la *Kaïdara*, el «jantol peul», nos previene amablemente: «Soy fútil, útil, instructivo».

Son como monedas que pasamos de mano en mano y que al final constituyen un tesoro.

¿De dónde proceden?

Algunos pueblos han amado las historias con pasión, y han puesto en ellas la mayor parte de sus verdaderas preocupaciones, y por consiguiente de su saber vivir.

En este libro figuran en primer lugar las historias recogidas del budismo zen o de la tradición sufí, ya que en ambos casos el relato ha sido considerado instrumento del conocimiento. Evidentemente en este caso las historias, especialmente concebidas y contadas, aspiran a una enseñanza en distintos niveles. Para alcanzarla, excitan y a menudo decepcionan a la mente.

Pero estas dos fuentes son relativamente recientes, y beben de manantiales más antiguos, que estarán aquí ampliamente representados: primero la tradición india; de la que a veces hemos creído (absurdamente) que estaba en el origen de todas las historias conocidas, y también la tradición africana y la china. El mundo islámico —además del sufismo— ha refinado

maravillosamente el arte del relato, lo ha tejido, ornamentado, bordado de oro y sombra.

En el mundo judío, bajo otras influencias, y bajo el efecto de un tenaz humor, nacido del exilio y de la mirada sobre uno mismo, las mismas historias adquieren otro tono, y por consiguiente distinto significado. Aquí, la manera de contar la historia (incluso cuando se trata de una historia sagrada) es al menos tan importante como la historia en sí. La tradición judía supone a menudo detrás de las palabras, y del orden de las palabras, e incluso del lugar que ocupan las letras, una especie de estructura secreta, un mensaje situado allí por no se sabe quién, otro sentido, que es el verdadero, como si la apariencia del cuento fuera sólo una máscara.

También están presentes las tradiciones europeas y amerindias. Si las historias estrictamente cristianas son escasas, se debe a que casi siempre se nos han vendido como relatos edificantes, destinados a persuadir y a convertir. Se les escapa la dimensión de lo turbio, de lo inconcluso. Y la misma observación vale para el grupo de lo legendario religioso, sea cual sea el continente donde se elabore.

La única ambición del narrador es parecer necesario. Como un campesino o un panadero. Ni más, ni menos. Porque las historias que él relata nos descubren algunos aspectos del espíritu que no son de otro modo perceptibles. Civilizaciones muy poderosas lo han situado en un cruce de caminos, a veces incluso en el mismo centro del palacio, y su santa patrona es evidentemente una mujer, la muy ilustre Scherezade, que se jugaba la cabeza en cada relato, que hechizaba cuidadosamente la noche y callaba, soñadora, al ver amanecer.

Ahí radica la importancia de una narración bien urdida. Juega con la vida, con la muerte. Tal vez nosotros —volvamos a ello— no seamos más que una historia, con un principio y un final. Pero, en tal caso, ¿quién la cuenta?

Otra visión alegórica, que volveremos a encontrar más adelante, presenta al narrador de pie sobre un peñasco, relatando sus historias al océano que tiene ante él. El océano le escucha, dulcemente agitado, fascinado. En cuanto termina una historia debe surgir otra de inmediato, porque no existe una palabra final. Y la alegoría nos anuncia con fuerza: «Si un día el narrador se calla, o si lo hacen callar, nadie es capaz de predecir lo que hará el océano».

Este lugar imponente supone una condición que la mayoría de nuestros contemporáneos encuentra dolorosa: el narrador no debe hablar jamás de sí mismo. Es una regla de oro. Incumplirla es permitir que el océano barra la roca despreciable sobre la que un hombre, un día, se consideró digno de ser contado. El verdadero narrador es casi una bruma, una alta torre perforada por

el azar. Vientos portadores de mensajes lejanos se precipitan en esta torre, y la torre resuena al paso de los vientos, hasta el punto de que por instantes nos parece reconocer una voz.

Un error habitual es creer que una historia puede reforzarse si la situamos dentro del marco de lo real. Craso error. Muchos de nuestros amigos —y sin duda nosotros mismos— empiezan por decir: «Le ha pasado algo extraordinario a mi tío, o a una persona que conozco». Y entonces cuentan, en una mentira extrañamente sincera, una historia con siglos de antigüedad, de la que no se puede establecer quién la vivió o quién la inventó.

La belleza de una historia procede casi siempre de la oscuridad. Los grandes autores son anónimos. ¿Quién ha escrito la Biblia o el *Mahābhārata*? ¿Qué tipo de hombre era Shakespeare? Cuando oímos una historia hilarante, que nos hace reír y que a veces nos hace pensar, nos preguntamos a menudo: pero ¿quién ha podido inventar semejantes maravillas? La respuesta, como la mayor parte de las respuestas, es secreta. Sin duda nos contamos las historias que necesitamos y nacen en tal o cual boca, surgen de una vibración muy oscura, común a todos, indescifrable, donde la palabra «imaginación» ya no tiene sentido. Esta es la razón de que las historias más hermosas no pertenezcan realmente a nadie. Ningún narrador puede afirmar: «Esta historia es mía». La boca hecha de sombras habla por todos. La inmensa popularidad, la cúspide de la gloria es, en definitiva, el anonimato.

Como otras estructuras (quizá), debido a que las historias no están ahí más que para relacionar al que habla y a los que escuchan, y a través de ellos la misma materia que los une y el movimiento que las arrastra, las historias cambian de color y de forma, cambian incluso de nombre, según el tiempo que las refiere. En ocasiones, incluso el sentido es misteriosamente deformado. Cuando Víctor Hugo, en un poema de *La leyenda de los siglos*, el que se titula «Supremacía», adapta el *Kéna Upanishad*, modifica deliberadamente el final, disminuyendo, de algún modo, la fuerza del dios Indra ante el desconocido que le provoca. ¿Deformación consciente o involuntaria? No podemos saberlo. Víctor Hugo escribía de sí mismo, y su tiempo escribía en él. Era, en un siglo donde los vientos arreciaban, una de las torres situadas en lo alto de la montaña.

Por respeto a la oscuridad, no he entorpecido estas hermosas historias con ningún tipo de comentario. Sólo indico, con todas las reservas, su supuesto origen. He desterrado la erudición, que tanto gusta de catalogar al viento.

La expresión popular, nacida en el ondulante movimiento de la multitud, en una cierta espera, en una vaga necesidad, es precisamente —por más que

tal o cual autor famoso, encontraremos más adelante varios ejemplos, no dude en apropiársela— lo que escapa a la etiqueta, al análisis, algo por naturaleza huidizo, inestable, ambiguo a veces hasta la incoherencia. Toda clasificación sistemática —por época, por país, por tema, por estilo— podría destruir esa preciosa imperfección.

No estamos seguros de que la Historia se repita. Ese fenómeno se ha discutido a menudo. Pero la historia con «h» minúscula gusta de repetirse una y otra vez. Todos lo sabemos: sentimos la necesidad, casi el deber, de transmitir aquello que un día hemos oído y que nos ha gustado. Nada de secretos en este campo, nada de celosa custodia. Al término de una cena, en cuanto uno de los comensales cuenta una historia, hay otro que le responde, afanoso por hacerlo mejor, y le siguen los demás. Puede durar la noche entera. Intercambio sin duda muy antiguo, semejante a un leve ritual, donde la historia cada vez contada se recorta, se transforma, en ocasiones naufraga y en ocasiones se enriquece.

Esta repetición de la historia recuerda los relatos, siempre recomenzados, de los mitos, como si en ambos casos corriéramos el peligro del olvido. El mito se dice verdadero, la historia se dice falsa: así podemos someramente distinguirlos. Pero ambos se repiten, porque ambos están amenazados. Verdad y mentira vuelven con regularidad a nuestros labios, y ambos son, sin duda, indispensables.

Muchas de las historias que siguen me han sido contadas aquí y allá. La mayor parte las he encontrado en libros (más de dos mil). He intentado contarlas con simplicidad, con la mínima literatura posible, y he intentado desvanecerme, para anteponer el relato al narrador. Toda transcripción de este tipo de cuento es inevitablemente defectuosa. No ha sido hecho para ser leído. Espero que la simplicidad de mi trabajo permita a otros narradores —éstos de viva voz— añadir adornos, divagaciones, elementos de juego y de seducción personal.

Sin embargo, era necesario un orden. Hagamos lo que hagamos, siempre es necesario. Incluso un zigzag tiene un comienzo y un final.

Y entonces recordé mi vieja y tenaz incapacidad para leer un Manual de Filosofía, e incluso para comprender el significado de esa rara expresión. Y entonces me dije: «¿Por qué no intentar un día escribir mi propio manual, que estaría compuesto únicamente de historias?». Hablar aquí de filosofía estaría sin duda fuera de lugar, además de ser pretencioso y bastante limitado. Digamos que se trata de un manual de todo y de nada, pero más bien de todo

que de nada, donde se evocarán, mediante ese poco habitual rodeo, las sorpresas que nos divierten, las ilusiones que nos extravían, o sea nuestra relación, tan frágil como necesaria, con el mundo, en el transcurso de esa breve apertura de una ventana entre dos nadas a la que damos el nombre de vida.

He organizado unos capítulos dentro de los cuales he colocado historias, he asignado un título a estos capítulos, después jugué largo tiempo con las piezas de ese inmenso juego que yo mismo me había fabricado. ¿Qué guardar y qué eliminar? ¿Qué situar detrás de qué? Nuestra percepción del mundo no sigue ningún orden de conocimiento y nuestras reacciones son caóticas. Incluso nuestra cultura es un desorden.

Me dije: «Pongamos todas las historias en una gran bola y, si tenemos una buena pregunta, saquemos una al azar, como si se tratara de una lotería. Aceptaremos esa historia como respuesta».

Al final intenté trazar, siguiendo el hilo de las historias escogidas, una especie de vacilante camino, lejos de lo rectilíneo, más corto de lo que al principio había imaginado, un camino con sombras, paradas, acantilados, tierras áridas, encuentros alegres y otros menos alegres, puentes, vados, bifurcaciones mal señalizadas, hitos medio enterrados en la hierba.

Pero un camino, por muy hermoso que en algunos momentos parezca y por muy reforzada que esté la calzada, no tiene demasiado interés, salvo para los países por los que avanza y que tiene la misión de comunicar. Los grandes caminos modernos, que son electrónicos, tienen hoy el efecto de violar para siempre los territorios que atraviesan. Entre otros respetos, hemos perdido el respeto por el paisaje, tanto el interior como el exterior. El camino que yo he intentado trazar habría soñado con perderse definitivamente entre los matorrales, con lo que hubiera sido inutilizable. No es, al fin y al cabo, más que una propuesta hecha a un viajero. Y animo vivamente a este viajero a que salte por encima de las zanjas y tire abajo las vallas.

JEAN-CLAUDE CARRIÈRE

1

EL MUNDO ES LO QUE ES

EL DESTINO DEL CABRITO

Esta breve historia la contó Rabindranath Tagore y seguramente procede de la tradición popular india:

Un día el cabrito se acercó hasta Brahma, el creador, y se quejó muy amargamente de su condición.

—Todas las criaturas —dijo—, quieren hacer de mí su alimento. ¿Por qué razón, oh, poderoso Brahma, les sirvo de alimento? ¿Te parece justo?

Brahma le escuchó y le respondió:

—¿Qué decirte, hijo mío? Incluso a mí, al verte, se me hace la boca agua.

LECCIÓN DADA A UN JOROBADO

A los predicadores les encanta demostrar en el pulpito que la obra de Dios no tiene tacha.

La historia —que es europea, probablemente francesa— cuenta que a un jorobado, escuchando al predicador, se le hacía difícil creerle. Un día lo esperó a la salida de la iglesia y le dijo:

—¡Usted pretende que Dios lo hace todo bien, pero mire cómo me hizo a mí!

El predicador lo examinó un instante y le contestó:

—Pero, amigo mío, ¿de qué se queja? Está muy bien hecho para ser un jorobado.

EL SOPORTE DEL MUNDO

El gran Euclides estaba un día dando clase y, entre otros temas, hablaba del mundo. El joven Ptolomeo —sin duda su mejor alumno— levantó la mano y le preguntó sobre qué se sostenía el mundo.

—Se sostiene —le contestó Euclides—, sobre los hombros de un enorme gigante.

Ptolomeo bajó la cabeza y la clase continuó.

Un poco más tarde, el joven Ptolomeo volvió a levantar la cabeza y se atrevió a preguntar sobre qué se sostenía el gigante.

—Se sostiene —le contestó Euclides—, sobre el caparazón de una enorme tortuga.

Y de inmediato, sin esperar otra pregunta de su alumno, Euclides añadió con severidad, alzando la voz:

—Y, debajo de la tortuga, ¡sólo hay tortugas!

EL GALLO, EL ELEFANTE Y EL TRONCO

Una historia africana, que procede de Ruanda, cuenta que un día algunas criaturas empezaron a quejarse.

Primero se oyeron las recriminaciones del gallo, que decía:

—Yo, que regulo el tiempo de los pueblos, de los hombres, de las mujeres e incluso del rey, yo, que todas las mañanas llamo al sol, yo, que soy el gran organizador y amo del tiempo, ¿cómo es posible que pase las noches encaramado en un árbol incluso cuando hay tormenta, mientras que las cabras duermen bajo techado? Y ¿cómo es posible, cuando intento recuperar mis fuerzas picoteando los granos de sorgo que brotan en el campo, que el hombre, que la mujer, que el niño, que todo el mundo me tire piedras?

El gallo, profundamente irritado, se puso en camino para quejarse al gran dios Imana. Durante el viaje, se encontró con el elefante y le transmitió sus quejas.

El elefante se quejó a su vez, diciendo:

—¡Mírame! ¿Cómo puede ser que yo, el animal más fuerte, con un porte tan noble, tan bien proporcionado, cómo puede ser que sólo pueda tener un hijo a la vez? ¿Te parece normal que la gallina, cuando tú le das una progenie, engendre hasta veinte o veinticinco pollitos? ¿Que una gata alumbre a cinco, o seis, o incluso siete gatitos? ¿Te parece aceptable que la cabra, que es infinitamente menos bella y menos fuerte que yo, dé a luz a dos, a tres cabritillos? ¿Y que yo no pueda engendrar más que un elefantito cada vez? Espera, me preparo y voy contigo.

Ya en marcha, vieron un tronco de árbol a un lado del camino, y el tronco les preguntó el motivo de su viaje, porque era raro ver un gallo y un elefante viajando juntos.

Una vez más, los dos animales explicaron las razones de sus quejas.

Y el tronco se lamentó a su vez, diciendo:

—Miradme. Me paso la vida al borde de este camino, un sitio sin ningún interés. No pido comida a nadie, ni agua. Me contento con la lluvia que cae del cielo y no le pido a nadie que me pode, que me dé lustre. Cuando pasa un

hombre, me da una patada. Cuando pasa una mujer, me da un golpe con su herramienta y me parte por la mitad. Cuando pasa un niño, hace lo mismo, me despelleja, o me golpea con una piedra. ¿Qué falta he cometido para que se me trate de tal forma? Esperadme, voy con vosotros, porque yo también tengo que quejarme a Imana.

Llegados a la presencia del dios, le expusieron detenidamente los motivos de su descontento y le dijeron por qué se sentían injustamente tratados.

Imana tomó tres decisiones. Volvió a enviar al tronco a su sitio y le dijo que volvería a llamarlo. Colocó al elefante en un almacén donde se guardaban alimentos para toda la población. En cuanto al gallo, le dio una confortable habitación y criadas para que le prepararan la cama.

El elefante, apenas instalado en el almacén, hambriento por el viaje, se abalanzó sobre los alimentos. En dos días se zampó toda la comida. Al tercer día, al cuarto día, ya no tenía qué comer. Imana le dijo:

—Mira. Ya te lo has comido todo. ¿Y tú querrías tener dos retoños en lugar de uno? ¿Dónde encontrarías un bosque para tu apetito? ¿No ves que tu raza desaparecería? El que sólo tengas un hijo es un favor, para que tu raza se perpetúe. Espero que lo hayas comprendido. Vete.

El elefante regresó a su bosque.

Imana le dio un cesto a uno de sus sirvientes y le dijo:

—Vas a ir a los pies del tronco, y vas a recoger cuidadosamente todos los trozos de uñas y de piel, incluso los más pequeños, que él arranca a la gente que pasa.

El sirviente se quedó el tiempo necesario junto al tronco y volvió junto a Imana con un cesto casi lleno. Imana hizo llamar al tronco y le dijo con severidad:

—Te quejas de las patadas que recibes cuando la gente pasa, como si te las diesen con la intención de herirte. Pero ¿y tú? ¿Acaso no arrancas las uñas de los humanos y de los animales cuando te tocan? ¿Y trozos de su piel? ¿Acaso no les despellejas sin piedad? Vete.

El tronco, sin protestar, regresó a su camino.

En cuanto al gallo, desde la primera noche, cuidadosamente mimado en su cama, perdió toda noción del tiempo y no supo ya si era de día o de noche, y se olvidó de despertarse y de despertar a los demás.

Imana hizo que lo llevaran a su presencia. Y éstas fueron las severas palabras que le dijo al gallo:

—Te hice preparar una confortable cama, ¡y no has salido de ella durante semanas! ¡Tú, que tienes como cometido anunciar a la naturaleza la aparición

de un nuevo día, no has cantado ni una sola vez! ¡Me han dicho que has dejado tus excrementos en tu cama, y alrededor de ella! ¿No te da vergüenza? ¡Eres demasiado sucio para vivir en compañía de otros! ¡Vuelve a subir a tu árbol! ¡Afronta la tormenta que estalla en la noche! ¡Y no vuelvas aquí nunca más con tus quejas o te haré asar para regocijo de mis sirvientes!

El gallo, aterrorizado, se fue a toda prisa y volvió a su rama del árbol, atento al curso del sol.

Un gran número de criaturas, que deseaban seguir el ejemplo del gallo, del elefante y del tronco, prefirieron no presentar sus quejas.

¿DÓNDE HABITA DIOS?

Un gran maestro de la tradición hasídica, Isaac Meir, era todavía un niño cuando alguien le dijo en broma:

—Te doy un florín si me dices dónde habita Dios.

—Y yo —contestó el niño— te doy dos florines si me dices dónde no habita.

EL NIÑO PRODIGIO

La tradición china cuenta otra historia de niño prodigio, personaje privilegiado en todas las tradiciones, por boca de quien a menudo se oye la verdad, hasta el punto de que a veces en la India esta verdad se proclama incluso antes del nacimiento, en el vientre de la madre, lo que da pie a hablar de un feto sabio.

Un día, en el transcurso de sus peregrinaciones, Confucio se encontró a un niño que construía una ciudadela con tierra y piedras en mitad del camino.

Confucio hizo parar a sus caballos y le preguntó al niño:

—¿Por qué no te apartas ante mi carro?

—Siempre me han dicho —contestó el niño con convicción— que los carros rodean las ciudades, y que las ciudades no se apartan ante los carros.

Confucio, sorprendido, bajó del carro, se acercó al niño y le preguntó:

—¿Cómo es que siendo tan pequeño tienes tanta sabiduría?

El niño contestó:

—Tres días después de nacer, un hijo es capaz de distinguir entre su padre y su madre. Tres días después de nacer, una liebre corre por los campos. Tres días después de nacer, un pez nada en el río. Es natural. No hay ninguna sabiduría en ello.

—¿Quién eres? ¿Dónde vives?

—No tengo nombre —contestó el niño—. Vivo en la casa del viento.

—Me gustaría pasear un momento contigo. ¿Quieres?

—En mi casa —dijo el niño (que no tenía apuro en contradecirse)—, tengo un padre venerable al que servir, una madre a la que alimentar, un hermano mayor de quien tengo que seguir los consejos, un hermano menor al que tengo que proteger e instruir. ¿Dónde encontraría el tiempo para pasear contigo?

—Me pareces un ser extraordinario —le dijo Confucio—. ¿Quieres que tú y yo nivelemos el mundo?

—¿Por qué nivelar el mundo? Si aplanásemos las montañas, los pájaros no tendrían refugio. Si colmásemos los ríos y los lagos, los peces ya no

tendrían remolinos donde refugiarse. Si expulsáramos a los príncipes, el pueblo discutiría sin cesar para saber dónde está el bien y dónde está el mal. Si expulsáramos a los dioses, volverían. El mundo es tan vasto… ¿Cómo podríamos nivelarlo?

Estuvieron charlando un buen rato. Confucio le hizo más preguntas al niño y obtuvo respuestas inesperadas. A su vez, el niño le preguntó:

—¿Cuántas estrellas hay en el cielo?

—Sólo puedo hablar de las cosas que tengo ante los ojos —dijo Confucio.

—Entonces, ¿cuántos pelos hay en tus cejas?

Confucio sonrió y no contestó. Les dijo a quienes lo acompañaban:

—Los jóvenes son temibles. Quizá las nuevas generaciones superen a las antiguas.

Según otras tradiciones, volvió a subir a su carro refunfuñando:

—Los niños precoces no hacen nada bueno después.

EL SABOR DEL MELÓN

Un maestro zen ofreció un melón a su discípulo y le preguntó:

—¿Qué te parece este melón? ¿Está bueno?

—Sí, sabe muy bien —contestó el discípulo.

—¿Dónde está ese sabor? —le preguntó luego el maestro—. ¿En el melón o en tu lengua?

El discípulo reflexionó y se lanzó a dar complicadas explicaciones:

—Este sabor procede de una interdependencia entre el melón y mi lengua, porque mi lengua sola, sin el melón, no puede…

El maestro lo interrumpió bruscamente:

—¡Idiota! ¡Más que idiota! ¿Qué pretendes? Este melón está bueno. Eso basta.

EL RUISEÑOR

Otra historia japonesa, para contar de noche, nos presenta a dos hombres. Uno le dice al otro:

—Todas las noches de Año Nuevo, canta el ruiseñor.

El ruiseñor, al oír esto, exclama:

—¿Cómo sabría yo que es Año Nuevo? Yo canto, eso es todo.

LA ALEGRÍA DE LOS PECES

A propósito de la evidencia del mundo, un célebre diálogo, que ya encontramos en Chuang-tzu, ha recorrido todas las tradiciones orientales. En Corea, donde es muy popular, enfrenta a dos sabios, Zhuangzi y Huizi. Viajaban juntos y tuvieron que cruzar una pasarela situada sobre un riachuelo. Allí vieron unos peces que saltaban fuera del agua.

Zhuangzi se detuvo un instante para decirle a su compañero:

—¡Mira cómo saltan de alegría esos peces!

—Tú no eres un pez —dijo Huizi—. ¿Cómo puedes saber lo que da alegría a los peces?

—Tú no eres yo —le dijo Zhuangzi—. ¿Cómo puedes saber que ignoro lo que da alegría a los peces?

—Es cierto que yo no soy tú —dijo Huizi— y que no sé lo que sabes y lo que ignoras. Pero sí sé una cosa y es que tú no eres un pez. Y que, por consiguiente, no sabes lo que da alegría a los peces.

—Vuelvo a tu primera pregunta —dijo entonces Zhuangzi—. Tú me has preguntado: «¿Cómo puedes saber lo que da alegría a los peces?». Al plantearme esa pregunta has admitido que yo conocía la respuesta. Si no, no me lo habrías preguntado.

—Y bien, ¿cómo la has sabido? —le preguntó Huizi.

—Pues muy sencillo. ¡Cruzando la pasarela!

EL HIJO DE SATANÁS

La tradición árabe cuenta que Adán y Eva, expulsados del paraíso, encontraron un refugio en un lugar. Todas las mañanas Adán salía a cazar. Eva se quedaba sola.

Un día, Satanás fue al encuentro de Eva, le confió a su hijo, que se llamaba Khannas, y le pidió que se lo cuidara un momento.

Cuando Adán regresó de cazar y vio al hijo de Satanás, gritó encolerizado:

—¿Por qué has aceptado un hijo de Satanás? ¡Una vez más, hete aquí víctima de sus mentiras!

Mató al niño, lo cortó en trocitos y los llevó hasta el desierto para diseminarlos. Pero Satanás, que conocía los sortilegios necesarios, reconstruyó a su hijo despedazado y, un día, volvió a llevarlo junto a Eva.

Khannas se lamentaba de tal forma que Eva no pudo resistirse a sus lágrimas y aceptó volver a cuidarlo. Adán, a su regreso, presa de la furia y también del terror al pensar en las llamas del infierno que les esperaban a causa del hijo de Satanás, encendió un enorme fuego y allí lanzó a Khannas, a pesar de sus gritos.

Luego esparció las cenizas a los cuatro vientos. Pero Satanás el Negro apareció, rico en conjuros. Las cenizas, obedeciendo a su llamada, acudieron de todos los puntos del aire y se juntaron. El niño quedó de nuevo reconstituido, y Satanás, sirviéndose de una voz quejumbrosa, convenció a Eva por tercera vez para que lo cuidara y no lo matase.

—Ahora no tengo tiempo para ocuparme de él —dijo Satanás— pero pronto volveré a buscarlo.

Se fue.

Adán regresó. Al ver a Khannas tembló de ira, acusó a su compañera de haberse aliado con el demonio y mató al niño por tercera vez. Con su carne preparó una comida y la compartió con Eva. Después de lo cual, regresó a sus ocupaciones.

Satanás volvió a aparecer. Eva estaba sola. Satanás empezó a llamar a grandes gritos a su niño, y éste le contestó. Satanás reconoció la voz de su

hijo, que salía del cuerpo de la mujer.

—Está bien así —dijo Satanás—, he conseguido mi objetivo. Quédate donde estás.

LA OREJA DE CH’HÂ

En las tradiciones de Oriente Próximo se encuentra a un personaje insoportable y delicioso, que suele llamarse Mula Nasrudin. Sus historias (innumerables) se cuentan desde Turquía hasta Persia, desde Siria hasta Egipto, donde se le llama Goha. Estas mismas historias se encuentran en la tradición popular judía, donde el personaje se llama Ch’hâ y, en África del Norte, donde es más conocido con el nombre de Djeha. Su rastro llega hasta Polonia, donde su nombre es Srulek.

Este hombre ofrece una extraña mezcla de ingenuidad, incluso estupidez, y de extrema cazurrería. Gran dispensador de consejos que se guarda mucho de seguir, es portador de todos los defectos del hombre: es avaro, mentiroso, envidioso, celoso, cobarde y un egoísta integral. Como la vida le parece absurda, adapta su comportamiento a dicho absurdo. A este príncipe de la lógica popular Gurdjieff lo colocaba en lo más alto de la bondad humana en los *Récits de Belzébuth à son petit-fils*.

Para introducir a este personaje esencial, que encontraremos a menudo con nombres distintos, helo aquí primero bajo su forma judía.

Cuando se le preguntaba a Ch’hâ: «¿Dónde está tu oreja?», se pasaba el brazo derecho por encima de la cabeza y se tocaba la oreja izquierda diciendo:

—Aquí está.

—Pero ¿por qué utilizas tu brazo derecho? —le preguntaban—. ¿Por qué no te sirves de tu mano izquierda, que se encuentra en el mismo lado que tu oreja izquierda?

—Porque —contestó Ch’hâ—, si lo hiciese como todo el mundo, entonces ya no sería Ch’hâ.

CÓMO HACER QUE LLUEVA

Ya que seguimos estando en el aparente orden del mundo, sigamos un instante con este mismo personaje, esta vez bajo su muy ilustre nombre de Mula Nasrudin.

En Persia se cuenta que un día, a causa de una pertinaz sequía, una delegación fue a su encuentro para preguntarle si conocía alguna forma para hacer que lloviese.

—Claro que sí —dijo él—. Conozco una.

—Rápido. Dinos lo que hay que hacer.

Nasrudin pidió que le trajeran un barreño lleno de agua, lo que fue hecho no sin mucha dificultad. Cuando tuvo el barreño, se quitó la ropa y, ante el asombro general, empezó a lavarla con toda la tranquilidad del mundo.

—¡Cómo! —gritaron los allí presentes—. ¡Hemos reunido todo el agua que nos quedaba y tú la utilizas para lavarte la ropa!

—No os preocupéis —contestó Nasrudin—. Sé muy bien lo que me hago.

A pesar de los insultos y las amenazas, se tomó todo el tiempo necesario. Lavó su ropa minuciosamente y entonces dijo:

—Ahora me hace falta otro barreño de agua.

Los miembros de le delegación gritaron todavía más fuerte. ¿Dónde encontrar otro barreño de agua? ¿Y para qué? ¿Había perdido la cabeza Nasrudin?

Pero Nasrudin permaneció muy tranquilo y obstinado.

—Sé muy bien lo que me hago —decía.

Buscaron por todas partes, se prensó el barro de los pozos, hasta se quitó el agua a los niños, y finalmente se consiguió el segundo barreño.

Nasrudin sumergió allí su ropa y la aclaró con cuidado.

Los otros observaban, atónitos. Ya no tenían fuerzas ni para gritar.

Luego les pidió ayuda para retorcer su ropa, y así escurrirla bien. Tras lo cual, se la llevó a su pequeño patio y la colgó de un cordel para que se secase.

Casi al instante se formaron grandes nubes, se acercaron y la lluvia cayó con gran intensidad.

—Ahí está —dijo Nasrudin tranquilamente—. Siempre pasa lo mismo cuando tiendo la ropa.

LAS SEMILLAS DE LA DISCORDIA

Una noche, un campesino africano vio que la Discordia plantaba semillas en su campo.

Se abstuvo de intervenir y la observó. Cuando ella hubo terminado y se hubo ido, él se pasó toda la noche recogiendo, con la ayuda de una linterna, las peligrosas semillas.

Llenó un saco y se lo llevó a su cabaña sin decir ni una palabra a su familia.

Al día siguiente, para deshacerse de las semillas, les dio un puñado a las gallinas de su corral. Pero, apenas las hubieron picoteado, se pusieron a pelear furiosamente entre ellas, a muerte. El campesino tuvo que encerrarlas cada una en una jaula, y fue un trabajo muy pesado. Tenía las manos y los brazos cubiertos de crueles picotazos.

Buscando otra forma de desembarazarse de las semillas, tiró un puñado al río. Pero los peces, las anguilas e incluso los hipopótamos empezaron a despedazarse de inmediato, mientras olas enormes recorrían aquel río habitualmente apacible, tan enormes que una parte de la llanura quedó inundada.

Entonces el campesino decidió quemar una parte de las semillas. Pero el humo que salió del fuego se arremolinó en el aire como una tromba, como un violento tifón que devastó casi la mitad del pueblo.

Otro día el campesino, que seguía sin saber qué hacer con aquellas semillas, tuvo la idea de triturar una parte y, sin decirle de qué se trataba, pedirle a su mujer que le preparase una torta.

Se puso a comer aquella torta. Pero, apenas hubo tragado el primer bocado, la encontró mal cocida, demasiado salada, y empezó a reprochárselo a su mujer.

Ésta, que acababa de tragar el primer bocado de su trozo de torta, replicó gritando hecha una furia que ella había cocido la torta como de costumbre y que, si su marido la encontraba mal cocida y demasiado salada, aquello

simplemente significaba que él era un imbécil, cosa que ella siempre había sospechado.

El campesino le tiró un objeto a la cara, ella gritó de dolor, se lanzaron el uno contra el otro, a pesar de que sus hijos estaban delante, y fue necesaria la rápida intervención de sus vecinos para separarlos y mantenerlos a distancia.

Pasaron unas semanas. Poco a poco recobraron la calma, pero el campesino, que había perdido el sueño y la sonrisa, sólo pensaba en las semillas que le quedaban. Pensó en hacer el viaje hasta algún país lejano, para dejar las semillas en la esquina de una calle, o echarlas en algún pozo desconocido. Sin embargo, como era un buen hombre, se decía que los países lejanos estaban sembrados de suficientes semillas de la Discordia para necesitar las suyas. Incluso pensó en dirigirse hasta el mar para tirar su saco de semillas, pero temió crear una tempestad sin igual. Las buenas razones le hicieron renunciar a aquella idea.

Además, ocupado con su campo como estaba, nunca encontraba tiempo para ausentarse.

Cuando aparecieron los primeros brotes, vio con alegría que tendría una cosecha excepcional. En los campos vecinos otros campesinos se apresuraban a arrancar las malas hierbas. Pero él no tenía que hacer nada. La cosecha crecía, espléndida y sana. Todas las mañanas veía crecer su prosperidad. Se dejó ganar por la ociosidad. Incluso aprovechó para visitar a unos primos que vivían a dos o tres días de camino.

A su regreso, las lamentaciones de su mujer y sus hijos le dieron la bienvenida. En pocas horas una bandada de aves migratorias había devastado su campo. No quedaba ni un solo brote.

Los sabios del pueblo encontraron la razón de aquella particular desgracia. En los otros campos (que no habían sido devastados por los pájaros) dijeron, siempre había habido un hombre trabajando, moviéndose, haciendo ruido con sus herramientas. Por eso los pájaros se habían dirigido al único campo en el que no había nadie. Un campo magnífico, por otra parte.

El campesino esperó reflexionando la llegada de la noche. Cuando su mujer y sus hijos estuvieron dormidos, se levantó sin hacer ruido y sacó del escondite que sólo él conocía el saco que contenía las últimas semillas. Fue hasta su campo, en plena noche, y allí echó las semillas, una a una, a intervalos bastante regulares.

Al volver al pueblo, vio a lo lejos que la Discordia plantaba semillas en un pequeño bosque que pertenecía a uno de sus amigos. Un amigo al que quería mucho, y al que se guardó mucho de avisar.

LO QUE LE HACE FALTA AL LEÓN

Otra historia africana, que nos llega de Senegal, cuenta que un día todos los animales de la selva decidieron reunirse y, bajo la presidencia del león, parlamentar para encontrar una solución a un problema fundamental. En efecto, los animales habían comprobado que llevaban generaciones y generaciones devorándose entre sí. Como encontraban tal situación inadmisible, cruel, absurda y todo lo que se quiera, se reunieron y empezaron a hablar.

Cada uno expuso sus reproches, éste porque era devorado por aquél, este otro por aquel otro. Incluso el elefante, que decía:

—Yo sólo como hierba, ¡pero los mosquitos me devoran! ¡E incluso a veces las ratas, que penetran en mi trompa!

A lo cual, los minúsculos insectos que viven en la hierba contestaron:

—¡Tú dices que sólo comes hierba! ¡Pero nosotros estamos escondidos en la hierba y nos engulles sin darte cuenta!

En resumen, todos se quejaban. Y todo el mundo estaba de acuerdo en que tenían que dejar de devorarse entre sí.

Cuando le llegó el turno al león, éste dijo ante la atención general:

—Comprendo muy bien todas vuestras quejas y las apruebo. Pero yo sé muy bien lo que me hace falta. Y lo que me hace falta es carne. Yo no puedo comer hierba. Sólo puedo comer carne.

Entonces el elefante le hizo saber:

—¡Pero toda la carne es carne animal! ¿Cómo lo harás para comer carne sin devorar a ningún animal?

—No sé cómo lo haré —contestó el león—. Pero sé muy bien lo que me hace falta. Y lo que me hace falta es carne.

Los animales volvieron a exponer sus argumentos, lo cual llevó mucho tiempo. El león no dejaba de repetir que sólo podía comer carne, y los otros animales protestaban muy airadamente.

De repente, el león dijo:

—Me parece a mí que esta discusión dura desde hace horas.

—¿Por qué lo dices? —preguntó alguien.

—Porque empiezo a tener hambre.

Un estremecimiento recorrió el círculo de los negociadores.

—Sí —prosiguió el león—, tengo hambre, lo noto por las contracciones de mi estómago. Cuando tengo hambre, soy como todo el mundo, tengo que comer. Para comer, me hace falta carne. O sea que voy a devorar a alguien. A uno de los que estáis sentados a mi alrededor.

No había acabado la frase cuando todos habían salido corriendo. Se subieron a los árboles, se escondieron bajo tierra, corrieron hacia el horizonte entre el polvo.

Cuando estuvo solo, el león empezó la caza.

EL LEÓN QUE CREÍA SER UN CORDERO

Otra historia sobre un león, que nos viene de la India.

Un joven leoncito abandonado fue recogido por corderos, que lo criaron a su manera. El leoncito se esforzaba por comer hierba, lo cual no le gustaba nada, y por balar, lo cual le era muy difícil.

Cuando un chacal se acercaba al rebaño, el joven león, imitando a los corderos, huía aterrado.

Un día, un león adulto surgió en lo alto de un peñasco que dominaba la llanura. Todos los corderos huyeron, y el leoncito con ellos.

El león persiguió el rebaño y agarró al leoncito por la piel del cuello. Se lo llevó. El pequeño león temblaba de miedo y ya se veía devorado.

Llegaron a la orilla de un río. El león dejó al leoncito en el suelo y lo empujó hasta el borde del río. Entonces se sentó a su lado e inclinó su cabeza sobre el agua.

De esta forma, el león y el leoncito se vieron reflejados el uno al lado del otro. El leoncito vio que se parecía al león. Se tranquilizó.

Los dos animales calmaron su sed y se alejaron juntos.

EL REPARTO DE DIOS

En otro lugar de la India, dos campesinos discutían. Las manzanas de un árbol que pertenecía al primero habían caído en la tierra que era propiedad del segundo. Viejo contencioso campesino: los dos hombres pretendían que las manzanas eran suyas.

Pasó un brahmán, que tenía la reputación de ser un hombre santo. Los dos hombres le pidieron que dirimiera su disputa.

El hombre santo les preguntó:

—¿Preferís un reparto según el juicio de los hombres o según el juicio de Dios?

Los dos campesinos respondieron al unísono:

—Según el juicio de Dios.

—¿Seguro que no discutiréis la decisión?

—Seguro.

Entonces el brahmán recogió las manzanas. Colocó un montón en un lado y en el otro una sola manzana. Tras lo cual le dio el montón a uno de los campesinos y la manzana al otro, sin ni siquiera mirar quién era quién.

Y se fue, sin pronunciar palabra.

LA LIEBRE Y LA LEONA

Otra historia de leones, probablemente muy antigua, nos la cuenta el fabulista Loqman.

Una liebre se encontró a una leona y le dijo:

—¡Yo cada año doy a luz muchos hijos y tú sólo puedes dar a luz uno!

—Es verdad —le contestó la leona—. Yo sólo doy a luz uno. Pero es un león.

ASÍ ES

Una historia americana del siglo xx nos presenta a un campesino bastante pobre que todos los días va, con su vaca, a trabajar los campos. Es un hombre honesto, que se desvive para alimentar a su mujer y a su familia. Un día el cielo se ensombrece, se desencadena una tormenta y un rayo mata a su única vaca.

—Pero ¿por qué yo? —grita el campesino dirigiéndose a Dios—. ¿Qué te he hecho? ¿Por qué me castigas? ¿No soy ya lo bastante miserable?

Dios no le contesta.

Pasan los meses, los años. El campesino, cada vez más y más pobre, trabaja solo, con sus cansadas manos. De vez en cuando su mujer lo ayuda. Le lleva una comida mísera. Otra tormenta se desencadena, un rayo atraviesa las nubes y mata a la mujer.

El campesino se retuerce las manos de desesperación y grita mirando al cielo:

—Pero ¿por qué? ¿Qué te he hecho? ¡Soy muy pobre y piadoso! ¿Por qué has aniquilado a mi mujer? ¡Responde! ¿Qué te he hecho?

Entonces las oscuras nubes se abren, aparece una luz muy brillante y la voz de Dios dice:

—Tú no me has hecho nada. Pero de vez en cuando me exasperas.

UNA EXPLICACIÓN DE GOHA

Un día el egipcio Goha, llamado Goha el Simple, a fin de explicar, después de que muchos otros lo hicieran, por qué el mundo está hecho como lo vemos, preguntó a los que le rodeaban:

—¿Sabéis por qué Alá el Supremo, ¡honor y gloria para él!, no les ha dado alas al camello y al elefante?

—No, no lo sabemos —contestaron riendo—. Pero tú nos lo vas a decir y así nos instruirás.

—Sí, os lo voy a decir. Si el camello y el elefante tuviesen alas, éstas no podrían sostenerlos. Entonces caerían sobre las flores de vuestros jardines y las aplastarían.

LOS GUISANTES Y LAS VAINAS

El escritor japonés Urabe Kenkô ha contado esta fantástica historia.

Un monje de corazón muy puro se detuvo en el transcurso de un viaje para pasar la noche en una posada. Cansado, se acercó al fuego. Vio que estaban cociendo guisantes y que el fuego lo alimentaban las vainas de los mismos guisantes.

Oyó un ruido singular. Acercó su oreja a las llamas y, como tenía el alma pura, oyó que los guisantes decían a las vainas:

—Vosotras, que no nos sois extrañas —brr, brr—, ¿por qué nos estáis cociendo con tanta saña? ¿Por qué —brr, brr— tanta crueldad?

Y el monje oyó que las vainas contestaban:

—¿Acaso por casualidad creéis —css, css— que coceros nos hace felices? ¿Acaso no veis que también nos estamos quemando? ¿Y que, por desgracia, no podemos hacer nada?

LOS DOS MORTEROS

En una antigua colección de relatos, también japonesa, la *Shasekishū*, podemos leer que un monje dijo un día a sus discípulos:

—Los habitantes de este bajo mundo son estúpidos y están poco atentos a lo que hacen. Yo, por ejemplo, he imaginado un mecanismo muy interesante para machacar grano en dos morteros con la ayuda de un único mazo.

—¿Y cómo es ese mecanismo? —pregunta un discípulo.

—Es muy sencillo. Uno de los morteros se coloca en el suelo, como de costumbre, y el otro se cuelga del techo, boca abajo. De esta forma, al levantar y al bajar el mazo golpearán los dos morteros a la vez.

—Sí —dijo otro discípulo—. Es verdad, podríamos hacerlo de esa manera a condición de que los granos del mortero de arriba pudieran mantenerse en su sitio.

—Exacto —dijo el maestro—. Precisamente ése es el problema.

LOS BAMBÚS

Siguiendo en Japón, en la rica tradición zen, donde la brevedad de los cuentos los deja a veces como en suspenso, se cuenta que un discípulo le preguntó a su maestro el verdadero significado del budismo.

—Espera a que estemos a solas —dijo el maestro—, y te contestaré.

Cuando estuvieron a solas, el discípulo volvió a formular la pregunta. El maestro le hizo una señal para que lo siguiese y lo condujo hasta el jardín. En silencio, le mostró un bosquecillo de bambús.

El discípulo seguía sin comprender. Entonces el maestro le dijo:

—He aquí un bambú largo y he aquí uno corto.

LA RANA Y EL ESCORPIÓN

La siguiente historia es sin duda la más famosa que nos ha dejado la tradición africana. Recordemos que Orson Welles la contaba en su película *Mister Arkadin*.

Un escorpión, que deseaba atravesar un río, le dijo a una rana:

—Llévame a tu espalda.

—¡Que te lleve a mi espalda! —contestó la rana—. ¡Ni pensarlo! ¡Te conozco! ¡Si te llevo a mi espalda, me picarás y me matarás!

—No seas estúpida —le dijo entonces el escorpión—. ¿No ves que si te pico te hundirás en el agua y que yo, como no sé nadar, también me ahogaré?

Los dos animales siguieron discutiendo durante un rato, y el escorpión se mostró tan persuasivo que la rana aceptó cruzar el río con él. Lo cargó sobre su resbaladiza espalda, donde él se agarró, y empezaron la travesía.

Llegados en medio del gran río, allí donde se crean los remolinos, de repente el escorpión picó a la rana. Ésta sintió que el veneno mortal se extendía por su cuerpo y, mientras se ahogaba, y con ella el escorpión, le gritó:

—¡Ves! ¡Te lo había dicho! ¿Pero qué has hecho?

—No puedo evitarlo —contestó el escorpión antes de desaparecer en las glaucas aguas—. Es mi naturaleza.

Podemos señalar que esta historia ya se encuentra en las antiguas fábulas indias atribuidas a Bidpay. Sin embargo, en la fábula india, tenemos una tortuga en lugar de una rana. El escorpión intenta picarla, diciendo que no puede ir contra su naturaleza, pero no puede atravesar el caparazón.

La tortuga lo reprende, y luego se hunde y ahoga a su agresor.

LO QUE CONTESTÓ EL GUSANO DE LUZ

Saādi, el poeta persa, cuenta lo siguiente:

Un paseante curioso le preguntó a un gusano de luz:

—¿Por qué razón sólo brillas por la noche?

El gusano, en su particular lenguaje, le dio esta luminosa respuesta:

—Permanezco en el exterior igual de día que de noche pero, cuando el sol está en el cielo, no soy nada.

EL ERMITAÑO Y LA RATA

La historia de la rata que ha recorrido el mundo nació en la India, sin lugar a dudas (la encontramos en el *Panchatantra*).

Un ermitaño cuyo espíritu, por la soledad y la penitencia, gozaba de un poder incomparable, se mantenía en meditación, las manos abiertas con las palmas hacia el cielo, en el desierto donde transcurría su larga vida.

Un ave de rapiña pasó por encima de él y dejó caer una ratita gris en sus manos. El ermitaño contempló aquella ratita con una admiración casi ingenua. La ratita se puso a corretear por sus brazos, sus hombros e incluso su cabeza, mientras él se decía:

«He aquí una criatura viva que el cielo me envía como compañera. Tengo que interpretar los deseos del cielo. Como soy demasiado viejo para casarme, es sin duda mi hija quien acaba de caer en mi mano. Sí, nunca he tenido hijos, lo que es la falta más grave, y el cielo me lo hace saber. Esta rata será mi hija».

Reuniendo todos los poderes de su espíritu, pronunció las palabras que conocía a las que ni siquiera la misma materia se resistía, y la rata se transformó en una joven radiante que besó los pies del ermitaño, y que al momento lo llamó «padre».

Ella se puso a servirlo. El viejo estaba encantado de verla ir y venir trayendo agua y madera, cazando las pesadas moscas y sentándose unos instantes en el suelo para peinarle el pelo y limpiarle las uñas.

Pasaron dos años y el ermitaño, al observar rasgos de melancolía en el rostro de la joven, comprendió que había llegado el momento de encontrarle un marido. Pero como ella era de origen mágico, y había sido enviada por el cielo, le hacía falta un marido excepcional. El ermitaño reflexionó y le dijo:

—Ha llegado el momento de que te cases.

Ella se mostró muy satisfecha, le brillaron los ojos.

—¿Quién voy a darte como marido? ¿Quieres el sol? ¿Quieres que te case con el sol?

La joven levantó la mirada hacia el sol protegiéndose con la mano y dijo con una mueca:

—Oh, el sol está lejos, quema y desaparece cada noche. No, ¡quiero un marido que sea más fuerte que el sol!

—¿Más fuerte que el sol? —dijo el ermitaño y reflexionó más y más—. Pues bien, ¿quieres que te case con la nube? Porque la nube tapa el sol.

—La nube —dijo la joven torciendo el gesto— es gris, es fría, es húmeda. El rayo la atraviesa y entonces gruñe, y me hace temblar. No, quiero un marido que sea más fuerte que la nube.

—Sólo se me ocurre el viento —dijo el anciano—, porque el viento dispersa las nubes y les da caza. ¿Quieres que haga del viento tu marido?

—No —dijo la joven—, no me gusta el viento. Es brutal e indiscreto. A veces le agitan cóleras enormes. Es huidizo y mentiroso. Quiero un marido que sea más fuerte que el viento.

—La montaña —dijo el ermitaño—. Sí, la montaña es más fuerte que el viento, porque lo detiene. ¡Voy a casarte con la montaña!

La joven hizo una mueca de disgusto y le dijo a su padre:

—La montaña es pesada e inmóvil. Es triste. Incluso la encuentro bastante tonta. Quiero un marido que me comprenda, que pueda reír y viajar conmigo. Quiero un marido que sea más fuerte que la montaña.

Esta vez el ermitaño, a pesar de sus largas reflexiones, no pudo encontrar respuesta alguna. Bastante cabizbajo, se puso en camino para ir a encontrarse con otro ermitaño, que vivía un poco más lejos en el mismo desierto. Y le expuso su caso.

—Yo sólo veo una cosa que sea más fuerte que la montaña —le dijo el otro ermitaño, después de pensar mucho rato.

—¿Cuál? Te lo ruego, dime la respuesta.

—Es la rata —le contestó el ermitaño—, porque puede cavar galerías en la montaña y vivir de ésta, sin que la montaña pueda dañarla.

El ermitaño volvió a su hogar. Era de noche. Se encontró a la joven dormida, sonriendo con dulzura, acariciada por los reflejos de la luna, que la hacían todavía más hermosa. El ermitaño la observó un instante mientras dormía y luego empezó a meditar, reunió las fuerzas de su espíritu y pronunció las palabras indispensables.

La joven, mientras dormía, se volvió a convertir en una ratita gris que se puso a correr por la arena y las rocas. Al día siguiente encontró un macho. Y vivieron sus vidas ratoniles muy cerca del ermitaño, que así vio multiplicarse su progenie, que las aves rapaces se aprestaron a cazar.

2

EL MUNDO NO ES LO QUE ES

EL SILENCIO DE LA NOCHE

En algún lugar de Arabia, un maestro y su discípulo caminaban lentamente por un bancal, en plena noche.

De repente el discípulo dijo a media voz:

—Qué silencio…

—No digas: «Qué silencio» —le aconsejó el maestro—. Di: «No oigo nada».

LA FORMA DE LA NIEVE

Srulek, el Nasrudin o el Goha polaco, se acercó un día a un ciego y se sentó a su lado[1].

El ciego le preguntó:

—Srulek, dime, ¿cómo es la nieve?

—Es blanca —contestó Srulek.

—Ah —dijo el ciego.

Un momento más tarde volvió a preguntar:

—Pero ¿cómo es blanca?

—Blanca —dijo Srulek buscando las palabras—, blanca, como la leche.

—Ah —dijo el ciego.

Y un momento más tarde preguntó:

—¿Cómo es la leche?

—La leche —dijo Srulek— es como esos pájaros que están en los ríos, ya sabes, los cisnes…

—Ah —dijo el ciego.

Y un momento más tarde le preguntó a Srulek:

—Dime, Srulek, ¿cómo es un cisne?

—Pues, es un pájaro grande, con largas alas, un cuello muy largo y curvo y un pico así…

Srulek alargó el brazo y con el puño imitó al pico del cisne. El ciego alargó la mano y acarició, lenta y cuidadosamente, el brazo y la mano de Srulek, y entonces dijo sonriendo:

—Ah sí, ahora veo cómo es la nieve…

EL DRAGÓN AL NATURAL

Cuando el superior del templo de Myoshin-ji, en Japón, quiso hacer pintar un dragón en el techo central, le aconsejaron que se dirigiese al pintor Tanyu, que enseñaba a pintar al mismísimo emperador. Se decía que los dragones pintados por Tanyu tenían una apariencia de realidad extraordinaria. La gente incluso contaba que un día un techo se había hundido debido al perfecto movimiento dado por el pintor a la cola del fabuloso animal.

El superior del templo fue a visitar al pintor, examinó su trabajo y le dijo:

—Está bien, pero quiero que para el templo de Myoshin-ji pintes el dragón al natural.

—Me dejas pasmado —contestó el pintor—, y tengo que confesarte que nunca he visto un dragón.

—¿De verdad?

—De verdad. Por eso me veo obligado a rechazar tu encargo.

—Te comprendo. Sería muy poco razonable pedir a alguien que nunca ha visto un dragón que lo pinte. Pero ¿por qué no intentas ver uno?

—¿Dónde podría ver un dragón? —exclamó el pintor—. ¿Dónde viven?

—Pues, donde vivimos nosotros, por ejemplo, hay muchos. ¿Quieres venir a verlos?

—De acuerdo —dijo el pintor.

Los dos hombres se pusieron en camino. Al llegar al templo, el pintor pidió ver los dragones. El superior miró en todas direcciones y le dijo al pintor, que estaba con él en la habitación:

—Aquí hay muchos. ¿No los ves?

—No —dijo el pintor—. No los veo.

—Qué pena. Sin duda tendrás que ser paciente.

El pintor se pasó dos años en el templo practicando el zen con asiduidad. Una mañana, temblando de excitación, fue a ver rápidamente al superior y le dijo:

—¡He visto un dragón vivo! ¡Ya está! ¡Lo he visto!

—¿Estás seguro?

—¡Segurísimo! ¡Lo he visto como te veo a ti!

—Está muy bien. Estaba seguro de que llegarías a verlo. Y, dime, ¿qué te parece su grito?

MÁS DRAGONES

Evidentemente, el pintor no había oído el grito del dragón. Necesitó otro año de práctica zen para conseguirlo. Al final, podía ver y oír a su dragón. Incluso percibía a otros y a veces los oía. Pintó, en el techo central del templo, un dragón que era la misma imagen de la vida.

Todas las historias de dragones no acaban tan bien. Zhuangzi, un autor chino, cuenta que un tal Zhu Pingman fue a ver a un célebre maestro para aprender a matar dragones. Se pasó tres años trabajando duro y consagró toda su fortuna a adquirir el arte de matar dragones.

Por desgracia, en lo que le quedó de vida, nunca encontró un dragón.

EL SECRETO DEL ESCULTOR

Una historia contemporánea, probablemente francesa[1], presenta a un escultor que ordena que se le lleve un gran bloque de piedra y se pone a trabajar en él.

Unos meses más tarde, acaba de esculpir un caballo.

Entonces un niño, que le había observado trabajar, le preguntó:

—¿Cómo sabías que había un caballo dentro de la piedra?

EL PAISAJISTA

Muchas historias chinas toman a un pintor como personaje principal. Marguerite Yourcenar se inspiró de forma excelente en una de esas historias para la primera de sus *Nouvelles orientales*. Sabemos por otra parte que la pintura de calidad gozaba de una reputación particular, y que rivalizaba con la realidad. Un emperador hizo borrar una cascada de un cuadro de su habitación porque el ruido del agua no le dejaba dormir.

Un pintor de mucho talento fue enviado por el emperador a una provincia lejana, desconocida, recién conquistada, con la misión de traer imágenes pintadas. El deseo del emperador era conocer así aquella provincia.

El pintor viajó mucho, visitó todos los recodos de los nuevos territorios, pero regresó a la capital sin una sola imagen, sin ni siquiera un boceto.

El emperador se sorprendió, e incluso se enfadó.

Entonces el pintor pidió que le dejasen un gran lienzo de pared del palacio. Sobre aquella pared representó todo el país que acababa de recorrer. Cuando el trabajo estuvo terminado, el emperador fue a visitar el gran fresco. El pintor, varilla en mano, le explicó todos los rincones del paisaje, de las montañas, de los ríos, de los bosques.

Cuando la descripción finalizó, el pintor se acercó a un estrecho sendero que salía del primer plano del fresco y parecía perderse en el espacio. Los ayudantes tuvieron la sensación de que el cuerpo del pintor se adentraba poco a poco en el sendero, que avanzaba poco a poco por el paisaje, que se hacía más pequeño. Pronto una curva del sendero lo ocultó a sus ojos. Y al instante desapareció todo el paisaje, dejando el gran muro desnudo.

El emperador y las personas que lo rodeaban volvieron a sus aposentos en silencio.

EL PINTOR SALVADO

Otra historia china.

Un gran pintor, culpable de arrogancia ante el emperador, fue condenado a ser colgado por los dedos gordos de los pies. Como último favor, pidió ser colgado por un solo dedo gordo, lo que le fue concedido.

El emperador y su séquito se retiraron, seguros de que el pintor moriría lentamente y, por lo tanto, de forma atroz.

El pintor solo, colgado boca abajo y con las manos atadas, consiguió llegar al suelo con su dedo gordo libre. Dibujó ratas en la arena, debajo de él, utilizando la uña. Aquellas ratas estaban tan bien dibujadas que subieron por la cuerda y la royeron hasta romperla.

El pintor sabía que el emperador no vendría enseguida. Y se alejó sin darse prisa, llevándose las ratas consigo.

EL HOMBRE EN EL FRESCO

Este paso a otro mundo gracias a los sortilegios de la representación se vuelve a encontrar en esta tercera historia china.

Dos hombres visitaban un monasterio acompañados por un viejo monje. Las paredes estaban cubiertas de frescos de gran calidad y en uno de ellos, en medio de un grupo de personajes mágicos, había una joven radiante. Se adivinaba que todavía era joven por su larga y suelta cabellera, ya que, en aquellos tiempos, después de haberse casado, las mujeres se peinaban obligatoriamente con moño.

Uno de los dos hombres se detuvo frente a aquella pintura y la miró. Le pareció que su cuerpo perdía todo peso y que se elevaba en el aire, como transportado por una nube. Se encontró al otro lado de la pared, en el fresco, perdido en medio de una arquitectura desconocida.

Allí vio a la joven, que se alejaba riendo. La siguió, llegó a una casa desconocida, y la joven, con una mirada y un gesto, lo invitó a entrar. De inmediato se convirtieron en marido y mujer, y fueron felices.

Después de un tiempo (cuya duración es incierta), las compañeras de la joven aparecieron y le señalaron a su amiga que ahora tenía que adoptar el peinado de una mujer casada, el moño. Cosa que hizo, con horquillas y cintas.

De repente, fuera de la casa, se oyeron pesados pasos, una voz que gritaba y ruidos de cadenas. La joven esposa pareció asustarse mucho y le dijo al hombre que se escondiese de inmediato debajo de la cama. Apareció un individuo, negro y amenazador, vestido con una armadura de oro, llevando látigos y cadenas. Las jóvenes se reunieron a su alrededor y él les preguntó si por casualidad había algún mortal entre ellas.

—¿Estáis todas aquí? —dijo.

—Sí, estamos todas aquí.

El recién casado, tumbado debajo de la cama, no se atrevía ni a respirar. Oyó que se alejaban los pasos del terrorífico visitante, pero por todas partes parecían ir y venir personas como buscando alguna cosa (o a alguien). Tumbado, agazapado en aquel sitio estrecho, le dolían las orejas y los ojos.

Mientras tanto, en los pasillos del monasterio, el amigo del recién casado había constatado su desaparición. Le habló de ello al viejo monje, y éste le dijo:

—Oh, ha ido a predicar la ley.

—¿Y adónde?

—Sin duda no demasiado lejos.

Entonces el viejo monje, dirigiéndose al fresco, dijo:

—¿Qué es lo que te retiene tanto tiempo?

Una sombra se dibujó del otro lado del muro, en el fresco. Reconocieron la silueta del desaparecido, que parecía escuchar a través del muro, y el monje le dijo:

—Su amigo lo está esperando y se impacienta.

Entonces el hombre salió del muro, la mirada fija, las piernas temblorosas. Dijo que, escondido debajo de la cama, había oído un ruido fortísimo, comparable a un trueno, y que había salido para conocer la razón de aquel ruido.

Los tres hombres, mirando el fresco, constataron que la joven radiante, siempre en el mismo lugar, había cambiado de peinado y que ahora llevaba el moño de mujer casada.

El hombre que volvía del fresco y cuyo cuerpo parecía sacudido por el miedo, quiso saber por qué había cambiado de peinado. Pero el viejo monje le contestó, alzando levemente los hombros:

—Las visiones nacen de los que las miran. ¿Qué explicación puedo darte?

Entonces los visitantes bajaron por las escaleras del templo y se fueron en silencio.

LOS MEJORES PINTORES

Siempre a propósito de la pintura, los persas cuentan que un día se organizó un concurso entre dos grupos de artistas. Unos eran chinos, los otros bizantinos. Vivían en la corte del mismo príncipe y nunca dejaban de rivalizar.

Entonces el príncipe decidió enfrentarlos en un concurso.

Se colocó a los dos grupos de pintores en una sala que una cortina dividía en dos espacios iguales, y se les encargó decorar dos muros, que estaban uno frente a otro.

Los chinos pidieron gran cantidad de brochas, pinceles y toda clase de colores.

Los pintores bizantinos, ante la sorpresa general, no pidieron nada.

El día de la presentación, el rey acudió con toda su corte. Primero destaparon los frescos chinos y todo el mundo quedó maravillado. Era un trabajo insuperable.

Entonces se destapó el muro de los bizantinos y allí estaban las mismas figuras, los mismos colores que en el muro pintado por los chinos, pero invertidos. Los bizantinos se habían contentado con pulir a conciencia su muro, hasta el punto de dejarlo como un deslumbrante espejo.

Las pinturas de los chinos se reflejaban en aquel muro sin sufrir las asperezas del muro ni los imborrables defectos de la materia. Las imágenes ganaban en pureza, en gracia, en ligereza, eran mucho más hermosas porque no se las podía tocar.

EL POBRE Y EL REY DE ORO

El otro mundo a veces es fugaz, y mucho, como lo muestra una historia popular india.

Un día, un pobre hombre que vivía en la miseria y mendigaba de puerta en puerta, observó un carro de oro que entraba en el pueblo llevando a un rey sonriente y radiante.

El pobre se dijo de inmediato: «Se ha acabado mi sufrimiento, se ha acabado mi vida de pobre. Este rey de rostro dorado ha venido aquí por mí, lo sé. Me cubrirá de migajas de su riqueza y viviré tranquilo».

En efecto, el rey, como si hubiese venido para ver al pobre hombre, hizo detener el carro a su lado. El mendigo, que se había postrado en el suelo, se levantó y miró al rey, convencido de que había llegado la hora de su suerte. Entonces, de repente, el rey extendió la mano hacia el pobre y le dijo:

—¿Qué tienes para darme?

El pobre, muy sorprendido y muy desilusionado, no supo qué decir. «¿Es un juego —se preguntó— lo que el rey me propone? ¿Se burla de mí? ¿Es un nuevo pesar?».

Entonces, al ver la persistente sonrisa del rey, su luminosa mirada y su mano tendida, el pobre metió la mano en su alforja, que contenía unos puñados de arroz. Cogió un grano de arroz y se lo dio al rey, que le dio las gracias y se fue enseguida, llevado por unos caballos sorprendentemente rápidos.

Al final del día, al vaciar su alforja, el pobre encontró un grano de oro.

Se puso a llorar diciendo:

—¡Por qué no le habré dado todo mi arroz!

¿QUÉ ES LA PROFUNDIDAD?

Un koan —breve relato instructivo o reflexivo— atribuido a Tchao-Tchan dice lo siguiente.

Un discípulo le pregunta a su maestro cuál es la profundidad del río Zen.

—Tres pulgadas —le contesta el maestro.

—Entonces, ¿quién puede nadar en este río?

—La montaña.

LA FALTA DE CONFIANZA

Ese otro mundo, que a veces se desliza como por inadvertencia en éste, no es siempre convincente, como lo muestra esta historia judía contemporánea.

Un judío ha hecho fortuna.

Decide, por primera vez en su vida, pagarse unas vacaciones en la nieve e incluso practicar el esquí.

Inexperimentado, torpe, se sale de la pista y cae en un barranco. Por un milagro se agarra en el último momento a un débil arbusto que crece entre las rocas. Debajo de él, el vacío y la muerte. Sus manos se aferran al arbusto, pero nota que pronto va a caer. Las raíces del arbusto empiezan a romperse.

El judío, angustiadísimo, levanta la mirada al cielo y grita:

—¿Hay alguien ahí? ¿Hay alguien ahí?

—Aquí estoy, hijo mío —le responde una voz solemne—. No temas y suelta el arbusto. Mis ángeles te cogerán y te dejarán suavemente en el suelo.

El judío piensa un momento antes de gritar:

—¿Hay alguien más?

EL CIELO DEL GORRIÓN

Ésta es una historia turca.

Había un gorrión minúsculo que, cuando retumbaba el trueno de la tormenta, se tumbaba en el suelo y levantaba sus patitas hacia el cielo.

—¿Por qué haces eso? —le preguntó un zorro.

—¡Para proteger a la tierra, que contiene muchos seres vivos! —contestó el gorrión—. Si, por desgracia, el cielo cayese de repente, ¿te das cuenta de lo que ocurriría? Por eso levanto mis patas para sostenerlo.

—¿Con tus enclenques patitas quieres sostener el inmenso cielo? —preguntó el zorro.

—Aquí abajo cada uno tiene su cielo —dijo el gorrión—. Vete, idiota, tú no lo puedes entender.

EL ARPA SIN CUERDAS

En la tradición sufí, a menudo sutil e incluso secreta, se cuenta la historia de un ermitaño de gran reputación e incomparables poderes que vivía retirado en el desierto.

Un día, mientras permanecía inmóvil como siempre en el mismo sitio, vio aparecer en el horizonte una especie de bola de polvo. Aquella bola se hizo más y más grande y el ermitaño pronto reconoció a un hombre que se le acercaba corriendo y levantando aquella polvareda.

El hombre, que era joven, llegó hasta el ermitaño y se postró ante él. Jadeaba. El ermitaño lo dejó que se recuperara y luego le preguntó:

—¿Qué quieres?

—Maestro —le contestó el joven—, he venido a oírte tocar el arpa sin cuerdas.

—Como quieras —le dijo el ermitaño.

El santo hombre no varió su postura lo más mínimo. No cogió ningún instrumento, no hizo nada. El ermitaño y el ferviente discípulo permanecieron inmóviles el uno frente al otro durante «un cierto tiempo» y, ese cierto tiempo, dependiendo del humor o de la formación de los narradores, duró algunas horas, algunos días o algunos años. De hecho, tiene poca importancia.

Tras ese «cierto tiempo», el joven dejó percibir, quizá por un gesto, una inclinación, por un carraspeo, un incipiente cansancio.

—¿Qué te pasa? —le preguntó el ermitaño.

El joven dudó un poco. Farfulló. No se entendía demasiado bien lo que quería decir. Para ayudarlo el ermitaño le preguntó, inclinándose hacia él:

—¿No has oído nada?

—No —contestó el joven con voz culpable.

—Entonces —le preguntó el ermitaño—, ¿por qué no me has pedido que tocase más fuerte?

LOS DOS SASTRES

Dos pequeños sastres judíos, en un barrio pobre de Londres, trabajaban el uno frente al otro desde el final de la Segunda Guerra Mundial. Cortaban y cosían incansables, hablando de vez en cuando de distintas cosas.

Uno le dijo al otro:

—¿Irás de vacaciones este año?

—No —contestó el segundo tras un momento de reflexión.

Regresaron a su silencio. Más tarde, el segundo sastre dijo de repente:

—Fui de vacaciones en 1964.

—¿Fuiste de vacaciones en 1964? —preguntó el primero, muy sorprendido.

—Sí.

Entonces el primer sastre, que no recordaba ninguna ausencia de su compañero, le dijo:

—¿Y adonde fuiste?

—A la India.

—¿A la India?

—Si. Fui a cazar el tigre de Bengala.

—¿Fuiste a cazar el tigre a Bengala? ¿Tú?

Los dos hombres habían dejado de trabajar y se miraban. El segundo sastre, que parecía muy tranquilo, retomó la palabra para contar lo siguiente:

—Partí al alba sobre un magnífico elefante que un gran príncipe me había prestado. Armado con cuatro fusiles de culatas de plata y acompañado por toda una escolta de ojeadores, me aventuré en una montaña solitaria. De repente un tigre enorme se levantó rugiendo frente a mi montura, el tigre más grande que nunca se había visto en aquella región de Bengala. Mi elefante, asustado, se tiró para atrás, me caí en unos matorrales espinosos y el tigre se me echó encima y me devoró.

—¿Te devoró? —preguntó el primer sastre, que había estado escuchando estupefacto.

—Me devoró… por completo, hasta el último pedazo de carne.

—Pero bueno, ¿qué me cuentas? ¡Ningún tigre te devoró! ¡Sigues vivo!

Entonces el segundo sastre retomó el hilo, retomó la aguja y le dijo al primero:

—¿A esto lo llamas vida?

UNA BUENA PROTECCIÓN

Mula Nasrudin estaba un día rodeando su casa con un círculo de migajas de pan. Un paseante se detuvo y le preguntó la razón de aquel singular proceder.

—Es para protegerme de los tigres —contestó Nasrudin.

—¡Pero si aquí no hay tigres!

—Sí —dijo Nasrudin—. Ya ves que esto funciona.

EL ÁRBOL DE LOS DESEOS

Otra historia de tigres, esta vez de la India.

Un viajero muy cansado se sentó a la sombra de un árbol, sin sospechar que acababa de encontrar un árbol mágico, el árbol que hacía realidad los deseos.

Sentado en el duro suelo, pensó que sería muy agradable estar en una cama blandita. De inmediato la cama apareció a su lado.

Sorprendido, el hombre se tumbó en ella, diciéndose que el colmo de la felicidad sería que una joven viniese a masajear sus cansadas piernas. La joven apareció y le hizo un masaje muy agradable.

«Tengo hambre —se dijo el hombre—, y en este momento comer sería una delicia». Apareció una mesa, abarrotada de suculentos alimentos. El hombre se regaló. Comió y bebió. La cabeza le daba vueltas. Sus párpados, por la acción del vino y el cansancio, se cerraban. Se echó en la cama y pensó de nuevo en los maravillosos sucesos de aquella extraordinaria jornada.

«Voy a dormir una hora o dos —se dijo—. Con tal de que un tigre no pase por aquí mientras yo duermo».

Entonces apareció un tigre y lo devoró.

LAS NUBES DE UTANKA

La larga historia que viene a continuación procede del *Mahābhārata*. Está en el último canto del gran poema indio.

Al final de la gran batalla de Kurukshtetra, que enfrentó durante dieciocho días a los pandava y a sus primos los kaurava, batalla que ganaron los primeros gracias a los astutos consejos de Krishna, éste regresó a su casa. Llegó con su escolta a la ciudad de Dvaraka, al borde del mar.

Al atravesar un desierto, recordó la existencia de un famoso ermitaño, llamado Utanka, al que unos ejercicios de ascetismo especialmente difíciles le habían conferido un prodigioso poder.

Krishna decidió desviarse un poco para saludar al ermitaño. Éste, que sabía que Krishna se había presentado tiempo atrás como embajador ante los kaurava para intentar mantener la paz, le preguntó:

—¿Y bien? ¿Has llevado a cabo tu misión con éxito? ¿Viven los pandava y sus primos en paz gracias a ti?

—¿No estás al corriente? —le dijo Krishna, que parecía sorprendido.

—¿Al corriente de qué?

—¡Hemos librado una guerra!

—¿Una guerra?

—Una guerra terrible, espantosa. Al parecer hay más de ciento sesenta millones de muertos. Devastadoras armas han sido lanzadas. Centenares de reyes yacen en tierra. Todo el universo ha sido sacudido por un peligro de muerte.

—¡Ciento sesenta millones de muertos! —exclamó Utanka—, ¡Y tú no has impedido tal carnicería!

—Ni la inteligencia, ni el trabajo, ni el poder del espíritu pueden cambiar el destino. Tú debes saberlo bien, oh, gran sabio.

El rostro de Utanka enrojeció de cólera.

—¡Qué! —gritó—. ¡No has hecho nada para evitar todas esas muertes!

—He hecho todo lo que he podido —dijo Krishna.

—¡Tú! ¡Tú que podías impedir esa guerra, has dejado correr el río de la sangre! ¡Estoy poseído por la rabia y voy a maldecirte! ¡Porque habrías podido salvarlos pero, yo lo sé, en tu corazón, habías condenado a los kaurava!

—Yo deseaba la victoria de los pandava —dijo Krishna— porque soy de los que defienden la vida ante la destrucción. He hecho todo lo necesario para obtener esa victoria. No me he echado atrás ante nada porque había colocado lo que defendía por encima de todo. Pero nunca deseé la guerra.

—¡Mientes! —gritó Utanka fuera de sí—. ¡Una vez más, mientes! ¡Y ahora voy a maldecirte!

El ermitaño levantó el brazo y abrió la boca para lanzar su maldición. Y la fuerza de su maldición hacía temblar a todas las criaturas.

Krishna se apresuró a dar unos pasos atrás y le dijo a Utanka:

—¡Detente! ¡Escúchame! ¡Vas a cometer el error más grave de tu vida!

El ermitaño contuvo un instante su cólera.

—Conozco ese irresistible poder que construiste en la soledad desde tu juventud —le dijo Krishna—. Y no quiero que lo pierdas por una maldición equivocada. Voy a hacer por ti algo que raramente hago. Voy a mostrarte quién soy. Mírame.

Entonces Krishna, inmóvil en el desierto, los ojos entrecerrados y la boca entreabierta, le mostró a Utanka su forma universal. Utanka vio a todas las criaturas en una, vio el silencio y la luz, la muerte y la vida, vio los incomprensibles desarrollos del tiempo, vio todos los mundos en un punto.

—Estoy deslumbrado —dijo el ermitaño cayendo de rodillas en la tierra seca—. Estoy deslumbrado y calmado. Te doy las gracias.

—Quiero concederte un favor —le dijo entonces Krishna, retomando su forma dulce y afable—. ¿Qué deseas?

—No deseo nada. Verte me basta.

—Te lo he dicho —volvió a decir Krishna con cierta insistencia—, quiero concederte un favor. Dime tu deseo.

El ermitaño, que adivinó una trampa, pensó un momento antes de decir:

—Pues bien, como ves vivo en estos desolados territorios y me falta agua. Haz que siempre que tenga sed encuentre agua.

—Concedido —dijo Krishna.

Y siguió su camino.

Algunos años más tarde, caminando por el desierto con la garganta reseca por la sed, Utanka recordó la promesa de Krishna y lo llamó.

Inmediatamente oyó un ruido terrible y vio aparecer frente a él a un personaje espantoso, una especie de cazador que al instante reconoció como a un hombre de la clase más baja, desnudo, velludo, de cabellos abundantes, armado hasta los dientes, muy sucio, cubierto de sudor y de babas, los ojos atravesados por un rojo brillante, rodeado de una jauría de perros que ladraban.

Ese hombre agarró con la mano su enorme verga, de donde salía orina en abundancia.

Miró a Utanka y le dijo riendo:

—¿Tienes sed? Toma, bebe.

—¿Qué? —exclamó el ermitaño, temblando.

—Siento mucha compasión por ti —dijo el salvaje riendo—. Acepta esta agua.

Utanka se sintió presa de una cólera desconocida, con la que se mezclaba un sentimiento de profunda vergüenza.

—¿Me ofreces tu orina? —dijo con voz temblorosa.

—Sí, ya que tienes sed.

Entonces Utanka cedió a su carácter irascible. Llevado por la cólera más absoluta, profirió insultos inauditos, mientras pateaba el suelo. Pero el cazador estalló en carcajadas y desapareció con sus perros ladradores.

El ermitaño, incapaz de recuperar su calma reemprendió su camino, la garganta ardiéndole. Un poco más lejos, en el recodo de una duna, se encontró de repente con Krishna, que se le acercaba sonriendo, y le lanzó los más duros reproches.

—¿Cómo has podido romper tu promesa? ¿Cómo has podido burlarte de mí, ofrecerme la orina de un vulgar cazador?

—Aquel cazador era yo —le contestó Krishna con tranquilidad—, pero no me has reconocido. Y la bebida que te ofrecía era el néctar de la inmortalidad. Pero tú eres mortal, Utanka. Y un mortal no puede hacerse inmortal. Y por eso no me podías comprender. Me has rechazado y conmigo al néctar. Adiós, Utanka. Nunca más tendrás sed, porque te lo he prometido, pero quedarás sometido a la muerte.

Krishna se alejó.

Utanka no lo vería nunca más. Vivió muchos años, pasó por singulares aventuras. Pero en el fondo de su corazón guardaba una imborrable tristeza porque sabía que había perdido la ocasión. Y sin embargo, por todas partes, lo seguía una masa de nubarrones negros, que le daban lluvia cuando lo deseaba.

La gente las llamaba «las nubes de Utanka», y gritaba de alegría al verlas aparecer en el cielo del desierto.

EL VIENTRE DEL NIÑO

Este mundo ha desaparecido y vuelto a aparecer varias veces. Así lo dicen las tradiciones cíclicas, como la india.

Hace mucho tiempo, cuenta el *Mahābhārata*, al final de uno de esos larguísimos períodos del universo que en la India llaman *yugas*, todas las criaturas perecieron una vez más. Este mundo en el que vivimos, la tierra, no era más que un pantano gris, con bruma y frío. Un anciano estaba solo, salvado de la destrucción por no se sabe qué razón. Se llamaba Markandeya. Andaba y andaba por el agua glauca, agotado, sin encontrar en ningún sitio un cobijo, una voz, un rastro de seres vivos. Andaba sin descanso, el espíritu desesperado y la garganta llena de angustia.

De repente, sin saber por qué, se detuvo, se dio la vuelta y vio un árbol que había surgido muy cerca de él en el pantano, una higuera; y al pie del árbol vio a un niño muy hermoso, sonriendo.

Markandeya miró, sin aliento, vacilante, sorprendido por la presencia de aquel niño. Entonces el niño le dijo, sin perder la sonrisa:

—Veo que buscas reposo. Entra en mi cuerpo.

Al oír aquellas palabras, el anciano sintió súbitamente un gran desdén por una larga vida humana. El niño abrió la boca. De inmediato se levantó un viento muy violento, una ráfaga irresistible, y Markandeya se sintió atraído, arrastrado hacia aquella boca abierta. Entró, a su pesar, y cayó en el vientre del niño. Una vez allí, al mirar a su alrededor vio un riachuelo, árboles, rebaños, vio mujeres que llevaban agua. Se levantó, avanzó, vio una ciudad, calles, gente, ríos. En el vientre del niño, para su sorpresa, vio la tierra entera, tranquila y hermosa, vio el océano, vio el cielo infinito.

Se puso en movimiento y caminó mucho tiempo, durante más de cien años, sin llegar jamás al final de aquel cuerpo. Entonces el potente viento volvió a levantarse, Markandeya se sintió aspirado hacia arriba, salió por la boca del niño y lo vio bajo la higuera.

El niño lo miró sonriendo y le dijo:

—Espero que hayas descansado.

EL DEDO DE BUDA

Una historia china cuenta que un día el mono se maravillaba ante su propia agilidad.

—Salto de forma admirable de rama en rama, corro como el viento, brinco, por momentos incluso tengo la impresión de que vuelo.

Un hombre que pasaba por allí —era Buda disfrazado, pero el mono no podía reconocerlo porque estaba demasiado ocupado en sí mismo— oyó las palabras del animal y le dijo lo siguiente:

—¿Ves aquel gran poste que se levanta allí, en medio del campo?

El mono miró en la dirección que señalaba el hombre y vio un poste muy alto, muy visible.

—Te propongo una carrera —prosiguió el hombre—. Se trata de ir y volver lo más aprisa posible.

—¿Puedo utilizar los árboles? —preguntó el mono.

—Claro. Puedes llegar hasta el poste por los medios que desees. Pero, para estar los dos seguros de que se ha llegado hasta la cima del poste, tendremos que dejar nuestra marca, nuestra firma. ¿Aceptas?

—¿Vamos hasta el poste —preguntó el mono, prudente y astuto—, lo escalamos, dejamos nuestra firma y el primero que vuelva aquí ha ganado?

—Exacto.

El mono pensó un instante y miró al hombre, que era viejo y un poco gordo.

—Estoy de acuerdo —dijo finalmente.

Sospechaba que había una trampa pero no veía cuál.

La señal de partida fue dada. El mono se lanzó a una velocidad pasmosa, yendo de árbol en árbol como por alado encantamiento. Llegó al poste, lo escaló sin el menor esfuerzo aparente, dejó su firma con rapidez, bajó y regresó dando saltos hasta el punto de partida.

Allí encontró al hombre, que parecía no haberse movido y que lo esperaba sonriendo.

—¡He ganado! —dijo el mono.

—No —dijo el hombre—. Has perdido.

—¿Cómo es posible? ¡He llegado al poste en menos de tres respiraciones, lo he escalado, he firmado y he vuelto aquí! ¡Y tú, durante este rato, no te has movido!

—¿Por qué debería haberlo hecho? —preguntó el hombre.

El mono no supo qué responder. Allí estaba, resoplando un poco y muy desconcertado.

—Mira —le dijo entonces Buda, bajo su disfraz de hombre, enseñándole uno de sus dedos.

El mono miró aquel dedo y vio que la extremidad estaba marcada por una firma muy clara.

El mono, sin comprender nada, miró hacia el campo, hacia el lugar donde, un instante antes, había un gran poste.

Pero el poste había desaparecido.

3

SI QUIZÁS TODO NO ES MÁS QUE UN SUEÑO, ¿QUIÉN ES EL QUE ESTÁ DURMIENDO?

EL SUEÑO DE LA MARIPOSA

La idea de que toda vida es cuestionable, de que toda percepción puede ser engañosa, de que todo juicio puede rebatirse, de que toda afirmación que parece objetiva encierra una parte secreta de arbitrariedad, dicha idea corre por el mundo desde que el pensamiento dejó sus primeras huellas.

Una historia china muy célebre trata de lleno de estas dudas del espíritu. Chuang-tzu nos la ha transmitido.

Un hombre sueña que es una mariposa. Revolotea con gracia de flor en flor, abriendo y cerrando sus alas, sin el más mínimo recuerdo de su naturaleza humana.

Cuando despierta, se da cuenta con sorpresa de que es un hombre. Pero ¿es un hombre que acaba de soñar que era una mariposa? ¿O una mariposa que sueña que era un hombre?

Dicen que nunca pudo responder a esta pregunta.

EL ALCOHOL SOÑADO

Otra historia china nos presenta a un hombre que duerme y que en su sueño encuentra una botella de licor de arroz. Muy feliz —porque en realidad es demasiado pobre para poder comprar alcohol—, encuentra un infiernillo, lo enciende, pone el alcohol a calentarse, como debe ser.

De repente se despierta.

—Tendría que haberlo bebido frío —se dice.

EL SUEÑO DE CH’HÂ

La misma estructura se encuentra un poco en todas partes, como, por ejemplo, en esta historia judía.

Una noche cualquiera, Ch’hâ soñó que un desconocido venía a visitarle y le daba, sin explicación alguna, nueve monedas de plata.

Pero Ch’hâ no las aceptaba, diciendo:

—¿Por qué nueve monedas? ¡Dame una más, que al menos sea un número redondo!

El hombre negó con la cabeza. Sólo quería darle nueve monedas. Ch’hâ insistió, discutió, se quejó, suplicó y se debatió hasta tal punto que acabó por despertar. Entonces vio que se trataba de un sueño. Su mano estaba vacía.

Dos segundos más tarde se volvió a acostar, cerró los ojos y se durmió murmurando:

—Bueno, vale, dame las nueve monedas.

EL TESORO DEL RABINO

Otra historia judía célebre, cuyo origen quizá sea polaco.

Un viejo rabino que se llamaba Eisik, hijo de Jekel, y que vivía en Cracovia, tuvo un sueño que le ordenó con precisión dirigirse a Praga. Allí, debajo del gran puente que conducía al castillo del rey, descubriría un tesoro.

El rabino rechazó aquel sueño e intentó olvidarlo. Pero el sueño lo persiguió con tanta tenacidad que al final el rabino se puso en camino. En Praga, el gran puente se encontraba tan bien vigilado día y noche por temibles centinelas que el rabino no se atrevió a buscar el tesoro. Pero, como estaba merodeando por el puente, acabó por hacerse notar por un capitán, que le preguntó con severidad qué hacía allí.

El rabino, bastante ingenuo, contó el motivo de su viaje, o sea, su persistente sueño. El oficial se echó a reír tirando la cabeza hacia atrás y se burló del rabino.

—¡Un sueño! —exclamó—. ¿Has llevado a cabo tantos esfuerzos por un sueño?

—Sí —dijo el rabino—, por un sueño.

—¿Si te dijese —prosiguió el capitán sin dejar de reír—, si te dijese que yo también he tenido un sueño?

—¿Cuál?

—¡Una voz me decía que fuese a Cracovia y que allí encontraría un gran tesoro en la casa de un rabino!

—¿En la casa de un rabino?

—Sí, de un tal Eisik. Cerca de la estufa.

—¿Eisik, hijo de Jekel?

—¿Lo conoces? —preguntó el capitán.

Pero el rabino no contestó. Ya había dado media vuelta. Volvió corriendo a Cracovia.

En cuanto a si encontró un tesoro junto a la estufa, o si buscó en vano, este punto se deja a criterio del lector. Depende del humor del momento, de lo

que brillan las miradas de quienes escuchan y de los movimientos invisibles del aire.

EL DINERO SOÑADO

Mula Nasrudin escoge, a su manera, entre sueño y realidad.

Un día su hijo le dijo:

—Esta noche he soñado que me dabas cien dinares.

—Perfecto —le dijo su padre—. Como eres un niño muy bueno, puedes quedártelos. Cómprate lo que quieras.

LA PRINCESA Y EL ESCLAVO

La vida como un sueño: una hermosa historia persa pone en escena este temor del espíritu.

En el transcurso de un paseo, una princesa de gran alcurnia vio a un esclavo de una belleza extraordinaria. En aquel instante su corazón quedó preso y el deseo la hizo olvidarse de todo.

Una hábil sirvienta, que la acompañaba a todas partes, observó aquella repentina turbación y preguntó por su motivo.

—El amor me domina —dijo la princesa—. He quedado sin voluntad, sin resistencia. Aquí me ves, dispuesta a renunciar a mi honor y a mi vida.

—¿El amor de un esclavo? —preguntó la sirvienta.

—Lo sé. Todo me prohíbe mantener relaciones con él. Pero ver a ese hombre me ha hecho arder por dentro. Si no hablo con él moriré entre gemidos.

—¿Qué querrías exactamente?

La princesa pensó un momento y contestó:

—Querría gozar de su presencia pero sin que él lo supiera.

—Esta noche te lo traeremos a escondidas —dijo la sirvienta—, y ni siquiera él lo sabrá.

Al caer la noche, la sirvienta se vistió de forma agradable, se perfumó y fue allí donde estaba el esclavo, como para divertirse con él. El esclavo, al verla joven y deseable, la hizo sentarse a su lado. Ella le pidió dos copas de vino, que él le sirvió. Echó en la copa del esclavo un narcótico en polvo que él bebió sin enterarse.

No tardó en perder el conocimiento. Aparecieron unos hombres y lo llevaron en secreto ante la princesa. Lo bañaron, le vistieron de seda, le colocaron perlas en el cabello, lo sentaron en un trono de oro.

A medianoche, el esclavo abrió los ojos. Preguntó, mirando con sorpresa a su alrededor, mientras se elevaba una invisible música nocturna:

—¿Dónde estoy? ¿Qué palacio es éste? ¿De dónde han salido esos tapices? ¿Esas velas perfumadas de ámbar? ¿Esa música?

La princesa entró en aquel instante. Se acercó a él, lo abrazó.

—Estoy atónito —dijo el esclavo—. Ya no tengo ni razón, ni vida. Ya no estoy en este mundo y sin embargo tampoco estoy en el otro.

La princesa abrió sus delicados labios, mostró su perfecta dentadura y preguntó:

—¿Tienes sed?

—Me muero de sed.

—Aquí tienes vino.

Le ofreció una copa de vino fresco que tenía el perfume de las flores nocturnas. Toda la noche el sol del vino circuló a la luz de las velas. Toda la noche la mirada confusa del esclavo permaneció fija en el rostro de la princesa. Toda la noche ella le hizo el amor con ardor y entre gemidos.

El esclavo permaneció en aquella especie de sueño real hasta el alba. Entonces, en una última copa de vino, de nuevo una droga lo durmió, le quitaron sus ropas de amor y lo volvieron a llevar a la vivienda de los esclavos donde estaba antes.

Al despertarse, gritó de miedo. Los otros esclavos quedaron sorprendidos.

—¿Dónde estamos? —gritó.

—¿Cómo que dónde estamos?

—¿Qué ha pasado? ¡Ayudadme!

—La noche acabó. ¿Por qué gritas? ¿De qué tienes miedo?

—¡Lo que yo he visto nadie lo verá, nadie!

—¿Qué has visto? ¡Cuéntanoslo!

El esclavo, que todavía notaba en los brazos el recuerdo de los perfumes de la noche, intentó contar su excepcional aventura. Pero, para empezar, le faltaban las palabras. Sólo sabía balbucear:

—No puedo deciros nada… Estoy desconcertado… Lo que he visto, lo he visto en otro cuerpo. No he oído nada, aunque lo he oído todo… No he visto nada, aunque lo he visto todo.

—¡Has soñado! —dijo otro esclavo.

—No sé si he soñado. No sé si estaba borracho.

Al decir aquellas palabras, el esclavo se levantó y se dirigió hacia la puerta. Sus compañeros le preguntaron:

—¿Adónde vas?

—No lo sé. Pero tengo que irme. Tengo que irme.

No tenía derecho a abandonar el palacio y el servicio del príncipe. Sin embargo, nadie lo detuvo cuando cruzó el patio y salió por la puerta principal. Quizá la princesa había dado órdenes secretas a los guardias de la mañana.

Desapareció en el campo. Caminó mucho tiempo, se pasó el resto de la vida caminando de país en país. Los viajeros que se lo encontraron lo describieron como «un hombre estupefacto». Hablaba del tiempo «en que estaba vivo», añadiendo que había pasado toda una noche junto a una princesa a la que nada igualaba en perfección.

—La he visto, y no la he visto —decía—. La he tocado, y no la he tocado. La he amado, y no la he amado. No hay nada en el mundo más sorprendente que una cosa que no es ni clara ni oscura.

Aquello era todo lo que se podía oír de su boca. Caminaba, fiel a su delirio. Ni siquiera sabía ya lo que buscaba.

EL SUEÑO DEL HALVA

Otra historia árabe, que encontramos en el *Masnavi* de Rumi, pero que ha calado, siempre en forma humorística, en casi todas las otras tradiciones.

Un cristiano, un judío y un musulmán que viajaban juntos se detuvieron en un albergue, donde alguien les trajo *halva*, el típico dulce Turco. El judío y el cristiano no tenían hambre. Le dijeron al musulmán:

—Nos lo comeremos mañana.

—Pero ¿por qué mañana? —gritó el musulmán, que tenía el estómago vacío—. ¡Dividamos este *halva* en tres partes y que cada uno disponga de la suya!

—¡Ni hablar! —dijeron los otros—. ¡Aquel que divide la obra de Dios merece el infierno!

Se fueron a dormir.

Por la mañana, después de la plegaria, se encontraron y decidieron contarse los sueños que habían tenido la noche anterior. Aquel que hubiese tenido el sueño más hermoso recibiría la parte de aquel cuyo sueño fuese juzgado como el peor.

El judío empezó:

—Caminando, he soñado que me cruzaba con Moisés. Lo he seguido hasta el Sinaí. Una extraordinaria luz nos rodeaba y entonces vi que la montaña se separaba en tres. Un trozo muy grande de la montaña cayó en el mar, otro encima de la Tierra, donde brotaron riachuelos…

Y el judío continuó, contando su encuentro con profetas, prodigios y magníficos ángeles.

Después de lo cual el cristiano tomó la palabra:

—Jesús se me ha aparecido —dijo—. Con él he subido hasta la altura del sol. Lo que he visto no lo puedo describir, no se puede comparar con las imágenes de este mundo…

Entonces se volvieron hacia el musulmán, esperando que él les contase su sueño.

—Amigos míos —dijo—, mi sultán Mustafá se me ha aparecido. Me ha dicho: «Uno de tus compañeros de viaje ha ido al Sinaí. Camina acompañado por la verdadera palabra de Dios. Está colmado de luz y amor. El otro está en el cielo, ¡donde Jesús lo ha llevado en toda su gloria! ¡Venga, levántate! Esta noche tus amigos han sido muy favorecidos. Gozan de la compañía de los ángeles y las estrellas. ¡Tú al menos aprovéchate del *halva*! ¡No pierdas el tiempo!».

—¿Y entonces? —preguntaron los otros dos.

—¿Cómo podría yo haber desobedecido aquella santa orden?

¡Me he levantado y me he comido el *halva*!

EL SUEÑO DEL PAN

La tradición sufí cuenta la misma historia de la siguiente manera.

En el transcurso de un duro viaje, tres viajeros se hicieron amigos. Compartían los placeres y las penas.

Mientras atravesaban con dificultad un desierto, se dieron cuenta de que sólo les quedaba una torta de pan y la mitad de una bota de agua. ¿Quién podía comer aquel pan y beber aquella agua? El espíritu de la disputa los enfrentó. Intentaron repartir el pan y el agua, y renunciaron a ello porque la cantidad era demasiado pequeña.

Al caer la noche, con el estómago vacío, decidieron tumbarse y dormir.

—Al despertar —dijo uno—, nos contaremos nuestros sueños. Aquel que haya tenido el sueño más hermoso propondrá su solución.

Y los otros obedecieron.

Se levantaron a la mañana siguiente cuando el sol iluminaba el desierto.

—He aquí mi sueño —dijo el primer viajero—. Me desplazaba suavemente por indescriptibles regiones, de una belleza tranquila y conmovedora. Allí encontré a un hombre de brillante mirada que me pareció la mismísima bondad y que me dijo: «Eres tú el que mereces el pan, por tu vida pasada y también por tu vida futura, que son dignas de la admiración de los hombres».

—¡Qué extraño! —gritó el segundo viajero—. Porque yo en mi sueño he visto mi vida pasada, he visto mi vida futura y, en esta última, que todavía no ha empezado, me he encontrado con un hombre de gran sabiduría que me ha dicho: «Eres tú quien merece el pan, bastante más que tus compañeros, porque eres más paciente e instruido. El destino te ha elegido para dirigir a otros humanos. Es esencial que estés bien alimentado».

Entonces el tercer viajero dijo:

—En mi sueño no he visto nada, no he oído nada, no he dicho nada. No me he encontrado ni con mi vida pasada ni con mi vida futura. Ningún sabio me ha dirigido la palabra. Pero he sentido una presencia todopoderosa,

irresistible, que me ha forzado a levantarme, a buscar el pan, a buscar el agua, a comerme el pan y a beberme el agua. Y eso es lo que he hecho.

LA BAILARINA Y EL DESEO

Una historia de origen árabe nos presenta a una encantadora bailarina que sabía bailar la más voluptuosa de las danzas, la de los cuatro encantos, a la que ningún hombre se resiste. La cabeza hacia atrás, la boca entreabierta, los brazos extendidos, el cuerpo sabiamente desnudo, había sentido, ante la mirada de príncipes, todos los escalofríos del amor.

Al final de la danza, empapada en sudor y respirando de forma entrecortada, se fue de la sala y se desplomó en el jardín, cerca de un estanque donde flotaban rosas, y apoyó su frente caliente contra el mármol.

Un joven que la había seguido, poseído por el deseo de su cuerpo, se acercó a ella en medio de la noche, le hizo un comentario acerca de su perfecta danza y le preguntó en voz baja si le gustaba la voluptuosidad.

—No sé —le contestó ella— lo que significa esta palabra.

EL ESPEJO CHINO

El espejo es a menudo accesorio del sueño.

Un campesino chino se fue a la ciudad para vender su arroz. Su mujer le dijo:

—Por favor, tráeme un peine.

En la ciudad, vendió su arroz y bebió con unos compañeros. En el momento de regresar, se acordó de su mujer. Ella le había pedido algo, pero ¿qué? No podía recordarlo. Compró un espejo en una tienda para mujeres y regresó al pueblo.

Entregó el espejo a su mujer y salió de la habitación para volver a los campos. Su mujer se miró en el espejo y se echó a llorar. Su madre, que la vio llorando, le preguntó la razón de aquellas lágrimas.

La mujer le dio el espejo diciéndole:

—Mi marido ha traído a otra mujer.

La madre cogió el espejo, lo miró y le dijo a su hija:

—No tienes de qué preocuparte, es muy vieja.

MELCA EL INVISIBLE

Una historia india, de América del Norte, nos presenta a un ser invisible a quien se le podía pedir todo. Bastaba con hacerle correctamente la pregunta.

Un chamán de un pueblo habitado por la desgracia decidió ir a buscar a aquel ser invisible y pedirle ayuda. De camino, encontró una rana tuerta y le preguntó dónde se encontraba el ser invisible.

—No conozco el lugar exacto —le contestó la rana—. Pero no muy lejos de aquí encontrarás a dos mujeres ganso que te informarán.

El chamán pasó la noche con la rana tuerta y a la mañana siguiente se volvió a poner en camino. Las mujeres ganso le indicaron sin problemas la morada del ser invisible y le dijeron su nombre. Se llamaba Melca.

Al llegar a la morada, una voz le preguntó:

—¿Qué quieres?

—Vengo a buscarte —dijo el chamán—. ¿Puedes venir conmigo?

—¿Está lejos?

—A tres días de camino.

—Voy a preparar mis cosas. Espérame donde viven las dos mujeres ganso. No te quedes aquí. Si las personas que viven aquí te encontrasen, te devorarían.

El chamán, que había mirado en vano en todas direcciones, regresó junto a las dos mujeres ganso, que le dieron comida. Mientras estaba comiendo, llegó un hombre visible que le dijo:

—Soy Melca. Pasemos la noche aquí. Saldremos mañana.

A la mañana siguiente los dos se pusieron en marcha y llegaron a la orilla del río. Allí había una canoa y Melca propuso que se subieran a ella.

—¡Pero nos verán! —dijo el chamán inquieto.

—No, no nos verán —contestó Melca.

Se fueron en la canoa, que pertenecía a las personas que vivían allí. Un niño, que jugaba delante de la puerta de su casa, entró para decirles a sus padres:

—Hay una vieja canoa navegando por el río, los remos se mueven pero no hay nadie en ella.

Todos salieron rápidamente y vieron, al igual que el niño, una canoa vacía cuyos remos se movían. Siguieron un momento la canoa a lo largo del río y luego regresaron a sus casas.

Cuando el chamán llegó a su pueblo con Melca, la gente le preguntó:

—¿Lo has encontrado?

—Sí, aquí está.

—¿Dónde?

—Aquí, en la canoa, conmigo.

—¡Dile que baje!

El chamán se dio cuenta de que Melca era invisible para los habitantes del pueblo. Sólo el chamán podía verlo. Lo hizo bajar de la canoa y lo llevó a su casa, donde su mujer había preparado comida. Entonces le dijo:

—Te quedarás con nosotros para siempre.

Melca vivió en el pueblo, como presencia invisible y bienhechora. La madera se apilaba sola alrededor de las casas. Los fuegos se encendían. Al instante de haber pescado el pez, éste era limpiado y puesto a secar.

Y así el pueblo olvidó las desgracias.

Entonces Melca murió. Tras su muerte todo el mundo pudo ver su cadáver. No era más que un pequeño cachito de hombre.

UN SUEÑO HÚMEDO

Una breve historia zen nos presenta a un hombre que deseaba ardientemente hacerse rico. Sólo pensaba en el dinero, sólo rezaba por conseguir dinero. Un día de invierno, de regreso del templo, vio un gran monedero apresado en el hielo del camino.

Pensando que sus plegarias habían sido por fin escuchadas, intentó sin éxito coger el monedero. El objeto seguía preso del hielo. Entonces el hombre orinó encima del monedero para fundir el hielo.

Y se despertó en una cama completamente mojada.

EL HOMBRE QUE NO SABÍA HISTORIAS

Una antigua historia irlandesa nos traslada de otro modo a los territorios de la ilusión.

Había un hombre que se llamaba Brian. Cortaba cañas y hacía cestas. Un año —un mal año— las cañas escasearon en la región. Las únicas cañas se encontraban aquel año en un valle que se decía habitaban peligrosas criaturas.

Brian se decidió. Le pidió a su esposa que le preparase provisiones y se fue hacia el valle solitario. En poco tiempo cortó un gran haz de buenas cañas pero, cuando estaba a punto de atarlas, una neblina se espesó a su alrededor. Brian decidió esperar. Se sentó y comió sus alimentos. Era tal la oscuridad a su alrededor que ni siquiera podía verse los dedos de la mano.

Muy asustado, se levantó. Miró hacia el este, miró hacia el oeste, y vio una luz. Caminó, tropezando y cayendo, hacia aquella luz. Vio una casa grande. La apacible luz pasaba a través de la ventana y de la puerta abierta.

Brian asomó la cabeza por la puerta. En el interior de la casa vio a un anciano y a una anciana, los dos sentados. Lo saludaron llamándole por su nombre y lo invitaron a sentarse junto al fuego.

Brian se sentó entre los dos. Pasaron un rato charlando. Entonces el anciano le dijo:

—Cuéntanos una historia.

—No puedo —contestó Brian—. Si hay algo que no he hecho nunca en mi vida, es contar una historia.

—¿No sabes ninguna historia?

—Ninguna.

Los ancianos intercambiaron una rápida mirada y la anciana le dijo a Brian:

—Ve a sacar un cubo de agua del pozo. Haz algo útil.

—Haré lo que sea —dijo Brian—, mientras no sea contar una historia.

Cogió un cubo y fue a llenarlo al pozo. Dejó el cubo en el brocal para que descendiera. En aquel instante un tremendo golpe de viento levantó a Brian

por los aires. Fue llevado hacia el este, fue llevado hacia el oeste y, cuando volvió a caer al suelo, no pudo ver ni el pozo ni el cubo.

Vio una luz. Tropezando y cayéndose, caminó hacia aquella luz. Vio una casa grande, mucho más grande que la primera, dos luces en el interior y una luz delante de la puerta.

Brian asomó la cabeza por la puerta. Vio una habitación en la que se estaba velando a un muerto: una fila de hombres sentados contra la pared del fondo, una fila de hombres en la pared de delante. Frente al fuego, sentada en una silla, una muchacha de pelo negro largo y rizado. Saludó a Brian por su nombre y lo invitó a sentarse a su lado.

Tímidamente, Brian se sentó a su lado. Pero, un momento más tarde, un hombre corpulento, que participaba en el velatorio, se levantó y dijo:

—Este velatorio es muy lúgubre. Tendríamos que ir a buscar un violinista. Nos haría bailar de lo lindo.

—¡Ah! —dijo la muchacha de pelo negro largo y rizado—. No tenéis necesidad de ir a buscar a un violinista porque esta noche tenemos aquí al mejor rascatripas de Irlanda. Es él, es Brian.

—¡No puedo! —gritó Brian—. Si hay algo que no he hecho nunca en mi vida es tocar un violín.

—¿No sabes tocar el violín?

—Ni el violín, ni ningún otro instrumento. No sé nada de música. Ni de canto.

Ella insistió:

—No me dejes por mentirosa —dijo—. Eres el violinista que nos hace falta. Lo sé.

De repente Brian sostenía en sus manos un violín y un arco, y tocaba, y tocaba tan bien que todos bailaban en el salón y decían que nunca habían bailado con una música tan viva.

El hombre corpulento detuvo de repente el baile y dijo:

—Ahora tenemos que ir a buscar a un sacerdote para celebrar la misa, porque este cadáver tiene que ser enterrado antes del alba.

—¡Ah! —dijo la muchacha de pelo negro largo y rizado—, no tenéis necesidad de ir a buscar a un sacerdote porque aquí tenemos al mejor sacerdote de Irlanda. Es él, es Brian.

—¡Yo no tengo nada de sacerdote! —gritó Brian—. ¡Y no conozco nada de dicha profesión!

—Venga, venga —dijo ella—, lo harás tan bien como lo otro.

De repente Brian estaba de pie frente a un altar, dos acólitos a su lado, llevando las ropas sacerdotales.

Celebró la misa e incluso recitó las plegarias de después. Todos los asistentes afirmaron que nunca habían asistido en Irlanda a una misa similar.

Entonces el cuerpo fue colocado en un ataúd y cuatro hombres lo cargaron sobre sus hombros. Tres de aquellos hombres eran pequeñitos. El cuarto, en cambio, era grande, con lo cual el ataúd iba tambaleándose de aquí para allá.

—Es absolutamente necesario —dijo el hombre que daba órdenes— ir a buscar a un médico para que corte un trozo de las piernas de ese hombre. De esa forma estará al mismo nivel que los otros.

—¡Ah! —dijo la muchacha de pelo negro largo y rizado—, no necesitáis ir a buscar un médico porque esta noche tenemos aquí al mejor médico de Irlanda. Es él, es Brian.

—¡Si hay algo que no he hecho nunca en mi vida —aseguró Brian— es ejercer la medicina! ¡Si ni siquiera la he estudiado!

—Venga, venga —dijo ella—, lo harás tan bien como lo otro.

De repente tuvo en las manos la sierra y los bisturís. Cortó un trozo de las piernas del hombre, por debajo de las rodillas, volvió a unirlas, y los cuatro hombres que llevaban el ataúd quedaron nivelados.

Caminaron lentamente hacia el oeste, hasta el cementerio. Un gran muro de piedras rodeaba el cementerio, que carecía de puerta. Tenían que pasar uno a uno por encima del muro y bajar por el otro lado. El último en pasar fue Brian.

Entonces un brutal golpe de viento se llevó á Brian por los aires. Fue llevado hacia el este, fue llevado hacia el oeste y, cuando cayó al suelo, no pudo ver ni el ataúd ni el séquito. Había vuelto a caer muy cerca del pozo. Vio el cubo, vio las gotas de agua que todavía no se habían secado en el brocal.

Cogió el cubo y volvió a la casa. La anciana y el anciano estaban sentados en el mismo sitio, allí donde los había dejado. Soltó el cubo y volvió a ocupar su sitio entre los dos.

—Y bien —le dijo la anciana—, ¿sigues siendo incapaz de contar una historia?

LA EVIDENCIA DE LA MENTIRA

Una historia coreana nos cuenta lo siguiente.

En la época en que el tigre todavía fumaba en pipa, un viejo ciego vivía en una casa sin techo. En el más frío invierno llevaba ropa de lino. Ocupado en meter tabaco en una pipa sin caña, el ciego miraba el paisaje. En la montaña de enfrente vio árboles sin raíces y urracas sin alas que llevaban comida a sus hijos sin pico. El ciego también vio pasar corriendo un corzo sin patas. Entonces, cogiendo su fusil sin cañón, el viejo ciego corrió hacia la montaña y disparó al corzo sin patas. Luego ató al animal muerto y volvió a mirar la montaña, cuya cara soleada estaba cubierta de una nieve negra. Quiso cortar hierba con su hoz sin cuchilla, cuando de repente apareció una víbora sin cabeza que mordió la hoz. De la hoz mordida salió un chorro de sangre. El viejo arrancó un trozo de algodón de su chaqueta de lino, vendó la hoz que sangraba, cortó unas hierbas y las cargó a lomos del corzo muerto. Deseoso de franquear el río sin agua, subió por la montaña seguido por el animal. Pero el oleaje del río se llevó al corzo muerto, cargado de heno.

El viejo ciego gritó desolado:

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Mi corzo muerto se ha ahogado en el río sin agua! ¡Mi corzo muerto se está muriendo!

A esta llamada que no se podía oír, un sordo contestó el primero. Le pidió a un inválido, a un lisiado sin piernas, que se tirase al río para salvar al corzo muerto que iba a morir. En aquel preciso instante apareció un mudo y gritó:

—¡Dejad, dejad! ¡Es muy fácil! ¡Ahora veréis!

Dicho esto, el mudo se tiró al agua y sacó el corzo muerto. En cuanto lo depositó en el suelo, el corzo se puso a cuatro patas y empezó a brincar, diciendo:

—¡Es una pura mentira! ¡Es una pura mentira!

Entonces todos los otros, el viejo ciego, el sordo y el mudo, se dieron cuenta sorprendidos de que todo aquello no era en realidad más que una mentira.

EL SUEÑO DEL CIERVO

Lie Tsen ha contado una historia que combina a las mil maravillas el juego del pensamiento y la ilusión.

Un hombre, en un bosque, cazó a un ciervo y lo mató. Para esconderlo, colocó el cuerpo del animal en un hoyo cubierto de ramas y volvió a su casa. Era invierno. La carne del ciervo podía conservarse.

Algunos días más tarde el hombre olvidó el lugar del escondite. E incluso empezó a preguntarse: ¿No sería quizá un sueño? Contó su historia.

Otro hombre, que lo había escuchado, consiguió encontrar el ciervo. Le dijo a su mujer:

—Un hombre había soñado que había matado a un ciervo. Yo lo he encontrado. Su sueño era real.

—¿Y si ha sido al revés? —le dijo la mujer—. ¿Si tú has visto en sueños a un hombre que había matado un ciervo? Es posible. Y entonces es tu sueño el que es real y no el suyo.

—Yo he encontrado un ciervo —dijo el hombre—. ¿Soy yo quien lo ha soñado? ¿O ha sido otro hombre? Poco importa. He encontrado un ciervo.

El primer hombre, el que había matado realmente al ciervo, vio entonces en sueños el lugar donde había escondido el cuerpo del animal. También soñó con el hombre que lo había encontrado. Al día siguiente fue a visitarlo, le pidió el ciervo, y se enzarzaron en una viva discusión. Fueron llevados ante el juez.

Éste se declaró incapaz de decidir y aún más porque la mujer del primero seguía pretendiendo que su marido lo había soñado todo, desde el principio.

«¿Quién ha soñado? —se preguntaba el juez—. ¿El primero, que ha creído haber soñado, habrá matado realmente al ciervo? ¿O ha soñado haberlo matado? El segundo no dice haber matado el ciervo. Simplemente dice haberlo soñado. ¿Sería posible que él lo hubiese matado? ¿Y que lo haya olvidado?».

El juez pensó mucho rato sin llegar a conclusión alguna, y finalmente ordenó que el ciervo fuese cortado en dos: una mitad para cada uno de los dos

hombres.

Un príncipe, que había escuchado el juicio, preguntó:

—¿Y si el juez, a su vez, hubiese soñado que partía el ciervo?

Y otra vez, al tratarse de un príncipe, se discutió la posibilidad. Pero sin llegar a conclusión alguna.

—Nadie puede distinguir realmente entre el sueño y la realidad. Los antiguos sabios quizá fueron capaces. Pero ya no están aquí.

Entonces se repartió el ciervo.

¿QUIÉN ERES TÚ?

La tradición zen, en Japón, cuenta que un discípulo le preguntó al maestro Tchao-Tchan cómo liberarse del ciclo del nacimiento y de la muerte.

El maestro cerró los ojos, levantó su taza de té y preguntó:

—¿Quién eres tú?

—Soy Ts’en-Tchên.

—O sea, que no eres una sombra.

—Es posible.

—Eres una sombra.

—Es posible.

—O sea, que no eres una sombra.

UNA VOZ EN LA NOCHE

Un breve poema persa nos dice:

—Anoche una voz me murmuró al oído: «Una voz que por la noche te murmura al oído no existe».

4

EL YO ES TENAZ, OSCURO, DETESTABLE, QUIZÁS INCLUSO INEXISTENTE

EL SABOR DE LA MIEL

De entre todos los relatos, todos los diálogos, todas las reflexiones que hablan de la condición humana y de la existencia (o de la inexistencia) del ego, podemos empezar por un texto indio clásico, muchas veces citado y comentado, que también figura en el *Mahābhārata*.

Un hombre solo se adentraba en un bosque oscuro y habitado por animales feroces. Una inmensa red envolvía el bosque, pero el hombre no lo sabía porque la red era invisible al ojo humano.

Una mujer de ojos rojos vigilaba todas las cosas que iban, cada una a su ritmo, hacia un fin inevitable.

El hombre tenía que pasar por aquel bosque.

De repente, al oír los aullidos de las fieras, le entró miedo. Corrió y cayó en un pozo negro. Como por milagro, consiguió agarrarse a unas hierbas, a unas raíces enredadas en el borde del agujero.

Sentía debajo de él, en el fondo del pozo, la respiración caliente de una serpiente enorme que abría la boca. Veía que se iba a caer y que lo devoraría aquella horrible criatura. Encima de él, derribando los árboles, vio acercarse un elefante gigantesco que levantó la pata para aplastarlo. Surgieron unas ratas blancas y negras y se pusieron a roer las raíces a las que estaba agarrado. En aquel preciso instante unas peligrosas abejas volaron por encima del agujero y dejaron caer unas gotitas de miel.

Entonces el hombre soltó una de sus manos y extendió el dedo lentamente, con precaución. Extendió el dedo para recoger las gotas de miel.

Amenazado por tantos peligros, al borde de tantas muertes, no se había dejado ganar por la indiferencia y el sabor de la miel todavía lo ilusionaba.

¿QUIÉN ESTÁ AHÍ?

Otro cuento, también muy célebre y repetido a menudo, nos llega de Japón, del budismo zen.

Un discípulo, que quería ver a su maestro y hablar con él, fue a llamar a su puerta.

—¿Quién está ahí? —preguntó el maestro.

—Rinzo.

—¡Vete! —gritó el maestro de forma brutal.

Incluso acompañó aquella orden con un insulto.

Rinzo se fue sin comprender, regresó unas horas más tarde y volvió a llamar a la puerta, esta vez con más timidez.

—¿Quién está ahí? —preguntó el maestro.

—Rinzo…

—¡Vete!

Y el maestro añadió varios insultos despectivos.

Rinzo se fue muy triste y desolado. Se pasó toda la noche sufriendo y reflexionando. Al alba, los ojos hinchados, el corazón en un puño, fue por tercera vez a llamar a la puerta del maestro, que preguntó:

—¿Quién está ahí?

—Nadie… —contestó el discípulo en voz baja.

—¡Ah, Rinzo! —dijo entonces el maestro—. ¡Abre la puerta, pasa!

EL HOMBRE QUE BUSCABA SU IGUAL

La siguiente historia es africana. Procede, al parecer, de la tradición malinké.

Un hombre, muy orgulloso de su fuerza, cogió un toro de tres años, lo colocó debajo de su gorro y partió en busca de su igual en el mundo.

Cuando llegaba a algún sitio, gritaba:

—¡Busco a mi igual!

—¿Tu igual?

—¡Sí! ¡Busco a un hombre capaz de meter a un toro de tres años en su gorro!

—Aquí no está tu igual —le contestaban.

Así recorrió setenta y siete pueblos, sin encontrar a su igual. En el pueblo número setenta y ocho, encontró a una anciana majando. Él le dijo que buscaba a su igual.

—Mis tres hijos están en la selva —le dijo la mujer de avanzada edad—. Espérales, no tardarán. ¡Pero no hables de tu igual en su presencia!

—Bueno.

Se sentó y esperó. La vieja daba unos golpes de mortero terribles, que hacían que él se sobresaltase y se encogiera contra la pared. De repente, vio un enorme torbellino de polvo que se dirigía hacia el pueblo.

—¿Qué es ese torbellino? —preguntó.

—Es el polvo de los pies de mis hijos —contestó la vieja—. Ya llegan.

—¿Qué dices?

—Es el polvo de sus pies.

—¡Ah!

Cuando los tres hijos llegaron, la vieja le dijo al forastero que fuese a recibirlos. Pero el mayor le dijo:

—¡Dirígete a mis hermanos!

Y el segundo le dijo:

—¡Dirígete a mi hermano pequeño!

El hermano pequeño sostenía en la mano uno de sus zapatos, que estaba roto. Al ver al que le daba la bienvenida, le dio el zapato. El zapato aplastó al hombre que llevaba en la cabeza un toro de tres años. Se asfixiaba, no podía levantarse.

Los otros tres se sentaron y preguntaron a su madre:

—¿Quién es este niño que ha venido a recibirnos?

—Le he dado mi zapato —dijo el más joven—, ¡y ya no le oigo!

—Corre a quitarle el zapato de encima —dijo la madre—, si no vas a matar al hijo de otra mujer.

El más joven de los hermanos levantó el zapato. El hombre que buscaba a su igual se irguió y se acercó con su toro de tres años. La hora de la cena se acercaba. La madre sirvió la comida en una escudilla tan grande que en su interior cabían diecisiete personas.

Los tres hermanos y la madre empezaron a comer. El otro, el que buscaba a su igual, ni siquiera llegaba a la escudilla. Los otros lo alzaron y lo sentaron en el borde. Sus pies colgaban en el vacío. Entonces resbaló y cayó. Desapareció entre la comida.

El más joven de los tres hermanos lo cogió inadvertidamente y se lo metió en la boca, sin ni siquiera darse cuenta de que se estaba tragando a un hombre que llevaba un toro de tres años.

Cuando acabaron de cenar, la madre preguntó:

—¿Y el niño? ¿Dónde está?

—No lo sé.

—¿No os lo habréis tragado alguno de vosotros?

—Ah, quizá —dijo el más joven—. He notado un tropezón entre la comida. Quizá era él.

—¡Pero, si no le haces salir de tu estómago, vas a matarlo! —le dijo su madre.

El más joven de los hermanos salió para ir a vomitar la cena.

El hombre salió al exterior, con su toro de tres años en el gorro.

Cuando llegó el momento de dormir, la madre les dijo a sus tres hijos:

—Él dormirá con vosotros.

El hombre se acostó con ellos, con su toro de tres años. Pero, cada vez que uno de los hermanos respiraba, el hombre era atraído con violencia hacia su nariz y, cuando espiraba, se veía arrojado brutalmente contra la pared.

—¡Si no se va de aquí, va a morir! —dijo uno de los hermanos.

Entonces le dieron una manta y lo enviaron a dormir en la choza de su hermana pequeña. La muchacha estaba acostada boca arriba y dormía. Sin

querer, el hombre, con su toro de tres años, entró en el sexo de la joven, se acostó y allí pasó la noche.

A la mañana siguiente todo el mundo lo buscaba.

—¿Dónde está el niño? —le preguntaban los hermanos a su hermana—. ¡Le hemos enviado a dormir a tu choza!

—¿A mi choza? ¡Qué va! ¡Yo no he visto a nadie!

Lo buscaron por todas partes, sin encontrarlo. Los tres hermanos se fueron a la selva. La joven fue a mear y el hombre cayó al suelo.

—¡Vete deprisa! —le dijo la madre—. ¡Márchate! ¡No tienes que buscar a tu igual en el mundo actual! ¡Buscar a nuestro igual es buscar la desgracia! Pero no tomes ese camino, el liso. Es el que toman mis hijos cuando van a cagar.

—Tomaré el camino que quiera —dijo el hombre.

Se fue, con su toro de tres años en el gorro, cayó y se hundió en los excrementos de los tres hermanos, sólo le sobresalía la coronilla. Luego llegó un gallo que buscaba comida, cogió al joven con su toro de tres años y lo lanzó a la paja.

Después el joven siguió su camino.

Cuando los tres hermanos regresaron, su madre les dijo:

—El joven que estaba aquí, no os lo dije, pero estaba buscando a su igual.

—¿Su igual?

—¡Sí!

—¡Tendrías que habérnoslo dicho!

Furiosos, se lanzaron en su búsqueda, caminaron, caminaron mucho tiempo y al final encontraron a un hombre que estaba tejiendo. Un poco antes, el joven había llegado junto a aquel tejedor con su toro de tres años, y el tejedor los había metido a los dos, al hombre y al animal, en su tabaquera, que estaba en su calabaza de tejer.

Los tres hermanos lo saludaron, pero él no respondió. Se contentaba con decir, imitando el ruido regular de su canilla:

Tejo, no contesto a nadie.
Tejo, no contesto a nadie.

Uno de los tres hermanos se acercó amenazante.

—¿Qué me pica? —gritó el tejedor—. ¡Hay mosquitos muy grandes por aquí!

Cuando el segundo hermano se acercó, el tejedor dijo:

—¡Ah! ¡Hay muchas moscas tse-tsé por aquí!

Alargó la mano, cogió la ceiba sobre la que estaba sentado, en medio de la plaza del pueblo, la arrancó de raíz, la hizo girar por encima de su cabeza y la lanzó. La ceiba voló por los aires y cayó en el río.

Un sapo se la tragó, con ramas y todo.

Los tres hermanos renunciaron a encontrar al joven con su toro de tres años.

Regresaron junto a su madre, que les dijo:

—Seas quien seas, estás en medio. Hay personas delante de ti, hay personas detrás.

UN ESPEJO EN EL DESIERTO

El poeta persa que llamamos Rumi cuenta, en el *Masnavi*, la historia de un hombre de horrible fealdad que atravesó a pie el desierto.

Vio algo que brillaba en la arena. Era un trozo de espejo. El hombre se agachó, cogió el espejo y lo miró. Nunca antes había visto un espejo.

—¡Qué horror! —exclamó—. ¡No me extraña que lo hayan tirado!

Tiró el espejo y prosiguió su camino.

EL MONO Y EL CUCHILLO

Otra breve historia sufí.

Un hombre entró enloquecido en la casa de un derviche, forzó la puerta y gritó:

—¡Deprisa! ¡Deprisa! ¡Hay que hacer algo! ¡Un mono acaba de coger un cuchillo!

—No te preocupes —le dijo el derviche—. Mientras no lo coja un hombre…

EL TODOPODEROSO GURÚ

En la India, un discípulo profesaba a su gurú una confianza total, tan inquebrantable, que escalaba las más altas montañas y cruzaba los ríos caminando sobre las aguas sin hacer nada más, aparte de decir y repetir el nombre de su maestro.

Este, que fue testigo de cómo su discípulo atravesaba un río, se dijo: «Mi nombre es sin duda todopoderoso. He adquirido la fuerza del universo».

Al día siguiente, se precipitó hacia un río profundo gritando:

—¡Yo! ¡Yo!

Y se ahogó, porque no sabía nadar.

EL HOMBRE DE VIDA INEXPLICABLE

Otra historia, que se relaciona con la tradición sufí, da otro ejemplo de esta confianza espontánea e intenta aclarar —sabiendo que es imposible— los secretos movimientos del destino.

Un hombre al que nada distinguía de los otros, un tal Mojud, vivía en la oscuridad. Trabajaba en la Oficina de Pesos y Medidas. Un día, en un parque vio levantarse frente a él la silueta de Khidr, el misterioso guía de los sufís. Y Khidr le dijo:

—Deja tu empleo. Encuéntrate conmigo en la orilla del río dentro de tres días.

Inmediatamente Mojud comunicó a su jefe su decisión. Iba a dejar su trabajo. Toda la gente de la ciudad lo tomó por loco. Sus amigos, su familia intentaron disuadirlo, en vano. Y muy pronto, como numerosos candidatos apetecían su puesto, cayó en el olvido.

El día señalado encontró cerca del río la silueta de Khidr, que le dijo:

—Rompe tus ropas. Tírate al agua.

Obedeció sin pensar. Como sabía nadar, no se ahogó. Fue recogido por un pescador, que lo subió a su barca y le dijo:

—¡Has perdido la chaveta! ¿Qué intentas hacer?

—No lo sé exactamente —contestó Mojud.

Mojud permaneció con el pescador. Le enseñó a leer y escribir, lo ayudó en su trabajo. Pasaron unos meses. Entonces la forma de Khidr apareció cerca de la cama de Mojud y le dijo:

—Levántate y vete.

Mojud dejó de inmediato la humilde casa del pescador y caminó hasta un amplio camino. Al alba, se encontró a un campesino que se dirigía al mercado con su asno. El campesino le dijo:

—Si buscas trabajo, ven conmigo. Necesito a alguien que me ayude.

Mojud lo siguió sin dudarlo y trabajó con el campesino casi dos años. Aprendió un gran número de cosas concernientes a la tierra y los cultivos.

Una tarde, mientras estaba embalando lana, Khidr se le apareció y le dijo:

—Deja tu trabajo. Ve hasta la ciudad de Mosul y, con tus ahorros, abre un comercio de pieles.

Así lo hizo Mojud. Durante tres años ejerció con éxito de mercader de pieles en Mosul. Había amasado una importante cantidad de dinero y soñaba con comprar una casa, cuando Khidr apareció y le dijo:

—Da todo tu dinero y ve a abrir una tienda de comestibles a Samarkanda.

Mojud se fue de Mosul enseguida para abrir una tienda de comestibles en Samarkanda. En aquella época de su vida, empezó a mostrar los primeros signos de iluminación. Curaba a los enfermos, se ponía al servicio de la gente. Penetraba cada vez con mayor profundidad en el duro misterio del mundo.

Derviches y poetas lo visitaban y le preguntaban:

—¿Quién fue tu maestro? ¿Quién te ha enseñado?

—Es difícil de decir —contestaba Mojud.

—¿Cómo empezaste tu vida?

—Era empleado de la oficina de Pesos y Medidas.

—¿Renunciaste a tu empleo para dedicarte a las mortificaciones?

—No, no. Renuncié, eso es todo.

La gente no le comprendía.

—Cuéntanos tu vida —le decían—. ¿Qué has hecho exactamente?

—Salté a un río, me convertí en pescador y luego me fui en plena noche. Trabajé la tierra como un campesino. Estaba embalando lana cuando fui hacia Mosul, donde me convertí en comerciante de pieles. Ahorré dinero y luego lo di. Tras lo cual vine a Samarkanda, donde abrí una tienda de comestibles. Y eso es todo.

—Tu inexplicable conducta —le dijeron sus visitantes— no aclara de dónde proceden tus poderes.

—Lo sé —dijo Mojud—. Pero así es.

Eran incapaces de comprender el lugar del mundo invisible en la vida de Mojud, ese mundo que penetra en silencio en todo y que convierte los sucesos en algo inexplicable. Creemos conocer las causas de los sucesos, se decía Mojud, todos pretendemos conocer la razón de las cosas, y nadie ve que un mundo invisible nos mueve y determina.

Mojud murió en Samarkanda, aureolado por una extraña reputación y contentándose con repetir a todo recién llegado:

—He hecho esto y aquello. Así es.

Tras su muerte, sus biógrafos le dieron una vida mejor y terriblemente apasionante. Porque los santos deben tener vidas de santo. Es el deseo del lector lo que siempre lo sustrae a la secreta realidad de la existencia.

LA VISITA DE LA CASA

Una historia contemporánea —se contaba en Estados Unidos en los años setenta— retoma con habilidad un tema antiguo y lo desarrolla con acentos de hoy.

Dos amigos, que no se veían desde el colegio, se encuentran. Uno es un modesto profesor de literatura, el otro ha triunfado en los negocios.

—Tienes que venir a mi casa —exclama este último—. ¡Mira mi coche!

Le enseña un fantástico y reluciente Rolls-Royce. Un chófer se acerca, gorra en mano.

—Es mi chófer —dice el hombre rico—. Sube.

Los dos amigos se sientan en la parte de atrás del maravilloso coche. Un momento más tarde llegan delante de una reja muy alta que se abre automáticamente.

—Mis jardines. Mis árboles. Mira.

El profesor mira a su alrededor maravillado, mientras el coche serpentea por las avenidas de una propiedad inmensa.

—Mis pistas de tenis, mi campo de golf. Allí, mis caballos.

El coche se detiene finalmente ante la monumental fachada de una residencia de estilo Victoriano. Un criado se precipita para recibir a su señor, que sale del coche diciéndole a su amigo:

—He aquí mi casa. Mis rosales. Mi césped. Mis piscinas. Mis garajes.

Los dos hombres entran en el interior de la casa y el hombre de negocios prosigue:

—Mi salón, mi escalera. Aquí, mi Chagall, mi Renoir. Mi colección de porcelanas. Mis tapices.

Acompaña al profesor hasta una biblioteca gigantesca, repleta de libros raros, ricamente encuadernados.

—Mi biblioteca, mis incunables, mis tafiletes del siglo xvii, mis manuscritos miniados.

Así recorren la planta baja, y entonces suben al primer piso para seguir con la visita.

—Mis tapicerías, mis dibujos italianos…

El hombre rico pone la mano en el pomo de una puerta y dice:

—Mi habitación.

Abre la puerta. En el interior, en una cama desordenada, se encuentran un hombre y una mujer haciendo el amor. Rápidamente se separan, mientras el hombre de negocios, levemente desconcertado, le dice a su amigo:

—Mi mujer…

Entonces, señalando al hombre desnudo que está sentado en la cama, añade:

—Y ahí estoy yo.

EL VACÍO MONTA EN CÓLERA

Un célebre esgrimidor de sables japonés, que se decía adepto al zen, fue al encuentro del maestro Dokuon y le dijo, no sin un leve aire de triunfo, que todo lo que existía era el vacío, que nada distinguía al yo del tú, etc. El maestro lo escuchó un momento en silencio, luego cogió su pipa y golpeó con fuerza al soldado en el cráneo.

El hombre saltó, cogió su sable y amenazó al monje.

—Vaya —dijo éste muy tranquilo—, el vacío no tarda en montar en cólera.

LA DIFÍCIL LUCHA

Un maestro zen, al saber que uno de sus discípulos no había comido nada en tres días, le preguntó las razones de aquel ayuno.

—Intento luchar contra mi yo —dijo el discípulo.

—Es difícil —dijo el maestro desaprobando con la cabeza—. Y todavía debe de serlo más con el estómago vacío.

LA EDUCACIÓN DE LA SERPIENTE

Una historia india —entre otras muchas— nos habla de la naturaleza íntima de la serpiente, y probablemente también de la nuestra.

No demasiado lejos de un camino frecuentado había una temible serpiente que picaba de muerte a todos aquellos que pasaban cerca de ella. Los habitantes fueron en delegación a ver a un sabio para quejarse de la ferocidad del animal, que no tenía la más mínima necesidad de todas aquellas muertes para sobrevivir.

El sabio fue a ver a la serpiente y consiguió que ésta lo escuchara. El respetable hombre reprendió largamente al animal y le explicó que no había justificación posible para su conducta, en ninguno de los tres mundos, y que por consiguiente aquélla no era más que una lamentable muestra de esas fuerzas de destrucción que golpean y cubren de duelo la tierra.

El sabio encontró palabras tan profundas, imágenes tan fuertes, que la serpiente quedó trastornada. Su corazón vio la luz y juró que no volvería a matar inútilmente, que sería otra serpiente.

Y mantuvo su palabra.

El terrorífico reptil se convirtió en una especie de gusano largo y lacio, delgado, desprovisto de toda energía, que ni osaba tragar un insecto. La gente del pueblo se burlaba de su debilidad y decían, olvidado ya el pasado: «¿Para qué ser una serpiente? ¿Para qué ese veneno y esos colmillos?». Y los niños le tiraban piedras y reían.

Al cabo de un tiempo de aquella vida de abstinencia, en el que la satisfacción del espíritu y la paz del corazón no conseguían contrarrestar la debilidad extrema del cuerpo y las heridas recibidas, la serpiente consiguió arrastrarse hasta la choza del sabio, a quien le contó su nueva situación.

—He hecho todo lo que me prescribiste —dijo la serpiente—. He renunciado a mi vida criminal. Pero tengo la impresión de que ya no soy yo, porque ya no suscito miedo en los corazones de la gente. Como ya no me temen, me desprecian y me golpean. Me siento desgraciada. ¿Qué puedes decirme?

—Lo que te puedo decir es muy simple —le contestó el venerable—. Te prohibí matar sin razón y atacar a cualquiera. Pero ¿te prohibí silbar?

LA ÚLTIMA PREGUNTA ES LA BUENA

Un relato hasídico cuenta que Rabbi Zousya pronunció estas palabras en su lecho de muerte:

—En el mundo que viene, la pregunta que me van a hacer no será: ¿por qué no has sido Moisés? No. La pregunta que me van a hacer es: ¿por qué no has sido Zousya?

LO ESENCIAL

Un viejo árabe, de apariencia miserable, caminaba mendigando por las calles de una ciudad. Nadie le prestaba la más mínima atención. Un paseante le dijo con verdadero desprecio:

—Pero ¿qué haces aquí? Ya ves que nadie repara en ti.

El hombre pobre miró tranquilo al paseante y le contestó:

—¿Y a mí qué? Yo sí reparo en mí y eso me basta. Lo contrario sí que sería horrible: que todos repararan en mí y que yo me ignorase.

NADA DE MILAGROS

Un hombre iba de aquí para allá proclamando que era un profeta y que podía obrar milagros. Un comerciante, harto de oírlo, lo llamó y le dijo:

—Abre esta puerta, de complicada cerradura, sin llave.

—¿Acaso he dicho que fuera cerrajero? —contestó el hombre.

LOS ESCLAVOS Y LA LIBERTAD

Es una historia que viene un poco de todas partes. La encontramos en casi todas las culturas.

Un día el amo les dijo a los esclavos:

—Sois libres.

—¿Qué? —exclamaron los esclavos—. ¡Pero no eres tú quien debe decidirlo! ¡La iniciativa tiene que venir de nosotros y si no es así no vale!

—Pues bien —dijo el amo—, decidíos.

—¿Qué? —exclamaron entonces los esclavos—, ¿Tú nos das órdenes? ¿Y para qué sirve ser libres?

La discusión, que se había enfocado mal, pronto se hizo agria. Y le siguió una larga guerra, muy larga, tan larga que los que hoy luchan han olvidado las razones por las que empezó.

AUTODENIGRACIÓN

El culto al yo, tan extendido, empieza muy a menudo por la denigración de uno mismo. Así lo muestra esta historia judía contemporánea, que se cuenta hoy día en Israel.

Tres rabinos están sentados en los asientos traseros de un taxi. El primero suspira y dice:

—Cuando pienso en Dios, me digo que verdaderamente soy muy poquita cosa.

El segundo rabino le dice al primero:

—Si tú eres muy poquita cosa, entonces ¿qué soy yo? Yo no soy nada.

El tercer rabino le dice al segundo:

—Si tú no eres nada, entonces ¿qué soy yo? ¡Soy menos que nada! ¡Estoy por debajo de todo!

En aquel momento el taxista, que es negro, se da la vuelta y les dice:

—Pero, si hablan de esa forma, si dicen que no son nada, que incluso son menos que nada, entonces, ¿qué soy yo? ¡No hay ni palabras para describirme! ¡Yo no existo!

Entonces los tres rabinos lo miran y dicen:

—Pero ¿por quién se ha tomado éste?

LA IMPUREZA DE LA CIGÜEÑA

Un relato hasídico nos transmite una respuesta que dio un día Jacob Ytitzhak.

Le preguntaban:

—Se dice en el Talmud que a la cigüeña se la llama en hebreo «hassida», lo que significa piadosa, o afectuosa, y es porque ama a los niños. Entonces, ¿por qué se la sitúa en la categoría de los animales impuros?

Él contestó:

—Porque sólo da su amor a los niños.

EL CANTO DE LA BOA

La persistencia del yo (incluso ilusoria) quizá no ha sido nunca expresada con más fuerza sugestiva que en esta historia africana.

Poco después del origen de los tiempos, había una vieja boa que cantaba en un bosque. Le crecía hierba en la espalda y los pájaros colocaban allí sus nidos. Su voz familiar e ininterrumpida mecía la vida de todos. Incluso el viento la respetaba. Los insectos recorrían su cuerpo. Se atribuían a la voz de la boa todas las curas y todos los nacimientos.

Dos cazadores extranjeros penetraron en el bosque y anunciaron que iban a matar a la boa. No dieron razón alguna, porque aquella boa no les había hecho nada, pero afirmaban que su sola presencia constituía un insulto al valor de los hombres.

—El hombre tiene que cazar y matar —decían los dos cazadores—. Para eso ha nacido. Y tiene que matar sobre todo lo que no parece hecho para que se mate. Lo que se dice que no se puede matar.

Los habitantes del bosque, insensibles a aquella lógica, intentaron salvar a la boa, que desde hacía tanto tiempo formaba parte de su vida. Pero los dos cazadores extranjeros pusieron mucho pundonor en matarla. Incluso pretendían que su canto no era más que una provocación insoportable.

Y penetraron en el bosque con sus armas. Cuando encontraron a la boa, ésta los miró fijamente y se puso a cantar con dulce voz. Su canto decía: «No mates a esta serpiente. Si me matas, estaré siempre contigo. Porque la tierra es mi almohada y las estrellas mis niños».

Los cazadores mataron a la boa, como habían prometido. Se cuenta que el bosque tembló de emoción, que el viento huyó aullando, que las aguas dejaron de correr en el momento del crimen.

Los cazadores se inclinaron para desollar a la serpiente y el cuerpo del animal se puso entonces a cantar. Su canto seguía siendo el mismo: «No mates esta serpiente. Si me matas, estaré siempre contigo. Porque la tierra es mi almohada y las estrellas mis niños».

Los cazadores, despreciando aquella voz, desollaron el cuerpo de la serpiente, cortaron la carne y la pusieron a secar para ir a venderla al mercado. Durante el tiempo que tardó en secar, ninguna mosca se acercó a la carne, ningún pájaro apareció en el cielo.

En el mercado, los dos cazadores colocaron la carne de la serpiente encima de una tabla y esperaron. Pero, en cuanto aparecía un cliente, los trozos de la carne seca se ponían a cantar la canción de la vieja boa. Y los clientes huían aterrorizados, con lo que los dos cazadores, que parecían no tenerle miedo a nada, decidieron comerse ellos la serpiente.

Cocieron la carne —no sin dificultad, porque el agua se negaba a hervir, y el viento a animar el fuego— e invitaron a unos amigos. Pero, en cuanto los amigos acercaron la mano al plato, los trozos de carne cocida se pusieron a cantar la canción de la vieja boa, siempre la misma: «La tierra es mi almohada y las estrellas mis niños. No me comas».

Los invitados, claro está, huyeron a toda prisa, de modo que los dos cazadores fueron los únicos que quedaron para comerse la serpiente. Cosa que hicieron. Tras lo cual, eructaron mucho y durmieron una larga siesta.

Al despertarse, sentían mucho dolor en el vientre y no distinguían ninguna de las cosas que les rodeaban. Desde aquel día vivieron ciegos. A menudo se les veía sentados en una calle, la mano tendida hacia los transeúntes. Cantaban a media voz, los dos, la canción casi irreconocible de la vieja serpiente.

EL NIÑO DEL BÚHO

Un búho que acababa de ser padre —en algún lugar de África— le dijo a otro pájaro:

—¡Acabo de tener un niño! ¡Es hermoso! ¡Es magnífico!

El otro pájaro le dijo:

—Espera a que se haga de día y lo veremos.

EL LEÓN Y EL HOMBRE

Loqman cuenta en sus fábulas que un día un hombre se encontró a un león. Los dos entablaron una discusión sobre sus respectivos trabajos, y el león se jactó de su fuerza y su impetuosidad, que aseguraba incomparables.

En aquel momento pasaron frente a una pintura que representaba a un hombre estrangulando a un león con las manos.

El hombre se echó a reír señalando la pintura.

—Ah —dijo el animal—, si hubiese leones pintores…

EL LOBO EN LA ESCUELA

Un breve pasaje de las *Mil y una noches* cuenta la historia del lobo al que enviaron a la escuela para que le enseñasen a leer. El profesor empezó por pedirle que repitiese después de él las primeras letras del alfabeto: «Alef, Ba, Ta…». Pero el lobo siempre contestaba: «Oveja, cabrito, cordero…», porque aquellas criaturas de carne vivían en su pensamiento y no se las podía quitar de la cabeza.

UNA BUENA ACCIÓN

Una historia india de antaño presenta a un hombre que vivía desde hacía tiempo sumido en pensamientos oscuros. No dejaba de maldecir a la especie humana, su avidez, su violencia. Un día, de repente, decidió matarse. Se tiró desde la terraza de un edificio muy alto. Un amigo, que se encontraba a su lado, aseguró que, por primera vez desde hacía años, en el momento en el que se lanzó a la muerte, el hombre había estallado en carcajadas y había gritado:

—¡Como mínimo habrá uno menos de esta especie!

5

LO HUMANO ES A VECES DEMASIADO HUMANO

LAS LEYES DE LA HOSPITALIDAD

En algunos casos, incluso cuando todas las formas del deber y de las conveniencias parecen respetarse, se pierde la noción de mesura. Entonces el comportamiento llega a extremos que quizá no sean aconsejables.

Una historia india, a menudo contada de diversas formas, presenta a un pajarero, un hábil trampero. Capturaba pájaros vivos y los vendía en el mercado.

Un día entre sus presas se encontraba una paloma a la que llevaba en una jaula de bambú. Cuando estaba atravesando un espeso bosque para regresar a su morada, una tormenta inhabitual sacudió la tierra. Caminar se hacía imposible. El hombre tuvo que buscar cobijo bajo un árbol enorme. Se apoyó contra el árbol (al que pidió protección) y dejó en el suelo, a su lado, la jaula que encerraba a la paloma y otra jaula donde otros pájaros se debatían.

Resultó que aquel árbol era la vivienda de la paloma, de su presa, que allí vivía con su macho. Éste, que se había escondido de la tormenta en las cavidades del tronco, oyó las quejas de su compañera. Salió temeroso y la vio prisionera en una jaula, debajo de él.

Los dos palomos entablaron conversación en su lengua, que el hombre no podía comprender a pesar de ser un habitual de los bosques. Y los otros pájaros le gritaron al palomo:

—¡Rápido! ¡Baja! ¡Libéranos!

—¡Se ha dormido! ¡No tengas miedo! ¡Ven!

En efecto, el trampero había dejado caer la cabeza sobre el pecho y se abandonaba al sueño.

El palomo bajó del árbol y, a picotazos, a zarpazos, la emprendió con las cadenas que cerraban la jaula de la hembra.

—¿Qué haces? —le dijo ésta.

—Lucho contra estas cadenas.

—¿Por qué? Primero tienes otros deberes.

—Dime.

—Este hombre tiene frío. Tienes que calentarlo.

El macho pareció muy sorprendido y le dijo a la hembra prisionera:

—¿Calentar a nuestro enemigo? ¿A este hombre que te ha capturado y que quiere venderte en el mercado? ¿Se te ha enturbiado el juicio?

—No —contestó la hembra con firmeza—. Mi cabeza está clara, incluso dentro de esta jaula. Quizá incluso más clara.

Pero los otros pájaros gritaban con gran agitación en su jaula:

—¡No escuches a esa insensata! ¡Libéranos! ¡No lo dudes ni por un instante!

Desconcertado por la actitud de la hembra, el macho le preguntó:

—¿Qué quieres decirme?

—Has olvidado lo que sabes —le contestó ella— Nuestro enemigo ha escogido este árbol para cobijarse de la tempestad y descansar, y este árbol es nuestra vivienda. O sea que este hombre, que está en nuestra casa, es nuestro huésped. El destino, al que también se llama suerte, lo ha dirigido esta noche a nuestro hogar. Incluso en el oscuro territorio del sueño, la cabeza ladeada, los brazos débiles, él es más valioso que nosotros. Le debemos respeto y ayuda.

—¡No la escuches! —gritaban los otros pájaros—. ¡No equivoques tu deber! ¡No obedezcas esa ley! ¡Una ley que se sigue hasta el límite se vuelve absurda!

—¡El destino ha desencadenado esta tormenta! —prosiguió otro pájaro—. ¡El destino ha traído al cazador hasta aquí!

—¡Sí! ¡Para que nos liberes!

—¡Y el destino lo ha dormido!

—¡Date prisa, antes de que se despierte!

—¿Quieres ver a tu esposa convertida en esclava?

Pero el palomo permanecía inmóvil delante de la jaula de la hembra. Y ésta, que parecía muy tranquila y segura de sí misma, le dijo:

—No escuches los gritos de los otros capturados que son prisioneros de su sufrimiento. Ésa es una piedad banal. Esta noche nos rige un orden superior. No seas insensible a él. Mira más allá de mí. Ve a buscar madera seca para calentar a ese hombre y date prisa porque ya está temblando.

El macho se adentró en el bosque. Encontrar madera seca en plena tormenta no fue fácil. El pájaro hizo decenas y decenas de viajes trayendo ramitas, trozos de corteza y musgo, y lo colocó todo al pie del árbol, al abrigo de la lluvia, mientras el trampero, rendido por el cansancio, dormía.

Cuando el montón le pareció lo bastante grande, el palomo, sin hacer caso de los gritos de indignación de los otros pájaros cautivos, y animado por su

hembra, se fue a buscar fuego. Penetró, poniéndose en peligro, en varias viviendas de campesinos donde el fuego crepitaba. Se escondió y con astucia consiguió coger y llevarse en el pico una ramita encendida. La mantuvo bajo el ala, quemándose las plumas, para protegerla de la intensa lluvia. Pero, a pesar de sus esfuerzos, la llama se apagó.

Repitió la operación dos veces, tres, cuatro. Al quinto intento, por fin, consiguió encender el fuego junto al cazador dormido.

La noche había caído. El pájaro estaba encima de una rama, agotado por seis horas de esfuerzo.

El cazador se despertó y acercó las manos al fuego. Añadió leña.

La tormenta no amainaba. Las dos palomas, que estaban observando al cazador, vieron que se llevaba una mano al estómago.

—Tiene hambre —dijo la paloma a su compañero.

—Sí, tiene hambre —contestó el macho—. Es nuestro huésped. Tenemos que alimentarlo.

—Tienes razón —le dijo la hembra—. Tenemos que alimentarlo. Es necesario.

Ambos se entendieron. Con lo tarde que era no tenía sentido buscar en el bosque algún alimento para el trampero. Todo estaba oscuro y parecía hostil. El palomo cerró las alas y se dejó caer en medio de las llamas que tenía debajo, ante la sorprendida mirada del cazador. En un instante se quemaron sus plumas, su piel se asó, su vida se perdió.

El trampero, que comprendía el sentido de aquel gesto a la perfección, se emocionó hasta el punto de echarse a llorar. Abrió la puerta de la jaula y liberó a la hembra, mientras le pedía perdón, a ella y a los otros pájaros.

Pero la hembra, en lugar de perderse en el bosque, se unió a su esposo en las llamas y ardió con él.

LAS FLORES NUEVAS

Un jardinero de Hedjaz oyó hablar a un viajero de unas flores maravillosas, admiradas en el mundo entero, que se encontraban en los jardines de Mosul. El jardinero rogó al viajero que le describiese con precisión aquellas flores desconocidas. Tras lo cual, puso manos a la obra.

Tres años más tarde, anunció que en su jardín se podían ver unas flores nuevas y espléndidas. Los visitantes acudieron en gran número y quedaron maravillados. El viajero acudió y le dijo al jardinero que sus flores se le antojaban muy parecidas a las del jardín de Mosul.

El jardinero, exultante de alegría, decidió ponerse en marcha e ir a comparar sus flores con sus iguales del misterioso país.

Unos meses más tarde, una mañana, tres muchachas de Mosul encontraron en uno de los jardines de la ciudad el cuerpo de un extranjero que se había apuñalado.

LAS FLORES DE SANTA ELENA

Se cuenta una historia de una santa cristiana que vivió en Hungría en la Edad Media y que se llamaba Elena. Desde su infancia, vivió rodeada de flores y concibió por éstas una pasión. Las admiraba, las respiraba, las cogía, las trenzaba, se pasaba la vida rodeada de flores.

Más tarde, obedeciendo los deseos de sus padres —y a su propia piedad— tomó los hábitos. Allí aprendió de inmediato que Dios le pide a toda criatura humana que se consagra a él renunciar a las alegrías de este mundo, a las alegrías que llamamos materiales. Pero las flores eran la única felicidad de la joven Elena. Entonces decidió renunciar a ellas, renunciar a ellas por completo, y pasarse toda la vida recluida en su oscura celda.

Un tiempo más tarde, Elena recibió los estigmas, las marcas de la pasión de Cristo, en las manos y en los pies. Pero —como si la divina bondad quisiese hacer comprender a Elena, mediante un curioso rodeo, que la renuncia total es imprudente, excesiva, y que puede ser peor que la felicidad que quiere borrar— aparecieron en la piel de la joven religiosa, alrededor de las llagas, marcas coloradas que precisamente parecían flores, rosas y violetas.

Elena, que se creía perseguida por su deseo (o quizá fuera temor a los pérfidos ataques de la vanidad) rascaba aquellas marcas y las arrancaba, las tiraba.

Pero sus compañeras, las otras monjas, que habían observado el fenómeno, recogían las flores de la piel de Elena y las guardaban como un tesoro.

LAS HORMIGAS DE DAMASCO

Hemos conocido numerosos ascetas cristianos que, retirados en el desierto, se han librado a mil extravagancias. Uno vivía cargado de cadenas y con la mirada siempre hacia Oriente. Otro se había instalado en el tronco de un árbol hueco. Un ingenioso sistema de clavos acerados, clavados en el árbol, le impedía dormir, porque, cada vez que lo intentaba, la cabeza le caía encima de ellos. Otros, como san Simeón, pasaron decenas de años encima de una columna, en pleno desierto, para estar más lejos de la tierra y más cerca del cielo. Algunos vivieron la mayor parte de sus vidas en una pequeña habitación absolutamente a oscuras. Uno de estos santos personajes estaba tan sucio y escrofuloso que tenía larvas en la comisura de sus labios. Cuando una de aquella larvas caía, el santo la recogía y la volvía a colocar en su sitio.

En la tradición árabe, donde a veces se encuentran los mismos ejemplos, se habla de un santo que tenía que ir a pie desde Damasco hasta Bagdad. Antes de salir de Damasco aceptó unos puñados de maíz que le dio un amigo y de aquello se alimentó por el camino.

Al llegar a Bagdad y vaciar los últimos granos de su alforja, vio algunas hormigas.

—Qué desgracia —se dijo—. Sin darme cuenta al coger el maíz me he llevado estas hormigas. Las he arrancado de su hogar, de sus familias. No puede ser.

Y de inmediato se puso en camino para devolver las hormigas a Damasco.

LOS OJOS Y LAS LÁGRIMAS

Otro asceta árabe, que se llamaba Sabet, se pasaba toda la vida llorando. Lloraba tanto y con tanta fuerza que sus ojos enfermaron.

Llamó a un médico y éste, al examinar los ojos de Sabet, le dijo:

—No puedo darte ningún tratamiento eficaz a menos que obtenga una promesa.

—¿Qué promesa? —preguntó el asceta.

—Tienes que prometerme dejar de llorar —dijo el médico.

Entonces el asceta se puso hecho una furia y ahuyentó al médico gritando:

—¿De qué me servirían los ojos si no volviese a llorar?

EL ROBO DEL TORO

Una historia del Magreb.

En una de las noches más oscuras, un hombre decidió apropiarse de un magnífico toro del establo de la tribu vecina. Se encaminó hacia el establo, durmió al perro que vigilaba gracias a unas entrañas de cordero, apartó los matorrales espinosos de la cerca, abrió la puerta sin hacer ruido, pasó una cuerda por el cuello del toro y se lo llevó.

El toro se dejaba llevar dócilmente. El ladrón cruzó una corriente de agua, subió una oscura colina, se adentró en un bosque de robles. De repente, cuando llegaba al límite del bosque, vio una luz rojiza a través de las ramas. Imposible equivocarse: aquella luz sólo podía ser la de un santo, de nombre Sidi El Rerib, que había establecido su pobre cabaña en aquel lugar del bosque.

El ladrón, inquieto, dudó. Había oído hablar de los extraños poderes de aquel ermitaño que, decían, podía leer los secretos de los corazones y mandar sobre la materia inerte. Así pues, no se atrevió a salir del bosque por allí. Esperando que el toro no hiciese ningún ruido, desvió sus pasos, caminando mucho rato en la oscuridad hacia una dirección que conocía, siguiendo un sendero mucho más arduo que el primero que había tomado. De vez en cuando se golpeaba contra los troncos de los árboles y oía la respiración del toro robado detrás de él.

Al llegar al límite del bosque vio la misma luz roja. El corazón del ladrón se puso a latir un poco más aprisa y pensó: «Quizá es el ojo del santo». Entonces se calmó, reflexionó y finalmente se dijo que había estado caminando en círculo, sin darse cuenta, para acabar en el mismo sitio que antes.

Retomó su camino en las profundas oscuridades del bosque. Siguió senderos desconocidos, se desgarró la ropa con las espinas de la noche, se hirió, de repente se encontró al borde de un precipicio, las piedras corrían bajo sus pies, tuvo que agarrarse a la cuerda del animal para no caer al abismo, volvió a caminar, le pareció distinguir a través de los árboles una montaña

que conocía, enloqueció, finalmente vio el límite del bosque. Y allí, como antes, vio la luz roja del santo, que seguía brillando.

Presa del pánico, sin soltar la cuerda del toro, volvió a sumergirse en el corazón del bosque, despavorido, perdido en el misterio, jadeante. Se tocaba los brazos y la cabeza para asegurarse de que estaba vivo y despierto, y luego, pese a las numerosas asechanzas, se puso a correr para escapar a su miedo. Y oyó una voz que le preguntaba, detrás, muy cerca:

—¿Hacia dónde corres?

No tuvo ánimo para girarse. Sin soltar la cuerda, corrió, corrió hasta quedar sin fuerzas. La sangre brotaba de sus desgarrados miembros. Cuando se detuvo, asfixiado, oyó la misma voz tranquila que le preguntaba, muy cerca:

—¿Hacia dónde corres? ¿De qué esperas huir?

Esta vez el ladrón se quedó un momento inmóvil, la mirada de repente clavada en la sombra. Sabía que no podía ir más lejos. También sabía que un suceso particular, del que no podría librarse, se cernía sobre él. Lentamente, se dio la vuelta.

Vio al santo detrás de él, de pie, los brazos cruzados. La cuerda del toro estaba alrededor de su cuello. Una luz roja brillaba alrededor de su mirada.

El ladrón cayó de rodillas. Su mano soltó la cuerda.

Al día siguiente encontraron su cuerpo. Su estómago estaba reventado por dos sitios. Por estacas, pensó la gente, o por palos de hierro.

O más bien, dijo alguien, por los cuernos de un toro.

PARA FESTEJAR UN NACIMIENTO

En los años 30, un mexicano festejaba con unos amigos el nacimiento de su primer hijo.

—¡Soy tan feliz —dijo— que podría matarme de alegría!

—No, no eres capaz de hacerlo —le dijeron los que lo rodeaban, a modo de desafío.

Entonces el hombre cogió una pistola y se voló la cabeza.

LOS DOS BRAZALETES

Tagore cuenta la historia de Govinda, el gran predicador sij, que leía las escrituras sentado en una roca cerca de un torrente, cuando su rico discípulo Raghunath se inclinó ante él y depositó, como ofrendas, dos hermosos brazaletes de oro adornados de piedras preciosas.

Govinda cogió un brazalete y lo hizo girar entre sus dedos. De repente la joya resbaló de su mano, rodó por la roca y desapareció en los remolinos de la rápida corriente.

Raghunath lanzó un grito y saltó al torrente. Buscó el brazalete mucho tiempo, mientras Govinda leía las escrituras.

El día se apagaba cuando el discípulo, cansado y empapado, subió por la orilla.

—Si me pudieses indicar dónde ha caído —le dijo a su maestro—, seguro que podría encontrarlo.

Entonces Govinda cogió el segundo brazalete y lo tiró a los remolinos del agua, mientras decía:

—¡Ha caído allí!

LA MONJA DEMASIADO HERMOSA

Antaño, en un convento japonés, vivía una monja muy hermosa que se llamaba Ryonen. Llevaba una vida monástica muy austera y se le reconocía un profundo espíritu. Más adelante, como su belleza perturbaba a todas las monjas, cogió un cuchillo y se hizo cortes en el rostro.

Antes de hacerlo, la belleza de Ryonen brillaba con gran esplendor. Un joven monje, azuzado por el deseo, la metió una noche en su habitación. Ryonen se dejó encerrar con él. Pero, cuando le propuso hacer el amor, ella le contestó:

—Mañana. Hoy no puedo.

El monje dejó que se fuese.

El día siguiente era un día de gran fiesta. La multitud llenaba el templo cuando Ryonen, la hermosa monja, se acercó de repente hacia el monje. Dejó caer sus ropas, se mostró completamente desnuda en medio de todos y le dijo al monje:

—Aquí me tienes, estoy lista. Si me quieres hacer el amor, que sea aquí y ahora.

El monje huyó corriendo del templo.

6

Y LA MUERTE ES NUESTRO ÚLTIMO PERSONAJE

ESTA NOCHE EN SAMARKANDA

La historia más célebre que se refiere a la muerte es de origen persa. Así la cuenta Farid al-Din ’Attār.

Una mañana, el califa de una gran ciudad vio que su primer visir se presentaba ante él en un estado de gran agitación. Le preguntó por la razón de aquella aparente inquietud y el visir le dijo:

—Te lo suplico, deja que me vaya de la ciudad hoy mismo.

—¿Por qué?

—Esta mañana, al cruzar la plaza para venir a palacio, he notado un golpe en el hombro. Me he vuelto y he visto a la muerte mirándome fijamente.

—¿La muerte?

—Sí, la muerte. La he reconocido, toda vestida de negro con un chal rojo. Allí estaba, y me miraba para asustarme. Porque me busca, estoy seguro. Deja que me vaya de la ciudad ahora mismo. Cogeré mi mejor caballo y esta noche puedo llegar a Samarkanda.

—¿De verdad que era la muerte? ¿Estás seguro?

—Totalmente. La he visto como te veo a ti. Estoy seguro de que eres tú y estoy seguro de que era ella. Deja que me vaya, te lo ruego.

El califa, que sentía un gran afecto por su visir, lo dejó partir. El hombre regresó a su morada, ensilló el mejor de sus caballos y, en dirección a Samarkanda, atravesó al galope una de las puertas de la ciudad.

Un instante más tarde el califa, a quien atormentaba un pensamiento secreto, decidió disfrazarse, como hacía a veces, y salir de su palacio. Solo, fue hasta la gran plaza, rodeado por los ruidos del mercado, buscó a la muerte con la mirada y la vio, la reconoció. El visir no se había equivocado lo más mínimo. Ciertamente era la muerte, alta y delgada, vestida de negro, el rostro medio cubierto por un chal rojo de algodón. Iba por el mercado de grupo en grupo sin que nadie se fijase en ella, rozando con el dedo el hombro de un hombre que preparaba su puesto, tocando el brazo de una mujer cargada de menta, esquivando a un niño que corría hacia ella.

El califa se dirigió hacia la muerte. Ésta, a pesar del disfraz, lo reconoció al instante y se inclinó en señal de respeto.

—Tengo que hacerte una pregunta —le dijo el califa en voz baja.

—Te escucho.

—Mi primer visir es todavía un hombre joven, saludable, eficaz y probablemente honrado. Entonces, ¿por qué esta mañana cuando él venía a palacio, lo has tocado y asustado? ¿Por qué lo has mirado con aire amenazante?

La muerte pareció ligeramente sorprendida y contestó al califa:

—No quería asustarlo. No lo he mirado con aire amenazante. Sencillamente, cuando por casualidad hemos chocado y lo he reconocido, no he podido ocultar mi sorpresa, que él ha debido tomar como una amenaza.

—¿Por qué sorpresa? —preguntó el califa.

—Porque —contestó la muerte— no esperaba verlo aquí. Tengo una cita con él esta noche en Samarkanda.

LAS ADVERTENCIAS

Es una historia china que nos cuenta las advertencias mal percibidas de la muerte, en algún modo su lenguaje.

Un día, un joven se arrodilló a la orilla de un río. Metió los brazos en el agua para refrescarse el rostro y allí, en el agua, vio de repente la imagen de la muerte.

Se levantó muy asustado y preguntó:

—Pero ¿qué quieres? ¡Soy joven! ¿Por qué vienes a buscarme sin previo aviso?

—No vengo a buscarte —contestó la voz de la muerte—. Tranquilízate y vuelve a tu hogar, porque estoy esperando a otra persona. No vendré a buscarte sin prevenirte, te lo prometo.

El joven entró en su casa muy contento. Se hizo hombre, se casó, tuvo hijos, siguió el curso de su tranquila vida. Un día de verano, encontrándose junto al mismo río, volvió a detenerse para refrescarse. Y volvió a ver el rostro de la muerte. La saludó y quiso levantarse. Pero una terrible fuerza lo mantuvo arrodillado junto al agua. Se asustó y preguntó:

—Pero ¿qué quieres?

—Es a ti a quien quiero —contestó la voz de la muerte—. Hoy he venido a buscarte.

—¡Me habías prometido que no vendrías a buscarme sin prevenirme antes! ¡No has mantenido tu promesa!

—Te he prevenido —dijo la muerte.

—¿Me has prevenido?

—De mil maneras. Cada vez que te mirabas a un espejo, veías aparecer tus arrugas, tu pelo se volvía blanco. Sentías que te faltaba el aliento y que tus articulaciones se endurecían. ¿Cómo puedes decir que no te he prevenido?

Y se lo llevó hasta el fondo del agua.

EL MÁSTIL OLVIDADO

Un viejo pescador irlandés contaba esta historia.

Un barco zarpó para pescar entre las rocas del mar. Cuando los pescadores se acercaban a la primera roca se dieron cuenta de que habían olvidado el mástil en tierra, porque todavía era de noche.

Regresaron para coger el mástil. En el muelle había un hombre, el mejor pescador de roca de toda la costa, porque siempre hay un hombre mejor que los otros, para todo, incluso para golpear con un martillo. Embarcaron al hombre y volvieron a zarpar.

Dejaron a cada uno de los hombres de la tripulación en una roca y pescaron durante todo el día. Al atardecer, el barco pasó por las rocas para recoger a los hombres y regresar a puerto. Pero en ningún sitio se pudo encontrar, en ningún sitio, al mejor pescador de la costa.

Una ola se lo había llevado. Sí, porque había llegado su hora.

Y los hombres de la tripulación se decían, mientras el barco regresaba por la noche:

—Esta mañana pensamos que dábamos media vuelta para buscar el mástil. En realidad fue para buscar al hombre.

LA MUERTE DE ABRAHAM

La tradición árabe cuenta así la muerte de Abraham.

El Señor le había prometido a Abraham que no le quitaría la vida hasta el día que él escogiese. Pero años más tarde, cuando Abraham era ya muy viejo, seguía sin manifestar lo más mínimo su deseo de dejar este mundo. El Señor utilizó una estratagema. Envío a uno de sus ángeles bajo el aspecto de un viejo débil y renqueante. Éste fue tambaleándose hasta la puerta de Abraham, que le abrió.

—Abraham —dijo el viejo, dejando caer una baba amarillenta por las comisuras de sus labios—, dame algo de comer.

—¿Todavía comes? —preguntó Abraham.

—Sí, todavía como.

—¿No sería mejor que te murieses antes que vivir en ese estado de deterioro, de desdicha?

—No —dijo el viejo— porque todavía deseo vivir.

Abraham se encogió de hombros y, como por costumbre guardaba algunos alimentos para los hambrientos que pasaban por allí, se los dio al ángel disfrazado. Era una sopa de garbanzos y pan. El viejo se sentó en el suelo, justo delante de la casa de Abraham, y se puso a comer. Pero le temblaban mucho las manos y se tiraba la mitad del caldo por las rodillas. Restos de pan y legumbre caían en su mugrienta barba. Sorbía con la nariz, escupía, se tiraba pedos, le caían los mocos.

—Abraham —dijo con voz débil—, ayúdame a comer.

Abraham, que tenía un corazón caritativo, no pudo resistirse a aquella demanda. Cogió el cuenco del mendigo y lo llevó hasta los temblorosos labios. Al mismo tiempo, cogía los garbanzos con la mano derecha y los metía en su boca sin dientes. Vio de cerca la piel resquebrajada, las llagas, los ojos en blanco, y todo aquel cuerpo sacudido por los espasmos.

De repente, preguntó:

—¿Cuántos años tienes?

El ángel-anciano levantó su rostro mal afeitado hacia Abraham, lo miró un instante y le dijo una edad ligeramente superior —en algunos meses— a la edad del propio Abraham. Entonces éste gritó:

—¡Señor, llévame contigo antes de que me convierta en un hombre como éste!

Murió en aquel mismo instante.

LA MUERTE DE MOISÉS

Según la misma tradición, he aquí cómo murió Moisés.

El ángel de la muerte también debió de servirse de una artimaña para llegar a Moisés. Bajó del cielo y lo saludó muy respetuoso.

—¿Quién eres? —le preguntó Moisés—. No te conozco, nunca te he visto.

—Soy el ángel de la muerte.

—¿Y qué quieres?

—He venido a arrebatarte el alma.

—¿Por dónde vas a sacarla? —preguntó Moisés, que no estaba de humor para morir.

—Por tu boca —contestó el ángel de la muerte.

—Con mi boca he hablado con el Señor.

—Entonces te la sacaré por los ojos.

—Con mis ojos —dijo Moisés—, he visto el resplandeciente rostro del Señor.

—Te la sacaré por las orejas.

—Con mis orejas he oído la voz y las palabras del Señor.

—Por las manos.

—Con mis manos he sostenido las tablas de la ley que me dio el Señor.

—Entonces, te la sacaré por los pies.

—Con mis pies —dijo Moisés—, ¡me he mantenido de pie ante el Señor y le he hablado cara a cara!

Entonces el ángel de la muerte le dijo a Moisés:

—Me parece que has bebido demasiado vino, porque hablas como un borracho.

Moisés gritó muy irritado:

—¿Cómo puedes acusarme de haber bebido vino? No hay hombre más sobrio que yo. ¡Acércate y comprueba mi aliento!

Moisés abrió la boca. El ángel de la muerte se inclinó hacia él y Moisés le envió con todas sus fuerzas su aliento al rostro.

El ángel de la muerte aprovechó para cogerle el alma y llevársela lejos de la tierra.

EL BAILE DE LA MUERTE

La tradición árabe aporta también este relato de una muerte casi imperceptible.

Dos príncipes se enfrentaron en una brutal batalla. Uno de ellos, el que se había sublevado contra el otro, fue vencido y puesto en cautiverio. Él sabía que, tal como prescribían las leyes del imperio, le tenían que cortar la cabeza. Sin embargo, al tratarse de un príncipe de alta alcurnia, el vencedor lo instaló en un palacio e hizo que lo tratasen de acuerdo con su rango. Sirvientes, músicos y bailarinas lo rodeaban, y su cautiverio parecía afortunado.

Pero el príncipe cautivo, que sabía que iba a morir, conservaba un rostro triste entre tantas fiestas. Así pasaron semanas, meses, hasta el día en que el rebelde condenado le hizo llegar un mensaje al vencedor, en el que le pedía por piedad una muerte rápida.

Al día siguiente, el vencedor invitó al vencido a su propio palacio. La comida, la música y los bailes les parecieron incomparables a todos los invitados. Excepto al vencido, que mantenía el rostro triste y que de repente gritó:

—¿Cuándo me darás muerte?

—Ya viene —contestó el vencedor—. Mira, he aquí el primero de mis verdugos.

Un formidable hombre enmascarado, que sostenía en su mano derecha un sable resplandeciente, entró en la gran sala y se puso a bailar. Bailaba con una fuerza, con una elegancia extraordinarias. Su espada volaba por los aires con gracia. Todos lo miraban fascinados, incluso el príncipe cautivo, cerca del cual el verdugo-bailarín pasó varias veces.

La maravillosa danza duró mucho rato, hasta que el cautivo, saliendo de su fascinación, le dijo al príncipe vencedor:

—Pero ¿cuánto tiempo dura esta danza? ¿Cuándo harás que me corten la cabeza?

El vencedor le contestó sonriendo:

—¡Pero si tu cabeza ya está cortada! Inclínate un poco hacia delante y verás cómo cae.

EL NIÑO QUE QUERÍA MATARSE

Una historia africana, de origen sana, cuenta lo siguiente.

Un día un niño se levantó diciendo que quería matarse. Se fue de casa, caminó, caminó, caminó y llegó ante un baobab, al que le dijo:

—¡Cae encima de mí, joven baobab! ¡Cae encima de mí!

Pero un pájaro cercano se puso a cantar:

—¡No, no lo escuches, baobab! ¡No lo escuches, es mentira!

El niño ahuyentó al pájaro lo más lejos que pudo y volvió a dirigirse al baobab, pidiéndole que se le cayera encima. Pero el pájaro regresó a todo vuelo y volvió a cantar:

—¡No, no lo escuches, baobab! ¡No lo escuches, es mentira!

El niño, abrumado, mató al pájaro y volvió a rogar al árbol su muerte. Pero el cadáver del pájaro, tirado allí, al pie del árbol, volvió a gritar:

—¡Mentira! ¡Mentira!

Entonces el niño quemó el cuerpo del pájaro y le volvió a pedir al baobab que le cayese encima y lo matase.

Pero las cenizas del pájaro seguían gritando «mentira».

Entonces el niño recogió las cenizas del pájaro que había matado y fue a tirarlas al río, sin darse cuenta de que un pellizquito de cenizas había caído bajo un matorral. Volvió y se sentó bajo el baobab y le suplicó que le cayese encima y lo aplastase.

Pero el pellizco de cenizas, traídas por el viento, hicieron oír una voz que decía:

—¡No, no lo escuches, baobab! ¡No lo escuches, es mentira!

El niño recogió con cuidado las cenizas y se fue al río a tirarlas. Entonces regresó a los pies del árbol y le pidió que se le cayese encima.

Aquella vez no se oyó ninguna voz.

Entonces el baobab se inclinó, cayó y aplastó la cabeza del niño.

Si aquel día el niño no hubiese matado al pájaro, hoy, cada vez que un ser humano decidiese acabar con su vida, allí estaría un pájaro para impedírselo.

JESÚS Y EL GUSTO DEL AGUA

Es en Persia, al parecer, donde nació este breve diálogo en el que aparece Jesús.

Era un día de verano.

Jesús bebió agua de un limpio riachuelo y la encontró deliciosa. Llegó una mujer, sacó agua de aquel riachuelo y la vertió en un cántaro. Jesús, que seguía teniendo sed, le pidió un trago de agua a la mujer. Ella le hizo beber del cántaro.

Pero esta vez Jesús encontró un gusto amargo en el agua. Le sorprendió:

—El agua del riachuelo y la del cántaro son las mismas. ¿Por qué me parece dulce la del riachuelo y amarga la del cántaro? ¿Qué misterio es éste?

Entonces el cántaro tomó la palabra y le dijo:

—Es porque soy viejo. La tierra de la que estoy hecho ha sido trabajada mil veces desde el origen del mundo. He sido vaso, plato, cubilete. Y todavía me podrían dar mil formas en los siglos venideros sin que perdiese esa amargura que notas en mi agua, y que es la amargura de la muerte.

DÍA DE DOLOR

También en Persia, un día se vio a un joven que acababa de perder a su padre y se lamentaba:

—¡Estoy destrozado! ¡Sufro! En mi vida he sentido un dolor comparable al que hoy siento.

Un viejo amigo que pasaba por allí le hizo este comentario:

—¿Y qué deberíamos decir de tu padre?

UNA CABEZA A GOLPE DE SABLE

Urabe Kenko, el escritor japonés, nos cuenta lo siguiente.

Había un adivino muy conocido, experto en fisiognomía. Un día recibió la visita del superior de un convento, que le preguntó:

—Mira bien mi rostro. ¿Tengo un rostro para recibir golpes de sable?

El adivino examinó rápidamente los rasgos del bonzo y contestó:

—Sí, así es.

—Pero ¿por qué signos de mi rostro puedes decirlo?

—Muy sencillo —contestó el adivino—. El estado religioso que has escogido debería quitarte todo temor a ser atacado y herido en el rostro. Y, sin embargo, lo has pensado, aunque sólo fuese por un instante. Ese pensamiento, que se ha deslizado en ti, te prepara para una herida.

Un poco más tarde, al religioso lo mató una flecha.

CONFUSIÓN DE PERSONA

Una historia judía clásica, sujeta a mil variantes, cuenta una triste equivocación.

Un humilde comerciante judío, llamado Simón, tenía como único objetivo hacerse rico. Ahorraba cuanto podía en su vivienda, sus ropas, sus alimentos, con extraordinaria perseverancia. Todo le parecía demasiado bonito, demasiado caro. Incluso lo indispensable le parecía superfluo. Llevaba una vida miserable.

Tras vivir unos treinta años en estas condiciones —esto pasaba a finales del siglo pasado—, Simón, como había previsto, se hizo rico. En un instante cambió de vida. Dejó de trabajar, fue al peluquero y a la manicura, se compró ropas muy lujosas en los mejores modistos parisinos y se fue a la Costa Azul.

El primer día, en Niza, al salir de un gran hotel con unos zapatos impecables, un pantalón ajustado, una chaqueta nueva de la mejor lana escocesa, con corbata, un bastón, un sombrero, y dirigirse hacia la Promenade des Anglais, fue golpeado con gran violencia por un carruaje.

El golpe era mortal. Simón yacía en la calzada, casi sin respirar, destrozado. Curiosos compasivos rodearon al hombre agonizante.

Y traspasado por el dolor, con los ojos llenos de lágrimas especialmente amargas, Simón levantó su última mirada hacia el cielo y gritó:

—¿Por qué?… ¿Por qué me has herido hoy de muerte?

Entonces, con gran sorpresa de los curiosos, las nubes se entreabrieron y se oyó la voz de Dios, que contestó:

—Para serte sincero, Simón, no te había reconocido.

DESPUÉS DE LA MUERTE

Corto diálogo de origen zen:
—Maestro, ¿qué le llega al hombre inteligente tras la muerte?
—No lo sé.
—¿No sois un hombre inteligente?
—Sí. Pero no estoy muerto.

OTRA CONFUSIÓN DE PERSONA

La historia que sigue es de origen español. Un hombre cae al vacío desde el piso treinta. Cayendo, grita:

—¡San Antonio! ¡San Antonio! ¡Sálvame!

Una poderosa mano aparece de entre las nubes y lo agarra.

—¡Oh, gracias, San Antonio! —grita el hombre.

—¿San Antonio de dónde? —pregunta una voz invisible.

—¡San Antonio de Padua!

—Ah, no. No soy yo —dice la voz.

La mano se abre y el hombre se estrella contra el suelo.

EL MÉDICO SALVADO

Mula Nasrudin no podía mantenerse ajeno a los relatos que ponen en escena a la muerte. Aquí lo hace a su manera, que es inimitable, en un relato cuya fuente se halla en Turquía.

Mula Nasrudin se encontraba de viaje y muy hambriento. Entró en una ciudad y unos habitantes le preguntaron su profesión. Contestó que era médico.

De inmediato se le condujo al lado del hijo del rey, que parecía estar muy enfermo, y al que todos los médicos desesperaban de salvar.

Nasrudin examinó brevemente al joven enfermo.

—¿Qué tratamiento ordenas para mi hijo? —preguntó el padre.

—¿Hay aquí pan, mantequilla y miel?

—Claro.

—Que me lo traigan.

Trajeron pan, con el que Nasrudin se hizo rebanadas, que untó con mantequilla y miel. Se puso a comer como si se tratase de un excelente remedio que él tenía que probar. Se acabó el pan, la mantequilla y la miel.

Un momento más tarde una mujer llegó corriendo y le dijo:

—Médico, pero ¿qué haces? ¡El niño ha muerto!

—Si yo no hubiese comido —contestó Nasrudin—, estaríamos muertos los dos.

DIÁLOGO CON UN CRÁNEO

La muerte —en forma de cráneo o de montón de huesos— aparece también como personaje. He aquí un ejemplo chino:

Chuang-tzu encontró en su camino un cráneo vacío y le preguntó:

—¿Cómo has llegado hasta aquí? ¿Perdiste el deseo de vivir?

El cráneo no contestó. El sabio prosiguió:

—¿Provocaste la derrota de tu país y fuiste condenado a la pena del hacha?

El cráneo no contestó.

—¿Estás muerto a causa de tu fea conducta? ¿Cubriste de vergüenza a tu mujer y a tus hijos? ¿O has muerto de miseria, de frío, de hambre?

Y, como el cráneo seguía sin contestar, el sabio dijo:

—¿O te has muerto de viejo? ¿O quizá a causa de una enfermedad?

Llegó la noche. Chuang-tzu recogió el cráneo para utilizarlo como almohada. En plena noche el cráneo se le apareció en sueños y le dijo:

—Sólo me has dicho palabras sin sentido. Las palabras que has pronunciado sólo tenían que ver con los problemas de los vivos. No tienen que ver con los muertos. ¿Quieres que te hable de los muertos?

—Con mucho gusto —contestó Chuang-tzu, que dormía.

—Los muertos —prosiguió el cráneo—, no tienen ni señores ni criados. No tienen ni estaciones, ni trabajos, ni mujeres, ni esposos, ni hijos. Están en paz. No tienen más edad que la del Cielo y la Tierra.

—Si consiguiese que el Gobernador de los Destinos —preguntó el sabio — devolviese la vida a tu cuerpo, con tus huesos, tu carne, con tu madre, tu familia y todos tus amigos del pueblo, ¿lo rechazarías?

Los ojos vacíos del cráneo se clavaron en el sabio dormido y le dijeron:

—¿Renunciaría yo a mi felicidad para volver a encontrar todas las miserias humanas?

Cuando el sabio despertó, cogió con la mano el cráneo sobre el que había dormido y le dijo:

—¿Quién es feliz? ¿Y quién es desgraciado? Sólo tú y yo sabemos que no hay vida ni muerte.

LA PALABRA

La palabra y el silencio son los personajes de la siguiente historia, que es africana:

Un pescador encontró en una playa un cráneo y le preguntó por maldad qué le había llevado allí.

De la mandíbula muerta surgió una voz que contestó:

—La palabra.

El pescador corrió asustado hasta su pueblo y ante su rey. Contó su extraordinario encuentro.

—¿Un cráneo que habla? —preguntó el rey, que pensaba que el hombre había bebido demasiado o había sido golpeado por un bambú—. Te lo advierto: ¡si me has contado una estupidez, despídete de tu cabeza!

El pescador, muy locuaz, condujo al rey y a todo su séquito ante el cráneo que estaba en la playa. Pero esta vez el cráneo, obstinado, se negó a hablar. A pesar de la irritación y de las súplicas del pescador, no dijo nada, se quedó mudo como un vulgar cráneo.

El rey sacó su sable y le cortó la cabeza al pescador. Después regresó al pueblo con su séquito.

Entonces el viejo cráneo le preguntó a la cabeza recién cortada, que había caído a su lado en la arena:

—¿Qué es lo que te traído aquí?

—La palabra —contestó la cabeza.

LA SABIDURÍA DE LOS CEMENTERIOS

En un episodio de la vida de los padres del desierto, en los orígenes de la tradición cristiana, encontramos este relato:

Un hombre fue al encuentro de Macario el Egipcio y le pidió un importante consejo.

—Ve al cementerio —le dijo Macario— e insulta a los muertos.

El hombre entró en un cementerio, insultó durante mucho rato a los muertos y apedreó las tumbas. Entonces regresó junto a Macario y le contó lo que había hecho.

—¿Los muertos te han dicho algo? —le preguntó Macario.

—No.

—Vuelve al cementerio y alábales.

El hombre volvió al cementerio y les hizo cumplidos a los muertos. Los trató de personas íntegras, inteligentes y bienhechoras. Alabó su belleza y admiró su gloria.

Entonces regresó junto a Macario, que le dijo:

—¿Te han dicho algo?

—No.

—Pues bien, he aquí mi consejo. Pasa entre el desprecio y la alabanza. Sé como un muerto.

LA EXTREMA MISERIA

Esta breve historia nos llega de la tradición árabe:

Un hombre muy pobre y su joven hijo encontraron a unos hombres que transportaban un cuerpo.

—¿Adónde lleváis a ese muerto? —preguntó el niño.

—A un lugar donde no hay nada de comer, ni de beber. A un lugar donde no hay ni tejado, ni fuego, ni tapices, ni esteras.

—Entonces seguramente lo lleváis a mi casa —dijo el niño.

7

SIENDO COMO SON LAS COSAS, AL MENOS PODEMOS ESCOGER EL CONOCIMIENTO: ES DIFÍCIL. PODEMOS PREFERIR LA IGNORANCIA: ES TODAVÍA MÁS DIFÍCIL.

LOS CIEGOS Y EL ELEFANTE

La historia más famosa, que encontramos a cada paso en cuanto abordamos los territorios del conocimiento, es sin lugar a dudas de origen indio. Pero los sufís, y más tarde otras tradiciones, la han retomado y adaptado muchas veces.

Transcurre en un pueblo donde todos los habitantes eran ciegos. No muy lejos de allí pasó un rey increíblemente bien vestido. Este rey viajaba a lomos de un elefante, animal desconocido en aquel lugar de la tierra.

Varios ciegos, al oír hablar de un nuevo animal, al parecer formidable, se presentaron en delegación ante el rey y su corte. Les autorizaron a tocar el elefante, el cual no opuso resistencia.

Cuando regresaron a su pueblo, un gran número de ciegos los rodeó y les pidió una descripción del extraordinario animal.

El primer ciego, que sólo había tocado la oreja del elefante, dijo:

—Es un animal ancho y liso, un poco rugoso, como un viejo tapiz.

El segundo, que había tocado la trompa, les dijo a los otros ciegos:

—Es largo, móvil y hueco. Tiene mucha fuerza.

El tercer ciego, que había tocado una pata, dijo:

—Es sólido y estable, como una columna.

Obviamente los habitantes del pueblo no quedaron satisfechos y pidieron más detalles, pero los tres ciegos fueron incapaces de ponerse de acuerdo. El tono de la discusión aumentó.

Empezaron a pelearse a puñetazos, a golpes de bastón, y se hicieron daño.

Algunos ciegos, más sabios que los otros, sugirieron que, para obtener una descripción más completa de la montura, se enviase una nueva delegación al rey. Para formar la delegación, lo que llevó bastante tiempo, se escogió a los ciegos más inteligentes.

Pero, cuando llegaron, el rey y toda su corte se habían ido.

LA CANTIMPLORA DE LA ARAÑA

Una historia africana, que viene de Togo, aborda de otra forma la adquisición —y el reparto— del indispensable conocimiento.

La araña, que se llamaba Yeví, había sido considerada durante mucho tiempo el sabio de los sabios, el gran genio del pensamiento. Pero, a medida que pasaban los años y que la araña observaba con mucha atención las obras del mundo, se sorprendió del extraordinario progreso de la inteligencia de los hombres y del resto de los animales.

«Uno de estos días —se dijo—, serán tan inteligentes como yo y me quitarán el sitio».

Se procuró una especie de pequeña cantimplora y empezó, chupando y extrayendo, a quitarles la inteligencia y el conocimiento a todas las criaturas vivas. Y también el instinto, la imaginación, la reflexión. Hizo entrar todas aquellas facultades en su cantimplora, la cerró con mucho cuidado y la aseguró con una cuerdecilla.

Entonces buscó un sitio donde esconder aquel tesoro incomparable.

«¿En el agua? ¿Bajo tierra? No, más bien allí arriba, en la copa de ese gigantesco árbol».

Se pasó la cuerda de la cantimplora alrededor del cuello y empezó a trepar agarrándose al tronco del árbol con las patas. Pero la cantimplora era tan pesada que no paraba de balancearse y la araña volvía a caer al suelo.

Una vez, dos veces, tres veces: la araña siempre caía. Pero, a pesar del dolor, se obstinaba en su intento.

Entonces, en la copa de aquel árbol, se puso a cantar una tórtola. Y la araña, que conocía el secreto del canto de los pájaros, comprendió que la tórtola le decía lo siguiente:

—¡Ponte la cantimplora a la espalda! ¡Ponte la cantimplora a la espalda!

La araña se dijo: «Esta pobre tórtola tiene razón. A pesar de ser una simple tórtola y de que la haya vaciado de su inteligencia, tiene razón. Es más inteligente que yo. Sin lugar a dudas. Me avergüenzo de mi orgullo, de la idea que tenía de mí misma y de mi poder».

La araña soltó la cantimplora, que se abrió al caer. Todo el conocimiento liberado se extendió por el aire y llegó a las otras criaturas.

Y la tórtola, cantando desde la rama más alta, le dijo a la araña:

—No hay nadie que no conozca nada, y no hay nadie que lo conozca todo.

EL PESCADOR Y EL GENIO

Sobre la tan clásica escena del pescador que lleva consigo a un genio prisionero en una botella, he aquí la variante sufí.

Un pescador cogió con su red una botella de cobre con el tapón de plomo. La botella contenía un genio todopoderoso que había sido encerrado por el rey Salomón, pero el pescador no lo sabía. Él sólo veía la botella, que le parecía un poco extraña. «Quizá contiene diamantes», se dijo. Olvidando que el hombre sólo debe utilizar lo que ha aprendido a usar, hizo saltar el tapón de plomo.

Al principio creyó que la botella estaba vacía. La puso boca abajo. No salió nada. Entonces vio elevarse desde la botella una delgada columna de humo, que se intensificó, que adoptó una forma temible, y esa forma le dijo al pescador con una terrible voz:

—Soy el jefe de los *djinns*, los demonios. Conozco el secreto de los milagros. Me sublevé contra Salomón y él me encerró en esa botella. ¡Y ahora voy a destruirte!

El pescador, aterrado, se tiró en la arena y gritó:

—¿Vas a destruir al que te ha liberado?

—¡Sí, porque la violencia es mi naturaleza! ¡Y, por mucho que haya vivido inmóvil durante varios millones de años, he sido creado para destruir!

—¡Pero tú no has podido caber en esa botella! —gritó de repente el pescador—. ¡Es demasiado estrecha para ti!

—¿Osas poner en duda la palabra del jefe de los *djinns*?

—No puedo creerte —dijo el pescador.

—¡Pero yo soy capaz de todo! ¡Te lo he dicho: conozco el secreto de los milagros!

—¡No puedes —dijo el pescador— caber en esa botella!

—Fíjate bien —bramó la inmensa criatura.

Entonces el genio empezó a disolverse a toda velocidad. Se volvió a convertir en una columna de humo, que penetró en la botella. El pescador

volvió a colocar rápidamente el tapón de plomo (tal astucia es un clásico) y tiró la botella lo más lejos que pudo en las profundidades del mar.

Pasaron años y años hasta que un día otro pescador, nieto del primero, recogió la misma botella. Estaba dispuesto a abrirla cuando le asaltó un pensamiento. Recordó una frase de su padre, y del padre de su padre, una frase que decía: «El hombre sólo debe utilizar aquello de lo que ha aprendido el uso».

El genio, despertado por los movimientos de la botella, se puso a gritar:

—¡Hijo de Adán, seas quien seas, saca ese tapón y libérame! ¡Soy el jefe de los *djinns*! ¡Conozco el secreto de los milagros!

Pero el pescador, que no se fiaba, colocó la botella en una gruta y escaló el acantilado siguiente, en busca de un ermitaño que se había establecido en aquella soledad. Le explicó la situación.

—La frase que procede del padre de tu padre es absolutamente cierta —dijo el ermitaño—. Lo que tengas que hacer, lo tienes que hacer tú mismo. Y tienes que saber hacerlo.

—Pero ¿qué tengo que hacer? —preguntó el pescador.

—¿No sientes el deseo de hacer algo?

—Sí, claro. Deseo liberar al *djinn* para que me dé el poder de los milagros, o una montaña de oro, o un océano de esmeraldas.

—¿Supongo que nunca has pensado —dijo el ermitaño— que quizá el *djinn* no te dé todas esas riquezas que tanto deseas? ¿O que podría dártelas para después cogértelas porque no tienes forma de guardarlas?

—¿Qué debo hacer? ¡Dime!

—Pídele al *djinn* una muestra de lo que puede hacer. Busca una forma de salvaguardar esa muestra y también de ponerlo a prueba. Busca el conocimiento y no la posesión, porque la posesión sin el conocimiento es la causa de nuestros problemas.

El joven pescador, agudo e ingenioso, preparó un plan. Regresó a la gruta, golpeó la botella y la terrible voz del *djinn* volvió a pedirle que lo liberara de inmediato.

El joven pescador le dijo:

—He reflexionado. No creo que seas quien pretendes ser. No creo que poseas los poderes que dices.

—¿No me crees? —exclamó la temible voz del *djinn*—. ¿Acaso no sabes que soy incapaz de decir una mentira?

—No, no lo sé.

—En tal caso, ¿cómo convencerte?

—Haciéndome una demostración. ¿Puedes ejercer uno de tus poderes a través del cobre de la botella?

—Sí —dijo el *djinn*—, Pero no puedo liberarme a mí mismo.

—Muy bien —dijo el joven pescador—. Dame poder para resolver el problema que agita en estos instantes mi espíritu.

Al momento, por una milagrosa intervención del *djinn*, el joven pescador comprendió el profundo significado de la frase de su padre, y del padre de su padre. Al momento, pudo ver toda la antigua escena de la liberación del genio. Y vio cómo podría enseñarles a los otros las artimañas necesarias para obtener de los *djinns* cualquier favor.

Pero también comprendió que aquellos favores se detenían allí, que no podría obtener nada más, ni montaña de oro, ni mar de esmeraldas.

Entonces agarró la botella y, con el mismo gesto que su abuelo, la tiró al mar.

Pasó el resto de su vida enseñando a otros el significado de una frase muy simple: el hombre sólo debe utilizar aquello de lo que ha aprendido el uso.

Tras su muerte, como los encuentros con los *djinns* encerrados se volvieron raros, los sucesores del pescador desnaturalizaron sus lecciones, deformaron sus gestos. Se creó una religión. Se encerraron botellas de bronce en los sagrarios de suntuosos templos y de vez en cuando los sacerdotes elevaban aquellas botellas entre sus manos y bebían de su interior. Por inmenso respeto a la memoria del pescador, todos se esforzaban por parecerse a él, por actuar como él.

Durante siglos la botella permaneció como el símbolo de la verdad, el objeto del misterio. Los miembros de aquella religión intentaron amarse los unos a los otros por la única razón de que todos amaban al pescador. En el lugar donde él vivió antaño, una cabaña de cañas, edificaron un templo incomparable, donde procedieron a un extraño culto vestidos con hermosos y pesados ropajes.

Los discípulos del ermitaño siguen vivos, pero los sacerdotes no los conocen.

Los descendientes del pescador siguen vivos, pero los sacerdotes tampoco los conocen.

La botella de cobre, donde dormita el gran genio, está en algún lugar en el fondo del mar.

EL MEJOR DESEO

Otra variante sobre el mismo tema:

El genio liberado le dice al pescador:

—Pide tres deseos y yo te los daré. ¿Cuál es tu primer deseo?

—Helo aquí —dijo el pescador—. Me gustaría que me hicieses lo bastante inteligente como para hacer una elección perfecta de los otros dos deseos.

—Hecho —dijo el genio—. Y, ahora, ¿cuáles son tus otros deseos?

El pescador reflexionó un momento y contestó:

—Gracias. No tengo más deseos.

LA MUERTE DE UN IDIOTA

Al revés, una historia armenia cuenta el viaje de un hombre cuya inteligencia estaba adormecida.

Un miserable, que trabajaba en vano, tomó la decisión de ir a quejarse de su suerte a Dios. Se puso en marcha y se encontró con un lobo que le preguntó su destino.

—Voy a quejarme a Dios —dijo el hombre—. Se ha mostrado muy injusto conmigo.

—¿Quieres hacerme un favor? —le preguntó el lobo—. Me paso todo el día, y también parte de la noche, corriendo de un lado a otro en busca de algo con que alimentarme. Pregúntale a Dios: «¿Por qué has creado el lobo, si le dejas morirse de hambre?».

El hombre le prometió que se lo preguntaría y volvió a ponerse en camino. Un poco más lejos se encontró con una joven encantadora. Ella le preguntó por la razón de su viaje. Él contestó y entonces ella le dijo:

—Te lo ruego, si ves a Dios, háblale de mí. Dile que en la tierra has encontrado a una joven encantadora, dulce, hermosa, rica y que goza de muy buena salud y que, sin embargo, es desgraciada. ¿Qué tengo que hacer para conocer la felicidad?

—Le haré la pregunta —dijo el pobre hombre.

Un poco más tarde, se detuvo para descansar a los pies de un árbol. Aquel árbol, a pesar de estar plantado en una buena tierra, permanecía deslucido, casi sin hojas. Interrogó al hombre y le dijo:

—Si ves a Dios, ¿podrías hablarle de mí? Dile que no comprendo mi destino. Mira, esta tierra es fértil y sin embargo, sea invierno o verano, mis ramas están desnudas. ¿Qué hacer para tener hojas verdes, como los otros árboles, y también frutos?

El hombre le prometió al árbol que hablaría con Dios. Y prosiguió su camino.

Tras un largo viaje y peripecias que no han sido reveladas, llegó junto a Dios, lo saludó y le presentó su súplica.

—Tratas a todos los hombres de la misma forma —le dijo—. Pero mírame. Trabajo con todas mis fuerzas noche y día, me privo de todo y llevo una vida desdichada. Conozco a algunos que trabajan mucho menos que yo y que llevan una vida placentera. ¿Puedes decirme dónde está la igualdad? ¿Dónde está la justicia?

—Te ofrezco la oportunidad —le contestó Dios—. Aprovéchala y serás rico y feliz. ¡Vete, vuelve a tu casa!

El hombre, antes de despedirse, expuso los casos del lobo, de la joven y del raquítico árbol. Dios le dio las respuestas pertinentes. El hombre se fue.

En el camino se encontró al árbol y le dijo:

—Dios me ha revelado que hay una gran cantidad de oro escondido justo debajo de tus raíces. He aquí por qué no puedes desarrollarte. Que te quiten ese oro y tendrás ramas verdes.

—¡Maravilloso! —gritó el árbol—. ¡Rápido, cava entre mis raíces y coge el oro!

—No, no, no puedo, Dios me ha ofrecido mi oportunidad. ¡Tengo que ir a mi casa y aprovecharla!

El hombre se fue. Se encontró con la joven insatisfecha, que le preguntó:

—¿Y bien? ¿Qué te ha dicho Dios?

—Me ha dicho que, para conocer la felicidad, tienes que encontrar un esposo que comparta tus alegrías y tus penas.

—¡Cásate conmigo! —le dijo la joven—. ¡Cásate conmigo y seremos felices juntos!

—¡No puedo, no tengo tiempo! ¡Dios me ha ofrecido mi oportunidad y tengo que volver a mi casa para aprovecharla! ¡Adiós! ¡Busca otro esposo!

Y se fue.

Un poco más lejos se encontró con el hambriento lobo, que le dijo:

—¿Y bien? ¿Le has hablado a Dios de mi parte?

—Primero déjame decirte lo que me ha pasado —contestó el hombre—. Me he encontrado con una joven desgraciada y le he dado la respuesta de Dios: «Tienes que encontrar un esposo». He encontrado un árbol sin hojas al que Dios me ha ordenado decir: «Un montón de oro bloquea tus raíces». La joven quería casarse conmigo, el árbol quería que cavase para sacar el oro, pero, claro está, ¡he dicho que no! ¡Dios me ha ofrecido mi oportunidad, me lo ha dicho, y tengo que volver a mi casa para aprovecharla!

—¿Y yo? —preguntó el lobo—. ¿Dios te ha dado la solución a mi problema? ¡Contéstame antes de irte!

—Sí —dijo el hombre—. Dios ha contestado lo siguiente: el lobo caminará hambriento por la tierra hasta que encuentre a un idiota que sacie su apetito.

—¿Dónde quieres que encuentre mayor idiota que tú?

Se lanzó sobre el hombre y lo devoró.

LA PRIMERA LECCIÓN

Un joven monje japonés se acercó al maestro Ummon para adquirir su conocimiento.

—Muestra tu obediencia —dijo el maestro Ummon.

El joven monje se inclinó. En el momento en que se levantaba, el maestro hizo un movimiento muy brusco, como si fuese a golpearlo. El monje se echó hacia atrás.

—O sea, que no eres ciego —dijo el maestro—. Acércate.

El joven monje se acercó.

—Y no eres sordo —dijo el maestro—. ¿Comprendes?

—¿Si comprendo qué? —preguntó el monje.

—Tampoco eres idiota —dijo el maestro.

EL ORDEN DE LAS PÁGINAS

Esta historia africana, de origen bambara, casi podría llamarse «la segunda lección».

Un peul y un bambara, que compartían la misma celda, se enteraron a través del guardián de que, por orden del rey, uno de ellos sería castrado y el otro decapitado.

El peul, más astuto que el bambara, empezó a quejarse de inmediato, gritando que le dolían los testículos, que le dolían mucho y que pedía un alivio. Gritó tan fuerte que el guardián fue corriendo, armado con un sable afilado, y le desembarazó de los dos objetos de su dolor. El peul sufrió muchísimo el resto de la noche, pero, en el fondo de sí mismo, estaba contento por haber salvado la cabeza.

A su lado, el bambara dormía profundamente.

Por la mañana, el rey los hizo llamar y les anunció que eran libres. Su castigo había sido levantado.

El peul se lanzó a una serie de imprecaciones y lamentaciones:

—El bambara ha salvado la vida —gritaba—, ¡y yo he perdido mis testículos!

—Nunca hay que leer la página cinco antes de la página cuatro —le dijo el rey.

LA ELECCIÓN DEL SILENCIO

Un maestro zen se encontró con uno de sus discípulos, que estaba trabajando en el jardín, y le dijo:

—Es bueno escoger el silencio desde que amanece.

—¿Cómo sabes que he escogido el silencio? —preguntó el discípulo.

—Te he oído —contestó el maestro.

LA LECCIÓN DEL REY BUDISTA

El conocimiento, que conduce necesariamente a la tolerancia (o es falso conocimiento), suele ser puesto a prueba, como así lo cuenta una historia india.

En una ciudad donde reinaba un rey budista llamado Kalingadatta vivía un comerciante budista. Éste tenía un hijo que permanecía fiel a la religión antigua y que reprochaba violentamente a su padre una conversión a su parecer innoble. La verdadera fe, decía el hijo, es la fe brahmánica. La única religión verdadera es la de los Vedas.

—¡Los monjes budistas son de la peor especie! ¡Han abandonado las purificaciones rituales! ¡Comen a cualquier hora! ¡Y se rapan toda la cabeza en lugar de guardar el mechón sagrado!

El padre intentaba decirle que existían diferentes formas de religión, que el budismo enseña la compasión por todos los seres vivos, que también enseña la paz. ¿Cómo podría tal práctica conducir al mal?

Pero el hijo rechazaba toda tolerancia y no dejaba de reprobar a su padre. Éste le llevó finalmente ante el rey que, informado de la disputa, se mostró de repente poseído por la más despiadada de las cóleras y condenó al hijo a muerte.

—¡Sí! —gritó—. ¡Hay que matarlo sin demora! ¡Porque es un peligro de corrupción para todo nuestro pueblo!

El padre rogó, imploró y el rey acordó un plazo de dos meses para que el joven fanático corrigiese su vida. «¿Qué crimen he cometido para merecer la muerte? —se preguntaba el hijo del comerciante—. ¡No he hecho más que defender la verdadera religión! ¿Por qué la muerte?».

Perdió todo apetito, perdió el sueño y el gusto por el placer. Al final de los dos meses, el padre volvió a llevar a su hijo, demacrado, flaco, ante el rey, quien le preguntó:

—¿Por qué esa sorprendente delgadez? ¿Acaso te prohibí comer?

—¿Comer? —dijo el joven—. Pero ¿cómo hubiese podido comer? ¡Desde que me condenaste a muerte es en la muerte, y sólo en la muerte, en lo que he

pensado! Me ha impedido pensar en nada más, hacer nada más.

—Todas las criaturas temen la muerte —le dijo el rey—. Por eso te pregunto: ¿existe una religión superior a la que quiere librar al hombre de ese miedo a morir?

El joven no sabía qué contestar. Estaba muy débil. Temblaba.

—He aquí cómo va a llegarte la muerte —le dijo el rey—. Coge ese cuenco, llénalo de aceite hasta el borde. Vas a dar la vuelta a la ciudad sosteniendo ese cuenco entre las manos. Mi verdugo te seguirá. Si dejas caer una sola gota de aceite, te cortará la cabeza.

El joven se fue lentamente, los ojos clavados en el cuenco de aceite, que sostenía entre las manos. Un verdugo gigantesco con una brillante espada caminaba al mismo paso detrás de él. Fueron por todas partes, por las calles, entre la multitud, junto al río, anduvieron por los templos, cruzaron la plaza del mercado. El enorme verdugo caminaba sin hacer ruido detrás del hijo del comerciante.

Éste no dejó caer ni una sola gota de aceite.

Al regresar a palacio, cuando ya anochecía, el rey le dijo:

—¿Qué has visto hoy en la ciudad?

—No he visto nada —contestó el joven—, y no he oído nada.

—No has visto nada y no has oído nada —le dijo el rey—, porque sólo mirabas el cuenco de aceite que sostenías entre las manos. Quizá hoy has descubierto, gracias a la fuerza de la concentración, la verdadera religión. Porque incluso te has olvidado de la presencia de la muerte, que caminaba justo detrás de ti.

EL MEJOR HIJO

Una historia de Etiopía nos presenta a un anciano que, en su lecho de muerte, llamó a sus tres hijos y les dijo:

—No puedo dividir en tres lo que poseo. Eso dejaría muy pocos bienes a cada uno de vosotros. He decidido dar todo lo que tengo, como herencia, al que se muestre más hábil, más inteligente. Dicho de otra forma: a mi mejor hijo. He dejado encima de la mesa una moneda para cada uno de vosotros. Cogedla. El que compre con esa moneda algo con lo que llenar la casa se quedará con todo.

Se fueron. El primero hijo compró paja, pero sólo consiguió llenar la casa hasta la mitad. El segundo hijo compró sacos de plumas, pero no consiguió llenar la casa mucho más que el anterior.

El tercer hijo —que consiguió la herencia— sólo compró un pequeño objeto. Era una vela. Esperó hasta la noche, encendió la vela y llenó la casa de luz.

EL ESTORNUDO DEL FANTASMA

Si queremos que el camino hacia el conocimiento sea completo, también es necesario prestar atención a las señales más singulares, como nos explica esta historia coreana.

Un estudiante se fue de su pueblo para presentarse a un examen de literatura en la capital. Era un viaje largo y pesado. De repente, en un bosque, oyó un estornudo, procedente de la espesura más cercana. El estudiante se detuvo, escrutó la espesura y no vio nada. Sin embargo, muy cerca de él, se volvió a oír un estornudo.

Entonces el estudiante le ordenó a su criado cavar la tierra alrededor de la espesura. Encontraron un cráneo humano enterrado, lleno de tierra. Raíces de yedra pasaban por sus orificios nasales y el estudiante se dijo que aquellas raíces incomodaban a los orificios y que de allí venían los estornudos. Despejó el cráneo, lo lavó en agua cristalina, lo envolvió en un papel y volvió a dejarlo en el mismo sitio, sin olvidar consagrarle un pequeño sacrificio y rezar en la tierra apisonada.

La noche siguiente el fantasma se le apareció en sueños, le dio el tema del examen e incluso recitó un fantástico poema que correspondía a aquel tema. El estudiante tuvo la mejor nota, con honores.

La moraleja de esta historia que nos da el narrador es que siempre hay que fijarse en los estornudos sin propietario aparente.

EL CABALLERO Y EL SUFÍ

Otro cuento singular, que es de origen sufí, se presta, como es normal, a varias interpretaciones.

Un caballero vio una serpiente venenosa justo en el momento en que se introducía en la boca de un hombre dormido. ¿Qué hacer? Si dejaba dormir al hombre, tarde o temprano la serpiente le mordería, lo mataría.

Entonces azotó al hombre con todas sus fuerzas. Lo despertó violentamente con un golpe de látigo y lo llevó hasta un lugar donde había un montón de manzanas podridas. Amenazándolo con su espada, obligó al hombre, que gritaba de rabia, a comer unas cuantas manzanas. Y después, sin prestar la más mínima atención a sus gritos, le hizo beber una buena cantidad de agua salobre.

—Pero ¿qué te he hecho, enemigo de la humanidad, para que me trates de esta forma?

Tras varias horas de sufrimiento, insultos y lágrimas, el hombre cayó al suelo. Vomitó las manzanas, el agua y la serpiente. Al ver al animal comprendió lo que había hecho el hombre, le pidió perdón por haberlo insultado y le dio las gracias.

—¿Por qué me has salvado? —le preguntó finalmente.

—Porque el conocimiento es la madre de la responsabilidad.

—¿Qué quieres decir?

El caballero permaneció en silencio. Ayudó al hombre a ponerse en pie y a limpiar sus ropas. Éste le dijo:

—Si me hubieses prevenido de la presencia de esa serpiente en mi estómago, habría aceptado tu tratamiento de buen grado.

—No lo creo —dijo el caballero.

—¿Por qué?

—Si te hubiese prevenido, no me habrías creído. O el miedo te habría paralizado. O habrías huido corriendo. O te habrías vuelto a dormir, intentando olvidar.

Y el misterioso caballero saltó encima de su caballo y se alejó a toda velocidad.

EL OJO DEL ELEFANTE

Cuenta una historia procedente de Camerún que un elefante cruzaba un río. De repente uno de sus ojos se salió de la cuenca y cayó al fondo del agua.

El elefante, enloquecido, se puso a buscar por todas partes, pero en vano. El ojo parecía a todas luces perdido.

Mientras se agitaba en medio del río, a su alrededor, los animales acuáticos, los peces, las ranas, y también los pájaros y las gacelas que permanecían en la margen, le gritaban:

—¡Cálmate! ¡Tranquilo, elefante! ¡Cálmate!

Pero el elefante no los oía y siguió buscando el ojo, sin encontrarlo.

—¡Tranquilo! —le gritaban—. ¡Tranquilo!

Finalmente los oyó, se detuvo y los miró. Entonces el agua del río se llevó suavemente el cieno y el lodo que el elefante había levantado con su movimiento. Entre sus patas vio el ojo en el agua, que se había vuelto clara.

Lo recogió y lo volvió a colocar en su sitio.

EL LENGUAJE DE LOS ANIMALES

Sin embargo un cierto número de historias, en realidad menos numerosas que las otras, subrayan los peligros del conocimiento e incluso llegan a alabar la ignorancia. De este modo, cuando se le preguntaba a Mula Nasrudin lo que había que hacer para evitar caer enfermo, él contestaba:

—Es muy sencillo. Hay que mantener los pies en caliente, la cabeza en fresco, vestir bien y, sobre todo, no pensar demasiado.

Una historia persa advierte sobre el aprendizaje de algunos secretos.

Era sabido que el profeta Salomón conocía el lenguaje de los animales. Un hombre, llevado por la curiosidad, quiso aprender tal lenguaje. Salomón le advirtió:

—Renuncia a esta idea. Sólo puede traerte desgracias y penas.

El hombre insistió, volvió a la carga día tras día, y acabó por decir:

—Como mínimo, enséñame el lenguaje de mi gallo y de mi perro.

Salomón aceptó y el hombre regresó a su casa muy satisfecho.

A la mañana siguiente, vio cómo el gallo cogía un trocito de pan y el perro lo perseguía diciendo:

—¡Tienes todos los granos que quieres y me robas el pan!

—Deja de quejarte y regocíjate —le contestó el gallo—, porque mañana la mula del khoja, nuestro patrón, morirá y tendrás toda la carne que quieras.

El khoja cogió de inmediato a la mula, la llevó al mercado y la vendió. Dos o tres días más tarde, se enteró de que había muerto. Y siguió escuchando atentamente lo que decían los dos animales.

Otro día el perro tildaba al gallo de mentiroso. Y el gallo le dijo al perro:

—No soy un mentiroso. La mula bien muerta que está. No ha sido en casa de nuestro patrón, es cierto. Pero no te preocupes, porque esta noche su caballo morirá y es más grande que su mula. Podrás comer tanto como quieras.

El khoja se apresuró a vender su caballo que, en efecto, murió aquella misma noche.

El perro, furioso, se puso a insultar al gallo, que le contestó:

—Lo que había predicho ocurrió. La mula está muerta y el caballo está muerto. Lo que no entiendo es por qué nuestro patrón, los ha vendido. Pero no te entristezcas, porque mañana su adorado esclavo morirá y, durante el transcurso de la ceremonia fúnebre, tendremos excelentes alimentos para comer, y en cantidad.

El khoja, al oírlo, se apresuró a vender su esclavo, que efectivamente murió. Pasaron dos o tres días. El khoja, sentado en su patio, escuchaba las quejas del perro al gallo.

—¡Te odio, no dejas de mentir, vete, me haces sufrir!

—Yo no miento nunca —contestó el gallo con aplomo—. Guío a los fieles para las plegarias del alba, soy el almuédano de Dios, anuncio el regreso del día, la salida del sol, y todos me escuchan. Nunca me he equivocado. ¿Cómo podría mentir? Escúchame bien: el mismísimo khoja va a morir, y esta vez no podrá venderse a sí mismo para escapar de la muerte. De hecho, la mula, el caballo y el esclavo eran el precio que debía pagar al destino para seguir con vida. Pero ese hombre corto de entendederas no lo ha comprendido. Simplemente ha creído ganar una leve suma de dinero cuando en realidad lo estaba perdiendo todo, incluso su vida. Alégrate, perro, porque durante cuarenta días de luto tendremos alimentos en abundancia.

Enloquecido, el khoja corrió hasta Salomón para pedirle ayuda.

—Es un decreto divino —le contestó el profeta—, y nada puede cambiarse.

Al día siguiente, el gallo cantó una vez más, el sol se levantó en un cielo despejado y el khoja estaba muerto.

Se sirvió comida en abundancia para los amigos, los invitados, los vecinos. Mientras comía los restos, el gallo le dijo al perro:

—¿Me crees ahora?

Pero nadie podía entender lo que decían.

LA CARGA DEL CAMELLO

Una historia del mismo origen —la cuenta Rumi— hace caminar juntas, por un breve instante, la inteligencia y la idiotez.

Un beduino, que avanzaba sentado sobre un camello que cargaba con dos sacos, se encontró a un hombre, que prosiguió el viaje con él y que le preguntó:

—¿Qué lleva tu camello?

—En un lado un saco lleno de maíz —contestó el beduino—, y en el otro un saco lleno de arena.

—¿Por qué?

—Para equilibrar la carga.

—Sería mejor repartir el maíz entre los dos sacos —dijo el hombre—. De ese modo la carga de tu camello sería menos pesada.

Al beduino le sorprendió la inteligencia de aquel consejo.

—Pero si tienes razón —exclamó—. ¡Tienes toda la razón del mundo! ¡Tu pensamiento es sutil! ¡Sube a mi camello, ven!

El beduino hizo subir al hombre al camello y le dijo:

—¿Quién eres? Un hombre inteligente como tú tiene que ser… ¿Sultán, visir?

—No, no soy nada.

—Pero ¿eres rico?

—No. Mira mis ropas.

—¿Qué clase de comercio realizas? ¿Dónde está tu casa, dónde está tu tienda?

—No tengo ni tienda ni casa.

—¿Y tus camellos? ¿Y tus vacas?

—No los tengo.

—Pero entonces, con una inteligencia como la tuya, ¿qué tienes?

—No tengo nada, ya te lo he dicho, no tengo ni un trozo de pan para comer. Y mis ropas son unos andrajos.

—¡Baja de mi camello! —gritó el beduino—. ¡Aléjate! ¡Llévate lejos de mí tu peligrosa inteligencia, porque mi idiotez es sagrada!

Los dos hombres se separaron para siempre y el beduino continuó su camino, con un saco de maíz en un lado y un saco de arena en el otro.

LO ESENCIAL

Para llegar al conocimiento —necesario pero ¿hasta qué punto?, y, ¿a qué precio?— una historia árabe nos cuenta lo siguiente.

Un emperador mandó llamar a un hombre que pasaba por el más sabio de las tierras conocidas y le pidió que redactase una obra que contuviera los conocimientos esenciales.

El erudito se puso al trabajo y, doce años más tarde, le ofreció al monarca una serie de volúmenes.

—Es demasiado largo —dijo el emperador—. Escribe los conocimientos esenciales en un solo volumen.

El hombre obedeció y regresó cuatro o cinco años más tarde con un volumen.

—Sigue siendo demasiado largo —dijo el emperador—. Soy un hombre muy ocupado con todos los problemas del imperio. Escribe en unas páginas lo que te parezca esencial y tráemelas.

El sabio volvió al trabajo. En dos o tres años consiguió la quintaesencia de sus conocimientos en unas páginas, que le ofreció al monarca. Éste, especialmente ocupado aquel día, pidió un último esfuerzo: una sola página.

Varios años de trabajo fueron necesarios para que el hombre consiguiese resumir sus conocimientos en una página.

—Sigue siendo demasiado largo —le dijo el emperador—. Te propongo una cosa: no escribas nada más. Pon lo esencial de lo que sabes en una palabra y ven a decírmela. Te recompensaré.

El hombre se retiró a una árida meseta y pensó durante el tiempo necesario. Al final, cuando hubo encontrado la palabra que abarcaba todos los pensamientos, pidió audiencia al emperador, que para entonces era un anciano.

—¿Has encontrado la palabra? —le preguntó al erudito.

—Sí, Majestad. La he encontrado.

—Acércate. Dímela en voz baja, deprisa.

El sabio se acercó al emperador, se inclinó hacia su oreja y le murmuró una sola palabra. El emperador fue el único en oírlo y exclamó:

—¡Pero eso ya lo sabía!

LAS MARIPOSAS Y LA VELA

Finalmente, Farid al-Din ’Attar, autor persa del *Mantic Uttaïr (El lenguaje de los pájaros)* cierra este capítulo con una magnífica parábola nocturna.

Una noche las mariposas se reunieron, atormentadas por el deseo de unirse a la vela. Una primera mariposa fue hasta el lejano castillo y vio en el interior la luz de una vela. Regresó y contó exactamente lo que había visto. Pero la sabia mariposa que presidía la reunión dijo que aquello no las hacía avanzar lo más mínimo.

Una segunda mariposa entró en el castillo y se acercó más a la vela. Voló a su alrededor, incluso tocó la llama con sus alas, y la vela salió victoriosa. La mariposa regresó con las alas quemadas y contó su viaje.

Pero la sabia mariposa le dijo:

—Tu explicación no es más exacta.

Partió una tercera mariposa, loca de pasión. Entró en el castillo, se posó en el borde de la palmatoria y entonces, impulsándose con las patas de atrás, se echó violentamente contra la llama. Sus miembros se pusieron rojos como el fuego. Se fundió con la llama.

Entonces la sabia mariposa —que había estado observándolo desde lejos — les dijo a las otras.

—Ella ha aprendido lo que quería saber. Pero es la única en comprenderlo, y eso es todo.

8

UN BUEN MAESTRO PUEDE SER ÚTIL… O INÚTIL

LA LECCIÓN DEL LADRÓN

Todas las tradiciones admiten que la transmisión del conocimiento, y por consiguiente de la sabiduría, sólo puede realizarse por mediación de un maestro. Pero hay mil maneras de definir la identidad y la personalidad de este maestro.

Veamos primero la lección que un rey del sur de la India recibió de un ladrón.

Un rey, deseoso de aprender todos los secretos del robo, no con la intención de robar sino para impartir mejor la justicia, hizo llamar a un famoso ladrón y le pidió que le diese lecciones.

El hombre pareció muy sorprendido, e incluso escandalizado.

—¿Yo, un ladrón? ¿Quién ha podido convencerte de semejante mentira? Siempre he vivido honestamente. ¿Cómo podría enseñarte a robar?

Y así, proclamando su inocencia y mostrándose indignado por la malignidad de sus vecinos, que sin duda lo habían denunciado para minar su buena reputación, el hombre fue puesto en libertad.

Sin embargo, unos minutos después, el rey se dio cuenta de que en su mano faltaba un precioso anillo. Hizo arrestar al hombre, lo registraron sin encontrar el anillo, que ya había podido pasar a algún cómplice. Y esta vez, por crimen de lesa majestad, el hombre fue encarcelado y condenado a ser empalado al día siguiente.

Por la noche el rey no podía dormir. Confuso, recordaba las protestas de inocencia del hombre, tanto en el palacio como cuando había sido arrestado. En medio de la noche, el rey se levantó y bajó hasta su celda. Lo hicieron entrar, sombra silenciosa, y oyó al prisionero, que, sólo en su negra mazmorra, rezaba con fervor, lloraba quedamente y seguía creyéndose injustamente perseguido. El rey —cuya presencia el prisionero no podía percibir— se fue sin hacer ruido, muy conmovido y, convencido, de la inocencia del prisionero, decidió soltarlo. Tras lo cual pudo volver a dormir.

Al día siguiente el hombre, liberado, fue llevado ante el soberano. Pasó rápidamente una mano sobre la otra e hizo aparecer el anillo de oro. Entonces

lo cogió con dos dedos y se lo dio, con todas las muestras de obediencia y respeto.

El rey, muy sorprendido, le preguntó las razones de su comportamiento.

—Me has pedido que te diese unas lecciones —le dijo el ladrón—. He aquí la primera: un ladrón siempre tiene que parecer un ciudadano honrado, respetuoso con las leyes y las creencias. Y la segunda: es absolutamente esencial que afirme su inocencia, incluso contra la más extrema evidencia. ¿Quieres que demos la tercera lección?

LA VERDADERA CIENCIA

En una historia árabe clásica el maestro es un humilde herrero.

En una ciudad donde se enseñaban todas las ciencias vivía un joven estudiante, animado por un incesante deseo de perfección. Un día supo, por el relato de un viajero, que existía en un lejano país un hombre incomparable, que poseía todas las virtudes de los siglos de los siglos. Ese hombre, a pesar de su ciencia, ejercía de herrero, como antes lo habían hecho su padre y el padre de su padre.

El joven, en cuanto oyó hablar de aquella maravilla de sabiduría, cogió sus sandalias, cogió sus bártulos, y se fue. Tras meses de viaje y fatigas, llegó a la ciudad del herrero, se presentó ante él, besó los faldones de su ropa y se mantuvo en una actitud deferente. El herrero, un hombre mayor, le preguntó:

—¿Qué deseas?

—Aprender la ciencia —contestó el joven.

Entonces el herrero le colocó entre las manos la cuerda del fuelle y le pidió que tirase de ella. El joven tiró de la cuerda del fuelle hasta que se puso el sol. A la mañana siguiente, hizo lo mismo, y los días que siguieron, y los meses que siguieron. Trabajó así durante un año sin que nadie le dirigiese una sola palabra.

Y así pasaron cinco años. Finalmente, un día, el joven que tiraba de la cuerda le dijo al herrero:

—Maestro…

En la herrería todo se detuvo. Los otros trabajadores parecían expectantes. En el silencio que siguió, el herrero le dijo al joven:

—¿Qué quieres?

—Quiero la ciencia, maestro…

Y el herrero contestó:

—Tira de la cuerda.

Pasaron otros cinco años en aquel duro y silencioso trabajo. Nadie hablaba. Si un discípulo deseaba preguntarle algo al maestro, escribía la pregunta en un trozo de papel. El maestro, a veces, arrojaba el papel al fuego,

lo que significaba que la cuestión era baladí. A veces enrollaba el papel en un pliegue de su turbante, y al día siguiente el discípulo encontraba la respuesta escrita con letras de oro en el muro de su celda.

Al término de los diez años, el viejo herrero se acercó al tirador de cuerda y le tocó el hombro. Él, que había ido para aprender la sabiduría —y que había aprendido la paciencia—, dejó de tirar de la cuerda. Sintió una gran alegría en su interior. El viejo herrero lo abrazó y dejó que se marchase. Algunos pretenden que no le dijo una sola palabra.

El joven, ya hecho hombre, volvió a su casa, se encontró con sus amigos. Y durante el resto de su existencia, vivió en tranquila lucidez.

LA PIEDRA EN LA MANO

En China —y también en la India— se contaba una historia bastante parecida.

Un joven, que desde su infancia se sentía atraído por las piedras preciosas, decidió hacerse joyero. Inmediatamente se puso a buscar un maestro y fue admitido por el más famoso de ellos.

El maestro, como primera lección, le puso en la mano una piedra de jade, le cerró la mano y le dijo:

—Conserva tu mano cerrada durante un año. Adiós.

Y despidió al joven.

Este volvió a la casa de sus padres con la mano cerrada sobre la piedra y muy descontento. «¿Cómo es posible —se preguntaba—, que este maestro me haya pedido algo tan estúpido, tan difícil de llevar a cabo? ¿Cómo podré mantener la mano cerrada durante un año, sin abrirla un solo instante? ¿Por qué esa orden basada en el capricho y que nada justifica?».

Sin embargo, a pesar de estas preguntas provocadas por el enojo, el joven, secretamente intrigado por la orden recibida, consiguió mantener la mano cerrada durante doce meses, incluso por la noche, incluso mientras dormía.

Cuando llegó el momento, regresó junto al maestro, abrió la mano y le dio la piedra.

—¿Y ahora qué tengo que hacer? —le preguntó.

El maestro le respondió:

—Voy a ponerte una segunda piedra en la mano y la guardarás durante un año.

Esta vez el joven estalló: ¿Un año más?, ¿por qué esa orden absurda, surgida del cerebro de un viejo idiota? Él quería ser joyero, ¿por qué no enseñarle la profesión de la forma conveniente?

Mientras gritaba, el maestro le colocó en la mano otra piedra. El joven cerró automáticamente la mano y gritó de repente:

—¡Pero esta piedra no es de jade!

EL VERDADERO BUDISMO

Entre las anécdotas zen más célebres, se encuentra este breve diálogo atribuido al maestro Josshu.

Un discípulo le preguntó:

—Maestro, por favor, ¿cuál es la verdadera historia del budismo? Enseñámela.

—¿Has acabado tu comida? —le preguntó el maestro.

—Sí, maestro, he acabado.

—Entonces ve a lavar tu cuenco.

EL PINTOR Y EL INCENDIO

Otra historia japonesa nos enseña que un incendio también nos puede dar lecciones.

Había un pintor que pintaba sobre todo budas y que se llamaba Yoshihide. Un día se declaró un incendio en la casa vecina. Sin preocuparse por su mujer y sus hijos, que se vieron obligados a salvarse por sí mismos, el pintor salió como un rayo a la calle, y se quedó allí, inmóvil, mirando cómo el fuego se propagaba de la casa vecina a la suya.

—Pero ¿qué haces aquí? —le decía la gente—. ¡Muévete! ¿No ves que se te está quemando la casa?

El hombre sonreía, los ojos muy abiertos, y no dejaba de decir:

—¡Ah, qué lección! ¡Qué mal pintaba yo las llamas del infierno! ¡Ahora veo lo que es arder! ¡Ah, qué lección!

A pesar de sus vecinos, a pesar de su mujer y de sus hijos, él no hizo nada. Observó cómo se consumía su casa. Tras lo cual, convertido en experto en el arte de pintar llamas, recibió innumerables encargos y se hizo construir una casa mucho más bonita que la anterior.

EL EJEMPLO DE LA LÁMPARA

Una historia cristiana también habla, pero de una forma completamente distinta, de una llama.

Había un anciano de vacilante memoria. Muy deseoso de instruirse, fue a ver a un hombre cuyos conocimientos lo habían hecho famoso y lo interrogó acerca del olvido. El hombre le habló. El anciano, satisfecho, regresó a su celda. Pero, en cuanto hubo cerrado la puerta, se dio cuenta de que ya había olvidado lo que acababan de decirle.

Regresó junto al santo y lo interrogó por segunda vez. El santo le contestó lo mismo. El anciano regresó a su celda. En cuanto hubo cerrado la puerta, lo había vuelto a olvidar.

Un poco más tarde, tras otros intentos parecidos, se encontró con el santo y le contó su problema:

—Olvido todo lo que me dices, y ya no me atrevo a interrogarte.

—Ve a encender una lámpara —le dijo el santo.

El anciano obedeció. Regresó con una lámpara encendida.

—Trae otras lámparas —le dijo el santo—. Enciéndelas todas con la primera.

El anciano así lo hizo. Pronto hubo varias lámparas encendidas.

—¿Acaso la primera lámpara —le dijo el santo— ha sufrido algún daño por el hecho de haber encendido varias lámparas con su llama?

—No —dijo el anciano.

—Entonces, no lo dudes —le dijo el santo—. Cada vez que quieras venir a interrogarme, te responderé.

LA PACIENCIA

Saadi, el poeta persa, cuenta otro aprendizaje.

Un hombre, de intachable reputación, tenía un criado de rostro atroz y carácter imposible. No podía recibir una orden sin ponerse de inmediato hecho una furia, se sentaba de forma grosera a la mesa, servía mal, empujaba a los invitados y dejaba a su patrón sediento. Todas las reprimendas lo dejaban indiferente y no hacían más que agravar el desorden y la negligencia de su servicio. Por la noche la casa retumbaba con el ruido de sus pasos, de la vajilla que rompía. Incluso echaba gallinas a los pozos y colocaba matorrales espinosos en el camino por donde tenía que pasar el patrón. No se podía contar con él para nada.

Unos amigos del patrón le aconsejaron que se deshiciese de aquel fastidioso criado y que cogiese a otro.

—Pero ¿por qué? —protestó el patrón sonriendo—. Le estoy muy agradecido a mi criado porque me ha hecho mejor. Sí, me ha enseñado la paciencia, y cada día que pasa me la sigue enseñando. Y ese don me permite soportar las otras dificultades de la vida.

EL PÁJARO INDIO

Algunas veces un pájaro puede ser nuestro maestro (si accede a hablarnos).

Un comerciante persa guardaba un pájaro indio en una jaula. Poco antes de partir de viaje hacia la India, le preguntó al pájaro:

—¿Quieres que te traiga un regalo?

—No —dijo el pájaro—. Todo lo que quiero es mi libertad.

—No tengo intención de dártela.

—Entonces te pido que vayas un momento al bosque donde nací, allá, en la India, y anuncies a los otros pájaros mi cautividad.

—Lo haré —dijo el comerciante.

Se dirigió, como había prometido, hasta la zona del bosque indicada por el pájaro y anunció en voz muy alta que él tenía en cautividad aquel pájaro. De inmediato, de la rama más alta, un pájaro cayó inanimado al suelo. «Sin duda es un pariente de mi pájaro —se dijo el comerciante— y mi anuncio le ha provocado la muerte».

Al regresar a su casa, el pájaro le preguntó por el viaje.

—Mucho me temo —dijo el comerciante— que soy portador de malas noticias. Cuando anuncié tu cautividad, uno de tus parientes cayó inmóvil al suelo.

En cuanto el comerciante hubo acabado de hablar, el pájaro cayó al suelo de la jaula y ya no se movió. «Esta mala noticia también lo ha matado», se dijo el comerciante. Triste, abrió la jaula, cogió el pájaro y depositó el cuerpo en el alféizar de la ventana, que un rayo de sol acariciaba.

El pájaro se reanimó al instante. Sacudió las alas con fuerza y voló hasta la rama de un árbol cercano.

Desde allí se dirigió al comerciante:

—Ahora comprende lo siguiente: lo que tú tomaste como una triste noticia de muerte era en realidad un mensaje de felicidad. Aquel pájaro lejano, pariente mío, me sugirió, utilizándote como intermediario, una forma de liberarme. Y así lo he hecho.

Y el pájaro, cantando, se fue volando hacia el este.

LA NUEVA SABIDURÍA

Un sabio de ochenta años vivía en el norte de China. Era el comentarista de Confucio más célebre y su reputación sobrepasaba a las de los otros sabios. Un buen día surgió un rumor, procedente del sur, según el cual acababa de aparecer un hombre todavía más sabio, todavía más profundo. El anciano sabio del norte, al que tal idea le resultaba intolerable, decidió ponerse en marcha para verificarlo por sí mismo.

El viaje fue penoso y arriesgado. Finalmente, tras meses de esfuerzos, llegó junto al nuevo maestro, se presentó, y los dos hombres decidieron comparar sus doctrinas para decidir cuál era más profunda.

El anciano empezó a hablar. Le hicieron falta varias horas para exponer, con calma e inteligencia, los puntos principales de su sistema. Cuando hubo acabado, le pidió al hombre del sur, un budista de la escuela llamada Zen, que expusiese sus propias ideas.

El maestro zen simplemente dijo:

—Evitar hacer el mal y hacer el máximo bien posible.

El anciano maestro, al oír aquellas palabras, bramó y se puso hecho una furia.

—¡Cómo! —gritó—. ¡A mi edad, me he enfrentado con todos los peligros de un largo viaje! ¡Te he dicho por qué venía! ¡Te he expuesto mi doctrina de forma detallada! ¡No te he ocultado nada! ¡Y a cambio me das una máxima insignificante que todo niño de tres años sabe de memoria! ¿Te estás burlando de mí?

El maestro zen le contestó:

—No, no me estoy burlando de ti. Pero, aunque es cierto que todo niño de tres años sabe de memoria esa máxima, un hombre de ochenta años es todavía incapaz de adecuar a ella su vida.

LA LÁMPARA DEL MAESTRO

Un maestro zen y su discípulo andaban por un camino, en plena noche. El maestro sostenía una linterna.

—Maestro —preguntó el discípulo—, ¿es verdad que puedes ver en la oscuridad?

—Sí, es verdad.

—Entonces, ¿para qué llevas esa linterna?

—Para que los otros no choquen conmigo.

EL DERVICHE Y EL CÉLEBRE CANTANTE

Una historia sufí insiste en las circunstancias que son necesarias para toda transmisión de una enseñanza, o simplemente de una emoción.

En otros tiempos, un rey impaciente por aprender, y que se sabía imperfecto, hizo llamar a un famoso derviche y le dijo:

—La estirpe a la que pertenezco siempre ha bebido de las fuentes más puras del conocimiento.

—Así es —dijo el derviche.

—Deseo continuar la tradición. Y por eso te pido que me enseñes.

—¿Es una orden o una súplica?

—Tómatelo como quieras —dijo el rey—. Orden o súplica. Sea como sea, aprenderé.

Se calló y esperó a que el derviche tomase la palabra. Pero el derviche no dijo nada. Un momento más tarde se inclinó en silencio, se levantó y se fue.

Los días siguientes se le vio regresar junto al rey con regularidad. Se sentaba, permanecía unas horas sin pronunciar palabra y se iba. Los asuntos del reino, las peticiones, los conflictos, los castigos, las traiciones y los honores se amontonaban. Y la rueda del cielo giraba al mismo ritmo.

El rey veía llegar todos los días al derviche con sus ropas andrajosas. Lo veía andar y sentarse, lo veía comer y beber, hablar y reír con la otra gente. Sabía que por la noche dormía. Pero no recibía ni una pizca de la enseñanza deseada. «¿Por qué? —se preguntaba el rey—. ¿Espera una señal? ¿Cómo desentrañar el secreto de su silencio?».

Un día, en el patio, se oyó a varias personas hablando de un cantante llamado Daud.

—Daud —decían— es el mejor cantante del mundo.

El rey, animado por el deseo de escuchar a aquel famoso cantante, lo mandó llamar a palacio. Pero el cantante, que vivía en una lujosa casa y se decía monarca de los cantantes, contestó al enviado del rey:

—Tu rey no sabe nada de lo que es necesario para el arte del canto. Si simplemente quiere ver mi rostro, iré. Pero, si quiere oírme cantar, tendrá que

esperar, como todo el mundo.

—¿Esperar a qué?

—A que llegue el momento adecuado. Que yo esté en buena disposición para cantar. Lo que ha hecho de mí un gran cantante, lo que podría hacer de un burro un gran cantante, es saber con exactitud cuándo se puede cantar y cuándo no.

Estas palabras fueron repetidas al rey, que se sintió dividido entre el deseo y la cólera.

—¿Quién puede obligar a cantar a ese hombre? —preguntó—. Si él tiene que estar en buena disposición para cantar, ¿no tengo yo que estar en buena disposición para escucharlo?

De repente el derviche se levantó, se acercó al rey y le dijo:

—Ven conmigo. Vayamos a visitar a ese cantante.

Entre los murmullos de sorpresa de los cortesanos, que se preguntaban qué trampa escondía la propuesta del derviche —que seguro que sería recompensado si tenía éxito—, el rey aceptó. Hizo que le trajesen ropa de pobre y, con el cabello en desorden, siguió al derviche por las calles de la ciudad.

Los dos hombres llamaron a la puerta del cantante. Éste hizo que les dijesen que no estaba de humor para cantar y que quería que lo dejasen tranquilo.

Entonces el derviche se sentó bajo las ventanas del cantante y se puso a cantar. Cantaba una de las canciones favoritas de Daud, y la cantaba de forma admirable. Al menos eso le parecía al rey, que se había sentado a su lado con sus harapos y se sentía profundamente emocionado por aquella voz. Sin embargo, como no era un gran conocedor de la materia, no pudo darse cuenta de que el derviche cantaba un poquito fuera de tono.

Cuando el canto hubo acabado, las lágrimas brillaban en el rostro del rey.

—Vuelve a cantar otra vez lo mismo —le dijo al derviche—. Nunca había oído melodía más dulce, más conmovedora.

El derviche aceptó. Estaba a punto de volver a empezar, cuando, de repente, Daud, que no podía seguir soportando por más tiempo el leve desafinado del derviche —un desafinado voluntario, cabe pensar—, se puso a cantar desde la ventana.

El derviche y el rey, inmóviles como dos piedras, contuvieron la respiración. El canto de Daud, perfectamente entonado, los envolvía con una belleza desconocida en la que veían todo el universo y los sentimientos más secretos de los seres humanos.

Cuando el canto hubo acabado, la ventana se cerró.

El rey hizo enviar al cantante un magnífico regalo. Felicitó al derviche por su habilidad y le propuso que fuera su consejero principal en todos los asuntos del reino.

Pero el derviche le dijo lo siguiente:

—Tres condiciones han sido necesarias para hacerte oír lo que has oído: la presencia del cantante, tu presencia y la presencia de un hombre que pudo establecer la unión indispensable entre el cantante y tú.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el rey.

—Lo que vale para el cantante, vale para toda enseñanza. Hace falta el momento, el lugar y el hombre.

—¿Quieres decir que tenemos que esperar, tú y yo, a que se den esas tres condiciones?

—He dicho lo que he dicho —contestó el derviche.

Volvió a sentarse junto al rey y volvió a sumirse en el silencio. El rey volvió a sumirse en sus asuntos. Esperaba.

UN BUEN NEGOCIO

Mula Nasrudin también fue, a pesar de que nunca se le conoció un solo maestro, un gran dispensador de lecciones.

Un comerciante se le acercó un día y le dijo:

—Te propongo un negocio excepcional. Tú me prestas cincuenta dinares, con los cuales yo ganaré setenta. Beneficio neto: veinte dinares. Diez para ti, diez para mí. ¿Qué te parece?

—Sí que es muy interesante —contestó Nasrudin tras un momento de reflexión—. Pero te propongo otro negocio, mejor para ti y para mí.

—¿Cuál?

—Pues bien, es el siguiente: yo te doy estos diez dinares. Cógelos. Obtienes un beneficio inmediato y no has desembolsado nada. Y, en lo que a mí respecta, he ganado cuarenta. Además, repara en que de esa forma evitamos todas las querellas que suelen acompañar a tales transacciones.

LA SABIDURÍA DEL CARPINTERO

Tras el herrero árabe, el carpintero chino.

En el transcurso de una procesión, un hombre, cuya santidad y tranquilo dominio de sí mismo eran reconocidos por todos, recibió en la nariz una salpicadura de yeso, del tamaño del ala de una mosca. Le pidió a un carpintero que caminaba a su lado que le quitase aquel trocito de yeso.

El carpintero cogió su hacha, la hizo girar en el aire —con tanta fuerza que se oyó el ruido— y sacó el trocito de yeso sin ni siquiera tocar la nariz del santo hombre.

Y la procesión continuó.

Poco tiempo después, un príncipe, que había oído hablar de aquella hazaña, hizo llamar al carpintero y le dijo que volviese a repetirla ante él.

El carpintero se negó.

El príncipe, enojado, quiso saber la razón de su negativa.

—Es muy sencillo —dijo el carpintero—. El hombre que tenía el pedacito de yeso en la nariz tenía mucha fuerza de espíritu. Ni el más mínimo temblor le recorrió cuando dejé caer el hacha. ¿Dónde encontrar, entre las personas que te rodean, alguien que pueda comportarse de la misma forma?

EL PAVOR DEL MAESTRO

El verdadero maestro no es insensible, ni mucho menos. Pero, cuando es preciso, sabe diferir sus sensaciones. Así lo cuenta una historia zen.

En un monasterio japonés, al final de la Edad Media, vivía un viejo monje que inspiraba en los jóvenes monjes una especie de respetuoso temor, porque nada parecía poder perturbar su serenidad. A pesar de que se pasaba el tiempo repitiendo que nada malo había en una emoción, fuera la que fuese, a condición de no dejarse llevar por ésta, permanecía tranquilo e imperturbable. No se le podía ni irritar, ni asustar, ni inquietar.

Una mañana de invierno, cuando la noche todavía oscurecía los pasillos del monasterio, los jóvenes monjes se reunieron en silencio en las sombras. Aquella mañana el viejo monje tenía que llevar la taza de té ritual hasta el altar. A su paso, todos ellos saltaron de repente de la oscuridad, como fantasmas, aullantes.

El viejo continuó andando tranquilamente, sin dar un paso en falso, sin tambalearse. Un poco más lejos, en el pasillo, había una mesita que él conocía. Con delicadeza, dejó allí la taza de té, la cubrió con un trozo de seda para mantenerla a salvo del polvo.

Después se apoyó contra la pared y lanzó un grito de espanto.

EL NIÑO IDIOTA

A veces son los maestros quienes tienen que desconfiar de los alumnos, porque una educación también puede darse al revés.

En *El jardín de las rosas*, Saadi nos presenta a un hombre poderoso, un visir, que desgraciadamente tenía un hijo bastante retrasado. Lo llevó ante un maestro de renombre y le dijo:

—Ocúpate de mi hijo. Quizá con tu ayuda se vuelva inteligente.

El maestro tomó al hijo bajo su tutela y le enseñó obstinadamente durante varios meses. Tras lo cual, lo condujo ante su padre y le dijo:

—Tu hijo sigue siendo igual de idiota. Y además yo también me he vuelto idiota.

EL LARGO RÍO

Una historia del siglo xx, que ha sido contada por todas partes, presenta a un hombre de Occidente, por ejemplo un norteamericano, que oye hablar de un célebre maestro que vive, totalmente retirado, en lo alto de las montañas del Tíbet.

El norteamericano, de espíritu sistemático, decide ir en busca de aquel santo para aprender de su boca los verdaderos secretos de la vida. Vende todas sus posesiones, lleva a cabo las gestiones necesarias, llega al Tíbet, averigua cuál es la cueva donde el sabio vive retirado y parte en su busca.

Es un viaje muy duro, a más de cinco mil metros de altitud, con hielo y frío. Al final el norteamericano llega ante el anciano, que vive medio desnudo en la soledad.

De sopetón le pregunta qué es la vida.

El ermitaño medita durante un largo instante y después le contesta:

—La vida, hijo mío, es un largo río que brota el día del nacimiento y que…

El norteamericano lo interrumpe con vehemencia. Parece muy irritado.

—¡Qué! ¿Me he gastado todo ese dinero, he hecho ese largo viaje, para venir hasta aquí y oír esta tontería? ¡Que la vida es un largo río! ¡Pero si habría hecho mejor quedándome en casa! ¿Todo este tiempo perdido para esa trivialidad, esa estupidez?

Entonces el ermitaño, que parece muy inquieto, le pregunta:

—¿Cómo? ¿La vida no es un largo río?

EL HOMBRE DE ESPÍRITU LIBRE

Tagore cuenta la historia de un hombre que afirmaba desde la infancia la libertad de su espíritu. No dependía de ninguna escuela y no creía en ningún dios.

Ese hombre de férreo espíritu desapareció. Lo encontraron unos años más tarde totalmente entregado a un santo que vivía apartado del mundo. El hombre de férreo espíritu, con una docilidad ejemplar, sin perder la sonrisa ni un instante, siempre cumplía las órdenes que le daba el ermitaño. Le llenaba la pipa y le daba agradables masajes en las piernas.

Un amigo de antaño fue a visitarlo y se sorprendió de tal servidumbre.

—¿Cómo has podido perder la libertad a la cual te aferrabas con tanta fuerza?

—No la he perdido. Incluso se ha ampliado.

—No te entiendo. ¡Ese hombre estira las piernas hacia ti y tú le haces un masaje!

—Claro está, pero dicho servicio no le hace falta. Sería vergonzoso que me lo pidiese si sólo fuese en su provecho. Y que yo le obedeciese. Pero soy yo quien lo necesita.

EL ÁRBOL ADORADO

A veces el mismo diablo accede a instruirnos, como en esta historia árabe.

Había un árbol al que hombres y mujeres adoraban, desdeñando el culto que practicaba su pueblo. Un hombre, irritado por aquella idolatría, decidió cortar el árbol. Se presentó caída la noche con una pesada hacha, pero el diablo apareció en forma humana y le preguntó:

—¿Qué vas a hacer con esa hacha?

—Voy a cortar el árbol.

—¿Por qué?

—Porque hay hombres y mujeres que lo adoran, con lo que olvidan al verdadero Dios.

—¿Qué te importa esto —le dijo el diablo— si tú no lo adoras?

—¡Quiero cortarlo y lo voy a hacer! —contestó el hombre, levantando el hacha.

—¡Espera! —gritó el diablo, colocándole una mano sobre el brazo—. ¿No preferirías, en lugar de cortar ese árbol, hacer algo que te fuera útil?

—¿Qué quieres decir? —preguntó el hombre un poco confundido.

—Mi propuesta no es un enigma. Te ofrezco, si renuncias a cortar ese árbol, dos monedas de oro.

—¿Quién me las dará?

—Yo mismo.

—¿Cuándo?

—Cada mañana, cuando despiertes.

El hombre bajó el hacha y regresó a su casa. A la mañana siguiente, un mendigo enmascarado llamó a su puerta, le dio dos monedas de oro y se marchó rápidamente.

Al día siguiente, el hombre se levantó temprano y esperó al mendigo. Pero lo esperó en vano. Nadie le trajo las dos monedas de oro prometidas.

El hombre se enfadó muchísimo, cogió su pesada hacha y corrió hacia el árbol. Allí encontró al diablo en su forma humana, y el diablo le dijo:

—¿Qué vas a hacer con esa hacha?

—¡Voy a cortar el árbol!

—No. Ya no eres capaz de cortarlo.

El hombre levantó el hacha. El diablo la tocó con un solo dedo y la tiró. Después empujó al hombre, que se rompió la espalda al golpearse contra un muro, y estuvo a punto de morir.

—¿Quién eres? —preguntó—. ¿De dónde procede esa fuerza sobrenatural?

—De las dos monedas que has aceptado. Cuando quisiste cortar el árbol para proteger el verdadero culto de Dios, no podía hacer nada contra ti. Pero, cuando has querido cortarlo porque estabas enfadado a causa de las monedas de oro que no has recibido esta mañana, has caído en mis manos. Y por eso te he machacado.

EL SANTO DE REPENTE SORDO

El comportamiento de los verdaderos maestros puede parecer a veces sorprendente, incluso increíble, como en esta historia árabe.

Una anciana caminaba desde hacía años para encontrarse cara a cara, pero sólo durante unos instantes, con un santo ermitaño de prodigiosa reputación que vivía en un desierto. Dicho desierto estaba atestado de peregrinos que acudían de todos los lugares del mundo para recibir sus admirables palabras, tocar la tierra que se encontraba ante él, enfrentarse a su mirada (la gente decía que aquella mirada había visto a Dios) y luego partir.

Estos peregrinos vivían en tiendas o dormían al raso. Hábiles comerciantes vendían en el desierto todo lo necesario para vivir e incluso baratijas. Hombres y mujeres esperaban, formando una larga fila que serpenteaba por entre las rocas y avanzaba muy lentamente hacia la entrada de la cueva donde estaba el ermitaño, acompañado por dos sirvientes.

La anciana, que había consagrado todas las fuerzas que le quedaban para hacer ese viaje, esperó como el resto. Aquella espera duró varias semanas. La anciana avanzaba al lento ritmo de la fila, gastando sus últimas monedas en comprarles un poco de comida a los vendedores ambulantes, que no dejaban de pasear por allí anunciando a grito pelado sus productos.

Cuando vio que su turno de ver al santo se acercaba, su corazón se aceleró. Se sentía presa de la emoción. No podía creer que un encuentro tan largo tiempo deseado fuera a producirse aquel mismo día. No se atrevía ni a levantar la mirada hacia el rostro del ermitaño, que estaba sentado a la entrada de su cueva.

Cuando el peregrino que la precedía se retiró, uno de los sirvientes fue a cogerla por el brazo para ayudarla a recorrer los pocos metros que la separaban del santo.

Tras lo cual ella se sentó. Pero, al hacerlo, perdió el dominio de su cuerpo y se tiró un pedo. Un pedo muy sonoro.

Terriblemente confusa, se encontraba frente al ermitaño, sin saber qué decir ni qué hacer, pensando en levantarse y huir. Pero el ermitaño se inclinó

hacia ella y le preguntó, la mano colocada como una concha marina alrededor de su oreja:

—¿Qué dices?

La anciana levantó la mirada y lo miró. Se encontró con los ojos inocentes y afables del ermitaño, que seguía inclinado hacia ella. Y el ermitaño le volvió a decir:

—He perdido mucho oído. Habla un poco más alto, te lo ruego. ¿Qué me has dicho?

La felicidad invadió a la mujer en cuerpo y alma como el agua cálida y perfumada. Sonrió y le dijo al ermitaño lo que había ido a decirle. El ermitaño, con la mano todavía colocada alrededor de su oreja, la escuchó muy atentamente, asintiendo con la cabeza para demostrarle que la comprendía, que hablaba lo suficientemente alto. Luego contestó con calma e inteligencia, y fue la vieja quien tuvo que escuchar asintiendo con la cabeza. Tras lo cual besó el suelo a los pies del santo y se retiró muy feliz.

Cuando el siguiente visitante se presentó ante el ermitaño, éste mantuvo la mano alrededor de la oreja. Quería que todo el mundo lo tomase por sordo, para que nadie pudiese informar a la anciana del subterfugio.

Hizo otro tanto con los restantes visitantes, pidiéndoles que hablasen más alto cuando se dirigían a él. Todos le obedecieron.

Se comportó así durante meses, durante años, con los peregrinos, con sus sirvientes. Sólo escuchaba acercándose la mano a una de sus orejas. Y todo el mundo decía de él que era sordo.

Un día, diecisiete años más tarde, supo de la muerte de la anciana. Entonces bajó la mano, sonrió, llamó a cuantos lo rodeaban y anunció que el Señor, mediante un inexplicable milagro, acababa de devolverle el oído.

LA SANTA MUJER

Otra lección, mucho más dura, se encuentra en los relatos de los primeros tiempos del cristianismo.

Una mujer de origen griego, que vivía en Alejandría, decidió dejar a su familia y retirarse al desierto para esperar el final del mundo. El cercano apocalipsis estaba anunciado por los textos, todo lo confirmaba, y era necesario purificar el alma para afrontar el regreso del Mesías, muerto en la cruz hacía casi dos siglos, y que iba a reaparecer en toda su gloria entre las nubes para separar a los malvados de los justos.

Abandonó a su marido y a sus hijos, en plena noche, en secreto. Se llevó algunas ropas y un poco de dinero. Antes del alba había salido de la ciudad y se dirigía hacia el desierto. Algunos meses antes, un predicador itinerante la había bautizado. Desde entonces asistía, tan a menudo como podía, a las ceremonias semiclandestinas que congregaban a los cristianos. Ahora iba a encontrarse, en la pureza del desierto, cara a cara con el verdadero Dios.

Anduvo todo el día, durmió en las rocas y reanudó la marcha a primera hora de la mañana. No era la única que huía de la ciudad para reencontrarse con una ardua soledad. Otros cristianos, obsesionados con el cercano fin del mundo, también huían. Algunos cronistas informaron de que en el desierto se veía «una gran multitud de solitarios».

Para llegar a aquel desierto había que cruzar una estrecha y reseca garganta por donde hacía mucho, mucho tiempo había corrido un río. En la entrada de la garganta había un hombre medio desnudo, de mirada resplandeciente, duro de palabra, que interrogaba a los recién llegados antes de darles —o denegarles— el derecho a vivir en soledad.

La mujer, ya muy cansada, se detuvo delante de aquel hombre, que le preguntó:

—¿Has renunciado a todo?

—Sí —contestó ella.

—¿A tu familia? ¿A tus amigos? ¿A todo lazo con lo terrestre?

—He renunciado a todo. Y por eso he venido.

—¿Qué llevas en el saco?

—Ropas y un poco de dinero.

—Escucha, esto es lo que vas a hacer —le dijo entonces el interrogador —. Vas a regresar a Alejandría. Vas a dar tus ropas a los pobres que allí encuentres. Después irás a un carnicero. Con el dinero que tienes, comprarás carne fresca. Te atarás con fuerza la carne alrededor de los hombros y del cuello. Tras lo cual, volverás aquí. ¿Has comprendido mis palabras?

La mujer asintió con la cabeza y dio media vuelta.

Regresó a Alejandría evitando los barrios donde la gente podía reconocerla. Dio sus ropas, quedándose sólo con una simple camisa. Compró carne fresca y se la ató alrededor del cuello. Y se encaminó hacia el desierto.

Apenas había salido de la ciudad por segunda vez, cuando unos perros hambrientos empezaron a perseguirla. Saltaban hacia sus hombros para coger la carne y le arañaban todo el cuerpo. Los pájaros de presa también se lanzaron contra ella, a picotazos y zarpazos. Incluso luchaban con los perros. La mujer intentaba protegerse, pero avanzaba entre una nube de plumas negras y terribles alaridos, rodeada por una insaciable jauría. Los dientes y las uñas de los perros, los picos y las garras de los buitres le desgarraban el cuerpo. Dejaba un río de sangre al avanzar por la arena. Su propia carne, en algunos sitios, no se distinguía de los tajos de la carnicería.

Cuando llegó junto al hombre que vigilaba la entrada de la cueva, no era más que un guiñapo sanguinolento.

El hombre la miró un instante y le dijo:

—Ahora puedes pasar.

LA LECCIÓN DE LOS RÁBANOS

A veces también sucede que los métodos de algunos maestros nos parecen muy singulares, hasta el punto de que la lección y el método se confunden.

En la tradición islámica, se cuenta que un tal Abdulalim, que vivía en Fez, recibió un día la visita de un hombre preocupado y descontento, porque no conseguía guardar la calma durante los ejercicios de meditación y plegaria.

—Puedo enseñarte un método muy simple —le dijo Abdulalim—. Te tapas los oídos y piensas en rábanos.

El hombre preguntó:

—¿Antes o después de los ejercicios?

—*Durante* los ejercicios.

LA BUENA INVOCACIÓN

Urabe Kenkó cuenta de forma muy simple este corto diálogo.

Un hombre se presentó ante un venerado maestro y le preguntó:

—Cuando invoco el nombre del buda Amida y, presa del sueño, acabo por olvidar el ejercicio, ¿cómo puedo vencer tal obstáculo?

—Es muy sencillo —le contestó el maestro—. Invoca el nombre de Amida cuando estés despierto.

LA PARTIDA DE AJEDREZ

Otra historia zen.

Un joven, presa de la amargura, fue hasta un apartado monasterio y le dijo a un anciano maestro:

—La vida me ha decepcionado. Yo quería alcanzar la iluminación para librarme de mi pena, pero soy incapaz, lo sé. Nunca podré pasarme interminables años de meditación, de austeridad, de estudio. Supera mis fuerzas. ¿Existe un camino rápido para un hombre como yo?

El maestro le preguntó:

—¿Te has concentrado de verdad en algo a lo largo de tu vida?

—Nací en una familia rica. Nunca he tenido que trabajar de verdad. Lo que sin duda más me ha interesado es el ajedrez. Le dedicaba casi todo mi tiempo.

El maestro hizo llamar a otro monje. Trajeron un tablero de ajedrez y una espada afilada que brillaba a la luz del sol. El maestro dispuso las piezas en el tablero y le dijo al monje, indicándole la espada:

—Me has jurado obediencia. El momento ha llegado. Vas a jugar una partida de ajedrez con este joven y, si pierdes, te corto la cabeza con esta espada. Si ganas, le cortaré la cabeza a tu adversario. Durante toda su vida sólo se ha interesado, sólo se ha aplicado en el ajedrez. Se merece que le corten la cabeza en caso de derrota.

Los dos jugadores miraron el rostro del maestro y vieron su determinación. Empezaron la partida. Desde el principio el joven sintió que gotas de sudor le recorrían la espalda, porque estaba jugando por su vida. El tablero se convirtió en el mundo entero. Se identificó con el tablero, formó parte de él. Empezó perdiendo, tras lo cual el monje, su adversario, cometió un error que dio ventaja al joven. Éste aprovechó para lanzar un fuerte ataque. Las posiciones de su adversario se debilitaron, empezaron a romperse.

El joven echó una mirada al monje sin levantar la cabeza. Vio un rostro inteligente y sincero, marcado por años de esfuerzo. Pensó en su propia vida, ociosa e insignificante. Y de repente se sintió tocado por la piedad.

Cometió una torpeza de forma deliberada, y luego otra. Arruinó sus ventajosas posiciones. Iba a perder.

Entonces el maestro tiró bruscamente el tablero al suelo y todas las piezas se mezclaron. Los dos jugadores lo miraron estupefactos.

—No hay ni vencedor, ni vencido —dijo el maestro—. No caerá ninguna cabeza.

Se volvió hacia el joven y añadió:

—Dos cosas son necesarias. La concentración y la piedad. Y hoy has aprendido las dos.

EL CARRO VOLCADO

Buda decía que nuestro enemigo es a menudo nuestro mejor maestro, porque nos hace conocernos mejor que un amigo complaciente.

Pero ese maestro puede surgir a nuestro lado a cada instante, como lo muestra esta historia judía, que vuelve a plantear el tema del azar.

Martin Buber ha contado, en *Gog y Magog*, la historia de un hombre que encontró en su camino un pesado carro volcado, que le cortaba el paso. El campesino que conducía el carro le pidió al viajero que lo ayudase a levantarlo.

¿Cómo podrían dos hombres levantar una carga tan grande? se preguntó el hombre. Y contestó:

—Es inútil. No puedo.

Entonces el campesino se enfadó y le dijo:

—¡Claro que puedes, pero no quieres! ¡Ésa es la verdad! ¡No quieres!

El viajero, picado, puso manos a la obra. Encontró unas planchas y ayudó al campesino a deslizarías debajo de las ruedas. Entonces los dos hombres utilizaron una palanca, hicieron contrapeso con todas sus fuerzas. El carro osciló, se movió, y consiguieron enderezarlo. El campesino acarició los lomos de sus bueyes, que jadeaban, y volvió a colocar la carga en su sitio.

Un poco más tarde el carro, tirado por los bueyes, se puso en marcha.

El viajero le dijo al campesino:

—Permíteme que te acompañe un poco.

—Será un placer. Acompáñame.

Se pusieron a andar uno al lado del otro. Tras un momento de silencio, el viajero le preguntó al campesino:

—¿Cómo has podido pensar que yo no quería?

—Precisamente lo he pensado porque tú has dicho que no podías. Nadie sabe que no puede hacer algo antes de haberlo intentado.

—Pero ¿cómo has podido pensar que podría hacerlo?

—Era una idea, eso es todo.

—¿Qué quiere decir con eso de una idea, eso es todo?

—¡Qué insistencia! ¿De verdad quieres saberlo? Pues bien, se me ha ocurrido cuando he visto que te habían enviado a mi encuentro.

—¿Entonces crees —preguntó el viajero—, que tu carro ha volcado para que yo pudiese ayudarte?

—¿Y qué otra razón podría haber, hermano? —dijo el campesino.

EL MAESTRO ESCONDIDO

Una historia sufí nos dice dónde se esconde a menudo el verdadero maestro.

Tras largos años de estudios Malik Dinar decidió ponerse en camino en busca del Maestro Escondido. Apenas se había alejado de su casa, cuando encontró a un derviche que avanzaba con dificultad. Los dos hombres caminaron juntos, en silencio. Al cabo de un par de horas el derviche habló:

—¿Quién eres? ¿Adónde vas?

—Soy Malik Dinar. Voy en busca del Maestro Escondido.

—Yo soy El Malik el-Fatik —dijo el derviche—. Recorreré este camino contigo.

—¿Puedes ayudarme a encontrar al Escondido?

—¿Que si puedo ayudarte? ¿Puedes ayudarme tú? —dijo el derviche, con ese tono tan irritante al que tan aficionados son los derviches—. Todo depende del uso que se haga de la experiencia. Y eso sólo puede transmitirlo, parcialmente, un compañero de viaje.

—¿Qué quieres decir?

—No quiero decir nada. Lo digo.

Llegaron junto a un árbol, que oscilaba y crujía.

—El árbol habla —dijo el derviche, que se había detenido—. Escucha.

—¿El árbol habla?

—Sí. Y esto es lo que dice: «Algo me hiere. Tómate el tiempo necesario para sacarlo de mi tronco, para que yo pueda descansar».

—Tengo demasiada prisa —dijo Malik Dinar—. Y, de todas formas, ¿cómo puede ser que un árbol hable?

Siguieron su camino.

Se detuvieron un poco más lejos y el derviche dijo:

—Cuando estábamos junto al árbol, he olido a miel. Quizá había un enjambre de abejas en el tronco…

—Sí, es verdad —dijo Malik Dinar—. Aprisa, volvamos y cojamos la miel. Nos la comeremos y la venderemos para pagarnos los gastos del viaje.

—Si así lo quieres —dijo el derviche.

Dieron media vuelta. Cuando estuvieron junto al árbol, vieron a un grupo de viajeros que acababan de recoger gran cantidad de miel.

—¡Qué golpe de suerte! —decía uno de aquellos hombres—. ¡Aquí hay suficiente miel para abastecer a toda una ciudad! De pobres peregrinos, henos aquí convertidos en comerciantes. Nuestro porvenir está asegurado.

Malik Dinar y el derviche reemprendieron el viaje en silencio.

Llegaron a una montaña y en el interior de ésta oyeron una especie de murmullo, de continuo zumbido. El derviche pegó la oreja al suelo y dijo:

—Bajo nuestros pies se agitan millones y millones de hormigas. Están construyendo una colonia. Y ese zumbido que oímos es una demanda de auxilio. En el lenguaje de las hormigas, nos dicen: «Ayudadnos. Estamos cavando un túnel, pero unas piedras muy duras nos obstruyen el paso. Rompedlas».

Y el derviche le preguntó a Malik Dinar:

—¿Nos detenemos para ayudarlas o seguimos nuestro camino?

—Amigo mío, las hormigas y las piedras no nos conciernen. Yo busco al Maestro Escondido. No me interesa nada más.

—Como quieras —dijo el derviche—. Sin embargo, oigo que las hormigas murmuran que todas las cosas se tocan y se entremezclan. Eso podría tener alguna relación con nosotros.

Malik Dinar no prestó la más mínima atención a las observaciones del derviche, y los dos hombres siguieron su camino el uno al lado del otro.

Se detuvieron para pasar la noche. Malik Dinar se dio cuenta de que había perdido su cuchillo. «Se me debe de haber caído cerca de aquel hormiguero», pensó.

Allí regresó a primera hora de la mañana, con el derviche.

Al llegar a la montaña vieron a un grupo de hombres, cubiertos de barro, que descansaban al lado de un montón de monedas de oro. Era un tesoro, dijeron, que acababan de desenterrar. Y añadieron, acosados a preguntas por Malik Dinar:

—Caminábamos por la carretera, cuando un pobre derviche nos llamó y nos dijo: «Cavad en este sitio. Veréis como lo que es piedra para unos puede ser oro para otros». ¡Y he aquí la fortuna que nos ha dado esta tierra!

Malik Dinar maldijo su mala suerte.

—Si nos hubiésemos detenido —le dijo al derviche—, tú y yo seríamos ricos ahora.

Entonces uno de los hombres que descansaba le dijo a Malik Dinar:

—Tengo que decirte que este derviche que te acompaña se parece mucho al que nos habló anoche.

—Todos los derviches se parecen —dijo el derviche.

Malik Dinar y su compañero volvieron a ponerse en marcha. Algunos días más tarde llegaron al borde de un río muy agradable. Se detuvieron para esperar la barca. Delante de ellos, un pez saltó varias veces fuera del agua.

—Ese pez —dijo el derviche—, nos envía un mensaje. Nos dice: «Me he tragado una piedra. Cogedme y dadme a comer determinada hierba. Ésta me permitirá sacar la piedra, que de no ser así me ahogará. ¡Viajeros, tened piedad de mí!».

En aquel momento llegó la barca y Malik Dinar, impaciente por seguir viaje, hizo subir al derviche. Como caía la tarde, pasaron la noche en la orilla opuesta.

Por la mañana apareció el barquero radiante de felicidad. Les dijo que la noche anterior había sido la noche de su fortuna. Besó las manos del derviche y de Malik Dinar, y les dijo que eran los portadores de su suerte. Le pidió al derviche que lo bendijera.

—Será un placer —dijo éste—, porque te lo mereces.

—¿Qué ha pasado pues? —preguntó Malik Dinar.

—Soy rico, y ahora sabréis cómo. Anoche, estaba a punto de volver a casa cuando os vi en la otra orilla. Decidí, a pesar de vuestro pobre aspecto, hacer un último viaje, porque a veces da buena suerte ayudar a viajeros menesterosos. Cuando estaba amarrando mi barca, el trabajo ya terminado, vi a un pez que se había lanzado a la orilla. Intentaba desesperadamente tragar una brizna de hierba. Le puse la hierba en la boca. Entonces vomitó una piedra y volvió a sumergirse en el río. Esa piedra era un diamante perfecto, de un tamaño incomparable. Hará la fortuna de mi familia durante siete u ocho generaciones.

Entonces Malik Dinar estalló hecho una furia y le dijo al derviche:

—¡Eres un demonio! ¡Tú sabías de la existencia de esos tesoros por alguna secreta percepción! ¡Pero no me lo dijiste a las claras! ¿Así se comporta un verdadero compañero de viaje? Sin ti, sólo tenía mala suerte. ¡Pero al menos no conocía la existencia de estos tesoros escondidos! ¡Nada sabía de estas posibles riquezas escondidas en un árbol, en una montaña y en el vientre de un pez! ¡Escondidas en todas las cosas, quizá!

En cuanto hubo pronunciado aquellas palabras irritadas sintió que un fuerte viento le levantaba el alma. Y supo, en aquel preciso instante, que la verdad era justo lo contrario de lo que acababa de decir.

El derviche le tocó suavemente el hombro y le sonrió.

—Ahora ves —le dijo—, el uso que se puede hacer de la experiencia. El conocimiento del Maestro Escondido sólo puede transmitirse de forma parcial por un compañero de viaje.

—¿Dónde está ese Maestro Escondido?

—Lo has percibido perfectamente. Está en ti.

Malik Dinar se quedó inmóvil un instante, como atontado. Esperó a que la calma penetrase en su alma y la calma llegó. Se dio la vuelta y vio al derviche, que se iba con un grupito de viajeros. Hablaban animados de los peligros que sin duda les acechaban en el camino.

LA LECCIÓN DEL PÁJARO

Krishnamurti ha contado en *La llama de la atención*:

Un maestro espiritual tenía varios discípulos y, todas las mañanas, les hablaba de la naturaleza de la bondad, de la belleza y del amor. Una mañana, cuando estaba a punto de empezar a hablar, un pájaro se posó en el alféizar de la ventana y se puso a cantar. El pájaro cantó un instante y luego desapareció. El maestro se levantó y dijo:

—La charla de esta mañana ha terminado.

9

LO PRIMERO QUE DICE EL MAESTRO ES QUE TENEMOS QUE COMBATIR NUESTROS DESEOS: ¿SEGURO?

EL LADRÓN DE ORO

El deseo no es ciego, es cegador. Así lo cuenta Lie Tseu.

Una mañana, un hombre, cuya única pasión era el oro, se vistió, se peinó y corrió al mercado. Fue al puesto de un hombre que cambiaba oro, cogió rápidamente el oro que allí había y huyó.

Le cogieron y le preguntaron:

—Pero ¿cómo has podido robar ese oro en público?

—¿En público? —dijo el hombre—. Cuando he cogido el oro, no he visto a nadie. Sólo veía el oro.

LA MENTIRA DE NASRUDIN

Llevando las cosas todavía más al extremo, Nasrudin se paseaba un día en su asno por el campo cuando dos vagabundos le pidieron limosna. No habían comido nada desde hacía dos días.

—¿No habéis comido nada? —preguntó Nasrudin.

—Sólo algunas hojas de los árboles.

Y como a Nasrudin, que era muy tacaño, no se le pasó por la cabeza darles ni una sola nuez, para desembarazarse de los dos hombres, dijo:

—Pero ¿no sabéis que hoy el rico Amar se casa con su hija única? ¿Y que da un gran banquete al que todos los desconocidos están invitados? ¡Sí, allí, en su gran granja, al otro lado de la colina!

Los dos hombres fueron a toda prisa en la dirección que él les indicó.

Nasrudin les siguió un instante con la mirada, los vio muy emocionados, pensó un momento y dirigió a su asno en la misma dirección, mientras se decía en voz baja:

—Después de todo, ¿y si fuera cierto?

Amadū Hampāté-Bā nos ha dejado una versión africana de esta historia en ¡*Sí, mi comandante*!

Una hiena se adentró en un pueblo, encontró un cabrito muerto y se lo llevó a su guarida. Cuando se dispuso a devorarlo vio que se acerca una horda de hienas. Escondió a toda prisa el cabrito, se echó a un lado del camino y empezó a eructar haciendo mucho ruido y a bostezar, como si hubiese acabado de darse un gran festín.

—¿Por qué eructas? ¿Por qué bostezas? —le preguntaron las otras hienas.

—Pero ¿no os habéis enterado? —les dijo—. ¡Allí, en el pueblo, han matado todo el ganado y han tirado los esqueletos! ¡He comido tanto como he querido! ¡Estaba delicioso! ¡Y queda gran cantidad! ¡Montañas!

Las hienas dieron media vuelta y corrieron hacia el pueblo. Al ver la prisa que llevaban y la polvareda que levantaban, la hiena se dijo:

—¡Uno no puede excitarse tanto por nada! ¡Debe de haber algo de verdad en mi mentira!

Y corrió tras ellas.

EL ESPEJO Y EL DINERO

Un niño judío le preguntó a su padre:

—¿Qué es el dinero?

—Mira —le dijo el padre.

Cogió un vulgar cristal y lo colocó delante de una ventana. A través del cristal el niño podía ver la calle, los transeúntes, los coches.

—Y ahora —dijo el padre—, mira bien, pongo dinero al otro lado del espejo. Lo tapó por completo con el dinero. Ahora ya no ves la calle. Y sólo te ves a ti mismo.

LA MUJER EN LA ORILLA DEL RÍO

Son muchas las historias relativas a los peligros del deseo sexual. Ésta nos llega de la tradición zen.

Dos jóvenes monjes zen hicieron el juramento de no tocar nunca a una mujer. Fue una decisión ferviente y absoluta, a la que fueron mucho tiempo fieles tanto el uno como el otro.

Un día, mientras viajaban, estaban a punto de cruzar un río crecido cuando vieron aparecer a una joven de una extraña belleza, que les pidió ayuda para pasar las tempestuosas aguas. Tenía que cruzar aquel río sin demora, explicó, porque debía prestar ayuda a su padre enfermo. Sola y frágil, no podía arriesgarse.

El primer monje, sin ni siquiera escuchar las palabras de la joven, avanzó por el río y lo cruzó. El segundo monje cogió a la mujer en sus brazos y, con mayor lentitud, con mayor dificultad, ayudándose de una cuerda, la llevó hasta la otra orilla.

La joven le dio las gracias y se alejó rápidamente.

Los dos monjes reemprendieron la marcha. Durante más de una hora permanecieron en silencio. De repente, el primer monje, que ya no podía controlarse más, estalló encolerizado y empezó a hacerle reproches a su compañero:

—Pero ¿cómo has podido romper tu juramento? ¿Tu juramento sagrado? ¿El juramento que habíamos pronunciado juntos? ¿No te sientes lleno de vergüenza? ¿Cómo has podido llevar a esa mujer entre tus brazos?

—Vaya —le dijo el otro—, ¿todavía piensas en ella?

En algunas versiones, la frase se convierte en: «¿Todavía la llevas?».

EL DEPENDIENTE ENAMORADO

Rumi cuenta que un dependiente amaba ardientemente a una mujer y le hacía llegar mensajes por medio de una criada.

Le dijo a la criada: «Ya no sé quién ni qué soy, he perdido la cabeza, mi corazón ha sido robado por una luna sin igual, todo yo me quemo, el sueño ha desertado de mis noches, ya no como, sufro sin cesar golpes crueles, anoche estaba en un estado, la víspera en otro».

La criada lo escuchó, entonces fue junto a su señora y le dijo:

—El dependiente te envía saludos. Quiere acostarse contigo.

—¿Lo ha dicho con semejante frialdad? —preguntó la mujer.

—No, ha contado unas historias muy largas. Pero eso es lo esencial.

LOS DESEOS PRECIPITADOS

Una antigua historia anamita ha dado varias veces la vuelta al mundo.

Un hombre rico, conocido por su desmesurado apetito sexual, donó todas sus riquezas a una divinidad rogándole —como es costumbre— que le concediese tres deseos.

La divinidad manifestó su acuerdo e hizo que le diesen tres bastoncitos de incienso, recomendándole que quemase uno cada vez que quisiese ver uno de sus deseos cumplidos.

En el camino de regreso, el hombre se encontró con un cortejo de boda. La novia avanzaba rodeada por un grupo de chicas jóvenes y encantadoras que bailaban, en un número de al menos cuarenta. Maravillado, el hombre las examinó, totalmente poseído por el deseo, pero sin poder concretar su elección.

Entonces quemó el primer bastoncito deseando poseer a aquellas cuarenta jóvenes a la vez.

Y le fue concedido de inmediato. Vio aparecer vergas erectas por todas las partes de su cuerpo. Cuarenta miembros masculinos en erección salían de su carne, ¡e incluso de la piel de su rostro!

Las jóvenes gritaron de horror al ver aquel monstruo nunca visto y huyeron por el campo.

El mismo hombre, aterrado por el brote de aquellas obscenas pústulas, quemó rápidamente su segundo bastoncillo y gritó:

—¡Que todos estos órganos desaparezcan!

Al instante todos los miembros desaparecieron como él había deseado, de forma que se encontró con la parte de debajo del vientre completamente lisa y desguarnecida.

Sólo le quedaba quemar el tercer bastoncillo para volver a ser quien era. Tras lo cual entró triste en su pueblo, llorando por su fortuna desaparecida y por el incienso quemado en vano.

EL GRAN SEDUCTOR

Una antigua historia japonesa cuenta la sorprendente humillación de un seductor.

Un teniente, hombre conocido por sus triunfos en el terreno de la seducción, decidió conquistar los favores de una dama de honor de palacio conocida por amar el amor. Al parecer, nada más fácil. Empezó por escribirle y recibió respuestas esperanzadoras, pero nada más. A pesar de que él escogía los momentos del día más emotivos para hacerle llegar sus cartas, ella seguía adoptando una extraña ambigüedad, evitando hábilmente revelar sus íntimos sentimientos.

El teniente, insatisfecho, se mostró apremiante, le hizo saber a la dama que iría a visitarla y escogió una noche en la que caía una terrible tormenta, esperando que ella se conmoviese al verlo llegar con un tiempo tan malo. A lo largo del camino, bajo la lluvia que le golpeaba, se decía que no podría despedirle con artimañas, como solía hacer.

Una criada lo recibió y le pidió que esperase. Detrás de una cortina vio una lámpara que iluminaba débilmente y ropa interior deliciosamente perfumada. Todo parecía ir por buen camino.

—La señora bajará en un momento —le dijo la criada.

En efecto, apareció y le riñó risueña por haber salido con semejante tormenta, le sonrió, incluso le permitió que le acariciase la cabellera. Todo iba muy bien cuando, de repente, la dama se levantó y dijo que tenía que, sin falta ni demora, ir a cerrar una de las puertas correderas.

—Si mañana —dijo—, la encuentran abierta, pensarán que alguien ha salido en plena noche olvidando cerrarla. ¡Qué horror!

Salió diciendo que volvía en un instante y el teniente enamorado, seguro de su suerte, la dejó marchar. Tras lo cual la esperó mucho rato. Ella se había encerrado en los aposentos del fondo. Inútil insistir.

El teniente, muy dolido, se fue a su casa justo antes del alba. Le escribió una carta quejándose de su desengaño. Ella le respondió como responden las

mujeres coquetas: un repentino malestar, perdonadme, la próxima vez sin falta, tenéis que comprender que una mujer…

Los meses pasaron en vanos intentos. El teniente, finalmente convencido de la maldad de aquella dama, decidió emplear un medio radical para quitársela de la cabeza. Se dijo: «Voy a hacer que me traigan sus excrementos. Los miraré, oleré de cerca su repugnante hedor y así me curaré. Es la única manera».

Le ordenó a un guardia que cogiese el orinal de las manos de la criada cuando ésta fuese a vaciarlo. El guardia espió a la criada durante varios días y, una mañana, le cogió el orinal y se lo llevó al teniente.

El teniente se lo llevó hasta su cuarto y lo desenvolvió, porque el orinal estaba envuelto en papel. Para su sorpresa un olor exquisito envolvió la habitación. Al mirar el contenido del orinal vio unos rollos de pasta flotando en una decocción de áloes y clavo.

Quedó aturdido. No pensó ni un solo instante en un milagro. Intentó interrogar al guardia, que juró no haber dicho nada. Sospechó de todo el mundo que le rodeaba. Sospechó incluso de sí mismo. Al final, admiró la sutileza extrema de aquella dama, que se había burlado de él hasta en su orinal, y aquello sólo sirvió para que él la amase más.

Pero aquel amor no llegó a concretarse. La dama había dicho que no claramente. El teniente acabó por admitirlo y renunció a verla.

Se cuenta que, mucho más tarde, no dejaba de decir:

—Nunca nadie me ha tratado de una forma más abominable, más atroz, que esa mujer.

Y, sin embargo, ella no había hecho más que enviarle perfume.

LA SEDUCCIÓN DE MARICI

Entre las muy numerosas relaciones que han mantenido ascetas y prostitutas, la historia india que cuenta la seducción de Marici es de las más elaboradas y bellas.

La soledad meditativa de Marici, uno de los hombres más sabios, fue un día bruscamente rota por la aparición en el bosque de una célebre cortesana que se llamaba Kamamanjari. Sus polvorientos cabellos barrían el suelo y ella lloraba.

Un momento más tarde, su madre y sus familiares se le unieron, destrozados por la pena de que ella hubiera perdido la razón —y también el medio— de vivir. Marici, en su presencia, preguntó a la cortesana las causas de su desgracia.

—No soy digna de conocer la felicidad en este mundo —contestó ella entre lágrimas—. Busco una vida mejor. Por eso he venido hasta ti.

Entonces la madre de la célebre cortesana interrumpió a su hija y le dijo al ermitaño:

—Todo es culpa mía. Mi hija está en este lamentable estado porque yo la he forzado a seguir su *dharma*, a hacer aquello para lo que ha nacido, para lo que ha sido criada. Sí, la he alimentado desde la infancia con los productos más delicados para preservar su salud y su tez, he observado su personalidad desde que ha sido posible, la he ayudado a realizarse, he velado para que, a partir de los cinco años, no viera más que de vez en cuando a su padre, le he enseñado pacientemente las técnicas del amor y todas las disciplinas relacionadas, el canto, la danza, la música, el arte de fabricar perfumes, de trenzar guirnaldas, de escribir, de declamar, la filosofía, la lógica. Le he enseñado los trucos de los dados, las intrigas necesarias, las sutilezas de la caza. Le he dispensado los más agradables cuidados. Cuando ella cantaba en público, yo contrataba a espectadores anónimos para que la aplaudiesen. He propalado su renombre por todos los medios, por boca de los astrólogos, de las personas de elevado espíritu, de los vagabundos, de los juerguistas y de las sirvientas de Buda. He intentado alejarla de los jóvenes pobres y peligrosos

para encontrarle un amante que fuese de buena familia, guapo, viril, rico, importante, generoso, hábil, intachable y elegante. En el caso de que tal ideal no apareciese, yo exageraba muchísimo su precio, se la daba a un joven y, extendiendo el rumor de una boda secreta, sabía sacarles una fortuna a los parientes del inocente. Sabía sobornar a los jueces, sabía cómo obligar a mi hija a seguir fiel hasta la total desaparición de la fortuna de su amante. Sabía suavizar la tacañería de un avaro amenazándolo con la presencia de un rival. Sabía sacarme de encima a los hombres sin recursos con sarcasmos públicos, con una eficaz calumnia, y mantenía a mi hija muy alejada de ellos. La educación que le he dado a mi hija, oh sabio Marici, ha sido, creo, ejemplar.

La madre se detuvo un instante para secarse las lágrimas y prosiguió:

—Una cortesana, quizá lo sabes, tiene que estar siempre a punto para su amante pero sin mostrar nunca pasión. Si por mala suerte se enamora, la obediencia a su madre, o a su patrona, pasa delante de dicho amor. Y, sin embargo, a pesar de toda mi pena, mi hija Kamamanjari acaba de vivir tres meses de amor, a su costa, con un joven brahmán que sólo tiene la belleza como recurso. Ella ha rechazado a pretendientes que no querían más que hacerla rica. Ha arruinado y apenado a su familia. En una palabra, no ha seguido su *dharma*. Cuando he intentado reprenderla, ha huido a los bosques. Si ella no cambia de actitud, toda su familia, a la que aquí ves, sólo tiene un mañana de penuria y muerte.

Entonces el ermitaño le dijo a la cortesana, que estaba a su lado en actitud lastimera:

—¿Qué podemos esperar de nuestra vida? O la perfecta liberación en esta misma vida, o un sitio más tarde en el nirvana. La perfecta liberación es casi imposible de alcanzar. Créeme, sé lo que digo. Sólo queda intentar ganarse un sitio en el paraíso, lo que cada uno puede hacer siguiendo su *dharma*. Tu madre ha hablado bien. Debes renunciar a lo imposible.

—¡Si no encuentro refugio a tu lado —gritó la hermosísima cortesana—, lo encontraré en el fuego!

El ermitaño llevó a la madre aparte y le dijo:

—Regresad todos a la ciudad. Que tu hija se quede unos días en el bosque para descubrir los peligros. Ella está acostumbrada al lujo. Volverá a ti.

La madre y la familia se fueron.

Kamamanjari, a solas en compañía del ermitaño, mostró de inmediato un celo perfecto. Sin maquillaje, sin ropas caras, se puso a su servicio, y preparaba la comida y flores para sus sacrificios. Cantaba y bailaba para honrar a los dioses. Además, hablaba largo y tendido del *dharma*, del *artha*, y

del *kama*, que son las tres actividades esenciales de toda vida humana. El santo ermitaño, al que tal conversación apasionaba, ponía cada vez más y más interés en su penitencia, y eso se notaba bastante.

—¿No es estúpido —le dijo él un día—, colocar el *artha*, que es el gusto por la riqueza, y el *kama*, que es el gusto por el placer sexual, al mismo nivel que el *dharma*, que es la ley concreta que cada uno de nosotros debe seguir?

—¿Entonces crees —preguntó Marici— que el *dharma* es superior al *artha* y al *kama*?

—¿Soy yo quien debe responderte? —contestó Kamamanjari tímidamente —. ¿O es que simplemente quieres halagarme? Te contesto: sin el *dharma*, no hay ni *artha* ni *kama*. El *dharma* no necesita de ninguna fuente exterior para ser cumplido. Se alimenta de la observación de la naturaleza de las cosas. Si por algo se debilita, podemos reanimarlo casi con facilidad, y llegar así a un grado más elevado de santidad.

La cortesana hablaba con pasión y sinceridad, los ojos clavados en los del ermitaño.

—Las tentaciones son muchas —decía ella—. El mismo Brahma, el Creador, se enamoró de la joven Tilottama. Siva cometió adulterio con más de mil ermitañas. Visnú fornicó con dieciséis mil hijas como poco. ¡Prajapati le hizo el amor a su propia hija! ¡El sol montó a una yegua! ¡Y el dios del viento a una mona!

Desenredó durante un buen rato la enmarañada guirnalda de los amores divinos, añadiendo que en cada ocasión la sabiduría y la virtud de los dioses habían triunfado.

—¡Ninguna suciedad permanece en un corazón que la virtud ha purificado! ¡En un corazón fiel al *dharma*! Y por eso el *artha* y el *kama* no igualan ni una centésima parte al *dharma*. Ésa es mi opinión.

El ermitaño, muy excitado ante aquel discurso, contestó:

—Tu observación es exacta. Un sólido *dharma* no puede venirse abajo por los placeres de los sentidos.

—Incluso puede ser reforzado —dijo Kamamanjari.

—Es absurdo renunciar a lo que no conocemos —dijo el ermitaño—. Para liberarme más tarde, por medio del *mokhsa*, tengo que conocer el *artha* y el *kama*, porque existen en la tierra. Te lo ruego, descríbemelos.

Entonces la cortesana le habló de los bienes de la tierra. Le describió imágenes y expresiones que había aprendido en los poemas. Le dijo a Marici cómo adquirir tales bienes, cómo desarrollarlos y conservarlos. También habló, extendiéndose todavía más, del deseo físico y del amor. Le dijo lo que

les pasa por las venas a los hombres cuando son presas del deseo. Presentó el amor carnal como un placer incomparable, indescriptible, una embriaguez suprema del ser, la cima de la belleza, del encanto y el éxtasis. Dijo que el amor bien hecho (insistió en este punto) es compartir una felicidad sin igual, y describió aquella felicidad que conocía como un desajuste del espíritu, un evidente delirio, primordial, inevitable, irreprochable, suave hasta en las decrecientes olas del recuerdo.

En aquel instante, el ermitaño se olvidó de sus votos, de los dioses y del bosque, cogió a la cortesana entre sus brazos y le hizo el amor. Como Kamamanjari tenía mucha experiencia, todo fue perfecto.

Tras lo cual al día siguiente, sin darle prisas, lo llevó a la ciudad.

Marici parecía muy sorprendido, casi inseguro. Sonreía sin parar, la mente en otra parte. Unas voces se elevaban a su alrededor a lo largo del camino, unas voces que gritaban: «¡Mañana es la fiesta del amor!».

En la ciudad, tras otra noche de felicidad en la morada de la cortesana, donde se encontró con que la madre y los otros miembros de la familia lo festejaron, por la mañana el ermitaño tomó un baño tibio. Lo vistieron bien, le ornamentaron los hombros con una corona de flores rojas, le limpiaron las orejas, lo perfumaron. Todo deseo de regresar al bosque había desaparecido de su corazón. Se quejaba, incluso sufría cuando su bienamada le dejaba un momento. Estaba en manos del amor.

Cuando estuvo listo, Kamamanjari le cogió la mano y lo condujo hasta un parque donde ya había reunida una alegre multitud. Allí estaba el rey en medio de su corte.

Kamamanjari se inclinó sonriente ante el rey y le presentó a Marici.

En aquel instante, una mujer hermosísima, tan hermosa como Kamamanjari, avanzó por el parque. Espléndidamente vestida, estaba muy pálida. Todos la miraban con curiosidad.

La recién llegada —una cortesana también muy conocida— se postró ante el rey y le dijo:

—Kamamanjari me ha vencido. Sí, reconozco mi derrota. Todo cuanto poseía es suyo. A partir de hoy, y hasta el fin de mis días, seré su esclava.

Todos los allí presentes dejaron escapar suspiros y gritos de sorpresa. Kamamanjari, unos meses antes, había hecho la apuesta de que sería capaz de seducir al ermitaño, y acababa de ganarla. La otra cortesana, hasta aquel momento su rival, era ahora de su propiedad.

El ermitaño, burlado y miserable, casi enloquecido, regresó al bosque. Nunca más se oyó hablar de él.

Kamamanjari, triunfante, se llevó a casa a su nueva esclava, desde aquel momento reducida a la obediencia, a la oscuridad.

La madre y la familia de la ganadora reemprendieron una vida apacible y feliz. La aventura de Kamamanjari hacía que ésta atrajese a todos los príncipes del mundo.

Cuando le preguntaban por medio de qué extraordinarias artimañas había conseguido seducir a Marici, ella contestaba:

—Ah, creo que le hablé de las cosas que le interesaban.

EL JOVEN MONJE INSENSIBLE

Aunque resistirse al deseo sexual es muy a menudo considerado un signo de fuerza de voluntad, no siempre es así.

Una historia zen nos cuenta lo siguiente.

Una anciana hospedaba a un joven monje de delicados rasgos. Ella le había hecho construir al final de su jardín una pequeña ermita donde él pasaba el tiempo rezando y meditando. Tras varios años de aquella tranquila vida, una hermosa joven pasó por la casa de la anciana. Ésta le pidió que fuese a saludar y a darle un abrazo al ermitaño.

La chica, al ver al joven, fue presa del deseo porque él era guapo. Se lo dijo. Le pidió que interrumpiese su meditación e hiciese el amor con ella.

—Soy parecido al árbol seco —le contestó el ermitaño—, a una fría roca. Si me coges entre tus brazos, si me abrazas, no sentiré nada.

La joven se fue, volvió junto a la anciana y le contó la respuesta del joven ermitaño.

—¡Menudo idiota! —exclamó la anciana—. ¿Cómo he podido perder tanto tiempo protegiendo un trozo de madera seca?

Al instante cogió una antorcha y fue a prender fuego al ermitaño.

El joven monje huyó gritando de miedo.

LA VERDADERA PROSTITUTA

Una historia india vuelve a hacer referencia a las relaciones de la santidad y la lujuria.

Un santo ermitaño se había retirado en el bosque, como es costumbre, sin comer más que hierba y algunas frutas, esforzándose por avanzar cada día por el espinoso camino de la santidad.

En la pequeña ciudad vecina había una prostituta que vivía, desde que era joven, gracias a los negocios con los hombres. El santo ermitaño iba a verla bastante a menudo y la culpaba por llevar una vida tan depravada. Pero ella le contestaba que nunca había conocido otra vida y que, por mucho que lo lamentara, no podía cambiarla.

El ermitaño y la prostituta murieron el mismo día. Para gran sorpresa del santo, los demonios vinieron a buscarlo, mientras unos celestes mensajeros se llevaban a la mujer hacia el paraíso.

—Pero ¿por qué tengo yo que ir al infierno —gritó el ermitaño—, mientras esta perdida va a conocer el cielo y la visión de los dioses?

Una voz le respondió:

—Porque ella no ha amado su vida, la cual le había sido impuesta, mientras que tú has amado la tuya. Su corazón ha permanecido puro, mientras que el tuyo se ha dejado invadir por el deseo y la vanidad. Al contemplar los pecados del otro, y compararlos con tu vida, que tú creías santa, te has vuelto impuro. Tú eres la verdadera prostituta.

EL APEGO

Otra historia india parece ir en la misma dirección.

Un viejo brahmán, a quien la vida le había enseñado la moderación en todas las cosas, no podía entender la extrema abnegación de su hijo. Éste, un joven entusiasta, vivía vestido con un simple taparrabo, casi no comía, absolutamente poseído por la plegaria y la meditación. Sus ojos se cerraban con obstinación a los bienes del mundo, al *artha*, a la agradable riqueza de la tierra y a la irrefutable belleza de las mujeres. No quería ver nada más que su propia renuncia.

Su padre, para hacerle conocer los esplendores de un palacio, le envió a ver a un marajá que conocía. Éste, un hombre distendido, sonriente, bastante corpulento, recibió al joven con cariño y lo invitó de inmediato a acompañarlo a su mesa, que siempre era suntuosa. Pero el joven se contentó con un puñado de arroz hervido. Rechazó las delicias que los sirvientes vestidos de seda hacían desfilar bajo sus ojos. Rechazó las frutas, los dulces, las bebidas embriagadoras.

El marajá quiso conducirle hasta su harén, donde vivía un gran número de mujeres admirables que el príncipe no podía satisfacer y ofrecía ocasionalmente a sus invitados. Pero el joven, a pesar de los encantos desplegados ante sus ojos, a pesar de los perfumes que lo rodeaban, a pesar de la dulzura de las voces que le hablaban, se negó a levantar la mirada. Cruzó el harén sin abandonar un solo instante su sorprendente insensibilidad.

Del mismo modo cruzó la sala de los cofres y las joyas. Ver todos los tesoros de Golconda no le alteró un solo instante.

El marajá, siempre sonriente, le propuso darse un baño en su estanque. El joven aceptó, porque el baño no formaba parte de las cosas a las que había que renunciar. Antes de entrar en el estanque de paredes de mármol, se quitó el taparrabo y lo dejó en una escalera. No llevaba más que aquel taparrabo.

Los dos hombres se deslizaron en el agua fresca. El marajá flotaba panza arriba mientras fumaba un puro. El joven, que no había querido ningún puro, nadaba en silencio a su lado.

De repente se desencadenó un incendio en palacio. Se oyeron gritos de terror, surgieron llamas, sirvientes y mujeres corrían por todas partes. El marajá no se movió. Bien protegido por el agua del estanque, sin dejar de fumarse su puro, observó el repentino desastre, dio órdenes, dirigió las operaciones.

Poco a poco el pánico disminuyó, las llamas fueron apagadas. El marajá, acabando su puro, seguía flotando en el agua de su estanque.

Entonces el joven fue consciente de lo que estaba haciendo. Cuando el incendio lo envolvía todo, él había salido del estanque, se había lanzado sobre su taparrabo, su viejo taparrabo gastado, que había dejado en los escalones de mármol, y ahora lo apretaba con fuerza entre sus dedos, para no perderlo.

EL FINAL DEL DESEO

Si el deseo es tenaz, también es frágil y a menudo arbitrario. Una breve historia china nos ha dejado esta huella de una fugacidad que nos puede parecer extraña.

Alguien llamado Wang Huizhi, al despertarse una noche, vio todo el campo cubierto de nieve. Bebió un vaso de vino para festejar aquella belleza, recitó un poema y de repente se acordó mucho de un amigo que vivía bastante lejos de allí. El deseo de ver a aquel amigo se apoderó de él. Se embarcó antes del final de la noche.

Viajó mucho tiempo.

Cuando llegó a la puerta de la casa de su amigo, se detuvo, dio media vuelta y regresó a su casa.

Alguien le preguntó la razón de aquel repentino regreso.

—Me fui para ver a mi amigo —contestó Wang Huizhi—, porque un deseo muy fuerte me empujaba a hacerlo. Al llegar a su puerta, aquel deseo había desaparecido. ¿Por qué, entonces, tendría que haber visto a mi amigo?

EL NOMBRE MÁS GRANDE

El deseo adopta a veces formas oscuras que al parecer no tienen nada que ver con el sexo o el dinero.

Un ermitaño egipcio, Dhoul-Noun, tenía un prestigio tan grande que se le suponía conocedor de todos los secretos de los mundos, e incluso del nombre más importante de Dios.

Un hombre, que deseaba conocer a aquel nombre al que van asociados incomparables poderes, se puso al servicio del ermitaño durante más de un año, sin retribución, en silencio, en la más perfecta humildad.

Cuando hubo pasado un año, el ermitaño Dhoul-Noun le preguntó qué quería como recompensa.

—Enséñame el nombre más importante de Dios —dijo el hombre.

—Sí, te lo enseñaré. Pero antes tengo que pedirte un último servicio. Vuelve cuando el sol se ponga.

El hombre volvió a la hora indicada. El ermitaño le entregó una simple bandeja de madera sobre la cual había una tapa envuelta en un pañuelo, y le preguntó:

—¿Conoces a Yusuf?

—Sí, lo conozco.

—Llévale esto de mi parte. Es un regalo sin igual.

El hombre cogió la bandeja sobre la que estaba la tapa y se fue a través del desierto hacia el hogar del tal Yusuf. En el camino, pensó en aquel regalo sin igual. Las ganas de conocer la naturaleza de aquel regalo le atormentaban más que nada en el mundo.

No pudo resistirse a aquel deseo. Dejó la bandeja en el suelo, deshizo el pañuelo y levantó la tapa. Entonces una ratita gris se escapó. El hombre intentó cogerla en vano. La ratita desapareció dando saltitos entre las rocas.

El hombre se sintió presa de la cólera. Maldijo a Dhoul-Noun, que se había burlado de él después de todo un año de fiel servicio y que le había hecho transportar una simple rata por el desierto.

Regresó junto al ermitaño e hizo evidente su irritación, que su rostro enrojecido y sus manos temblorosas ya manifestaban.

—¡Te pedí el nombre más importante de Dios! —gritó—. ¡Y tú te has burlado de mí!

Entonces Dhoul-Noun lo miró tranquilamente y le dijo:

—¿Cómo confiarle el nombre más importante de Dios a alguien a quien no se le puede confiar ni una rata?

EL DESEO DE POBREZA

Martin Buber cuenta en sus *Escritos hasídicos* que Rabbi Mikhal, personaje muy venerado, vivía en una pobreza cercana a la miseria. Sin embargo, siempre parecía animado por la mayor felicidad. Uno de sus amigos le preguntó:

—¿Cómo consigues dar cada día gracias al Señor y decirle: «Bendito seas, tú que atiendes todos los deseos»? ¡Te falta de todo, te cuesta tanto sobrevivir!

—Una cosa es verdad —contestó Rabbi Mikhal—: de lo que tengo más necesidad es de pobreza. Dios me la da. ¡Alabado sea!

EL BRAHMÁN Y EL TARRO DE HARINA

Al revés —y es el caso más frecuente— el deseo nace de la penuria, de la carencia, y se desarrolla en los sueños. La historia india que contamos a continuación parece estar en el origen de un gran número de fábulas, como *La lechera* de La Fontaine.

Un brahmán llenó un tarro con la harina que había recibido como limosna. Dejó suspendido el tarro encima de su cama y, con la mirada constantemente clavada en el tarro, se puso a soñar:

—Si de repente hay miseria, lo cual no sería extraño, venderé mi harina. Con el dinero que obtenga compraré dos cabras. Las cabras paren a los seis meses. Así que en muy poco tiempo tendré un rebaño de cabras. Venderé las cabras y compraré vacas. Las vacas me darán terneros y los venderé. Tras lo cual tendré una manada de yeguas que me dará muchos caballos. Venderé los caballos y construiré una casa grande. Otro brahmán vendrá a visitarme con su hija, que será muy hermosa. Me casaré con esa chica, que me dará una hermosa dote, y tendremos un hijo al que llamaremos Somasarmán. Cuando tenga unos años, querrá venir a sentarse en mis rodillas. Para venir hacia mí, escapándose de los brazos de su madre, pasará cerca de los cascos de los caballos. Preocupado por mi hijo, le gritaré a su madre: «¡Presta atención! ¡Cuida de tu hijo! ¡Cógelo!». No me oirá, ocupada con los quehaceres de la casa. ¡Entonces me levantaré y le daré una patada!

El brahmán, absorto en sus sueños, dio una fuerte patada que rompió el tarro. Toda la harina le cayó encima.

LA VEJEZ

Rumi ha contado este diálogo entre un médico y un anciano que se hace examinar.

—Ya no estoy en mis cabales —dijo el anciano—. Pierdo la memoria, olvido las cosas.

—Es por tu avanzada edad —dijo el médico.

—También estoy perdiendo la vista.

—Sí, porque eres viejo.

—Siento dolores muy fuertes en la espalda. Sigo teniendo deseos, pero ya no puedo satisfacerlos.

—Es la vejez.

—Y me cuesta digerir lo que como. Tengo el estómago estropeado.

—Tienes más de setenta años. Ésa es la razón.

—Cuando respiro, siento una opresión en el pecho.

—Es normal, eres viejo.

De repente el anciano se enfada:

—¡Idiota! ¿Pero qué me cuentas? ¡Eres más ignorante que un burro! ¡Dios ha creado remedios para todas las enfermedades pero tú los ignoras! ¡Todo lo que me dices es que soy viejo!

—Sí —dijo el médico—, eres viejo. Y por eso te enfadas.

EL ASNO DE NASRUDIN

Mula Nasrudin, tras perder su asno —cuenta una historia turca—, hizo proclamar en toda la ciudad que le daría el animal a aquel que se lo trajese, además de la albarda y el cabestro como gratificación.

Y, como alguien se sorprendió de que prometiese darle el asno al que lo encontrase, no entendiendo lo que ganaba con aquello, Nasrudin le contestó:

—¿Te parece entonces insignificante la felicidad de encontrar algo que has perdido?

EL LORO

El deseo puede ser simplemente un deseo egoísta de vivir contra el que lucharíamos en vano.

Farid al-Din ’Attār nos da este célebre ejemplo.

Un hombre tenía un loro que se negaba a hablar. El hombre le daba azúcar y todas las golosinas que enloquecen a los loros. El pájaro se atiborraba pero, obstinado, se negaba a abrir el pico.

Un día se produjo un incendio en la casa, un incendio terrible, que todo lo destruía. El pájaro, atado a su soporte, se puso a gritar, angustiadísimo:

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Que me quemo!

—¿Y ahora te acuerdas de mí? —replicó el hombre—. ¿Y ahora me llamas? ¡Pues mira, quémate!

EL MONO EN LA MEZQUITA

También cuenta la tradición árabe que un mono meaba tranquilamente en una mezquita.

Unos fieles lo sorprendieron y le dijeron escandalizados:

—¿Pero no temes a Dios?

—¿Qué podría hacerme? —preguntó el mono.

—¡Cualquier cosa! ¡Podría, por ejemplo, metamorfosearte!

—¡Ah! —dijo el mono—, ¡si pudiese metamorfosearme en gacela…!

LAS DOS SINAGOGAS

El deseo adquiere a veces formas tan secretas que no podemos ni reconocerlo ni admitirlo.

Por ejemplo, cuentan (en el siglo xx) que Robinson Crusoe era judío, lo cual es poco conocido.

Un día, al fin, tras todos aquellos años de soledad, vio un barco que pasaba no demasiado lejos de la isla y le hizo señas. Lo vieron. El capitán hizo botar una chalupa con algunos hombres y llegó a tierra. Robinson le contó su triste situación y le pidió que lo llevase a Inglaterra. El capitán, que era inglés, aceptó.

—Subid a la chalupa —le dijo.

—Antes de partir —le dijo Robinson—, me gustaría mostraros todo lo que he construido. ¿Aceptáis? Me he pasado tantos años en mi isla… Sólo nos llevará unos minutos.

—Encantado —le contestó el capitán, que era un hombre cortés.

Robinson le condujo hacia el interior de la isla.

—Aquí, veis —le dijo—, tengo mi habitación principal. Con mi primera empalizada. Al lado, el cerco para las cabras, y más allá la sinagoga. Un poco más lejos el establo, el viñedo, la segunda sinagoga…

—Perdonadme —le dijo el capitán un poco sorprendido—, pero ¿estáis solo en esta isla, no?

—Exacto.

—En tal caso, ¿por qué habéis construido dos sinagogas?

—Muy sencillo —le dijo Robinson—. Una es la sinagoga a la que voy y la otra la sinagoga a la que no.

EL GENIO DEL MANANTIAL

Una historia del Magreb también habla de deseo, de lucha y de locura.

En los viejos tiempos se vio aparecer en Argel un poderoso mago que venía de Marruecos. Aquel hombre poseía la llave de las cosas escondidas en la tierra y en el fondo de los mares. Leía el porvenir con la facilidad con la que podía haber mirado por encima del hombro del ángel que sostiene *El libro evidente*, en el séptimo cielo, ese libro inmenso en el que se inscriben las acciones de los hombres con la ayuda de una pluma tan larga que un caballero corriendo al galope no podría recorrerla en menos de quinientos años.

Aquel hombre, que venía de Marruecos, dominaba las ciencias ocultas, la nigromancia, la litomancia (que consiste en leer las piedras), la piromancia, la geomancia. Conocía los talismanes, interpretaba los sueños y hablaba con los genios que Dios ha colocado prudentemente entre sí mismo y sus criaturas de barro.

¿Por qué él, aureolado de una reputación formidable, venía a Argel? Todas las suposiciones del mundo corrían de boca en boca. Pero el hombre, que hablaba poco, ni las desmentía ni las confirmaba.

En aquellos tiempos antiguos, la cueva de Tizza encerraba unos tesoros inimaginables, capaces de comprar el mundo entero, pero aquellos tesoros estaban guardados por un terrible genio que, bajo la forma de un monstruoso negro, vivía en la roca de donde salía el manantial.

Algunos temerarios se habían aventurado hasta aquella roca. Todos habían muerto. Ninguna añagaza, ningún sacrificio valía con el genio. Nadie había encontrado la fórmula adecuada, la misteriosa palabra clave y por eso una horrible muerte se cernía sobre todo aquel que allí se adentraba.

El mago marroquí deseaba aquel incomparable tesoro. Pero, preocupado por no exponerse él mismo (porque ninguna magia es del todo infalible), decidió confiarle la peligrosa misión a un intermediario. Le hacía falta un hombre que fuese al mismo tiempo ingenuo, miserable y codicioso. En un mercado de Argel, el mago encontró a aquel hombre, un cabileño sentado contra una pared, las rodillas a la altura del mentón, que vendía bellotas. A

pesar de que ya era mediodía, aquel hombre delgado y mugriento sólo había vendido un puñado de bellotas.

La despiadada mirada del mago lo vio. Dio vueltas un instante a su alrededor como un buitre alrededor de un ratón, se detuvo delante del pobre hombre y le dijo:

—Tu saco todavía es pesado.

—Dios así lo ha querido —dijo el vendedor de bellotas.

—Sin embargo, tus bellotas tienen muy buen aspecto. Las más hermosas del mercado, sin duda.

—Te agradezco el elogio. Pero son demasiado hermosas para estos hijos de perra.

—Quiero comprarte todo el saco, sea cual sea el precio.

—¿Quieres burlarte de mí? —dijo el cabileño—. No te conozco, nunca te he visto por aquí.

—Admiro la resignación con la que soportas la mala suerte —dijo entonces el gran mago—. Y voy a hacer otra cosa más por ti. Voy a darte más riqueza que la que tu corazón pueda soñar. A condición de que sigas atentamente mis consejos.

—¡Por Dios, maestro de los mundos, habla! ¿Qué tengo que hacer?

—¿Conoces el manantial de Tizza?

—Lo conozco.

—¿Sabes que dicho manantial encierra increíbles tesoros?

—Mi abuelo se lo dijo a mi padre y mi padre me lo dijo a mí.

—Escúchame. Y que mis palabras se te claven como los clavos golpeados por un martillo se clavan en la madera. El genio que guarda esos tesoros sólo puede ceder ante un cabileño, ante un hombre de tu tribu. Y no corres ningún peligro si sigues mis instrucciones. Nos repartiremos las riquezas y tu parte será lo bastante grande para adquirir la mitad del mundo.

—¿Qué tengo que hacer?

El mago sacó de su bolsillo un panecillo y un pepino.

—Vas a coger este panecillo y este pepino —le dijo al cabileño—. Irás de inmediato hasta el manantial de Tizza. Mucha atención: no toques, en el transcurso del viaje, ni el panecillo ni el pepino. Porque el panecillo encierra un potente narcótico destinado a dormir al monstruoso genio. Llegado al manantial, gritarás tres veces: «¡la Yzid!». Es el nombre del genio. A la tercera llamada una voz subterránea te preguntará: «¿Cuál es la contraseña?». Contestarás sin titubear: «Un panecillo y un pepino». La roca se abrirá y verás al genio. A pesar de que sea horrible, evitarás manifestar tu miedo. Le darás

tus ofrendas, él se las comerá y se dormirá. Encontrarás alrededor del manantial cuarenta mulos con arneses. Los cargarás. Me encontraré contigo por la noche un poco más abajo, cerca del río.

El hombre emprendió su camino de inmediato, pero no antes de haber cobrado el precio de su saco de bellotas. El precio era una moneda de oro. El cabileño, que nunca había tenido una moneda de oro en la mano, depositó toda su confianza en el marroquí.

Se precisaban ocho o nueve horas caminando para llegar hasta el manantial. Cuando hubo recorrido la mitad del camino, se sentó un instante cerca de un riachuelo. El vientre le gruñía de hambre. No había comido nada desde la noche anterior. A su alrededor, rocalla y hierbas secas. Sólo tenía el panecillo y el pepino, y los sopesaba, los olía, los acariciaba. Una costra dorada, punteada de granos de anís, rodeaba el panecillo, que desprendía un olor muy atrayente. Y el cabileño sólo comía pan una o dos veces al año, por las fiestas más importantes de su tribu.

El agua del riachuelo parecía burlarse del pobre hombre, quien finalmente se dijo: «El pan es redondo. Mordisquearé los bordes, teniendo cuidado de respetar la forma. Probablemente el narcótico está en el interior del pan. Y seguro que es un narcótico que sólo tiene efecto sobre los genios».

Dicho y hecho. El cabileño mordisqueó los bordes del pan, disimuló como pudo los bordes mordisqueados, contando con la ignorancia del genio, que seguro no había visto pan desde hacía miles de años.

Entonces prosiguió alegremente su camino, contento al comprobar que se había librado, como había supuesto, del efecto del narcótico. Al acercarse al manantial, la seguridad lo abandonó, como era de esperar. Vio en la sombra los cuarenta mulos que esperaban resguardados bajo un bosque de robles al final del sendero; el corazón le latía con fuerza. Finalmente vio la enorme roca, de donde salía un agua cristalina. Ya era de noche, una noche suave y enorme, con el cielo atravesado por millones de diamantes. Los búhos se llamaban en la montaña y el agua corría.

La sed de riqueza acabó por dominar los miedos del cabileño. Cogió el panecillo y el pepino entre sus temblorosas manos y gritó tres veces: «¡la Yzid!». A la tercera vez sintió que la tierra bajo sus pies se movía y oyó un crujido subterráneo, como si un gigante estirase los músculos al salir de un largo sueño. La roca se partió, salió agua a través de mil fisuras y una voz, que parecía recorrer un tubo de metal disimulado entre las entrañas de la tierra, preguntó:

—¿Cuál es la contraseña?

El pobre hombre estuvo entonces convencido —porque hasta aquel momento no había tenido ninguna prueba real— de que la fortuna estaba al alcance de su mano. Se imaginó carne suculenta en abundancia, ropas de príncipe y una casa llena de mujeres, unas quince, como el Profeta. Imaginó el respeto de unos y la envidia de otros ante tal derroche de bienes terrenales, ante la total satisfacción de sus apetitos.

Contestó espontáneamente:

—¡Un panecillo y un pepino!

La roca tembló como un hombre borracho y entonces se abrió. Las aguas, como aterradas, se dispersaron en desorden por la montaña. Unas placas de piedra se separaron lentamente, haciendo aparecer una línea de fuego, de una intensa claridad, insoportable para los ojos humanos. Aquella claridad se convirtió en una forma en movimiento, gigantesca, en la que se podía reconocer la monstruosa silueta de un hombre. A medida que la luz se deslizaba entre las rocas y se acercaba al aterrorizado cabileño, éste veía aquel intenso brillo convertirse en una forma gris, luego negra, hasta que pudo distinguir un negro deforme y poderoso, el genio del manantial en persona.

Detrás del genio, se podían ver por la milagrosa grieta todas las riquezas de la tierra, que aparecían allí amontonadas, como un impuesto pagado a Dios desde el origen de los tiempos.

El cabileño alargó su temblorosa mano y le dio el panecillo y el pepino, esperando que la pequeña parte de costra que se había comido pasase inadvertida a los ojos del monstruo. Éste cogió los alimentos y se los metió en la boca con una glotonería feroz, porque no había comido desde hacía miles de años. Pero, apenas hubo mordido el panecillo, lo tiró al suelo con un grito de asco.

—¡Este pan apesta a mortal! —gritó.

Fuera de sí, incapaz de soportar la peste humana que soltaba aquel panecillo, cogió al cabileño y le golpeó con tal violencia que lo dejó casi muerto.

Dos pastores lo encontraron al alba. Durante toda la noche terribles sucesos habían sacudido el campo: temblores de tierra, aguas que cambiaban de curso, mulos desconocidos corriendo por la montaña. Los pastores recogieron al desgraciado cabileño y lo curaron. Vivió todavía algunos años, pero sin razón, sin juicio. Erraba de ciudad en ciudad, con sus ropas rotas, gritando sin cesar:

—¡Un panecillo y un pepino!

La gente de los pueblos, cuando podía, daba un trozo de pepino al loco gritón. Pero pan no tenían.

10

PRONTO VEMOS CUÁN NUMEROSAS SON LAS TRAMPAS EN EL CAMINO LÓGICO

¿HAY QUE LEVANTARSE PRONTO?

Desde que la lógica popular extiende ante nosotros su abanico de sorpresas, vemos aparecer inevitablemente a Mula Nasrudin. Es el maestro en la materia. La vida es a sus ojos un absurdo coherente, con el que es esencial conformarse.

Así, cuando todavía era joven, su padre le dijo un día:

—Tendrás que levantarte temprano, hijo mío.

—¿Y por qué, padre?

—Porque es una costumbre muy buena. Un día que me levanté al alba encontré un saco de oro en el camino.

—¿Quizás lo habían perdido la noche anterior?

—No, no —dijo el padre—. No estaba allí la noche anterior. Si no lo habría visto al volver a casa.

—Entonces —dijo Nasrudin—, el hombre que había perdido su oro se había levantado todavía más pronto que tú. ¿Ves cómo levantarse pronto no es bueno para todo el mundo?

EL RESTAURANTE AISLADO

Más tarde, en su edad madura, Nasrudin tuvo un alberge en medio del bosque, en un lugar muy alejado. Unos señores que cazaban se detuvieron un día y le encargaron unos pollos.

Nasrudi hizo cocer los pollos, los señores se los comieron. Cuando llegó el momento de pagar, les entregó una cuenta astronómica.

—¡Vaya! —dijeron—. ¿Tan escasos son los pollos aquí?

—Los pollos, no —contestó—. Pero los señores, sí.

EL HOMBRE SIN CABEZA

Nasrudin se paseaba por el campo cuando vio un cuerpo tendido en un foso. Se acercó y reconoció a Selim, un campesino de su pueblo. Un león le había arrancado la cabeza y se la había llevado.

Nasrudin regresó al pueblo. Al pasar por delante de la casa de Selim, la mujer de éste le preguntó:

—Se hace tarde, mi marido todavía no ha llegado, tengo miedo de que haya podido ocurrirle algo. ¿Crees que tengo motivos para preocuparme?

—Todo depende —contestó Nasrudin—. La cuestión está en saber si salió con su cabeza o sin ella.

EL ANILLO

Un amigo le dijo a Nasrudin:

—Dame un anillo. Cada vez que lo mire, pensaré en ti.

—No te daré ningún anillo —le contestó Nasrudin—. Así, cada vez que mires tu dedo desnudo, pensarás en mí.

LA VIUDA

Cuando Nasrudin quiso casarse, pensó en una joven que conocía. Ella prefirió a otro hombre, con el que se casó.

Algunos años más tarde, aquel hombre murió de enfermedad.

Nasrudin fue a ver a la viuda para darle el pésame y le dijo:

—Suerte que es con él con quien te has casado. De no ser así, es a mí a quien enterrarían hoy.

UNO SÓLO PAGA LO QUE SE QUEDA

Se cuenta (y la historia fue empleada sin pudor por Alfred Jarry en la escena del remendón de *Ubu Cocu*) que Mula Nasrudin entró un día en la tienda de un vendedor para comprar un pantalón. Se probó el pantalón y entonces, tras haber reflexionado, se probó otra prenda y decidió quedársela.

Estaba a punto de salir de la tienda cuando el vendedor le llamó y le dijo que no había pagado la prenda.

—Es normal —contestó Nasrudin—, porque la he cambiado por el pantalón.

—Pero el pantalón —dijo el vendedor—, tampoco lo has pagado.

—Es normal —dijo Nasrudin saliendo—, porque no me lo he quedado.

LA ADIVINANZA

En esta historia, que presenta numerosas variantes, encontramos a Nasrudin pasando junto a un grupo de hombres que juegan a las adivinanzas.

Les pregunta:

—¿Qué es verde, está encima de la rama de un árbol y puede hablar?

De inmediato respondieron:

—Es un loro.

—¡Ah no! No es un loro.

—Y entonces, ¿qué es?

—Es un pez.

—¿Un pez verde? ¡Pero si eso no existe!

—Claro que sí. Alguien lo pintó de verde.

—¡Pero un pez no puede subir a un árbol!

—Claro que sí. Alguien lo colocó en la rama.

—¡Y un pez no habla! ¡Ningún pez habla! ¡Tienes que admitir que era de un loro de lo que nos hablabas!

—¡Pero, atajo de burros, eso es imposible! ¡Nunca habría hecho una adivinanza si se tratara de un loro!

La misma historia, atribuida a Srulek, se cuenta así en Polonia:

Srulek le pregunta a uno de sus amigos:

—¿Qué es verde, está en un árbol y silba?

—Un loro —responde el amigo.

—No —dice entonces Srulek—. No es un loro, es un arenque.

—¿Un arenque? ¿Cómo que un arenque?

—Sí. Es verde porque lo he envuelto en una hoja grande, y está en un árbol porque he colocado la hoja, con el arenque, en el árbol.

—Pero ¿no me habías dicho que silbaba?

—Sí, vale, he dicho que silbaba, ¿y qué?

LOS DOS RELOJES

He aquí una historia inglesa: un hombre lleva dos relojes, uno en cada muñeca. Marcan una hora distinta.

Uno de sus amigos se sorprende:

—¿Qué sentido tiene —pregunta— llevar dos relojes que no marcan la misma hora?

—A no ser por eso —dice el otro—, ¿por qué tener dos?

LAS CAJAS DE TABACO

Otro cuento más con múltiples variantes.

El viejo Tahar, un argelino, antes de acostarse, deja junto a su cama, como cada noche, dos cajas de tabaco, una llena y la otra vacía.

Alguien le pregunta:

—¿Por qué dejas siempre estas dos cajas junto a tu cama?

—Ésta —responde Tahar mostrando la caja llena—, es por si me despierto y tengo ganas de fumar.

—¿Y la caja vacía?

—Es por si me despierto y no tengo ganas.

EL FRÍO EN EL EXTERIOR

Es invierno. Un judío entra en un albergue y deja la puerta abierta. Alguien le grita:

—¡Eh, tú! ¡Cierra la puerta! ¡Hace frío fuera!

—¿Y realmente creéis —contesta el judío— que si cierro la puerta hará menos frío en el exterior?

EL PRECIO DE LOS HUEVOS

La siguiente historia se contaba en Polonia en los tiempos difíciles.

Una mujer entra en una tienda de comestibles y pide una docena de huevos.

—Son veinte kopecks —le dice el encargado.

—¡Veinte kopecks! ¡Pero si el lechero de enfrente los vende a quince kopecks la docena!

—¡Entonces compradlos enfrente!

—Desgraciadamente no le quedan.

—Claro —dice el encargado—. Yo también los vendo a quince kopecks cuando no me quedan.

EL HOMBRE QUE TIEMBLA

En China, una helada noche de invierno, un rico mandarín andaba con su gente, ataviado con un cálido abrigo.

Vio a un mendigo tiritando, en la esquina de una calle, y le preguntó a un sirviente de su séquito:

—¿Por qué tiembla aquel hombre?

—Porque tiene frío.

—¿Ah sí? ¿Y temblar le impide tener frío?

LOS DOS LENGUADOS

Esta anécdota, donde la lógica se pone al servicio del egoísmo, parece casi universal. Así la cuentan en Europa.

Un hombre invita a uno de sus amigos a cenar en un restaurante. Piden pescado y les traen dos lenguados, uno grande y uno pequeño. El hombre sirve el lenguado pequeño a su amigo y coge el grande para sí. Su amigo se sorprende y dice:

—¡Cómo! ¿Soy tu invitado, me sirves y me das el lenguado pequeño?

—¿Cuál me habrías dado tú si me hubieses servido?

—¡El grande, claro está! ¡Y yo habría cogido el pequeño!

—Pues puedes estar satisfecho porque así ha sido.

LA DEBILIDAD DE LA VEJEZ

Un día se discutía en presencia de Mula Nasrudin (siempre él) la eterna cuestión sobre la juventud y la vejez. Cada uno daba un detalle personal sobre las debilidades que se adquieren al hacerse viejo.

Nasrudin no estaba de acuerdo. Explicó el porqué:

—En el patio de nuestra casa hay una piedra muy grande. Cuando era joven no podía levantarla. Hoy sigo sin poder hacerlo. O sea que no me he debilitado con la edad.

EL CANTO DE GOHA

Goha el Simple —el Nasrudin egipcio— compró un kilo de carne y se lo dio a su mujer. Al llegar a casa por la noche, su mujer le dijo que su gato había robado el trozo de carne y se lo había comido.

Goha cogió al gato, lo colocó encima de una balanza y lo pesó. El gato pesaba exactamente un kilo.

Entonces Goha, pensativo y un poco triste, se preguntó en voz alta (y esta pregunta ha permanecido hasta hoy sin respuesta):

—Si tú eres mi gato, ¿dónde está la carne? Si tú eres la carne, ¿dónde está mi gato?

EL FINAL DESDE EL PRINCIPIO

En el *Masnavi* de Rumi encontramos este diálogo que relacionamos con la tradición sufí.

Un hombre fue a ver a un joyero y le dijo:

—Querría pesar oro. Préstame tu balanza.

—No —dijo el joyero—, lo siento, no tengo recogedor.

—¡No te pido el recogedor, te pido la balanza!

—No —dijo el joyero—, aquí no hay escoba.

—¿Estás sordo? ¡Te pido una balanza!

—No estoy sordo —dijo el joyero—. Pero veo que te falta experiencia. Pues, cuando peses el oro, se te caerá al suelo. Entonces me pedirás: «¿Puedes prestarme una escoba para recuperar mi oro?». Y cuando hayas hecho tu montoncito, me pedirás: «¿Puedes prestarme un recogedor?». ¡Yo veo el final desde el principio! ¡Vete! ¡Dirígete a otro!

EL PADRE DE SAMUEL

En la escuela judía un profesor le dijo al joven Samuel:

—Vamos a medir tu capacidad en aritmética. Imagina que eres tu padre. Te cojo prestados diez rublos a un seis por ciento. ¿Cuánto tengo que devolverte al cabo de un mes?

—Veinte rublos —respondió rápidamente Samuel.

—¿Cómo que veinte rublos? ¡Estás loco! Piensa, diez rublos al seis por ciento. ¿Cuánto tengo que devolverte?

—Veinte rublos —repitió Samuel.

—¡Pero tú no sabes nada de aritmética!

—¡Sí, pero tú no conoces a mi padre!

LA BUENA PREGUNTA

Ahora una historia contemporánea contada en Francia, en los círculos de los trabajadores inmigrantes.

Un joven africano se dirige a Dios y le pregunta:

—¿Por qué, Dios, me has dado unos labios tan gruesos, una boca tan grande?

—Porque en África hace mucho calor —contesta Dios—. El calor da sed. Tienes que poder beber mucho.

—¿Y por qué me has dado una piel negra? —pregunta entonces el africano.

—Por la misma razón —contesta Dios—. Para permitirte resistir la fuerza de los rayos del sol, que es muy fuerte en tu país.

—En tal caso —dice el africano—, ¿puedo hacerte una tercera pregunta? Te prometo que será la última.

—Te escucho —dice Dios.

—¿Por qué me has hecho nacer en Aubervilliers?

LA LIEBRE Y EL COCODRILO

Una liebre —en una historia jemer— vio a un cocodrilo que, en un río, se dejaba llevar por la corriente. Su corazón abrigó desconfianza y se dijo:

—¿Es un cocodrilo o el tronco de un árbol?

Pensó un instante y gritó:

—Si eres un cocodrilo, sigue flotando llevado por la corriente.

Pero si eres un tronco, ¡remonta el río en sentido contrario!

El cocodrilo oyó a la liebre y se dijo:

«Yo estaba haciendo como que era un tronco de árbol. Sin embargo la liebre me ha dicho que si soy un tronco de árbol tengo que remontar el río. Tengo, pues, que remontar el río».

Empezó a remontar el río. Entonces la liebre vio claramente que se trataba de un cocodrilo, porque los troncos de los árboles no remontan la corriente.

EL ESCAPARATE

Un hombre que se paseaba por el barrio judío de una ciudad vio un escaparate lleno de despertadores, relojes de pared y de pulsera. Precisamente necesitaba que le reparasen el reloj, así que entró y se encontró con el encargado, al que le explicó lo que deseaba.

—Lo siento mucho —le dijo el encargado—, pero no puedo hacer nada por usted.

—¿Y por qué?

—Porque no soy relojero.

—¿No es relojero?

—No. Soy un rabino especializado en circuncisiones. Soy un circuncidador.

—Pero, entonces —dijo el hombre—, si no es un relojero, ¿por qué coloca en su escaparate todos estos relojes y péndulos?

—Si no —dijo el rabino—, ¿qué queréis que coloque?

LA PULGA

Entre las historias que les gusta contar a los científicos acerca de sus métodos, la de la pulga es bastante habitual.

Puede resumirse de la siguiente forma.

Un científico examina una pulga colocada cerca de él. Le ordena: «¡Salta!», y la pulga salta. El científico escribe en una hoja de papel: «Cuando se le dice a una pulga que salte, salta».

Entonces coge la pulga y, con cuidado, le arranca las patas. La vuelve a dejar en el mismo sitio y le ordena: «¡Salta!».

La pulga no se mueve. Entonces el científico anota en su hoja de papel: «Cuando se le arrancan las patas a una pulga, se vuelve sorda».

ALABANZA A DIOS

Una noche Nasrudin lavó su ropa y la puso a secar en el jardín. A la mañana siguiente la ropa había desaparecido, robada por un ladrón.

Al instante Nasrudin se arrodilló en el suelo y le dio las gracias a Dios efusivamente.

—¡Cómo! —le dijo su mujer—. ¿Te roban la ropa y le das las gracias a Dios?

—Pero, desdichada —le contestó Nasrudin—, ¿no ves que yo podría haber estado dentro?

LA BUENA CONEXIÓN

Otra vez, Nasrudin le dio un cántaro a una de sus hijas y le pidió que fuese a buscar agua a la fuente. Justo cuando ella estaba a punto de salir de casa, él le dio un fuerte bofetón y le dijo:

—¡Ve con cuidado y no rompas el cántaro!

Un amigo que estaba allí le dijo a Nasrudin:

—A veces tu comportamiento me parece muy injusto. ¿Por qué has abofeteado a la pobre muchacha?

—La he abofeteado en el momento indicado —contestó Nasrudin—. ¿De qué serviría abofetearla después de que hubiese roto el cántaro?

CAMINAR BAJO LA LLUVIA

Un hombre —cuenta la tradición china— caminaba lentamente bajo la lluvia.

Un transeúnte apresurado le preguntó:

—¿Por qué no caminas más aprisa?

—También llueve delante —contestó el hombre.

EL GRAN ARQUERO

El emperador de Japón visitaba sus provincias. En una ciudad, en cuanto llegó, vio una diana y una flecha clavada exactamente en el medio de la diana.

Un poco más lejos, durante su visita, vio otra diana con otra flecha. Esta segunda flecha también estaba clavada en el centro exacto de la diana.

Y así varias veces. A la cuarta diana con un tiro perfecto, el emperador pidió conocer a tan extraordinario tirador.

—Oh no —le dijo un dignatario de la ciudad—, no vale la pena, es un idiota.

—¿Un idiota? Pero ¿cómo puede ser que un idiota tire con una puntería casi divina?

—Muy sencillo. Primero tira la flecha. Y después dibuja la diana a su alrededor.

EL BOL DE MIJO

Un hombre pobre —cuenta una historia bereber— discutió con un hombre rico, el cual lo abofeteó. El asunto fue llevado ante el cadí, que escuchó a los dos hombres exponer sus quejas y decidió que el hombre rico daría al hombre pobre, al cual había abofeteado, un bol de mijo.

Entonces el hombre pobre se volvió hacia el cadí y le abofeteó con fuerza.

—¿Por qué has hecho esto? —preguntó el cadí.

—Oh, por nada —dijo el hombre pobre—. Fue sólo un antojo. Cuando llegue el bol de mijo, quedáoslo. Yo me voy.

EL REGRESO DEL REY

La historia que sigue a continuación es tan judía como árabe, porque las dos tradiciones se confunden a menudo.

Ésta nos presenta a un rey que fue a visitar una provincia de su reino. Se ausentó una semana y regresó a su palacio, donde contó su viaje a varios familiares, entre los cuales se encontraba el célebre Ch'hâ (o Djeha, o Goha).

—He hecho un viaje excelente —dijo el rey—, pero por desgracia un incendio destrozó el lunes la ciudad que yo estaba visitando y mató a un buen número de habitantes.

—¿Y el martes? —preguntó Ch'hâ.

—El martes un perro rabioso mordió a dos viejos, creando el pánico general.

—¿Y el miércoles?

—El miércoles, a causa de una gran tormenta, el río creció muchísimo y arrasó todo un barrio. El jueves un toro se escapó y arremetió contra varios transeúntes, por no hablar de los grandes destrozos en los puestos del mercado.

—¿Y el viernes? —preguntó Ch'hâ.

—El viernes, uno de los notables de la ciudad, que se había vuelto loco de repente, mató a su mujer, a sus hijos y a todos sus animales. Han tenido que matarlo despiadadamente. El sábado, un inmueble se vino abajo, sepultando a más de cincuenta inquilinos. El domingo una mujer se ahorcó de un árbol, dejando a tres niños huérfanos.

—Suerte —dijo entonces Ch'hâ—, que sólo te has quedado una semana.

EL ANILLO DADO AL POBRE

Una historia judía de origen hasídico nos muestra un ejemplo de lógica sentimental, y personal.

Un pobre fue a llamar a la puerta de Rabbi Schmelke. Este, al no encontrar dinero, le dio un anillo. Al saberlo, su mujer le hizo mil y un reproches. ¿Cómo había podido darle a un mendigo un anillo que llevaba engastada una piedra preciosa?

Rabbi Schmelke envió de inmediato a alguien en busca del pobre. Cuando le vio, le dijo:

—Acabo de saber algo que yo no sabía, que el anillo que te he dado es de gran valor. Sobre todo ten cuidado en no revenderlo por un bocado de pan.

EL TRATADO

Dos judíos de condición modesta discutían un día en una taberna de Varsovia.

—Hay algo en la lectura de la semana que no entiendo —dijo uno.

—¿Qué?

—Se dijo que nuestro padre Abraham y Abimelej, rey de los filisteos «concluyeron un tratado los dos».

—¿Y cuál es el problema?

—¿Por qué está escrito «los dos»? Es superfluo.

—Buena pregunta.

—¿Tú qué piensas?

—Lo que pienso es muy sencillo. Han concluido un tratado, pero no se han convertido en uno, han seguido siendo dos.

LA TIENDA DE LAS LÁMPARAS

La historia bastante singular que viene a continuación es de origen indio.

En una oscura noche dos hombres se encontraron en una calle solitaria. El primero dijo:

—Busco una tienda que está cerca de aquí. La llaman la tienda de las lámparas.

—Yo vivo en la esquina —dijo el segundo—. Puedo llevarlo hasta allí.

—Debería poder encontrarla yo mismo —dijo el primero—. Me han dado la dirección. La he escrito.

—Entonces, ¿por qué me lo menciona?

—Oh, por hablar de algo.

—Quiere compañía. No quiere una dirección.

—Sí, supongo.

—Sería más fácil para usted —prosiguió el segundo— obtener información de los vecinos. No está lejos. Pero el camino se vuelve difícil a partir de aquí.

—Yo creo lo que me han dicho —contestó el primero—. Hasta ahora las señas eran correctas. No me fío de la gente que pueda encontrar por aquí.

—Así que —dijo el segundo—, aunque ha confiado en sus primeros informadores, ¿nunca le han enseñado a reconocer a las personas de confianza?

—No.

—¿Tiene algún otro objetivo?

—No. Quiero encontrar la tienda de las lámparas. Eso es todo.

—¿Puedo preguntarle por qué?

—Porque me han dicho, me lo ha dicho una fuente muy fiable, que en esta tienda se vende cierto objeto que permite leer en la oscuridad.

—Así es —dijo el segundo—. Una lámpara permite leer en la oscuridad. Pero hay una condición previa y una información suplementaria. Me pregunto si ha tenido en cuenta estos dos elementos lo suficiente.

—¿Cuáles son?

—La condición previa es la siguiente: para leer con la ayuda de una lámpara, primero hay que saber leer.

—No puede demostrarlo.

—No puedo demostrarlo aquí, en plena noche. Pero puede confiar en mí en esta cuestión.

—De todas formas —dijo el primero—, yo sé leer. Incluso sé escribir. He escrito la dirección de la tienda, ya se lo he dicho.

—Muy bien.

—¿Y cuál es la información suplementaria?

—La siguiente: la tienda de las lámparas está en el sitio de siempre, pero las lámparas han sido trasladadas a otro sitio.

El primer hombre reflexionó un instante y dijo:

—No sé exactamente lo que es una lámpara, pero me parece evidente que un objeto con ese nombre tiene que encontrarse en una tienda de lámparas. Después de todo, ésa es la razón de que la tienda se llame así.

—La expresión «tienda de lámparas» —dijo el segundo— puede tener varios significados, incluso contradictorios. Puede querer decir: «Una tienda donde se pueden comprar lámparas», pero también: «Una tienda donde antaño se podía comprar lámparas pero que ahora ya no tiene ni una».

—No puede demostrarlo.

—No pero, si lo que digo es verdad, usted quedará como un imbécil ante un gran número de personas.

—Quizá. Pero yo conozco a un buen número de personas que es a usted a quien llamarían idiota. Y es bastante posible que usted no sea un idiota. Puede actuar por algún motivo oculto. Por ejemplo, quiere enviarme a comprar lámparas a otra tienda, que es de uno de sus amigos. O quizá, por una razón que ignoro, quiere evitar como sea que me compre una lámpara.

—Soy peor de lo que usted cree —dijo el segundo—. En lugar de prometerle tiendas de lámparas y de darle la esperanza de que allí encontrará la solución a sus problemas, primero me gustaría asegurarme de que sabe leer, lo que al parecer es el caso, aunque nada me asegura que usted mismo haya escrito esta dirección.

—Puedo escribirla por segunda vez.

—En la oscuridad, no.

—Es verdad. Y dígame: ¿qué más habría hecho usted?

—Me habría informado para saber si se encontraba cerca de alguna tienda. Si tenía alguna posibilidad de perderse. Si, por lo contrario, tenía la oportunidad de obtener una lámpara por algún otro medio.

—Comprendo —dijo el primero.

—Soy un hombre cauto —dijo el segundo—. ¿No lo había advertido?

—Es lo que nos hace parecidos —dijo el primero.

Se miraron un momento en silencio, con una cierta tristeza. Y entonces se fueron, cada uno por su lado.

LAS ESPINACAS

Henil Monnier se ha apropiado una célebre fórmula que en realidad encontramos cien años antes en un anecdotario anónimo publicado en el siglo xviii:

—No me gustan las espinacas, y estoy muy contento. Porque, si me gustasen, me las comería, y no puedo soportarlas.

EL ACUARIO

Para ilustrar los peligros del espíritu lógico, en Europa se cuenta que un hombre, al encontrarse con otro, le pregunta:

—¿Tienes un acuario en tu casa?

—Sí.

—¿Con peces?

—Claro.

—¿Peces de colores?

—Sí.

—¿Con arena, piedras, algas?

—Pues claro.

—¿Y te gusta mirar a los peces?

—Mucho.

—¿Entonces te gusta la naturaleza?

—Sí.

—¿Te gustan los animales?

—Sí, sí.

—¿Te gustan las flores, los árboles, los ríos?

—Todo eso.

—¿Así que te gusta la vida?

—Sí.

—¿Te gusta el amor? ¿Te gustan las mujeres?

—Sí, sí, me gustan las mujeres.

—Muy bien.

Los dos hombres se separaron. Un poco más lejos de allí, el primer hombre, el que hacía las preguntas, se encuentra a otro amigo y le pregunta:

—¿Tienes un acuario en tu casa?

—No.

—Entonces, ¿eres pederasta?

EL REMEDIO INÚTIL

Otra historia europea nos presenta a un hombre de cierta edad casado con una mujer mucho más joven. El hombre fue un día a ver a un médico y se quejó. Le fallaban las fuerzas. Ya no conseguía satisfacer a su esposa y quería un reconstituyente. El médico se hizo de rogar y al final consintió y le puso una inyección.

El hombre llegó a su casa con una gran erección. Por desgracia, su mujer no estaba en casa. La criada le dijo que había salido un rato, sin precisar la hora de regreso.

Muy turbado por su estado y no sabiendo cómo calmarse, volvió a llamar al médico.

—La inyección ha funcionado muy bien —le dijo—. ¡Pero mi mujer no está en casa! Sólo está la criada.

—¡Pues —le dijo el médico—, acuéstese con la criada!

—Es que para la criada —replicó el hombre muy nervioso—, ¡no necesito medicamento!

LA PROMESA MANTENIDA

El joven hijo de Nasrudin obtuvo un día una calificación muy buena de sus maestros. Su padre se puso contento y le dijo:

—Pídeme lo que quieras y te lo daré.

El niño, muy emocionado pues conocía la pobreza de su padre, le dijo:

—Te lo agradezco de todo corazón. ¿Puedes darme tiempo hasta mañana? Tengo que pensar.

—Muy bien —dijo Nasrudin—. Hasta mañana.

Al día siguiente, el hijo fue a ver a su padre y le pidió un burrito.

—Ah no —le contestó Nasrudin—. No tendrás el burrito.

—¡Pero me habías prometido darme lo que quisiese!

—¿Y no he mantenido mi palabra? ¡Me pediste tiempo y te lo he dado!

EL ÁRBOL MÁS ALTO

En esta historia, que nos llega de Vietnam, un viajero habla de las maravillas que le han dejado anonadado.

—En un puente lejano —dice—, he visto un barco. Era tan grande que un joven grumete, saliendo de popa, llegaba a proa con el pelo blanco.

Uno de los que le escuchan le dice:

—Eso no tiene nada de sorprendente. En un bosque no lejos de aquí sé de un árbol tan alto que un pájaro tiene que volar diez años antes de llegar a la copa.

—¡Qué mentira! —grita el viajero—. Un árbol así no existe.

—Entonces —dice el otro—, ¿con qué han hecho el mástil de tu barco?

EL HOMBRE QUE LLORA

Un hombre de legendaria riqueza acaba de morir. El ataúd es conducido hasta el cementerio por un gran número de personas.

Allí hay un hombre, llorando mucho.

—¿Por qué llora? —le preguntan—. ¿Es de la familia?

—No. Por eso.

LA PARADOJA DE LOS PRISIONEROS

En 1951, un matemático inglés llamado Merrill M. Flood presentó esta paradoja, que fue retomada por Albert W. Tucker, profesor de Princeton.

Un policía detiene a dos individuos sospechosos de robo a mano armada. No tiene pruebas suficientes y necesita la confesión del culpable. Se hace llevar a los dos hombres a su despacho, uno tras otro, y les dice lo siguiente:

—Si confiesas serás libre, y tu cómplice pasará diez años entre rejas.

—¿Y si el otro también confiesa?

—Pasaréis cinco años cada uno.

—¿Y si nadie confiesa?

—De lo único que os puedo acusar es de tenencia ilícita de armas. Un año de cárcel.

Los sospechosos tienen que reflexionar sin poder comunicarse entre ellos. ¿Qué hacer?

La primera impresión es que la mejor solución es no confesar y pasar un año en la cárcel.

Sin embargo, desde el punto de vista de cada individuo, la mejor solución es confesar, haga lo que haga el otro. En efecto, si el sospechoso A confiesa y el sospechoso B sigue negándolo, A está libre, lo que para él es la mejor solución. Si B también confiesa, será mejor para A haber confesado porque en tal caso sólo cumplirá cinco años en la cárcel (en lugar de diez si no hubiese confesado).

Podemos utilizar el mismo razonamiento para el segundo sujeto.

Así, si los dos sujetos se comportan de esta forma inteligente y racional, los dos confiesan, lo que les lleva a ser condenados a una pena más dura que si los dos lo hubiesen negado todo.

EL REPARTO DE LOS CAMELLOS

Otros enigmas persistentes se encuentran un poco por todas partes, e incluso en la aritmética. Este cuento árabe así lo demuestra.

Un hombre quería asegurarse de que después de su muerte sus tres hijos sabrían encontrar un buen consejero.

Les dejó en testamento diecisiete camellos con estas instrucciones precisas:

«Quiero que el mayor se quede la mitad de los camellos, el segundo el tercio y el más joven la novena parte exacta».

Los hijos, al leer el testamento, quedaron perplejos. Les pidieron consejo a sus amigos. Éstos les dijeron que vendiesen los camellos y repartiesen el dinero en las proporciones indicadas. Otro amigo consideraba que el testamento era inaplicable y por consiguiente no tenía valor alguno.

Finalmente encontraron a un hombre reflexivo que les dijo:

—Es muy sencillo. Voy a prestaros un camello. Lo añadiréis a los otros diecisiete. Le daréis al mayor la mitad de los dieciocho camellos, es decir nueve camellos. Al segundo le daréis un tercio, es decir seis camellos. El más joven recibirá una novena parte, es decir dos camellos. En total, la suma da diecisiete. Entonces volveré a coger mi camello y todo estará solucionado.

Los tres hijos habían encontrado el mejor consejero posible. Se suele pensar —aunque no es seguro— que lo conservaron mucho tiempo a su lado.

11

LA JUSTICIA ES NUESTRA INCIERTA INVENCIÓN

EL JUEZ Y LOS DOS LITIGANTES

Cuando de justicia se trata, hay un cuento que encontramos en casi todas partes, tanto en los viejos relatos anamitas como en la tradición islámica.

Esta versión introduce en escena a dos litigantes irritados, Ahmed y Lakhdar, que se presentaron ante un cadí, magistrado encargado de impartir justicia.

Lakhdar tomó la palabra y dijo, señalando a Ahmed con el dedo:

—Mi amigo Ahmed me ha traicionado. Se ha comportado de forma abyecta. Ha ido a mi casa en mi ausencia, me ha robado el dinero, me ha robado el asno, ha violado a mi mujer y ha golpeado a mi hijo hasta hacerle sangrar. ¡Cadí, tienes que hacer justicia!

El cadí le dijo:

—Tienes razón.

Entonces Ahmed dio un paso al frente y dijo con tono vigoroso:

—¡Falso! ¡No ha ocurrido así! Es cierto, he ido a casa de Lakhdar, pero aquél era mi asno, ¡él me lo había cogido prestado y no me lo quería devolver! ¡Aquel dinero era mío y quería recuperarlo! ¡Yo no he violado a su mujer, fue ella quien se me echó encima, porque siempre está falta de amor! ¡Y al querer desembarazarme de ella, su hijo ha empezado a golpearme! ¡Me he defendido como he podido y he salido de allí con las manos vacías! ¡Es a mí, cadí, a quien tienes que hacer justicia!

El cadí, que escuchaba atentamente, le dijo:

—Tienes razón.

Entonces el primer ayudante del cadí, que estaba en pie detrás de él, se inclinó y dijo a media voz:

—¡Pero, cadí, estos dos hombres te han contado cosas completamente contradictorias y tú les has dicho a los dos que tienen razón! ¡Eso no es posible!

Y el cadí le dijo a su ayudante:

—Tienes razón.

En su versión japonesa, concretamente zen, esta historia habla de un maestro venerado, en un convento, que va de un visitante a otro, preguntándoles:

—¿Habías venido antes aquí?

—No.

—Aquí tienes una taza de té.

¿Y a éste otro?

—¿Habías venido antes aquí?

—Sí.

—Aquí tienes una taza de té.

Un discípulo que le seguía le preguntó:

—Pero maestro, ¿cómo es posible que, sea cual sea su respuesta, les ofrezcas una taza de té?

El maestro se giró hacia el discípulo y le dijo:

—Aquí tienes una taza de té.

EL JUICIO DE MAHOSADHA

La muy célebre historia del juicio de Salomón, que supo encontrar a la verdadera madre entre dos mujeres que reclamaban a un mismo niño, se ha contado en la India con algunas diferencias. La falsa madre es una especie de vampiro que se lleva a un niño. La verdadera madre quiere recuperarlo, y las dos mujeres se encuentran delante de la cabaña del muy sabio Mahosadha.

Éste, informado acerca del problema, traza una línea en el suelo y coloca al niño sobre esa línea. Entonces les dice a las dos mujeres:

—Tirad del niño hacia vosotras con todas vuestras fuerzas. Será de la que pueda llevarlo a su lado.

Las dos mujeres empiezan a tirar y el niño se pone a llorar de dolor. Entonces la verdadera madre suelta al niño y cae al suelo llorando. La idea de despedazar al niño y matarlo se le hace insoportable.

Y Mahosadha, como Salomón, le entrega el niño.

EL MEJOR HOMBRE

Todavía en la India se cuenta la historia de una difícil elección entre tres hombres. He aquí los hechos concretos, tal y como han sido contados.

Una joven de Madanpur, bella de cuerpo y espíritu, fue a pasear por un jardín. Allí se encontró con un joven que se enamoró al instante de ella, la cogió violentamente de la mano y le dijo lo que siempre se dice en estos casos:

—Si no quieres amarme, me resultará imposible seguir viviendo y me daré muerte.

La joven, que tenía un corazón sincero, le creyó. Ella no le amaba (porque tenía que casarse dentro de cinco días) pero no quería verlo morir, porque la muerte es la peor de todas las cosas (eso creía ella). Discutieron un momento apasionadamente, y el joven persistió en sus afirmaciones de tal forma que la joven, que se llamaba Madanesa, le hizo una promesa:

—Me caso dentro de cinco días. Justo después de mi boda vendré a verte y haré lo que desees. Tras lo cual regresaré junto a mi esposo.

Tras la boda, cinco días más tarde, la joven casada le contó su aventura y su promesa a su marido. Discutieron agriamente pero el marido se dejó convencer. Lo importante era salvar la vida de aquel joven. Y él permitió que su mujer fuera a su encuentro.

Ella se vistió con elegancia, se perfumó, eligió joyas preciosas y se fue en plena noche. En el camino se encontró con un ladrón a quien le atrajeron las brillantes joyas.

—¿Adónde vas? —le dijo a la mujer, asustada por tal encuentro.

—Voy a unirme con mi enamorado.

—¿Quién te acompaña?

—Kama, el dios del amor, me acompaña. No me cojas los ornamentos. Te los daré de regreso, te lo prometo.

El ladrón dejó que se fuera. La mujer llegó al lado del joven, que estaba dormido, y le despertó. Él se mostró desconcertado; parecía como si no la

conociese. Ella se vio obligada a recordarle su encuentro, el repentino amor, la promesa hecha.

—Hoy me he casado —dijo la mujer—. Puedes hacer conmigo lo que quieras.

—¿Se lo has contado todo a tu marido? —preguntó el joven, que estaba muy sorprendido (porque evidentemente no esperaba que Madanesa cumpliese su promesa).

—Se lo he contado todo y él me ha dejado venir.

El joven reflexionó un momento y le dijo a la joven:

—Esta historia es como ponerse joyas sin ropa. También es como un alimento sin mantequilla, como una canción sin melodía. De la misma manera que las ropas sucias ensucian la belleza y los malos alimentos destruyen la fuerza del cuerpo, una esposa culpable puede arrebatarle la vida al esposo, o un mal hijo arruinar a su familia. Una mujer nunca expresa todos sus pensamientos. Nunca revela lo que tiene en la punta de la lengua. No cuenta lo que hace. Siempre será un objeto de sorpresa y admiración para los hombres.

—No comprendo exactamente todas esas palabras —dice Madanesa—. ¿Significan que no quieres nada de mí?

—No es que no quiera nada de ti —contestó el joven—. No lo quiero de la mujer de otro.

Madanesa volvió a casa. En el camino se encontró con el ladrón, que se sorprendió al verla regresar tan pronto. Ella le contó el rechazo del joven. El ladrón aprobó el rechazo y dejó marchar a Madanesa con sus joyas.

Volvió con su marido. A él también se lo contó todo. Pero él no le mostró amor verdadero, ningún reconocimiento, y sólo le dijo:

—La belleza de un pájaro está en su canto. La belleza de una mujer está en la fidelidad a su marido. La belleza de un hombre feo está en la amplitud de su saber. La belleza de un sabio está en el sufrimiento que soporta con resignación.

Esta historia se cuenta al rey Birbal, que la escucha atentamente. Tras lo cual el narrador le pregunta:

—¿Cuál de estos tres hombres tiene más mérito?

He aquí la respuesta del rey:

—El marido, al ver que el corazón de su mujer pertenecía a otro hombre, en lugar de retenerla, dejó que se fuese. Y, por consiguiente, su propio cariño disminuyó. El joven, que ya había olvidado a aquella por la que se había supuestamente vuelto loco cinco días antes, la rechazó con el pretexto de ser

honesto, pero en realidad por miedo a su marido y también por miedo a mi justicia.

Y por eso el rey concluyó:

—En lo que al ladrón se refiere, no veo razón alguna para que la deje partir sin quitarle las joyas. Ninguna razón, de verdad. Con lo cual el ladrón es mejor persona que los otros dos.

DOS HISTORIAS DE COCODRILOS

Estas dos historias africanas sobre la justicia, muy próximas, parecen evocar una especie de derecho natural que resume la frase: hay que coger lo que se nos ofrece.

La primera es una historia de la tradición mandinga. Nos presenta a un cocodrilo no lejos de un río. Tenía a un niño entre los dientes.

El niño protestaba y gritaba, diciendo:

—¡Déjame ir! ¡No olvides que le he mostrado el camino al río a tu hijo, que se había perdido en el bosque! ¡Déjame volver a mi pueblo, con mi familia!

—Es inútil que grites y luches —replicó el cocodrilo entre dientes—. No tengo demasiado a menudo la oportunidad de comer al hijo de un hombre. Te tengo y no te voy a soltar.

Llegó una liebre, que oyó los gritos de la discusión, y les propuso arbitrar entre ellos. Los dos aceptaron. El niño empezó y dijo:

—Estaba vigilando mis cabras en el bosque cuando me he encontrado al hijo del cocodrilo, que se había perdido. Lo he cogido y lo he llevado hasta el río. Pero el hipócrita de su padre, aquí presente, me ha pedido que entrase un poco en el agua para hacer flotar mejor a su hijo. Y lo ha aprovechado para agarrarme con su espantosa mandíbula.

—¿Y tú? —le preguntó la liebre al cocodrilo—. ¿Qué tienes que decir?

—El pequeño del hombre ha dicho la verdad —respondió el cocodrilo—, ha dicho toda la verdad, una verdad blanca como los dientes de un asno. Pero yo digo: Cuando tenemos algo al alcance, hay que cogerlo sin dudarlo. ¿Por qué dejar marchar una presa para después tener que perseguirla? Guardo a este niño para mi próxima comida.

—Has hablado con gran coherencia —le dijo la liebre—. Pero necesito testigos para emitir mi juicio. Quedaos aquí, no os mováis, ahora mismo vuelvo.

La liebre se fue al pueblo en busca de testigos. Todo el pueblo la siguió hasta el río. Bajo un árbol, la liebre llamó a los dos litigantes. El cocodrilo se

puso del lado del pueblo y dejó al niño del lado del río, para cortarle el camino.

A petición de la liebre, el niño y el cocodrilo volvieron a contar su historia. Para defenderse contra la acusación de ingratitud, el cocodrilo retomó sus argumentos y dijo:

—¿Por qué ir de caza cuando se tiene la presa al alcance? Hay que coger lo que se nos ofrece, sin dudarlo.

Entonces la liebre les preguntó a las personas del pueblo:

—¿No necesitáis carne?

—¡Síií!

—Entonces, ¿a qué esperáis para agarrar a este cocodrilo, que está a vuestro alcance?

Sin demora, la gente del pueblo se abalanzó encima del cocodrilo, lo golpearon hasta matarlo y lo despedazaron.

La historia añade —de forma bastante curiosa— que, mientras la gente del pueblo se repartía la carne del cocodrilo, un perro hambriento se echó encima del niño, que estaba apartado del resto, y lo degolló.

Los malinke cuentan esta historia de otra forma, a la vez menos brutal y más compleja.

Un cazador se encuentra a un cocodrilo perdido en una altiplanicie, corta las ramas de un árbol para hacer una angarilla y lleva al cocodrilo hasta el río. El animal le pide que se adentre en las aguas y le agarra por las piernas.

—¡No me mates! —grita el hombre—. ¡Espera un poco!

El hombre llama a una vaca y le pide su arbitraje. Pero esta vaca, antaño bien alimentada con salvado y sal mientras pudo dar vaquillas, está hoy abandonada y es estéril. El hombre sólo le da un poco de paja seca para comer. Entonces ella rechaza sus plegarias.

—Sí —dice la vaca—, el cocodrilo tiene razón. El ser humano es ingrato. Me voy.

Y se va.

Entonces llega un viejo caballo. Él también, cuando estaba en plena forma, sólo comía mijo, de la mano del rey. Hoy envejecido, debilitado, inútil, sólo recibe de vez en cuando un poco de paja seca.

Él también se niega a acudir en la ayuda del hombre inmovilizado en las mandíbulas del saurio.

—El cocodrilo tiene razón —dice—. El ser humano es ingrato.

Y se va.

El cazador amenazado le dice al cocodrilo:

—¡Espera! ¡Espera todavía un poco más, te lo ruego!

Llega una liebre, a quien el cazador le cuenta su desgraciada aventura.

—No te oigo —dice la liebre—. Estás demasiado lejos. ¡Ven hasta la orilla a contármelo!

El cocodrilo se acerca a la orilla y el hombre le cuenta a la liebre lo ocurrido. Le pide a la liebre que imparta justicia.

—Me es imposible hacer justicia aquí —dice la liebre—. Tenemos que ir los tres hasta el lugar donde han ocurrido los hechos.

—¡Pero este hombre es mi presa! —dice el cocodrilo—. Una de nuestras viejas leyes dice: ¡Atrapa lo que se te presenta! ¡Coge lo que tienes al alcance!

—Conozco esa ley —dice la liebre—, pero si queréis que haga justicia, tenemos que ir al lugar donde os habéis encontrado.

Se ponen en camino. Como el cocodrilo tiene dificultad en caminar en tierra firme, la liebre le dice al hombre que vuelva a colocarlo en la angarilla, lo ate con fuerza y lo lleve encima de la cabeza.

Así se van los tres por el campo.

En el camino la liebre le pregunta al hombre:

—Oye, ¿tu padre no come cocodrilo?

—Sí, sí que lo come.

—¿Y tu madre? ¿No come cocodrilo?

—Sí, ella también lo come.

—¡Entonces tienes su carne entre tus manos! ¡Ahí está, encima de tu cabeza, a tu alcance! ¿A qué esperas?

El cazador mata al cocodrilo, lo despedaza y da las gracias a la liebre.

Entonces regresa a su pueblo llevando la carne del cocodrilo encima de la cabeza. La liebre le acompaña.

Al llegar cerca del pueblo, el cazador le dice a la liebre:

—Escóndete aquí y espérame. Volveré, y te traeré tu parte.

—Vale —dice la liebre.

La liebre se esconde. El cazador llega al pueblo, deja la carne y llama a su perro.

—¿Dónde está mi perro?

El perro acude. El cazador le indica el sitio donde está escondida la liebre.

—Allí hay una liebre. ¡Ve a cogerla! ¡Corre!

Por suerte la liebre es desconfiada por naturaleza. Ha pensado que el cazador enviaría a su perro. Cuando le oye ladrar a lo lejos, huye rápidamente por el bosque, diciéndose: «El ser humano es ingrato».

EL JUEZ Y LAS PATATAS

La siguiente historia se contaba en Alemania hacia 1960, en los círculos de los magistrados. Sin duda su origen es más antiguo.

Un juez se fue de vacaciones a casa de uno de sus primos, que era campesino. Al tercer día, el juez, que empezaba a aburrirse viendo a su primo muy ocupado, le propuso ayudarlo.

—¿Qué sabes hacer? —le preguntó el campesino.

El juez reflexionó un instante y no pudo ofrecer ninguna respuesta satisfactoria. El campesino reflexionó por su parte y encontró un trabajo fácil. Condujo al juez hasta una granja cuyo suelo se encontraba cubierto de patatas que acababan de ser arrancadas.

—Esto es lo que vas a hacer —le dijo—. Vas a guardar estas patatas en tres categorías: las grandes, las pequeñas y las medianas. Hasta la noche.

El campesino se fue y se pasó todo el día trabajando los campos. Al regresar, cuando era ya casi de noche, abrió la puerta de la granja y vio que las patatas estaban exactamente en el mismo sitio donde las había dejado por la mañana.

El juez estaba en medio de la granja, con aire abatido, el rostro cubierto de sudor, despeinado. Tenía una patata en la mano.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el campesino.

El juez alargó el brazo y le entregó la patata, preguntándole con voz quebrada:

—¿Es una grande, una pequeña o una mediana?

EL HALCÓN Y LA PALOMA

Uno de los cuentos más despiadados, y también de los más secretos, que trata incluso de los principios de la justicia, se cuenta en la India. Figura, como muchos otros, en el *Mahābhārata*.

Había una vez un rey muy justo. Algunos decían que era el hombre más justo sobre la faz de la tierra. Un día una paloma se posó en la rodilla del rey y le pidió protección. El rey se la concedió.

Justo en aquel instante, un halcón se posó en una rama cercana y le dijo al rey:

—Esta paloma me pertenece. La he cazado justo aquí. Dámela.

—No —dijo el rey—. No se entrega un animal asustado a su enemigo.

—¿Por qué hablas de enemigo? ¿Acaso no conoces el verdadero orden de las cosas? Todos los justos de la tierra dicen que tú eres el único en merecer la palabra justo. Entonces, ¿por qué te opones a la justicia?

—¿Qué justicia? —preguntó el rey, mientras acariciaba con la mano a la paloma, que temblaba de miedo.

—Esta paloma —contestó el halcón con seguridad— tiene que calmar mi apetito. Tienes que dármela.

—Ella me ha confiado su vida. Mira cómo tiembla. No puedo abandonarla.

—Gracias al alimento todo existe —prosiguió el halcón—. Sin alimento no hay vida. Sin vida, no hay nada. Te lo digo: Desde el origen de los tiempos, por la regular sucesión de las cosas, esta paloma ha sido designada para ser mi alimento hoy. Desde el principio del mundo, hoy vivo gracias a esta paloma. Dámela.

El rey, que escuchaba atentamente el razonamiento del ave de presa, le dijo con firmeza:

—No. En este momento mi palabra es más fuerte que el destino. Es más fuerte que el orden del mundo, que el *dharma*.

El halcón adoptó otro tono, más familiar, casi sentimental. Dijo lo siguiente:

—Privado de alimento, dejaré de respirar. Conmigo fallecerán mi esposa y mis hijos, que sólo me tienen a mí como sostén, mientras que esta paloma, para que lo sepas, es soltera. ¡Una multitud de vidas contra una sola! La justicia que destruye a la justicia es falsa justicia, es una justicia cruel.

—Pájaro, lo que dices es de sentido común. Pero ¿cómo puedo abandonar a un ser vivo, que necesita ayuda, cómo puede parecerte buena semejante acción? ¡Come otra cosa! ¡Un toro, un jabalí, una gacela!

—Los halcones no comen jabalíes. Los halcones comen palomas. Es una ley eterna.

—¡Te doy lo que quieras! —gritó el rey—. ¡Te haré traer una cabra! ¡Un buey entero! Te doy todo mi reino, pero no esta paloma.

El halcón guardó silencio un instante y entonces dijo con voz más conciliadora:

—Sólo aceptaré una cosa.

—Dime.

—Si sientes semejante amor por esta paloma, corta un trozo de carne de tu cuerpo, que pese lo mismo que esta paloma, y dámelo.

—¡Que traigan una balanza y un cuchillo! —ordenó el rey de inmediato.

Trajeron una balanza muy precisa y un cuchillo bien afilado. Colocaron a la temblorosa paloma en uno de los platillos de la balanza. El rey cogió el cuchillo, se cortó un buen trozo de carne y lo colocó en la otra bandeja. Pero la balanza se inclinaba del lado del pájaro. El peso del pájaro era superior al de la carne del rey. El rey se cortó otro trozo de carne y lo tiró junto al primero en la balanza, y luego otro, y otro más, pero la balanza no se movía. El peso de la paloma era superior al de la carne cortada. El rey se obstinó. Se cortó toda la carne. Al final, cuando no era más que un sanguinolento esqueleto, se colocó encima de la bandeja y la balanza seguía sin moverse. El cuerpo de la paloma era más pesado que el del rey.

Entonces el halcón le dijo al rey:

—La paloma y yo hemos venido aquí para conocerte a ti, que dicen que eres el hombre más justo del mundo.

Y los dos pájaros se fueron volando juntos.

UN JUEZ PERSPICAZ

Numerosos son los ejemplos en la historia de los pueblos de jueces astutos y clarividentes, que saben desenmascarar al verdadero culpable sirviéndose de la inteligencia.

Uno de aquellos jueces era chino.

Un día, un rico comerciante que estaba a punto de embarcarse con sus mercancías fue asesinado por el capitán del barco, que cogió todos los bienes y los escondió en su propia casa. En cuanto al comerciante, lo ahogó.

Nadie había sido testigo del crimen. El capitán, para fabricarse una coartada perfecta, fue a casa del comerciante y le preguntó a la mujer de éste por qué su marido todavía no había llegado al barco, pues el momento de zarpar había llegado.

La mujer envió a sus criados en todas direcciones, pero nadie pudo encontrar ni rastro del marido desaparecido.

Llamaron al juez, quien se hizo explicar el asunto, y le pidió a la mujer que recordase exactamente las palabras del capitán cuando había ido a preguntar por su marido, el comerciante.

—Mi marido ya había salido hacía un buen rato —respondió la mujer—, cuando este hombre vino y me dijo: «¡Señora! ¿Por qué no ha venido todavía su marido?».

—Ya está —dijo el juez—. Él es el culpable.

Hizo llamar al capitán y le acusó de forma legal:

—¿Por qué has llamado a la mujer del comerciante y no al mismo comerciante? ¡Porque sabías que él no estaba en su casa!

LA BAILARINA Y EL ESPEJO

Una hermosa bailarina árabe, conocida por su lascivia, abordó a un rico comerciante una mañana de abril y le dijo:

—Anoche soñé que estabas en mis brazos. Y sentías un placer extremo. Me debes dos dinares de oro.

El comerciante se negó a pagar. La bailarina le condujo ante el cadí, quien escuchó el relato de lo sucedido y dijo al comerciante al final:

—Ve a buscar dos dinares de oro y un espejo.

Cuando el comerciante regresó, el cadí colocó los dos dinares de oro delante del espejo y le dijo a la mujer:

—Mira la imagen de las dos monedas de oro en el espejo. Ahora ya estás pagada.

EL PRECIO DE UN OLOR

La misma estructura se encuentra en una anécdota persa o turca.

Un hombre de una pobreza extrema, que sólo tenía un mendrugo en la mano, se acercó a la ventana de una cocina y pasó aquel trozo de pan durante un buen rato por el exquisito olor que salía de los hornos. Y después se lo comió.

El cocinero, que le había observado, lo hizo coger por dos pinches y le pidió el precio del olor. Como el miserable no podía pagar, los otros estaban a punto de darle una paliza cuando preguntó:

—¿Tiene alguno de vosotros una moneda? Que me la preste un momento.

Le prestaron una moneda. La tiró al suelo y luego le dijo al cocinero:

—Escucha este ruido. Ya estás pagado.

LA LADRONA Y BUDA

Otra mujer del placer aparece en una historia búdica.

No lejos de Benarés, una treintena de jóvenes príncipes organizaron una merienda. Uno de los príncipes, que no estaba casado, llevó a una mujer alegre para tomar parte en ella. Pero la chica, aprovechando un momento en que la compañía estaba distraída, robó unos objetos de valor y desapareció.

Los príncipes se lanzaron en su búsqueda. Se encontraron con Buda, sentado a la sombra de un árbol, y le preguntaron:

—¿No has visto pasar a una mujer?

—¿Por qué la buscáis? —preguntó Buda.

Ellos le contaron lo del robo. Entonces Buda les preguntó:

—En vuestra opinión, ¿qué vale más la pena: buscar a una mujer o buscaros a vosotros mismos?

Se sentaron a su alrededor y recibieron su enseñanza hasta el fin de sus días, olvidándose de la mujer de vida alegre.

EL PROFETA Y EL FUGITIVO

Una anécdota de la misma estructura pone en escena al profeta Mahoma.

Un hombre que huía, perseguido por otros hombres poseídos por la violencia, pasó junto al profeta y le pidió ayuda:

—Estos hombres quieren mi sangre. ¡Protégeme!

El profeta permaneció tranquilo y le dijo:

—Sigue huyendo en línea recta. Yo me ocuparé de tus perseguidores.

En cuanto el hombre se hubo alejado, el profeta se levantó y cambió de sitio. Se sentó en la dirección de otro punto cardinal. Los hombres violentos llegaron y, sabiendo que él sólo podía decir la verdad, le describieron al hombre que perseguían y le preguntaron si le había visto pasar.

El profeta se concentró un instante y respondió:

—Hablo en el nombre de aquel que tiene en la palma de su mano mi alma carnal: desde que estoy aquí sentado no he visto pasar a nadie.

Los perseguidores se fueron corriendo por otro camino, y el fugitivo salvó la vida.

LA TIERRA LADRONA

Otro hermoso ejemplo que nos llega de África:

Un hombre se fue de viaje. Antes de irse, enterró al pie de un árbol unas monedas de oro. Su cuñado, el hermano de su primera mujer, que le había estado observando en secreto, aprovechó su ausencia para robar las monedas de oro.

A su regreso el hombre buscó en vano las monedas de oro y se lamentó.

—La tierra te ha robado el oro —le dijo su cuñado—. ¡Tienes que presentar una queja contra la tierra!

El hombre, que era conocido por su ingenuidad, convocó a la justicia de su pueblo, que se reunió alrededor del árbol. El juez, hombre de avanzada edad y muy perspicaz, hizo que el hombre y el cuñado le contasen todo lo sucedido. Entonces dijo:

—Está bien. Vamos a interrogar a la tierra.

Y, dirigiéndose a la tierra, dijo:

—¿Has robado el oro de este hombre?

Todas las personas del pueblo, reunidas en círculo alrededor del árbol, escucharon atentamente, pero la tierra no contestó.

El viejo juez repitió su pregunta:

—Tierra, te lo pregunto: ¿has robado el oro de este hombre?

La tierra permaneció en silencio.

Entonces el viejo juez dijo:

—Nadie sabía dónde estaba escondido este oro. El cuñado tiene razón. Sólo la tierra puede ser culpable. Que traigan un látigo para hacerla hablar.

Trajeron un látigo y, bajo la orden del juez, el hombre más fuerte del pueblo empezó a dar latigazos a la tierra. Pero la tierra permaneció en silencio.

—¡Que le claven clavos en la carne! —dijo el juez—. ¡Que la traspasen! ¡Que la quemen! ¡Acabará por confesar!

Trajeron clavos y los clavaron en el suelo, se hicieron fuegos alrededor del árbol, pero la tierra se negó a hablar.

—No entiendo —dijo entonces el juez—, cómo puede resistir todos los malos tratos que le estamos infligiendo. ¿Quizá no es culpable?

—¡Sí, estoy seguro de que es culpable! —gritó el cuñado—. ¿Quién si no podría haber cogido el oro?

Entonces el viejo juez, que desde el principio de aquel asunto sospechaba del cuñado, le dijo:

—Si es culpable, hemos de tener la prueba. Veo que llevas un anillo de oro en tu dedo. Entierra tu mano en la tierra en el mismo sitio donde estaba escondido el oro y esperemos hasta mañana. Veremos si la tierra te roba el anillo.

El cuñado no pudo negarse a llevar a cabo aquella prueba. Dejó que los hombres del pueblo cavaran un hoyito en el que colocó la mano en la que llevaba el anillo. Se sentó en el suelo. Las personas del pueblo le cubrieron la mano con tierra y le dejaron solo toda la noche. Oyó aullar a las hienas entre los matorrales y la incomprensible agitación de los insectos. Al final acabó durmiéndose.

Cuando se despertó vio que todo el pueblo, rodeando al viejo juez, avanzaba hacia él. Éste se arrodilló en el suelo muy cerca de la mano enterrada, examinó con detenimiento la tierra y la hierba, se levantó y le dijo al cuñado:

—Tenías razón. A mi parecer la tierra te ha robado el anillo.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó el hombre, receloso.

—Lo sé porque veo que ya no tienes mano —dijo el viejo juez—. La tierra, al no poder sacarte el anillo, te ha arrancado toda la mano.

—¿La tierra me ha arrancado la mano?

—Sí —dijo el anciano—. Y voy a darte una prueba. ¡Que traigan una espada afilada!

Le trajeron una espada afilada, que brillaba a la luz del sol matinal. El viejo juez la cogió con fuerza y, manteniéndose de pie junto al cuñado, le dijo:

—En mi juventud fui un buen espadachín. Todos los aquí presentes te lo pueden decir. Y todavía me queda algo, a pesar de los ultrajes de la edad. He aquí lo que voy a hacer. Voy a dar un fuerte golpe con esta espada justo a ras de suelo. Pero como tu puño ya ha sido cortado, como tu mano ha sido robada por la tierra mientras dormías, el filo de mi espada sólo cortará el vacío y no sentirás nada. ¿Estás listo?

—¡Detente! —gritó el cuñado al ver al anciano levantar su arma.

Al decir aquella palabra, arrancó la mano de la tierra y la tendió delante de él, como para protegerse. Todos los presentes vieron con claridad que el anillo seguía en su dedo y se echaron a reír.

Un momento después, temblando todavía de emoción, confesó su hurto y le devolvió el oro al marido de su hermana.

Y el anciano les dijo a las gentes del pueblo, antes de que se fuesen a trabajar a los campos:

—Un día a todos nos pondrán bajo tierra, como este hombre había puesto su oro. Pero nosotros no volveremos a salir. ¿Diremos que la tierra nos ha robado? La tierra no puede robar nada, porque todo viene de ella. Los hombres se roban entre sí hasta el día en que la tierra, a la que todo regresa, no distingue ni al ladrón, ni al robado, ni el objeto del robo.

LA EXPLICACIÓN

En cuanto a la misma naturaleza de la justicia, una historia judía aborda así este delicado tema.

Un hombre, que deseaba conocer el significado de la palabra «judaísmo», interrogó a un rabino.

—Necesitaría cuarenta años para explicártelo —dijo el rabino.

El hombre pareció desanimado. Entonces el rabino le dijo:

—Pero conozco a otro rabino que puede explicártelo en cinco minutos.

El hombre fue a ver al segundo rabino y le hizo la misma pregunta. El segundo rabino se pasó un buen rato pensando y después dijo:

—El judaísmo es la justicia para todos.

—¿Y qué es la justicia para todos? —preguntó el hombre.

—Eso —respondió el rabino—, tardaría cuarenta años en explicártelo.

LA MITAD DE UNA MANTA

La verdadera justicia puede a veces venir de la boca de alguien que no es juez. He aquí lo que cuenta un viejo cuento irlandés.

En una humilde casa vivía un hombre, su mujer, su padre y su hijo, que todavía era un bebé. El viejo padre no servía para nada. Estaba demasiado débil para trabajar. Comía y fumaba, sentado delante de la puerta. Entonces el hombre decidió sacarle de la casa, dejarlo tirado a su suerte en las calles, como a veces se hacía, en las épocas más duras, con las bocas inútiles.

La esposa intentó interceder en favor del anciano, pero fue en vano.

—Como mínimo dale una manta —dijo ella.

—No. Le daré la mitad de una manta. Eso es suficiente.

La esposa le suplicó. Finalmente consiguió convencerlo para que le diese la manta entera. De repente, en el momento en que el viejo estaba a punto de salir llorando de la casa, se oyó la voz del bebé en la cuna. Y el bebé le decía a su padre:

—¡No! ¡No le des la manta entera! Dale sólo la mitad.

—¿Por qué? —preguntó el padre anonadado, acercándose a la cuna.

—Porque —contestó el bebé— yo necesitaré la otra mitad para dártela el día que te eche de aquí.

12

EL PODER ES FRÁGIL, O SEA, INTRANQUILO, O SEA, DUBITATIVO, O SEA, INCOHERENTE, O SEA, CUESTIONADO, O SEA, FRÁGIL

EL BARBERO DEL EMPERADOR

El poder es ante todo arbitrario, angustioso y necesariamente cruel, como lo muestra esta primera historia china.

Todo iba mal para el emperador de China. En las fronteras, sus ejércitos vencidos retrocedían. Sus generales se sublevaban. Los infieles ministros tramaban peligrosas intrigas. Los cofres estaban vacíos. Los campos estaban mal llevados. Y los astrólogos de todas las provincias anunciaban una catástrofe sin precedentes.

Según la lógica del poder chino, el emperador tenía que darse muerte, única forma de alterar la terrible suerte. Pero ese emperador, a quien la idea de la muerte le era ajena, tenía un alma demasiado débil para luchar de tal forma contra el destino. Por eso una mañana, empujado por sus mujeres, por sus hijos, por sus consejeros más persuasivos, el emperador le dijo a su barbero, cuando estuvo a solas con él:

—Voy a darte una orden. Escúchame bien. Uno de estos días, al afeitarme, me rajarás la garganta con un solo tajo de tu gran navaja de afeitar. Sé de tu habilidad. Hazlo lo más rápidamente posible. Sólo te pongo una condición: no me avises. No me digas: «Hoy es el día». Mátame dejándome hasta mi último suspiro en la ignorancia.

El barbero, un hombre de avanzada edad y silencioso, que cada mañana pasaba un momento con la única compañía del rey —se ocupaba también de su pelo y sus uñas—, inclinó la cabeza sin decir palabra, mostrando así que había comprendido la orden de su señor. Entonces empezó a acicalar al emperador, le peinó el cabello, las cejas. Pasó por sus mejillas y por su cuello una crema relajante, antes de empezar con la pequeña navaja debajo de la nariz, alrededor de la boca.

Cuando cogió la gran navaja para afilarla en un pedazo de cuero, el emperador colocó las dos manos en los reposabrazos del sillón. Cuando la navaja se acercó a su garganta, el emperador apretó con fuerza las manos, sintió que se le aceleraba la respiración. La navaja dio algunos hábiles vaivenes por su rostro. Luego una toalla caliente, húmeda y perfumada,

suavizó su piel. Un momento más tarde el barbero sacó la toalla, dio una última pasada con el peine y se inclinó en silencio ante el monarca. Eso era todo por aquella mañana.

El emperador retomó sus asuntos. Se enteró de que una próspera provincia del oeste se había rebelado contra él y que seis de sus mujeres se habían escapado por la noche. Cuatro recaudadores de impuestos habían recibido los últimos suplicios en la costa. El hambre iba a peor en las altiplanicies.

El emperador tuvo una dolorosa jornada y se saltó la cuarta comida.

Al día siguiente, tras una noche agitada por los sueños, el emperador se presentó ante su barbero y tomó asiento en el sillón dorado. Cuando la gran navaja, parecida a una larga hoz negra, bajó hacia su garganta cubierta de espuma, el emperador apretó los puños con fuerza, e incluso las rodillas. Dejó de respirar. Cerró los ojos. Notó que unas gotas de sudor le recorrían el espinazo.

Tras lo cual la toalla perfumada calmó su rostro y su corazón.

El emperador se vistió y fue a las salas del gobierno. Se anunció que unas hordas de saqueadores avanzaban hacia la vieja capital. El jan de Mongolia, hasta aquel momento amigo suyo, le enviaba un arco partido, signo de una despiadada declaración de guerra. Aquella noche unas manos desconocidas habían asesinado a varios criados de confianza.

Al final de una jornada de constantes desgracias, acosado por la jauría de los astrólogos y de los sacerdotes que animaban a sus esposas y a los hijos de éstas, el emperador, después de haber cenado muy poco, se acostó y durmió lo mejor que pudo.

Por la mañana, como de costumbre, el barbero se inclinó ante su amo y empezó con su cotidiana tarea. Agua, crema, navaja pequeña y navaja grande. Aquella mañana la prueba de la navaja grande fue casi insoportable. El emperador sentía en el interior de su cuerpo movimientos que desconocía, nacidos del miedo y de lo imprevisible.

Sólo respiró al sentir la toalla perfumada. El barbero guardó sus utensilios, siempre en silencio, se inclinó y se retiró.

El emperador se reunió con los ministros que, al parecer, seguían siéndole fieles. Desde el alba se habían anunciado en las nubes malos presagios, fortalezas titubeantes, oscuros pájaros atravesados por flechas, demonios fugitivos y reidores. Se anunciaban deserciones en las filas de la misma guardia imperial. De lo alto de la torre más alta se podía ver a los exploradores de los ejércitos enemigos, que estaban a punto de rodear la

ciudad. Las cosechas ardían. En algunas gargantas los ríos transportaban barro rojo que olía a azufre.

El emperador comió muy poco aquel día. Por la noche durmió de forma intermitente.

Cuando se hizo de día, hizo llamar al jefe de la guardia —un hombre que le debía su fortuna— y le dijo escuetamente:

—Que ejecuten a mi barbero. Y deprisa.

LA CIENCIA POLÍTICA

Otra historia china ofrece una variación del mismo tema.

Un joven rey ejercía su poder con el rigor más absoluto. Tenía a la justicia en la mano, mandaba arrestar y se encargaba de que las sentencias fuesen llevadas a cabo de forma rápida y despiadada.

La situación, sin embargo, no se arreglaba. Sentía que su autoridad estaba cada vez peor afirmada.

Un día convocó a su primer ministro y le dijo:

—He hecho ejecutar a gran número de personas y sin embargo nadie me teme. ¿Cómo te lo explicas?

—Muy sencillo —contestó el primer ministro—. Tienes que aprender el secreto de la autoridad. Todos aquellos que has hecho ejecutar eran criminales, culpables. Los otros, por consiguiente, no tienen ninguna razón para temerte. Si realmente quieres ser temido, debes ejecutar también a los inocentes.

El rey asintió con la cabeza. Lo había comprendido.

Dos días más tarde hizo ejecutar a su primer ministro.

EL HOMBRE QUE VENÍA EN MAL MOMENTO

El poder, nacido de la arbitrariedad, a menudo tiene que obrar con astucia ante el destino. Una historia sufí así nos lo cuenta.

Un rico comerciante de Bagdad vivía en una casa espléndida. Poseía toda clase de bienes y una poderosa familia. Sus barcos, bien cargados, hacían el comercio con las Indias. Su fortuna le venía en parte de nacimiento, en parte por sus esfuerzos, en parte por la generosidad del califa de Córdoba, a quien se le llamaba el rey del oeste, y que conocía al comerciante.

La fortuna cambió de forma brutal. Su casa y sus tierras fueron confiscadas por un usurpador. Los barcos se hundieron. La familia se dispersó. Incluso los amigos del comerciante lo abandonaron.

Decidió ir a España para encontrarse con su antiguo bienhechor. Atravesó un espantoso desierto, donde le ocurrieron mil y una desgracias. Su asno se murió. Fue capturado por unos bandidos, que lo vendieron como esclavo. Le costó mucho escapar y resultó herido. Su rostro, agrietado por el sol, parecía un viejo trozo de cuero. De vez en cuando los paseantes, cuyo lenguaje él no conocía, le daban un puñado de alimentos, un trozo de ropa rota, y sólo podía beber el agua glauca de las charcas.

Tres años después de su salida de Bagdad llegó a Córdoba. Pero no lo dejaron entrar en el palacio del califa. Los soldados lo echaron con un desprecio brutal. Tuvo que trabajar durante mucho tiempo como empleado de la categoría más baja antes de poder comprarse una vestimenta presentable. Tras lo cual, el maestro de ceremonias, antes de juzgarlo digno de ser admitido ante el príncipe, le hizo seguir unos cursos especiales de buenas costumbres, porque el comerciante había olvidado toda educación indispensable.

Finalmente pudo entrar en la sala de las audiencias reales. El califa le reconoció de inmediato, lo abrazó y le pidió que se sentase a su lado. El comerciante le contó rápidamente sus desgracias.

El califa lo escuchó atentamente y entonces se dirigió a su primer intendente y le dijo:

—Que le den a este hombre cien ovejas, que sea nombrado pastor del rey y enviado a lo alto de las montañas.

El comerciante le dio las gracias al califa no sin estar muy sorprendido porque esperaba algo más. ¿Ovejas? ¿Por qué ovejas? Se retiró, desorientado.

Algunos días más tarde se fue de Córdoba con su rebaño de ovejas. Le llevaron a unos pastos escasos. Al poco tiempo una epidemia asoló a las ovejas. Murió hasta la última. El comerciante convertido en pastor regresó al lado del sultán, a quien le contó su nuevo y terrible infortunio.

—Que le den cincuenta ovejas —dijo el califa—, y que vuelva a la montaña.

Avergonzado y desolado, el hombre se fue de la ciudad con las cincuenta ovejas. Unos días más tarde, cuando empezaban a pastar, aparecieron unos perros salvajes. Las ovejas se asustaron y empezaron a correr como locas de un lado a otro, se precipitaron desde lo alto de un acantilado y murieron todas.

Humillado, el alma en pena, el comerciante-pastor regresó junto al califa y le contó la desgracia.

—Que le den veinticinco ovejas —ordenó el califa—, y que siga.

Desesperado porque se sentía el pastor más miserable e incompetente, el hombre volvió a partir hacia la montaña con veinticinco nuevas ovejas. Algunas semanas más tarde, una oveja dio a luz gemelos. Lo mismo ocurrió con otra oveja, y otra más. En pocos meses el rebaño se dobló. Los corderos eran fuertes y saludables. Unas lluvias abundantes, en el lugar apropiado, enriquecieron el pasto. El rebaño volvió a doblarse. El hombre vendió los corderos por una excelente suma, compró otras ovejas, alquiló otros pastos. Tres años más tarde, bien vestido, tocado por su nueva prosperidad, regresó a Córdoba.

El califa lo recibió de inmediato y le dijo:

—¿Has tenido éxito como pastor esta vez?

—Sí, de forma incomprensible. Mi suerte ha cambiado, todo va bien, aunque, debo confesártelo, no siento ninguna inclinación particular por este oficio.

—Está muy bien —dijo el califa—. Al oeste está el reino de Sevilla, que depende de mí. Te doy ese reino. Ve inmediatamente a tomar el poder.

El comerciante-pastor-rey se levantó anonadado y le dijo al califa:

—Pero ¿por qué no me nombraste rey a mi llegada? ¿Por qué estos años de pruebas y de trabajo al que no estoy acostumbrado? ¿Querías enseñarme algo?

—No —dijo el rey sonriendo—, no tenía nada que enseñarte. Pero si te hubiese dado el reino de Sevilla el día que habías perdido las cien ovejas, ¿qué calamidad se habría cernido sobre la ciudad?

El hombre no respondió. El califa lo estrechó entre sus brazos y añadió, antes de coronar al nuevo rey:

—Me preguntas por qué no te di el trono a tu llegada. Es muy sencillo. Porque el momento no había llegado.

Y los dos hombres se separaron.

LA PRESA

Otra historia sufí nos muestra cómo el poder sabe sacar provecho de las estériles disensiones entre individuos.

Una viuda y sus cinco hijos vivían en un pobre trozo de tierra. Un tirano había construido una presa que acaparaba todo el agua. El hijo mayor intentó varias veces echar abajo la presa para poder regar su tierra, pero no lo consiguió. Le faltaba fuerza, y sus cuatro hermanos sólo eran unos niños.

El hijo mayor se fue a una ciudad lejana, donde trabajó durante años para un comerciante. Cuando podía, enviaba dinero a su familia confiándoselo a unos comerciantes. Para no hacer sentir a su madre y a sus hermanos ningún tipo de obligación, les recomendaba a los comerciantes que les diesen el dinero a sus hermanos a cambio de trabajillos sin importancia.

Cuando regresó a su casa, sólo uno de sus hermanos lo reconoció, no sin dudar un poco a causa del paso del tiempo. El hermano más joven le dijo:

—Él tenía el pelo negro.

—Sí, pero ahora soy más viejo.

—Nosotros no somos comerciantes —dijo otro hermano—. ¿Por qué deberíamos tener un hermano comerciante?

—Yo me ocupé de vosotros cuando erais pequeños —dijo el hermano mayor—. Recuerdo que soñabais con agujerear la presa y ver salir el agua.

—Yo no lo recuerdo —dijo uno de los hermanos.

—Yo tampoco —dijo otro—. ¿De qué agua hablas?

—Os envié dinero que os ayudó a sobrevivir —dijo el hermano mayor.

—¿Dinero? No, nunca. Hemos ganado un poco de dinero trabajando para viajantes, eso es todo.

—Descríbenos a nuestra madre —dijo uno de los hermanos.

Pero su madre había muerto hacía tiempo y sus recuerdos eran borrosos. No pudieron reconocer la descripción que les hizo su hermano. Enfadados, le preguntaron:

—Si realmente eres nuestro hermano, ¿qué has venido a decirnos?

—Que el tirano ha muerto. Que sus soldados se han ido en busca de un nuevo amo. Que el momento de dar a nuestra tierra prosperidad y riqueza ha llegado.

—¿Qué tirano? —dijo uno de los hermanos.

—Yo no recuerdo a ningún tirano —dijo otro.

—La tierra siempre ha sido seca.

—¿Por qué deberíamos hacer lo que dices?

—Me gustaría ayudarte —dijo el hermano menor—, pero de verdad que no sé de qué hablas.

—Y además —dijo otro—, no tengo la más mínima necesidad de agua. Recojo matorrales y madera. Hago un fuego junto al que vienen a calentarse los viajeros. Me pagan. Eso me basta para vivir.

—Si trajésemos agua aquí —dijo otro hermano—, inundaría la pequeña balsa donde vigilo a mis peces de adorno. A veces los comerciantes se detienen para admirarlos, y me dan dinero.

—¿Estamos absolutamente seguros —dijo el último de los hermanos— de que el agua haría bien a esta tierra?

El hermano mayor intentó animarlos, empujarlos a trabajar. Pero ellos prefirieron esperar la llegada de los siguientes comerciantes. El hermano mayor quiso explicarles que los comerciantes ya no pasarían más por allí porque era él quien les pedía que se desviasen. Los hermanos no le creyeron. Discutieron y discutieron.

Apareció un segundo tirano, peor que el primero. Vio la presa, que estaba en mal estado, y decidió reforzarla. Aquella presa aumentó su codicia de tal forma que se adueñó de la tierra e incluso de los hermanos, a los que hizo esclavos porque parecían estar todavía fuertes, incluso el hermano mayor.

Encadenados y fustigados, conducidos hacia la ciudadela del amo, seguían discutiendo.

PRUDENCIA EN LOS SUSPIROS

Todo esto puede conducir a una cierta resignación, que no excluye una vigilancia constante, como cuenta esta historia judía.

En una pequeña ciudad de Europa del Este un anciano se sentó en un banco cerca de un río. Un segundo anciano decidió sentarse a su lado. Nunca se habían visto.

El primer hombre, tras unos minutos de silencio, dijo simplemente, suspirando:

—Mmm…

Y el segundo también dijo un poco más tarde:

—Mmm…

Entonces el primero dijo:

—¡Chis! Se lo ruego, ¡no hay que hablar de política!

—Ah, bueno —dijo el segundo—, ¿así que usted también es judío?

EL ROSTRO DEL REY ESCONDIDO

El poder es arbitrario, también es remoto e incluso oculto. Así nos lo cuenta otra historia judía.

Un rey hizo llamar a un sabio y le dijo:

—He oído hablar de un rey supuestamente poderoso, sincero y modesto. Poderoso, parece serlo porque su reino está rodeado por el océano y custodiado por una impresionante flota armada con cañones. Entre el océano y la ribera se extiende un enorme pantano atravesado por un minúsculo sendero por el que sólo puede pasar una persona a la vez. Más cañones protegen ese sendero. Es imposible penetrar en el reino. Pero lo que no entiendo es por qué ese rey invisible se dice sincero y modesto.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó el sabio.

—Quiero que me traigas un retrato de ese rey —dijo el rey—. Un retrato fiel. Y al parecer eso no es fácil. Porque dicho rey se pasa la vida oculto detrás de una cortina y sus súbditos nunca han podido verlo.

El sabio se puso en camino. Decidió, antes de encontrarse con el rey escondido, conocer su reino y la gente que lo habitaba. Vio un pueblo mentiroso y burlón. Comprendió bastante aprisa que todo el reino estaba habitado por hombres y mujeres mentirosos. Fraudes, estafas y despiadadas risas por todas partes.

Para estar más seguro, el sabio se metió él mismo en un negocio. Lo engañaron y perdió su dinero. Decidió apelar a un tribunal superior, pero descubrió que hasta la sangre que corría por las venas de los jueces de aquel tribunal estaba corrompida. Allí también fue engañado y perdió.

Entonces decidió presentarse ante el rey. Fue recibido en la sala de audiencias y colocado frente a la cortina detrás de la cual estaba el rey.

—¿Sobre qué clase de pueblo reinas? —gritó el sabio—. Sólo está compuestos de ladrones y mentirosos. De un extremo de tu reino al otro no he encontrado una sola partícula de verdad.

El sabio empezó el relato de todo lo que había visto en el reino.

El rey, al otro lado de la cortina, se inclinó para escuchar mejor. Estaba muy sorprendido. Y los dignatarios del régimen, presentes en la sala, se mostraban irritados.

El sabio acabó su relato diciendo:

—Podríamos afirmar que el rey es la imagen de su pueblo y que vive en la falsedad. Pero eso no es cierto, lo sé.

Todos los presentes contuvieron el aliento. Y oyeron lo siguiente de boca del sabio:

—Sé por qué te escondes detrás de esta cortina. No es para no ser visto. Es porque eres sincero y defensor de la verdad. Y no podrías soportar ver el pueblo que te rodea.

Hubo un silencio. Entonces el rey, sorprendido, abrió la cortina y se mostró.

El sabio se apresuró a dibujar su retrato y después regresó junto a su amo.

LOS MONOS Y LAS BELLOTAS

El poder también es despectivo, y este desprecio no está exento de una cierta habilidad. Chuang-tzu nos cuenta esta extraña historia:

Un criador de monos les dijo cuándo les iba a dar de comer:

—Os daré tres bellotas por la mañana y cuatro por la noche. ¿Qué os parece?

Todos los monos protestaron muy enfadados.

—Muy bien —dijo el criador—. Pues os daré cuatro bellotas por la mañana y tres por la noche. ¿Qué os parece?

Todos los monos se mostraron encantados.

SALOMÓN Y LA GOLONDRINA

Cuando el poder se ejerce con benevolencia e inteligencia —lo que es raro —, éste conduce a la armonía del mundo, cuyos secretos penetra.

En el palacio de Salomón una golondrina macho acechaba de cerca a una golondrina hembra que lo rechazaba de forma vigorosa.

El macho gritó:

—Pero ¿cómo puedes rechazarme, a mí? ¿No sabes que si quisiese podría echar abajo la cúpula más alta de este templo? ¿Echarla encima del mismísimo Salomón?

Salomón, que comprendía el lenguaje de los pájaros, llamó al macho y le preguntó con severidad:

—¿Cómo has podido decir una idiotez semejante? ¿Por qué? ¿Qué te ha empujado a hacerlo?

—No hay que tomarse en serio las palabras de los enamorados —dijo el pájaro.

—Tienes razón —dijo Salomón sonriendo.

Y dejó que el macho se fuese volando.

EL AGUA DEL PARAÍSO

Otro cuento árabe, de la misma inspiración, cuenta que un beduino seco y miserable, que se llamaba Harith, vivía desde siempre en el desierto. Se desplazaba de un sitio a otro con su mujer Nafisa. Hierba seca para su camello, insectos, de vez en cuando un puñado de dátiles, un poco de leche: una vida dura y amenazada. Harith cazaba las ratas del desierto para apoderarse de su piel y hacía cuerdas con las fibras de las palmeras, que intentaba vender a las caravanas.

Sólo bebía el agua salobre que encontraba en los pozos enfangados.

Un día apareció un nuevo río en la arena. Harith probó aquella agua desconocida, que era amarga y salada, e incluso un poco turbia. Pero le pareció que el agua del verdadero paraíso acababa de deslizarse por su garganta.

—Tengo que llevar esta agua —se dijo de inmediato— a quien pueda apreciarla.

Llenó dos botas de piel de cabra, una para él, la otra para el califa Harun al-Rasid, y se puso en camino hacia Bagdad. A su llegada, tras un penoso viaje, le contó su historia a los guardias, según la práctica establecida, y fue admitido ante el califa.

Harith se postró ante el Comendador de los Creyentes y le dijo:

—No soy más que un pobre beduino, ligado al desierto donde el destino me ha hecho nacer. No conozco nada más que el desierto, pero lo conozco bien. Conozco todas las aguas que allí se pueden encontrar. Por eso, cuando he encontrado el agua del paraíso, he decidido traértela para que la pruebes.

Harun al-Rasid se hizo traer un cubilete y probó el agua del río amargo. Toda la corte lo observaba. Bebió un buen trago y su rostro no expresó ningún sentimiento. Se quedó pensativo un instante y entonces dijo con una fuerza repentina:

—Llevaos a este hombre y encerradlo. Que no vea a nadie.

El beduino, muy sorprendido, muy decepcionado, fue encerrado en una oscura celda. Y el califa les dijo a las personas de su entorno que lo

interrogaban sobre el porqué de su decisión:

—Lo que no es nada para nosotros lo es todo para él. Lo que para él es el agua del paraíso no es más que una desagradable bebida para nosotros. Pero tenemos que pensar en la felicidad de ese hombre.

Al caer la noche, hizo llamar al beduino. Dio la orden a sus guardias de que lo acompañasen de inmediato fuera de la ciudad, hasta la entrada del desierto, sin permitirle ver ni el río Tigris ni ninguna de las fuentes de la ciudad, sin darle otra agua que la suya para beber.

Cuando el beduino se iba del palacio en la oscuridad de la noche, vio una última vez al califa. Éste le dio mil monedas de oro y le dijo:

—Te doy las gracias. Te nombro guardián del agua del paraíso. La administrarás en mi nombre. Vigílala y protégela. Que todos los viajeros sepan que te he nombrado para tal puesto.

El beduino besó la mano del califa y regresó rápidamente a su desierto.

EL FIEL Y MEDIO

El soberano es el ser mejor situado para penetrar las oscuridades de la mente. También es necesario que la suya esté clara.

La tradición sufí nos cuenta lo siguiente.

Un sultán oyó hablar de un gran *sheik*, un jeque muy respetado, que vivía en Anatolia y contaba con centenares de miles de fieles. El sultán, asustado por aquella fuerza por la que se sentía amenazado, convocó al *sheik* en Estambul y le preguntó:

—¿Qué es lo que oigo decir? ¿Que tienes centenares de miles de hombres dispuestos a morir por ti?

—Oh no —dijo el *sheik*— Sólo tengo uno y medio.

—Entonces, ¿por qué me cuentan que podrías sublevar a todo el país? Vamos a verlo. Que todos los hombres se reúnan mañana por la mañana en el prado, fuera de la ciudad.

Por todas partes se proclamó que los fieles de *sheik* tenían que reunirse a la mañana siguiente en el prado, porque allí estaría el *sheik* en persona.

En un alto que dominaba el prado, el *sheik* hizo instalar una tienda. Dentro encerró a varios corderos que nadie podía ver.

Los fieles acudieron en gran número. El sultán, que estaba de pie delante de la tienda con el *sheik*, le dijo:

—Tú me dijiste no tener más que un fiel y medio. ¡Mira! ¡Hay miles de ellos! ¡Decenas de miles!

—No —dijo el *sheik*— Yo sólo tengo un fiel. Ahora lo verás. Anuncia que he cometido un crimen y que vas a condenarme a muerte a menos que uno de mis fieles se sacrifique por mí.

El sultán así lo hizo, provocando un largo murmullo entre la muchedumbre. Un hombre se adelantó y declaró:

—Él es mi maestro. Le debo todo lo que sé. Yo doy mi vida por él.

El sultán le hizo entrar en la tienda y allí, inmediatamente, siguiendo las indicaciones del *sheik*, le cortaron el cuello a un cordero. Todos los asistentes vieron aparecer sangre por debajo de la tienda.

En aquel instante el sultán declaró:

—Una vida no es suficiente. ¿Algún otro fiel está dispuesto a sacrificarse por el *sheik*?

Tras el silencio sepulcral que siguió y duró varios minutos, una mujer avanzó y se declaró dispuesta. La hicieron entrar en la tienda y le cortaron el cuello a otro cordero.

La muchedumbre lentamente, al ver la sangre, empezó a dispersarse. En poco tiempo no quedó nadie en el prado.

El *sheik* le dijo al sultán:

—¿Ves?, sólo tengo un fiel y medio.

—¿El hombre es un fiel verdadero —dijo el sultán—, y la mujer, medio?

—No, no —contestó el *sheik*— Al revés. Porque el hombre no sabía que le iban a cortar el cuello en la tienda. Pero la mujer ha visto la sangre y sin embargo ha avanzado. Ella es la verdadera fiel.

LA FUERZA DE LA PROSTITUTA

El poder también puede inclinarse a veces ante una fuerza oculta en los humildes. Un cuento indio, de origen búdico, nos da un ejemplo.

Se cuenta la inmensa sorpresa que sintió el rey Asoka cuando vio a una mujer que, con un simple gesto, hizo remontar al Ganges hacia su nacimiento. Sorpresa que no conoció límites cuando le dijeron que aquella mujer, de avanzada edad, era una prostituta muy conocida de la ciudad de Pataliputra.

La hizo llamar, habló un buen rato con ella, en medio del murmullo de las voces de todos los sabios de la corte que comentaban aquel formidable suceso. Unos citaban textos sagrados, otros buscaban más ejemplos, algunos cuestionaban la realidad del prodigio y hablaban de alucinación.

La vieja prostituta de Pataliputra reconoció la realidad de los hechos.

—Sí —dijo ella—, soy capaz de hacer un prodigio de verdad cuando lo deseo. Tengo poder sobre las cosas. Puedo arrancar los árboles y hacerlos dar vueltas en el aire, puedo echar abajo las montañas y poner a los habitantes patas arriba.

Y, dirigiéndose al rey, la mano tendida, le dijo:

—Incluso puedo quitarte el trono, lanzarte por los aires, tirarte a los abismos.

El rey, temblando de miedo —porque había visto con sus propios ojos cómo el Ganges remontaba hacia su nacimiento—, le dijo a la prostituta:

—Pero ¿de dónde viene este poder? ¿Qué te permite hacer tales prodigios?

—He conocido a muchos hombres —respondió la puta de Pataliputra—, a soldados, a campesinos, a mendigos, a ladrones e incluso a príncipes. Pero no he hecho ninguna distinción entre ellos. Ni he dado privilegios a unos, ni he menospreciado a otros. A todos, a pesar de sus muy diferentes condiciones, les he dado los mismos favores. Nunca he manifestado ni servilismo, ni desdén. He aquí el secreto de mi poder.

Bajó la mano que tenía tendida hacia Asoka y se retiró. Los sabios, echados en el suelo, callaban a su paso y el rey Asoka, que pasaba por ser el

mejor de los reyes, pensó en el largo camino que le quedaba por recorrer.

EL SILENCIO DEL RUISEÑOR

Cuando el soberano puede interpretar todos los lenguajes de la naturaleza, tiene que poner ese excepcional conocimiento al servicio de sus súbditos. Una historia persa, de origen sufí, nos da un ejemplo.

En los tiempos de Salomón, el mejor de los reyes, un hombre compró un ruiseñor que tenía una voz excepcional. Lo puso en una jaula donde al pájaro nada le faltaba, y éste cantaba durante horas y horas, para admiración de los vecinos.

Un día en que la jaula había sido colocada en un balcón, se acercó otro pájaro, le dijo algo al ruiseñor y se fue volando. Desde aquel instante el incomparable ruiseñor permaneció en silencio.

El hombre, desesperado, llevó a su pájaro ante el profeta Salomón, que conocía el lenguaje de los animales, y le pidió que le preguntase por las razones de aquel mutismo.

El pájaro le dijo a Salomón:

—Antaño no conocía ni cazador, ni jaula. Entonces me enseñaron un apetecible cebo y, empujado por mi deseo, caí en la trampa. El cazador de pájaros se me llevó, me vendió en el mercado, lejos de mi familia, y me encontré en la jaula del hombre que aquí ves. Empecé a lamentarme día y noche, lamentaciones que ese hombre tomaba por cantos de agradecimiento y alegría. Hasta el día que otro pájaro vino a decirme: «Deja ya de llorar porque es por tus gemidos por lo que te guardan en esta jaula». Entonces decidí callarme.

Salomón tradujo estas frases al propietario del pájaro. El hombre se dijo: «¿Para qué guardar un ruiseñor si no canta?». Y lo puso en libertad.

EL REY TRANSFORMADO EN MUJER

En circunstancias particulares, un soberano puede ser capaz de resolver un antiguo enigma, gracias al conocimiento o el saber.

Esto nos cuenta esta leyenda india, bajo la conocida forma de la metamorfosis.

Un rey, por no se sabe bien qué maldición, fue muy duramente castigado. Los dioses ofendidos lo convirtieron en mujer y lo obligaron a exiliarse en el bosque, y así lo hizo.

En el bosque, tras algunas semanas errando y mendigando, el rey-mujer se encontró con un joven y fuerte leñador que vivía solo. Ambos se vieron rápidamente poseídos por el amor. Se unieron, vivieron juntos, incluso tuvieron hijos.

Cuando el período de la maldición se hubo cumplido, el rey se convirtió de nuevo en hombre. El leñador se quedó anonadado al ver que su mujer se había convertido en su rey. Éste dejó al leñador, dejó a sus hijos y regresó a palacio. Fue recibido con gran júbilo porque —a pesar de la causa mal conocida que le había acarreado la maldición— gozaba de una reputación de gran bondad y verdadera justicia.

En cuanto se supo de su regreso, acudieron todos los sabios de la India. Él era el único que podía responder a una pregunta hecha desde el principio del mundo y que hasta entonces sólo había recibido respuestas aproximadas. La pregunta era: ¿al hacer el amor, quién siente más placer, el hombre o la mujer?

El rey, consciente de la importancia de las palabras que iba a pronunciar (porque en la India el conocimiento es extremadamente importante), hizo reunir a los sabios en la corte de palacio y ordenó que les sirviesen comida. Entonces se hicieron los ritos propiciatorios, celebraron un *puja* de circunstancias, cantaron, se concentraron. Y el más anciano de los sabios hizo la gran pregunta.

El rey contestó sonriendo:

—Al hacer el amor, sin lugar a dudas, quien siente más placer es la mujer. Incluso es el placer más intenso que una criatura humana pueda sentir en la tierra. Un placer tan intenso que incluso los dioses nos envidian.

Los sabios le dieron las gracias al rey y se retiraron satisfechos.

Antes de irse, el más anciano de ellos, aquel que había hecho la gran pregunta, cogió al rey aparte y le dijo unas palabras en voz baja. No se sabe muy bien qué le murmuró. Pero al día siguiente el rey había desaparecido. No se le volvió a ver nunca en palacio.

Algunos cazadores contaron que un leñador que conocían, que vivía en el bosque, había recuperado la sonrisa.

LA ROPA DE MÁRMOL

Sin embargo, todas las tradiciones están de acuerdo en este punto, la astucia es el arma más sutil y más eficaz que el hombre puede oponer al ejercicio del poder.

La siguiente historia marroquí ofrece una estructura clásica a menudo utilizada.

Un sultán ordenó a un pobre sastre de Fez que le fabricase un traje de mármol y le advirtió que, si no lo hacía, le cortarían la cabeza.

El pobre hombre, al ver que estaba perdido, se puso a llorar. Pero su hija, de espíritu agudo, vino en su ayuda. Cuando el sultán reclamó el traje de mármol, el pobre hombre hizo que le dijeran:

—La ropa está lista. Pero necesito hilos de arena para coserla. ¿Puedes enviármelos?

LAS VIGAS DE AGUA

Del Camerún nos llega una historia del mismo estilo.

El jefe de los manes, que se llamaba Zameyo-Mebenga, hizo saber que daría su hija en matrimonio a aquel que le trajese unas vigas de agua.

Todos gritaron:

—¡Vigas de agua! ¡Esto no es posible!

Sólo la tortuga, el animal de las mil soluciones, aceptó la propuesta del jefe. Se dirigió hasta el río, empezó a chapotear en el agua con sus patas y le envió un mensaje a Zameyo-Mebenga, que decía:

—Las vigas de agua están listas. Que me envíe rápidamente una cuerda de humo de su pipa para atarlas. Y se las haré llegar de inmediato.

El jefe de los manes dio su hija a la tortuga.

EL PRÍNCIPE Y LOS MOLINOS DE VIENTO

Otro ejemplo de esta estructura nos lo da una historia rusa.

Un príncipe de carácter áspero poseía una propiedad en las llanuras del norte de Rusia. Un día, mientras paseaba por allí a caballo, vio un molino de viento cuyas aspas no giraban. Furioso, llamó al molinero y le dijo:

—¿Por qué no gira este molino?

—Porque no hay viento —le contestó el molinero.

—¡Un molino de viento está hecho para girar! ¡Exijo que gire! ¡Apáñatelas como puedas! ¡Mañana volveré a pasar y pobre de ti si no me has obedecido!

El príncipe regresó al día siguiente. El molino seguía sin girar. Entonces le gritó al molinero:

—¿No entendiste lo que te dije ayer?

—Sí, Excelencia, claro que lo entendí.

—¿Y?

—Y le di la orden al molino.

—¿Y entonces?

—Entonces el molino me escuchó y me contestó. Me dijo: «Estoy listo a obedecer. Pero ve a decirle al príncipe, que es más poderoso que tú, que le ordene al viento que sople. Justo ahora iba a ponerme en camino para pedírtelo».

LA TRABA DE ARENA

Siguiendo con el mismo modelo —pero con un detalle que la enriquece —, he aquí una historia de origen maliense.

Un rey todopoderoso, de comportamiento a veces extraño, hizo reunir un día a todos los jóvenes de la ciudad y les dijo:

—He aquí una orden: antes del fin de semana todos alejaréis a vuestros viejos padres. Que se vayan muy lejos. Tras lo cual tendré algo muy importante que deciros.

Los jóvenes, muy desconcertados, obedecieron la orden del rey. Los viejos se fueron lejos. Una semana más tarde los jóvenes, de nuevo convocados, oyeron estupefactos la siguiente orden:

—Ahora cada uno de vosotros me va a fabricar una traba de caballo en arena. ¡Cuidado con aquellos que no lo consigan!

Los jóvenes se fueron a sus casas muy preocupados por la nueva orden del extraño rey. ¿Cómo fabricar una traba de caballo con arena?

Uno de los jóvenes, que amaba y respetaba a su padre, no había podido decidirse a echarlo. Lo mantenía escondido en un granero y lo alimentaba en secreto. Cuando el padre fue puesto al corriente del problema, le dijo a su hijo:

—Pide una audiencia con el rey y dile lo siguiente: «Te ruego me muestres un modelo de traba de caballo en arena para que pueda copiarla».

El hijo siguió el consejo de su padre. Cuando el rey oyó al joven pedirle que le enseñasen un modelo, rio abiertamente y dijo:

—¿Has escondido a tu padre en algún sitio? Dime la verdad.

—Sí —dijo el hijo—. Lo he escondido en el granero.

—Está bien —dijo el rey—. Mis órdenes están anuladas. Ve a decirles a tus amigos que pueden llamar a sus padres. Hoy no tengo nada más que decir.

LA APUESTA DEL CALIFA

Una historia árabe cuenta que un califa avaro y cruel tenía verdadera pasión por las apuestas. Pero era tan avaro y tan cruel que él mismo fijaba las normas de las apuestas, para no correr el menor riesgo. Se decía que sólo apostaba cuando tenía la certeza absoluta de que iba a ganar. Los cortesanos encontraban mil pretextos para evitar jugar con él.

El califa se veía reducido a apostar con comerciantes, con sus mujeres, con sus guardias e incluso con sus sirvientas. Una mañana, mientras atravesaba el patio principal, vio una enorme pila de ladrillos que unos albañiles acababan de apilar. Al instante gritó:

—¿Quién quiere apostar conmigo?

Ninguna persona de las que se encontraban en aquel momento en el patio contestó. El califa repitió su pregunta en medio de un repentino silencio:

—¿Quién quiere apostar conmigo?

Y precisó:

—¡Apuesto a que nadie es capaz de transportar esta pila de ladrillos con la única ayuda de sus manos, de un lado al otro del patio, antes de que el sol se ponga! ¿Quién quiere apostar?

Todos los allí presentes se mantenían cabizbajos porque la tarea parecía imposible. Pero de repente un joven albañil avanzó unos pasos y preguntó:

—¿Cuál sería la apuesta?

—Diez tinajas de oro si lo consigues.

—¿Y de no conseguirlo?

—Una cabeza cortada.

El joven albañil pensó un instante y dijo:

—Estoy listo a aceptar esa apuesta, pero con una condición.

—Te escucho.

—Podrás detener el juego en cualquier momento y, en caso de hacerlo, sólo me darás una tinaja de oro.

El califa hizo que le repitiese aquella singular condición y se quedó pensativo un momento, temiéndose una trampa. Podía detener el juego en

cualquier momento y sólo perdería una tinaja de oro. ¿Qué sentido tenía aquella cláusula? ¿Qué escondía? El albañil se negó a decir más e hizo un movimiento para retirarse. El califa, movido por la pasión del juego, aceptó.

El joven se puso a transportar los ladrillos de un lado del patio al otro, con sus manos, observado por el califa y toda la corte. Después de una hora de trabajo, sólo había transportado una ínfima parte de la pila de ladrillos. Y sin embargo, sorprendentemente, sonreía.

—¿Por qué sonríes? —le preguntó el califa—. ¡Está claro que has perdido! ¡Nunca lo conseguirás!

—Te equivocas —contestó el joven albañil, mientras atravesaba el patio —. Estoy seguro de ganar.

—¿Cómo?

—Porque te has olvidado de algo. Y por eso sonrío.

—¿De qué me he olvidado?

—Oh, una cosa muy sencilla.

El joven prosiguió con su trajín, dejando al califa con sus oscuros pensamientos. ¿De qué se había olvidado? Recordó las frases exactas pronunciadas y no vio ninguna posible trampa. La pila de ladrillos, después de tres horas de trabajo, seguía allí, apenas disminuida. Tres o cuatro días no bastarían para transportarla de un lado del patio al otro. Y sin embargo el califa se sentía inquieto.

Al principio de la hora cuarta, viendo que el joven albañil seguía sonriendo, le preguntó:

—¿Sigues estando seguro de ganar?

—Seguro.

—¿De qué me he olvidado? Dímelo. ¿He evaluado mal el volumen de esa pila de ladrillos? ¿Soy víctima de una ilusión?

—¡Oh, no! —contestó el joven—. Es algo mucho más simple.

Y prosiguió con su tarea.

Al principio de la quinta hora el califa, que mostraba signos de inquietud, preguntó:

—¿Sigues estando seguro de ganar?

—Lo sigo estando.

—Sin embargo, mira, la pila sigue estando muy alta, y apenas te quedan cuatro horas antes de que el sol se ponga. ¿Cómo esperas ganar tu apuesta?

—Te lo repito —dijo el albañil mientras transportaba un montón de ladrillos—, te has olvidado de una cosa muy sencilla.

La frente del califa se arrugó y los ojos se le enturbiaron. Pensó una vez más en todos los elementos del problema sin llegar a encontrar la fatal falla donde su tesoro corría peligro de caer. En voz baja, empapado en sudor, pidió la opinión de los consejeros que tenía alrededor. Ni los más astutos pudieron darle respuesta alguna. Su opinión era que de forma evidente el califa iba a ganar una vez más su apuesta y a cortar una cabeza imprudente.

Al principio de la sexta hora el califa, al ver que el joven albañil, a pesar del cansancio, seguía sonriendo, le preguntó:

—¿Por qué sonríes?

—Sonrío porque voy a ganar un tesoro.

—¡Eso es imposible! ¡El sol está en la segunda mitad del cielo y la pila sigue siendo muy alta! No puedes ganar.

—Has olvidado algo muy sencillo —le dijo el albañil.

—¿Qué? ¿Qué he olvidado? —gritó el califa levantándose, acalorado, las manos temblorosas—. ¿Vas a utilizar alguna clase de sortilegio? ¿Eres un *djinn*? ¿Van a salir criaturas sobrenaturales de las murallas para ayudarte?

—No —contestó el albañil—, es mucho más sencillo que eso.

El califa convocó a los matemáticos y a los astrólogos, hizo medir las dos pilas de ladrillos, hizo observar el sol que seguía con su curso regular. Al principio de la séptima hora, viendo que el joven albañil seguía sonriendo, gritó:

—¿Sigues estando seguro de ganar?

—Seguro.

—¡Apenas te queda una hora y los ladrillos que has transportado forman una ridícula pila comparado con la otra! ¡Mira! ¡Compara las dos pilas! ¿Cómo puedes decir que estás seguro de ganar esta apuesta?

—Te lo repito —contestó el joven—, has olvidado una cosa muy sencilla.

—¿De qué me he olvidado?

—¿Decides detener el juego?

—¡Sí! ¡Lo detengo!

—¿Y darme una tinaja de oro?

—¡Sí! ¡Te la doy! Pero dime, te lo pido, ¿qué eso tan sencillo de lo que me he olvidado? ¿Cómo te las habrías apañado para privarme de mis tesoros? ¿Qué precaución no he tomado?

El joven albañil dejó en el suelo los ladrillos que transportaba y, como el juego acababa de terminar y él había ganado, le dijo al califa:

—No has prestado la atención necesaria a la condición que he puesto.

—¡Sólo he pensado en esa condición! —contestó el califa.

—Sí, pero sin comprender que para mí una tinaja de oro, sólo una, es un inestimable tesoro. Desde el principio sabía que no podía ganar las diez tinajas. Yo sólo quería esa tinaja, esa única tinaja. Tú te jugabas diez tinajas de oro y yo sólo me jugaba una.

—Pero ¿cómo has conseguido ganar? ¿Cuál es esa cosa tan sencilla de la que me he olvidado?

—Te has olvidado —le dijo el joven—, de lo más sencillo. Te has olvidado de que podías perder la confianza en ti mismo.

El califa quedó en silencio.

El joven albañil cogió la tinaja de oro que unos sirvientes acababan de traer. Se la cargó al hombro, cruzó el patio entre las dos desiguales pilas de ladrillos y se fue a otro reino.

LA FAMOSA APUESTA DE NASRUDIN

A veces se atribuye a Nasrudin esta otra historia de apuestas que ha recorrido medio mundo[*].

A pesar de quejarse eternamente de su pobreza, una noche dio en su casa un festín tal que la magnificencia del mismo llegó a oídos del califa.

Éste lo mandó llamar y le preguntó de dónde había sacado el dinero para hacer una fiesta semejante.

—Hago apuestas —contestó Nasrudin—, y gano.

—Pero ¿qué apuestas?

—Lo que sea.

—¿Te atreverías a apostar conmigo?

—En el acto —contestó Nasrudin.

—¿Diez monedas de oro?

—Diez monedas de oro.

—¿Y qué apuestas?

—Apuesto a que mañana por la mañana cuando te levantes tendrás un grano enorme en la nalga derecha.

Apuesta hecha. A la mañana siguiente, tras una noche de molestias, el califa se despertó y constató que no tenía nada en la nalga derecha, ni tampoco en la izquierda. Hizo llamar a Nasrudin y le dijo que había perdido la apuesta.

Nasrudin pidió verificarlo y así se hizo. El califa se bajó rápidamente los pantalones y le enseñó las nalgas a Nasrudin, que tuvo que reconocer que había perdido y se retiró modestamente.

Aquella misma noche el califa se enteró de que Nasrudin daba una fiesta todavía más suntuosa que la primera. Lo mandó llamar y le preguntó, bastante descontento, las razones de aquella sorprendente alegría.

—Oh, es muy sencillo —le contestó Nasrudin—. Había apostado cincuenta monedas de oro con tu visir y he ganado.

—¿Y a qué habías apostado?

—A que esta mañana, si él venía temprano y se escondía detrás de un tapiz, vería al califa enseñándome el trasero.

EL DIGNATARIO Y EL PESCADOR

En cuanto a las «manos sucias» y las «aguas turbias», expresiones que acompañan de forma constante al poder, una antigua historia anamita nos habla de las dos de forma casi secreta y silenciosa.

Un desgraciado dignatario, expulsado de la corte, desmejorado y con aspecto lamentable, caminaba por la orilla de un río. Un viejo pescador lo reconoció y le preguntó:

—¿Por qué le han expulsado de la corte?

—Soy el único puro en un mundo turbio —respondió el dignatario—. Soy el único con el espíritu claro en medio de una muchedumbre borracha. Por eso he sido expulsado.

—El hombre sabio jamás se obstina —repuso el pescador—. Se amolda a todas las circunstancias. Si el mundo es turbio, no duda en remover el lodo, en hacer olas, para convertirse en algo turbio como el mundo. Si la muchedumbre está borracha, empieza a beber, incluso vinagre, para emborracharse como los otros. ¿Por qué obstinarse y acabar en tal estado?

—He oído ese proverbio —contestó el dignatario—: Cuando acabas de lavarte el pelo, evita ponerte un sombrero sucio. Mi cuerpo está limpio y puro. ¿Cómo podría yo sufrir contactos impuros? Preferiría tirarme en las aguas de ese río y servir de alimento a los peces antes que ver mi blancura manchada por el polvo y la suciedad del mundo.

El viejo pescador sonrió mientras arreglaba sus redes. Una canción se deslizó por sus arrugados labios:

El río fluye con sus claras aguas
y lavo en él las claras cintas de mi sombrero,
Si estas aguas, por casualidad, se enturbiasen,
bajaría a lavar allí mis pies, mis pies turbios.

Entonces se levantó y se alejó en silencio.

13

Y, SIN EMBARGO, HAY QUE SABER POR QUÉ LAS COSAS SON COMO SON

LA LUNA Y LA MUERTE

Innumerables son los relatos sobre los principios. Cada detalle del mundo, si buscamos bien, puede explicarse mediante un cuento, mediante un suceso que aconteció cierto día y estableció el orden de las cosas.

Estas historias cercanas al mito se cuentan sobre todo en África. Como la de la luna y la muerte, que pertenece a la tradición del pueblo sande.

Había un hombre muerto. La claridad de la luna caía sobre él. Un anciano reunió alrededor del cuerpo un gran número de animales y les dijo:

—Hay que pasar al muerto y a la luna al otro lado del río. ¿Quién quiere ocuparse de ello?

Una tortuga cogió la luna entre sus patas y la llevó al otro lado del río. Otra tortuga, que tenía unas patas más cortas, cogió al muerto. Pero no pudo transportarlo y se ahogó.

He aquí por qué la luna reaparece cada día y el hombre muerto no regresa nunca.

POR QUÉ LOS CHOTACABRAS SÓLO BEBEN ROCÍO

Una historia malgache, más concretamente sakalava, cuenta lo siguiente.

Un chotacabras se paseaba por la orilla de un río. Se encontró a unos caimanes que descansaban en la arena. Los caimanes le preguntaron si sabía dónde se podía conseguir el famoso polvillo que vuelve invisible.

—Yo mismo sé prepararlo —dijo el pájaro—. Si queréis, el jueves os lo traigo.

Los caimanes le dieron las gracias muy satisfechos. Pensaban: «Con ese polvillo podremos entrar en el pueblo sin ser vistos, comer todas las gallinas que queramos, todos los patos, e incluso los perros, quizá incluso a las mujeres y a algunos niños pequeños y muy tiernos, y nadie nos verá».

El jueves, el chotacabras les llevó unas hojas machacadas y se las tragaron. Tras lo cual les anunció que ya no les veía y que podían entrar sin miedo en el pueblo para devorar hasta la saciedad.

Los caimanes decidieron ir al pueblo al día siguiente.

El pájaro se adelantó y previno a la gente del pueblo:

—Van a venir porque creen ser invisibles. Haced como si no los vieseis y cuando estén todos reunidos en la plaza podréis matarlos fácilmente.

A la mañana siguiente los caimanes se pusieron en camino con mucha prudencia. En los alrededores del pueblo se encontraron con un hombre que hizo como si no los viera. Ni siquiera giró la cabeza cuando pasaron.

Un poco más lejos, en las primeras casas, se encontraron con dos hombres que actuaron de la misma manera. Pasaron a su lado charlando tranquilamente.

Los caimanes, envalentonados, aceleraron el paso y llegaron a la plaza del pueblo. Los habitantes no parecieron percatarse de su presencia. Pero, cuando todos los caimanes estuvieron reunidos en la plaza, el chotacabras dio la señal y los hombres armados se precipitaron sobre ellos y los masacraron.

Sólo uno pudo escapar a pesar de las heridas. Llegó como pudo hasta el río y les dijo a los que se habían quedado allí:

—¡El chotacabras nos ha traicionado! ¡Ha hecho matar a todos nuestros parientes, a todos nuestros amigos! ¡Juremos un odio infinito a los de su especie! ¡Que aquel de nosotros que encuentre un chotacabras y no lo devore sea transformado en viento, en tromba de agua!

Todos los caimanes prestaron juramento. Pero el chotacabras, que lo había oído todo, alertó a sus camaradas. Les dijo que no fuesen nunca más a refrescarse en las aguas de los ríos y de sus afluentes. Y por eso, desde aquel momento, los chotacabras sólo beben rocío.

EL GATO Y EL RATÓN

En Togo encontramos el origen de la enemistad universal que reina entre gatos y ratones.

En los tiempos antiguos el gato y el ratón vivían en armonía. Incluso a veces viajaban juntos. En el transcurso de uno de aquellos viajes llegaron a la orilla de un enorme río que tenían que cruzar. Buscaron una barca, o como mínimo algún objeto que les pudiese servir como tal. El ratón tuvo la idea de desenterrar un gran tubérculo de aje y ahuecarlo. El gato le ayudó a llevarse el aje pero fueron sorprendidos por el campesino, que corrió tras ellos con un pico en la mano.

El gato trepó con facilidad a un árbol, lejos del alcance del campesino, y el ratón tuvo muchas dificultades, corriendo como loco en todas direcciones, para escapar de los golpes del campesino. Más tarde, cuando el gato y el ratón se reencontraron sanos y salvos, el ratón culpó al gato de haberlo abandonado. Pero el gato le contestó que había actuado por reflejos, según su naturaleza, y que, de todas formas, quedándose en el suelo no podría haber hecho nada por el ratón. Lo que éste admitió.

Desenterraron un segundo tubérculo, aún más grande que el primero, y el ratón lo ahuecó en forma de barca. Tras lo cual se metieron en el río. Pero aquel río parecía no acabarse nunca. No se veía la otra orilla y los dos animales avanzaban lentamente en su rudimentario esquife. Muy pronto se acabaron las provisiones para el viaje y el hambre se adueñó de ellos. El ratón propuso dormir, porque el sueño hace olvidar el hambre. Pero no pudo resistirse al deseo de despertarse y roer un poco el barco.

El ruido despertó al gato, que quiso ser informado. El ratón le mintió.

—Yo dormía —dijo—, como tú. El ruido que has oído es sin duda el de mis ronquidos.

Prosiguieron el viaje. El gato estaba muerto de hambre, mientras que el ratón, cada noche, se levantaba en silencio para roer un trozo del barco.

De repente una mañana, poco antes del alba, mientras la reducida embarcación se dirigía a la otra orilla, el fondo se agujereó, apareció agua y el

nivel de ésta empezó a subir. El gato comprendió que el ratón lo había traicionado. Lo insultó, se le echó encima y lo devoró.

Es de suponer que los dos animales murieron, el ratón devorado y el gato ahogado.

Pero también se cuenta que los peces del río contaron esta historia a otros gatos y a otros ratones, dándoles versiones diferentes de la misma. Desde aquella desgraciada travesía, los gatos y los ratones están enzarzados en una guerra sin fin.

EL FINAL DE UN ENIGMA

Un cuento sana da la respuesta a un enigma que nos molestaba desde hace tiempo.

Un día (hace realmente mucho tiempo) la verga, la vagina y los testículos oyeron hablar de deliciosas frutas por las que se pirraban, y que acababan de aparecer en un árbol concreto.

Fueron hasta aquel árbol. La verga, muy ágil, subió alegremente por las ramas, seguida, no sin alguna dificultad, por los testículos.

La vagina no tenía la más mínima posibilidad de poder subir por las ramas. Así pues, se quedó abajo.

La verga, que quería mucho a la vagina, le tiraba frutas de vez en cuando, mientras que los testículos, muy egoístas, hacían oídos sordos a sus llamadas y se atiborraban en las ramas.

De repente estalló una terrible tormenta. La verga bajó rápidamente del árbol, se acercó a la vagina y le pidió que la dejase entrar en su interior para refugiarse.

La vagina, agradecida, aceptó. Se entreabrió, la verga entró rápidamente y estuvo bien protegida del viento y de la lluvia.

Los testículos también bajaron del árbol y pidieron refugio a la vagina, porque la tormenta iba a peor. Pero la vagina se negó en redondo. Les dijo a los testículos que no tenía ningún motivo para protegerlos y que, además, ya no quedaba sitio.

Y por eso desde aquel día, haya o no tormenta, los testículos se quedan fuera.

EL HOCICO DEL GORRINO

En algún lugar de la Guyana, un joven gorrino le preguntó a su madre:
—¿Por qué tengo un hocico tan largo?
Y ella le contestó:
—El futuro te lo dirá, hijo mío.

EL PULGAR AISLADO

Una historia del pueblo adja, en Togo, cuenta lo siguiente.

En los orígenes, los cinco dedos de la mano estaban juntos. Un día el más grande vio un trozo de carne frita y les dijo a los otros dedos que había que cogerlo.

—¡Yo nunca participaré en ese robo! —gritó el pulgar—. ¡Y se lo diré todo a Dios, porque ese trozo de carne le pertenece!

Los otros cuatro dedos cogieron la carne y fueron a ver a Dios antes que el pulgar. Le dijeron a Dios:

—¡El pulgar ha robado tu trozo de carne!

—¡Todo ladrón debe ser aislado! —decretó Dios.

Desde entonces, el pulgar está aislado de los otros cuatro dedos. Gracias a esto la mano puede coger todo lo que tiene a su alcance.

LOS NIÑOS INDIFERENTES

Siguiendo en Togo, con los kabiyes, se cuenta este otro relato acerca de los orígenes.

En el origen, el erizo, la tortuga, la araña y la abeja eran hijos de una misma madre. Ésta se puso muy enferma. Había que llevarla a un curandero. La gallina envió una mensajera a buscar a su primer hijo, el erizo. Pero éste le dijo a la gallina que la temporada de caza estaba cerca y que estaba demasiado ocupado preparando sus flechas.

La madre envió a la gallina a ver a la tortuga, que dijo: «No, no, no puedo acompañar a mi madre al curandero, porque se avecina la tormenta y tengo que construir una casa para resguardarme».

La madre envió a la gallina a ver a la araña, que dijo: «No, no, no puedo venir porque pronto llegarán las fiestas y tengo que construir una hermosa tela donde tejer mis ropas».

La madre envió a la gallina a ver a la abeja, y ésta llevó a toda prisa a su madre al curandero. La madre regresó curada y maldijo a sus tres primeros hijos, diciendo:

—¡El erizo se pasará el resto de su vida preparando sus flechas y las llevará en la espalda para siempre jamás! ¡La tortuga llevará siempre su casa a cuestas! ¡Siempre, hasta el final de sus días! ¡La araña tejerá eternamente su tela y sus ropas nunca estarán listas para la fiesta! ¡Jamás!

En cuanto a la abeja, la madre le prometió que toda la naturaleza la ayudaría siempre a producir su miel. Desde aquel día, todas las flores se abren a la abeja y su miel es dulzura para todos.

EL ORIGEN DE LAS PULGAS

En Francia, en la región de Velay, se cuenta una versión bastante curiosa del origen de las pulgas.

Dios se paseaba un día por las gargantas del Loira, acompañado por san Pedro, cuando de repente vieron a una mujer desharrapada tendida en la arena, al sol. Joven todavía, parecía aburrirse mucho.

—He aquí una mujer que sufre aburrimiento —dijo Dios—. Se aburre porque no hace nada. Y yo no conozco nada peor que la ociosidad.

Entonces sacó de su bolsillo un puñado de pulgas y las echó encima de la mujer, para darle algo en que ocuparse.

POR QUÉ EL PERRO PERSIGUE AL RENO

Las historias que podemos llamar originales cuentan a menudo los principios de un desacuerdo, de un desorden e incluso de un odio. Así lo muestra este corto relato esquimal.

El reno y el perro, antaño muy buenos amigos, fueron un día a la feria. Cada uno tiraba de un pesado trineo cargado. El reno, que era viejo y estaba muy cansado, le dijo al perro:

—¡Por favor, ayúdame! ¡Coge una parte de mi carga!

Pero el perro hizo oídos sordos y prosiguió solo. El viejo reno cayó muerto en la nieve. Entonces el hombre que poseía los dos trineos cargó sobre el del perro todas las mercancías del trineo del reno.

—Habría hecho mejor en ayudarle —dijo el perro, tirando y resoplando.

Desde aquel día, en cuanto un perro ve a un reno, lo persigue. Pero el reno lo esquiva y huye lejos.

LA SERPIENTE AMBICIOSA

Este es el origen de una costumbre local china.

En Guangdong existía una serpiente venenosa de gran tamaño a quien le gustaba rivalizar en altura con todos los humanos que encontraba. Se echaba en el camino, justo delante de ellos. Si su cuerpo era más largo que la sombra del cuerpo del viajero, le mordía y lo mataba. Pero había dado su palabra de serpiente de que, si encontraba un hombre más grande que ella, se suicidaría.

Numerosos fueron los viajeros que encontraron la muerte en el camino donde la serpiente se echaba delante de ellos. Pero, un día, un hombre, al ver la serpiente, levantó el paraguas que llevaba. La serpiente tomó la sombra del paraguas por la prolongación de la sombra del cuerpo del hombre. Fiel a su palabra, se mordió y murió.

Desde aquel día siempre, incluso cuando hace mucho sol, los viajeros llevan un paraguas cuando pasan por las montañas de Guangdong.

DE DÓNDE HA VENIDO LA LUZ

De entre todos los orígenes el de la luz, o el del fuego, es el más enigmático. Se cuenta a menudo, sobre todo en los pueblos indios de América. Así Bill Reid y Robert Bringhurst[*] han contado que en las Haida (islas a lo largo de la costa noroeste de América del Norte) al principio todo era negro, completamente negro. En su casa, junto al río, un anciano guardaba un cofre, que contenía un cofre, que contenía otro cofre, que contenía una infinidad de cofrecitos, y cada uno de ellos contenía un cofrecito más y más pequeño, hasta el último, que era tan pequeño «que no podía contener otra cosa que toda la luz del universo».

Fue necesaria la astucia del cuervo, el embaucador local, el *trickster*, personaje mentiroso, descarriado y obsceno, que se transformó en un adorable chiquillo, dado a luz por una mujer, y le suplicó al anciano que abriese el cofre. Entonces la luz invadió el mundo.

En otro lugar, donde vivían los yanomamis de Venezuela, se cuenta que antaño el fuego pertenecía a un viejo avaro y desagradable, Ima-Riwé, que lo había escondido debajo de la lengua[**]. Se negaba con obstinación a prestar ni una chispa. Un hombrecillo astuto, llamado Yorékitirami, se esforzó en vano por hacerle reír.

Fue necesario que toda la tribu cayese enferma, incluso el viejo avaro, para que finalmente éste estornudase. Entonces el fuego salió de su boca y el hombrecillo astuto lo cogió. Saltó de alegría, y saltó tan alto que se encontró en las ramas de un árbol de donde dejaba salir chispas. Desde aquel instante la madera arde. El árbol era un cacao. Seguimos utilizando su madera para encender un fuego.

En otros lugares, en otros pueblos indios de América, el fuego (o la luz) puede estar escondido en la boca de un caimán que se niega a darlo. Hace falta que el *trickster* local organice un espectáculo cómico y que el caimán se eche a reír para que el fuego escape y sea otorgado a los hombres.

COMPENSACIÓN DIVINA

Existe una historia, con variantes geográficas, que los pueblos de casi todas partes adoran contar. Fue en México donde la oí por primera vez, y allí es donde la sitúo.

Los hechos ocurren unos momentos después de la creación del mundo. El arcángel san Gabriel acude a Dios volando y le dice, señalando desde arriba el México recién hecho:

—Pero, por favor, Señor, ¿en qué piensas? ¡Acabas de crear un país absolutamente magnífico! ¡Le has dado dos océanos, altas montañas, bosques frondosos, largos ríos! ¿No has puesto demasiado en un solo país?

—No te preocupes —le contesta Dios—. También pondré a los mexicanos.

LA RISA DE LA LIEBRE

Un cuento tibetano, contado por Patrick Carré[*] explica por qué la liebre tiene el labio superior partido.

Una liebre, encontrándose un día cara a cara con un tigre, le suplicó que no la devorase en el acto. Conocía un lugar, dijo, donde el tigre encontraría animales más gordos y más apetitosos.

El tigre accedió a seguir a la liebre. Caminaban en la oscuridad cuando, de repente, el tigre oyó unos chasquidos de lengua y ruidos de saliva procedentes de la liebre. Le preguntó qué estaba comiendo.

—Me como mi ojo derecho —contestó la liebre—. Lo he sacado de su órbita; vuelve a crecer bastante aprisa, y está francamente delicioso.

El tigre, muy hambriento, se arrancó el ojo derecho y se lo comió. A pesar del dolor, lo encontró muy bueno. Un poco más lejos, se dejó convencer de la misma forma para comerse el ojo izquierdo. Tras lo cual, ciego, evidentemente, se dejó conducir hasta el borde de un precipicio.

El tigre tenía frío. La liebre encendió un fuego tan cerca de él que el tigre resbaló y cayó al vacío. A media caída, se agarró a un arbusto con la boca y consiguió sostenerse.

—¿Todo va bien? —le preguntó la liebre inclinándose en el vacío.

El tigre sólo pudo contestar con gruñidos.

—¡Articula! —le gritó la liebre—. ¡Articula, o no entiendo nada! ¡No sé si sigues vivo y no puedo ayudarte!

El tigre articuló, soltó el arbusto y encontró la muerte en el fondo del barranco.

La liebre se iba ya cuando se encontró con un hombre que llevaba una manada de caballos.

—¿Quieres que te diga —le dijo la liebre— dónde podrías encontrar una piel de tigre fresquita?

El hombre se hizo indicar el lugar y fue allí rápidamente, mientras la liebre, al ver dos cuervos en la rama de un árbol, les dijo:

—¿Habéis visto todos estos caballos en libertad? Están mal curados y heridos. ¡En las heridas de sus espaldas he visto hormiguear a miles de gusanos!

Y era cierto. Los cuervos se apresuraron a picotear los gusanos. Los caballos, asustados y llenos de picotazos, se fueron al galope.

La liebre siguió con la mirada el vuelo de los cuervos, vio a un joven pastor que cuidaba de sus ovejas y le dijo que conocía la situación de un nido de cuervos que seguramente estaba lleno de huevos.

El pastor dejó sus ovejas a cargo de la liebre, que fue inmediatamente a ver a un lobo que conocía y le dijo que, no lejos de allí, había un rebaño de ovejas sin vigilar.

El lobo se dirigió hacia allí como un rayo.

La liebre subió a la cima de una colina y observó el paisaje. Vio al hombre despellejando al tigre, a los caballos dispersándose asustados, a los cuervos persiguiéndolos, al joven pastor que subía al árbol para robar los huevos, las ovejas enloquecidas, diezmadas por el lobo.

La liebre, ante tal espectáculo, se puso a reír con tanta violencia y rio durante tanto tiempo que su labio superior se abrió y desde entonces ha permanecido abierto.

EL CAZADOR DE MUJERES

Una historia de los indios de Norteamérica (exactamente de los meckwakihag) cuenta el origen del viento.

Un día de primavera un extranjero entró en el pueblo y dijo que buscaba mujeres hermosas. No hablaba de otra cosa. Sólo deseaba ver a las mujeres hermosas del pueblo.

Al caer la noche, entró en una cabaña levantando la tela, se acercó a una joven y le dijo que debía seguirlo. Sin pronunciar palabra, ella se levantó y lo siguió. Él la condujo hasta una tienda que había levantado a las afueras del pueblo y allí la dejó sola.

Otra vez en el pueblo, entró en otra cabaña e hizo lo mismo con otra joven, que lo siguió. El padre intentó oponerse, diciendo que ella estaba prometida con otro. Pero el extranjero colocó la mano encima del estómago de la joven, que lo miraba con amor. La muchacha le dijo a su padre que deseaba irse con el extranjero y su padre la dejó marchar.

Y así el joven extranjero, que tenía buen aspecto y llevaba un resplandeciente disco alrededor del cuello, se pasó toda la noche de cabaña en cabaña. Al alba tenía en su cabaña a todas las jóvenes del pueblo, a quienes pidió que construyesen una gran cabaña que pudiese albergar veinte habitaciones. Empezaron a trabajar de inmediato, construyeron la cabaña y encendieron fuego para preparar la comida.

El joven extranjero regresó por la noche al pueblo, donde todavía quedaban unas pocas jóvenes. Todas lo siguieron, incluso las seis hijas del jefe, que se vistieron a toda prisa.

Al final llegó ante una tienda rodeada por todos los jóvenes del pueblo, que tocaban la flauta con la esperanza de seducir a la chica más hermosa de todas, que allí estaba encerrada. El extranjero entró en la tienda y vio la enorme belleza de la joven que estaba acostada cerca del fuego. La tocó ligeramente en el hombro y le dijo que había venido hasta ella en medio de la noche y que tenía que hacerle sitio a su lado.

Ella lo miró durante un buen rato y entonces se puso a llorar. En el mismo instante levantó la manta y le hizo sitio al extranjero. Cuando éste se deslizó al lado de ella, la hermosísima chica hizo primero un movimiento brusco como si, presa del miedo, se levantase. Luego permaneció echada, inmóvil, ofreciéndosele en silencio. Él supo que ella era virgen y le prometió que sería su mujer, que estaría a su lado y que las otras muchachas la obedecerían. Tras lo cual pensó en los pretendientes que tocaban la flauta en vano delante de la tienda y aquello le provocó una sonora carcajada.

Al día siguiente se puso en camino con todas sus mujeres, pidiéndoles que le indicasen los pueblos donde pudiese encontrar más mujeres, porque parecía insaciable. Y las mujeres se lo indicaron con precisión. Pronto todas aquellas mujeres formaron un cortejo muy grande. Ninguna se le podía resistir. Regresaron a la gran cabaña, que ya era demasiado pequeña para albergarlas a todas.

Los hombres del pueblo y las ancianas se quejaban del extranjero, pero no se atrevían a hacer nada porque un poderoso e inexplicable encanto animaba a aquel hombre.

Hacia el final del verano llegó otro extranjero, ancho de espalda y estrecho de caderas, de aire sólido y frío. Estaba acompañado por su mujer, joven y atractiva. Las personas del pueblo lo alertaron de inmediato y le dijeron que el otro, el primer llegado, le arrebataría seguramente a su mujer, porque se las llevaba a todas.

En efecto, por la noche el primer extranjero se presentó en casa del segundo y le anunció que venía a buscar a su mujer. El otro le dijo tranquilamente que no tenía más que cogerla. El joven se acercó a la mujer, pero entonces recibió un violento golpe de viento en pleno rostro que le detuvo. Los dos hombres se desafiaron y decidieron luchar al día siguiente al aire libre.

El joven extranjero llegó a casa temblando en la agitada noche. Una tempestad de viento frío soplaba a su alrededor. Se acostó junto a su mujer más hermosa y le pidió que le diese calor, pero ella no pudo conseguirlo. Hizo llamar a todas sus mujeres y las abrazó una a una. Sin embargo, sus temblores no paraban y el viento soplaba cada vez con más fuerza alrededor de la gran cabaña. Las mujeres lo rodearon, lo cubrieron con sus cuerpos. Se apretaban contra él y le acariciaban, todas muy ardientes. Pero él tenía cada vez más frío, gritó que encendiesen un fuego, un fuego enorme. Las mujeres se apresuraron y encendieron un fuego que creció, y se hizo gigantesco. Echaron al fuego todo cuanto tenían. Como el calor se hacía insoportable, tuvieron que

salir de la gran cabaña, que, de repente, se puso a arder. Y el joven extranjero, que no dejaba de avivar el fuego, murió allí.

Aquella noche hizo su aparición el primer frío, el primer frío que se había conocido hasta entonces. Se supo que el joven extranjero se llamaba Nagawicka, lo que significa Viento del Sur.

Y se dice que, en cuanto se cuenta esta historia, el viento empieza a soplar.

14

POR LO GENERAL, LAS PREGUNTAS PRECEDEN A LAS RESPUESTAS

LA VACA NEGRA Y LA VACA BLANCA

Del mismo modo que Confucio recomendaba ante todo ponerse de acuerdo acerca del significado concreto de las palabras, todo el mundo está de acuerdo en que una buena pregunta es la condición necesaria para una respuesta aceptable.

En el caso de la tradición zen, la pregunta, si está bien formulada, si pone en acción todas las facultades del espíritu y del corazón, ni siquiera necesita una respuesta. Ya ha cumplido con su cometido. Como la famosa pregunta del arquero: «¿Qué es lo que me apunta a mí?», o también, entre los clásicos: «Dos manos que chocan la una contra la otra producen un ruido. ¿Qué ruido hace una mano sola?».

«¿Qué diferencia hay entre un cuervo?», preguntaba el famoso cómico Coluche, que se situaba, quizá sin saberlo, en esa misma tradición. O bien: «¿Qué edad tenía Rimbaud?».

La siguiente historia, que hay que contar o leer lentamente, se oye en nuestros días en el país vasco español. Algunos la consideran una de las mejores historias del mundo.

Un tranquilo y taciturno campesino vigilaba a dos vacas que pastaban en un prado, y no hacía nada más.

Otro campesino, que pasaba por allí, se sentó en un pequeño muro que delimitaba el prado, permaneció un momento en silencio (en ese país las conversaciones son lentas y muy pensadas) y finalmente preguntó:

—¿Comen bien las vacas?

—¿Cuál de ellas? —dijo el otro.

El campesino que estaba de paso, un poco desconcertado por la pregunta, dijo entonces al azar:

—La blanca.

—La blanca sí —dijo el primero.

—¿Y la negra?

—La negra también.

Tras ese primer intercambio, los dos hombres permanecieron durante un buen rato sin hablar, la mirada perdida en el familiar paisaje, las montañas, el pueblo.

Entonces el segundo campesino preguntó:

—¿Y dan mucha leche?

—¿Cuál de ellas? —contestó el otro.

—La blanca.

—La blanca sí.

—¿Y la negra?

—La negra también.

A lo que siguió otro silencio, que duró tanto como los otros, en el transcurso del cual los dos hombres no se miraron. Sólo se oía el apacible sonido de las dos vacas que pastaban.

Finalmente el segundo campesino rompió el silencio y dijo:

—Pero ¿por qué siempre me preguntas «cuál de ellas»?

—Porque —contestó el primero—, la blanca es mía.

—Ah —dijo el otro.

Reflexionó un poco y preguntó para acabar, no sin una oculta aprensión:

—¿Y la negra?

—La negra también.

EL PAPEL PINTADO

La siguiente historia, que también trata de la forma de plantear las preguntas —pero que, naturalmente, va más allá— es contemporánea y, sin lugar a dudas, francesa.

Un hombre que vivía solo se instaló en un apartamento de reciente construcción. Era un apartamento de dos habitaciones, situado en una de aquellas torres de pisos que se elevaron en el siglo xx por todas partes.

Aquel hombre, cortés por naturaleza, decidió presentarse a sus nuevos vecinos, que lo recibieron con amabilidad. La última puerta a la que llamó fue a la del apartamento situado justo encima del suyo. Un hombre abrió, lo hizo entrar, pareció encantado por aquel gesto y le ofreció un vaso de oporto bastante bueno. Era un hombre que también vivía solo, en un apartamento de dos piezas idéntico, debido a las normas de construcción, al del nuevo inquilino.

En el transcurso de la conversación, este último se fijó en el papel pintado que cubría las paredes del vecino de arriba.

—¿Le gusta? —le preguntó el vecino.

—Me gusta mucho. Es el papel pintado más agradable y seductor que he visto.

—Si quiere, puedo decirle dónde lo he comprado.

—Perfecto.

El vecino de arriba le dio la dirección de la tienda. Tras lo cual el nuevo inquilino, al darse cuenta de que todo el apartamento estaba recubierto por el mismo papel, preguntó:

—¿Y cuántos rollos ha comprado?

—Veintiocho —contestó el vecino de arriba.

El nuevo inquilino se lo agradeció efusivamente y se fue. Al día siguiente se acercó hasta la tienda, encontró el mismo papel pintado y compró veintiocho rollos.

Empezó a colocarlo de inmediato y cubrió todo su apartamento, sin olvidar el más pequeño rincón. Sin embargo, para su sorpresa, cuando hubo

acabado el trabajo, vio que le quedaban diez rollos de papel que no necesitaba para nada.

Subió rápidamente al piso de arriba, llamó, el vecino fue a abrirle, lo hizo entrar con una sonrisa en la boca, lo invitó a sentarse y le ofreció un vaso de oporto.

—Perdone que le moleste —dijo el nuevo inquilino—, pero estoy un poco intrigado. He hecho lo que usted me dijo, he comprado veintiocho rollos de papel pintado, he empapelado todo mi apartamento, que es exactamente como éste, ¡y me sobran diez rollos de papel!

—Sí —dijo el vecino de arriba—. A mí también.

EL PRIMER PRINCIPIO

Un discípulo, que entraba en la vía del zen, le preguntó a su maestro:

—¿Cuál es el primer principio?

—Si te lo dijese —contestó el maestro—, ya sólo sería el segundo principio.

EL CANSANCIO DE LOS POSTES

Un joven chino, al regresar de un partido de polo, se dejó caer en un banco, en presencia de su entrenador, y emitió un profundo suspiro.

—¿Estás cansado? —le preguntó el entrenador.

—Sí. Estoy cansado.

—¿Están cansados los caballos?

—Sí. Están cansados.

—¿Están cansados los postes de la portería?

Hasta bien entrada la noche, el joven no entendió el sentido de aquella pregunta. Entonces se precipitó hacia su entrenador, lo despertó y le dijo:

—Lo he comprendido.

El entrenador se mostró satisfecho y se volvió a dormir.

LAS PREGUNTAS DE PAPHNUCE

Un ermitaño cristiano, que se llamaba Paphnuce y vivía en el desierto, no lejos de Herápolis, se mortificaba, se flagelaba y pasaba hambre desde hacía años. Un buen día tuvo la idea de preguntarle a Dios a qué grado de perfección había llegado.

Y Dios le dijo:

—Estás al mismo nivel que el flautista del pueblo.

Paphnuce, muy sorprendido, fue al pueblo e interrogó al flautista. Se enteró de que había sido bandido antes de convertirse en músico. Sin embargo, en el transcurso de una de sus correrías, le salvó la vida y el honor a una joven virgen consagrada a Dios.

Paphnuce regresó al desierto y reanudó sus mortificaciones, en compañía del músico-bandido, que se había convertido en su discípulo. Paphnuce endurecía su vida. Tras largos años de sufrimientos, le hizo la misma pregunta a Dios:

—¿A qué nivel he llegado ahora?

Dios le contestó que se encontraba al mismo nivel que el alcalde del pueblo, hombre íntegro y benévolo, que no hacía daño a nadie.

Una tercera prueba, años más tarde, llevó al ermitaño Paphnuce, cuyo cuerpo no era más que un maltrecho esqueleto, al mismo nivel que un rico negociante de Alejandría que, de vez en cuando, les regalaba a los solitarios algunas legumbres secas.

Paphnuce pasó mucho tiempo meditando acerca de las tres respuestas divinas. Nunca más volvió a hacer la pregunta. Pero contaba su historia a todos aquellos que lo visitaban.

LA PREGUNTA SIN RESPUESTA

Una historia popular griega cuenta esta historia de una esfinge-pastor.

Todos los príncipes de la tierra deseaban a una princesa, admirable en cuerpo y alma. Pero el diablo entró en la cabeza de la princesa, que decidió tomar por esposo al hombre que le hiciese una pregunta cuya respuesta ella ignorase.

Llorando, se echó a los pies de su padre y le dijo:

—Sólo me casaré con el hombre que me haga una pregunta que yo no pueda responder. Que a todos los otros, querido padre, se les corte la cabeza.

El rey aceptó a regañadientes y envió pregoneros a los cuatro extremos de su reino. Algunos príncipes locos de amor intentaron la imposible aventura. Pero la princesa era tan sabia, tan erudita, tan astuta, que todas las cabezas de los príncipes acabaron en el pozo del rey.

La princesa permanecía sola y virgen.

Un pastor, que vivía lejos en las montañas, oyó hablar de aquella carnicería. Hizo que le contasen una y otra vez la historia de la princesa y se dijo lo siguiente: «Mi vida es pobre y triste. ¿Por qué obstinarme en conservarla? Si tengo una oportunidad de conquistar a esa princesa, ¿por qué no arriesgar la vida?».

Aquella misma noche visitó a su madre y le hizo saber sus intenciones. Ésta, muy asustada, le aconsejó que se quedara con sus ovejas, en la montaña. Pero no consiguió convencer a su hijo. Antes de que se marchase, le hizo un pastel en el que puso una dosis muy elevada de veneno, como para matar a un camello.

Y le dijo:

—Antes de probar este pastel tienes que darle un trocito a tu perra. Si ves que le pasa algo, no sigas, vuelve, porque será un mal presagio.

El pastor se puso en camino con su capote, su cayado, el pastel en las alforjas y su perra, que le seguía allí donde iba. Hacia el mediodía, llegó a la linde de un bosque inmenso y se sentó a los pies de un árbol para comer. Al

recordar la recomendación de su madre, le tiró un trocito de pastel a su perra, que murió al instante presa de fortísimas convulsiones.

El pastor, aterrorizado, tiró su pastel. Buscando frutos en el bosque, para calmar su voraz apetito, encontró una vaca muerta, que parecía hinchada. Abrió el vientre de aquella vaca y sacó un ternero, dispuesto a comérselo.

Pero ¿cómo cocerlo? Vagando por el bosque vio una iglesia aislada, entró, encontró lámparas encendidas, hizo un montón con libros de oraciones, les prendió fuego y asó el ternero. Tras lo cual se lo comió, no dejando más que los huesos.

Y entonces tuvo sed. Pero ¿dónde encontrar agua? No había encontrado ninguna fuente en el bosque. Alzó la vista, y vio una de las lámparas, que contenía agua y aceite. Tiró el aceite y calmó su sed con el agua.

Al regresar junto a su perra muerta, vio tres cuervos que se peleaban y se disponían a devorarla. Pero, apenas hubieron empezado a picotearla, cayeron muertos los tres.

El pastor se sentó y reflexionó un instante. Entonces, en lugar de regresar a la montaña, decidió intentarlo con la princesa.

Tuvo muchas dificultades en hacerse admitir en palacio, porque los soldados querían echarlo de allí. Pero la princesa, informada de su presencia, ordenó que lo dejasen entrar.

Cuando se encontró ante ella, se inclinó, ofreciéndole el corazón o la cabeza. Entonces planteó su enigma en los términos siguientes:

—El pastelillo ha hecho morir a la preciosidad. La preciosidad muerta, pobre mía, ha hecho morir a tres negros. He cogido carne que estaba viva y que no lo estaba. La he asado con letras y he bebido agua que no estaba ni en el cielo ni en la tierra.

La princesa, a pesar de su sabiduría, fue incapaz de contestar. Pidió tres días de reflexión que el pastor le concedió. Pero no pudo descifrar el enigma. Desconcertada, aceptó casarse con el pastor con el que, por otra parte, tuvo una vida tranquila y feliz.

EL ERMITAÑO GRITÓN

Un ermitaño cristiano, vestido con harapos, los pies ensangrentados por las rocas y los espinos, la cabeza quemada por el sol, corría sin parar por la arena y gritaba a todos los ecos del desierto:

—¡Tengo una respuesta! ¡Tengo una respuesta! ¿Quién tiene una pregunta?

EL ORDEN DE LAS PALABRAS

Una historia japonesa nos presenta a dos monjes que vivían en el mismo monasterio y que querían fumar.

Aquella inclinación, a la que sucumbían bastante a menudo, les granjeaba quejas y reproches.

Un día fueron convocados ante el maestro, uno después del otro, por separado. El primero le dijo al maestro:

—¿Puedo meditar mientras fumo?

El maestro estalló en cólera, contestó que no y echó violentamente al discípulo.

El monje, un poco más tarde, se encontró al otro monje fumando tranquilamente. Sorprendido, le preguntó:

—¿No has visto al maestro?

—Sí, lo he visto.

—¿Y no te ha prohibido fumar?

—No.

—Pero ¿cómo puede ser? ¿Qué le has preguntado?

—Simplemente le he preguntado: ¿Puedo fumar mientras medito?

LA NATURALEZA DE BUDA

Siguiendo en la tradición zen, un monje le preguntó un día al maestro Joshu:

—¿Quién es Buda?

—Es el que está en la entrada del monasterio —contestó el maestro.

—El que está en la entrada del monasterio —dijo el discípulo— no es más que una escultura, una figura de barro.

—Así es —dijo el maestro.

—Entonces, ¿quién es Buda?

—El que está en la entrada del monasterio —contestó el maestro.

LAS TRES PREGUNTAS

La siguiente historia la encontramos tanto en Islandia como en Turquía.

Un hombre tenía que contestar tres preguntas al amanecer o le cortarían la cabeza. Pero uno de sus amigos, un simple pastor, fue en su lugar a encontrarse con los soldados. Se declaró dispuesto a contestar. Le dijeron que, si no encontraba la respuesta adecuada, le cortarían la cabeza. Aceptó.

El jefe de los soldados le dijo:

—He aquí la primera pregunta. ¿Cuántas cargas de arena hay en todas las costas de Irlanda?

—Una sola —dijo el hombre—, a condición de tener un carro lo suficientemente grande.

—He aquí la segunda pregunta —dijo el jefe—. ¿Cuánto valgo?

—Veintinueve monedas de plata —contestó el hombre.

—¿Cómo has calculado esa suma?

—Nuestro Señor Jesucristo fue vendido por treinta monedas de plata. Y tú no vales tanto como él.

Aquella respuesta fue aceptada, como la primera. Entonces el jefe de los soldados preguntó:

—He aquí la tercera pregunta. Pon mucha atención. ¿Cuántas estrellas hay en el cielo?

—Nueve mil novecientas noventa y nueve —contestó el hombre de inmediato.

—¿Cómo lo sabes?

—Mira, si no me crees, sube allá arriba esta noche y cuéntalas.

LAS HOJAS DEL ÁRBOL

Un diálogo con la misma estructura se encuentra en una vieja historia india. Un alumno y su gurú caminan uno al lado del otro por el campo. El alumno señala con el dedo un árbol muy grande y pregunta:

—¿Cuántas hojas tiene ese árbol?

—Ochenta mil seiscientas cuarenta y seis —contesta el gurú sin dudarlo.

—¿Estás seguro?

—Si no me crees, súbete al árbol y cuéntalas.

EL CIEMPIÉS Y EL SAPO

Una historia china presenta una pregunta verdaderamente embarazosa.

Un ciempiés vivía tranquilo, consagrado a sus asuntos, hasta el día en que un sapo, que a menudo lo observaba ir y venir, le preguntó:

—Por favor, ¿en qué orden accionas tus pies?

El ciempiés, desconcertado por la pregunta del sapo, se metió en su agujero. Intentó pensar en una posible respuesta pero no lo consiguió.

Permaneció bloqueado en su agujero, incapaz ya de poner en movimiento sus patas, y murió de hambre.

LA BUENA PRONUNCIACIÓN

Como siempre, la sabiduría es contradictoria y las buenas historias se vuelven como guantes.

He aquí lo que nos cuenta una historia sufí acerca de la correcta pronunciación de lo sagrado.

Un derviche de buena reputación caminaba pensativo por la orilla de un río cuando oyó una voz humana cantando un himno sacro. Pero, en lugar de pronunciar correctamente las sílabas «YA HU», la voz pronunciaba: «U YA HU».

El derviche opinó que era su deber corregir aquella imperfección. Alquiló una barca y remó hasta una pequeña isla, en medio de un río, de donde procedía la voz del cantante. En una cabaña de cañas encontró a un hombre pobremente vestido, que salmodiaba sus plegarias y que se equivocaba.

El derviche lo corrigió amablemente. El otro le dio las gracias, todo humildad.

Se separaron. El derviche volvió a su barco y remó hacia la orilla. Estaba satisfecho, consciente de haber llevado a cabo una buenísima acción. Porque se dice que un hombre que canta correctamente los textos sacros puede caminar encima del agua. El derviche había deseado toda su vida llevar a cabo tal proeza. Pero en vano.

Cuando estaba en medio del río, la voz del cantante, interrumpida por un momento, volvió a oírse procedente de la pequeña isla. Pero el hombre persistía con su pronunciación incorrecta y cantaba: «U YA HU».

En el barco, el derviche, presa del desaliento, dejó caer los remos y empezó a pensar en la perversidad de la naturaleza humana. Entonces oyó una voz que lo llamaba. Se dio la vuelta. Vio al solitario cantante gritando:

—¡Espérame! ¡Espérame! ¡Tengo algo que pedirte!

El hombre de la isla se lanzó a las aguas del río. Caminaba sobre las aguas. Llegó hasta el lado de la barca y le dijo al otro:

—Hermano mío, perdóname. Me falla la memoria. He olvidado la pronunciación correcta. Te lo ruego, ¿puedes decírmela otra vez?

LAMENTACIÓN DE UN DIABLO

A veces algunos personajes son bastante lúcidos para expresar a la vez las preguntas y las respuestas.

Es el caso de un demonio japonés que lloraba. Un hombre santo lo vio y le preguntó:

—¿Qué clase de demonio eres? ¿Desde cuándo lloran los demonios? ¿Y por qué?

—Soy un personaje de otros tiempos —le dijo el demonio—. Viví hace cuatro o cinco siglos y mi corazón estaba lleno de odio hacia mi enemigo.

—¿Y ese enemigo te venció?

—En absoluto. Lo maté. ¡También maté a sus hijos, a sus nietos y a sus biznietos! ¡Sin excepción!

—¿O sea que no te queda nadie a quien matar?

—Ni una sola persona.

—Entonces, te repito mi pregunta: ¿por qué lloras?

—Lloro porque querría que volviesen a nacer para poder volver a matarlos. Pero no tengo la más mínima idea del lugar donde podrían renacer. El odio todavía me corroe pero la progenie de mi enemigo ya no existe. No tengo a nadie a quien matar y sólo me devoro a mí mismo.

—¿Así que has conservado tu odio, pero contra ti mismo?

—Sí, y durante cien millones de años lo sufriré. ¿Sigues creyendo que no tengo ningún motivo para llorar?

El demonio se alejó entre sollozos. El hombre santo vio llamas bailando alrededor de su cabeza.

EL GUARDIÁN QUE REFLEXIONABA

Una historia judía nos alerta contra los peligros de las preguntas que plantean nuestras inquietudes.

Un príncipe tenía un caballo de carreras al que consideraba más valioso que cualquier otro de sus bienes. Aquel caballo estaba en una cuadra cuya puerta, debidamente cerrada con cerrojo, la vigilan toda la noche un hombre de confianza.

Una noche, el príncipe, inquieto e incapaz de dormir, bajó y se encontró al guardián en una actitud de suma reflexión, devanándose los sesos.

—¿En qué piensas con tanta intensidad? —le preguntó.

—Reflexiono —le contestó el hombre—. Cuando se clava un clavo en una pared, ¿dónde va la argamasa?

—La reflexión es algo muy bueno —le dijo el príncipe—. Muy bien.

Y regresó a su habitación.

Una hora más tarde, todavía sin poder dormir, volvió a bajar y encontró al guardián en la misma actitud pensativa.

—¿En qué piensas esta vez?

—Reflexiono —contestó el guarda—. Cuando hacemos galletas huecas, ¿dónde va la pasta?

—La reflexión es algo muy bueno —le dijo el príncipe—. Muy bien.

Y regresó a su habitación.

Una hora más tarde, incapaz de dormirse, volvió a bajar y se encontró al guardián todavía sumido en profundos pensamientos.

—¿Y qué te ocupa ahora? —le preguntó.

—Reflexiono —dijo el guardián.

—¿Sobre qué?

—Esta puerta está cerrada con tres cerrojos. Estoy sentado delante de la puerta, la vigilo, y el caballo ha sido robado. ¿Cómo ha podido ocurrir algo así?

RESPUESTA VARIABLE

Un monje zen le preguntó al maestro Busshin:

—¿Existen el cielo y el infierno?

—No —contestó el maestro sin dudarlo.

Un samurái, que había oído aquella respuesta porque la puerta estaba abierta, entró, se acercó al maestro, muy sorprendido, y le hizo la misma pregunta.

De nuevo sin dudarlo, el maestro contestó:

—Sí.

—¡Pero si le has dicho lo contrario al monje! ¡Lo he oído al pasar!

—Claro —dijo entonces el maestro—, pero si yo te dijese a ti que el cielo y el infierno no existen, ¿quién me daría las limosnas?

LA LEY ORAL

Una historia judía presenta de forma distinta la diversidad de las respuestas, de las cuales depende el orden de la ley.

Había un santo que se llamaba Hillel, reputado por su dulzura y modestia.

Un idólatra, que quería convertirse al judaísmo, fue a ver a otro santo, llamado Schammaí, y le preguntó:

—¿Cuántas clases de leyes tenéis?

—Dos —contestó Schammaí—. La ley escrita y la ley oral.

—Acepto la ley escrita —dijo el hombre—, pero me es imposible someterme a la ley oral. La rechazo.

—¡Entonces fuera de aquí! —gritó Schammaí, muy irritado.

El idólatra, rechazado, fue a ver a Hillel y le dijo lo mismo: aceptaba la enseñanza de la ley escrita, pero rechazaba la ley oral.

—Muy bien —le dijo Hillel.

Y empezó su enseñanza. El primer día, enseñó al idólatra los mandamientos elementales de la ley escrita.

Al día siguiente volvió a empezar, pero en un orden diferente.

Al neófito aquello le sorprendió:

—¡Pero si ayer me enseñaste de otra manera!

—¿Y confiaste en mí, ayer?

—Naturalmente.

—¿Y no fue eso confiar —le dijo entonces Hillel— en la ley oral?

LA BUENA PRECAUCIÓN

Otra anécdota zen.

Un discípulo le preguntó al maestro Nansen:

—¿Dónde estarás dentro de cien años?

—Seré un buey, estaré cerca de un río —contestó el maestro.

Entonces el discípulo le preguntó:

—¿Me será posible seguirte?

—Si me sigues —contestó el maestro—, no olvides traer un buen montón de hierba.

UNA PREGUNTA DE NASRUDIN

Un día de invierno, en Turquía, unos amigos de Mula Nasrudin, reunidos alrededor de un fuego, se quejaban del mal tiempo. Uno de ellos, más razonable que los otros, decía:

—Quejarse está en la naturaleza humana. En invierno, los hombres se quejan del frío y esperan la llegada del verano. Cuando llega el verano, se quejan del calor y desean el regreso del invierno. Nunca están contentos.

Entonces Nasrudin, a quien no se le había oído desde hacía un rato, dijo con un suspiro:

—Sí. Pero ¿nos hemos quejado alguna vez de la primavera?

EL LADO BUENO DE LA REBANADA DE PAN

Un día se le hizo una pregunta verdaderamente molesta a un rabino, como cuenta una historia judía de las más sabrosas.

De hecho, es la historia de un milagro. Un día un hombre dejó caer por descuido su rebanada de pan untada con mantequilla y aquel día, ¡oh prodigio!, no cayó del lado de la mantequilla. Al contrario de todas las tradiciones, de todas las creencias, al contrario de lo que afirman las Escrituras, la rebanada cayó del lado del pan sin untar.

Era un milagro.

El rumor se propagó a toda velocidad por la pequeña ciudad, las gentes se reunieron y se enzarzaron en profundísimas discusiones. ¿Por qué la rebanada no había caído aquel día del lado de la mantequilla?

Se corrió hasta la sinagoga, se le explicó lo sucedido al rabino, que juzgó el suceso muy delicado y pidió todo un día y una noche de reflexión y oración.

Era un hombre muy reputado por su sabiduría. Todo el día, y toda la noche, ayunó, reflexionó, rezó y consultó los libros santos.

Al día siguiente, el rostro cansado pero iluminado por la verdad, se dirigió a la casa donde se había producido el supuesto milagro. Todos los ciudadanos lo rodeaban. Se hizo llevar hasta el hombre y le dijo:

—La solución es sencilla, y te la voy a decir. No es que la rebanada haya caído mal. Es que tú has puesto la mantequilla en el lado equivocado.

EL AMANECER DEL DÍA

Otra historia judía presenta a un rabino que pregunta a sus estudiantes:

—¿Cómo sabemos que la noche ha llegado a su fin y que el día amanece?

—Porque podemos distinguir a una oveja de un perro —dijo un estudiante.

—No, no es la respuesta —dijo el rabino.

—Porque —dijo otro estudiante—, podemos distinguir una higuera de un olivo.

—No —dijo el rabino—. No es la respuesta.

—Entonces, ¿cómo lo sabemos?

—Cuando miramos un rostro desconocido, un extraño, y vemos que es nuestro hermano, en ese momento ha amanecido.

¿Y SI LA PALABRA FUESE IMPOSIBLE?

El escritor japonés Shunryu Suzuki ha contado el breve diálogo de dos amigos que hablan del camino correcto que hay que seguir.

—Aunque un sabio tuviese malos deseos —dijo uno de ellos—, Buda no cambiaría su discurso, porque no tiene dos tipos de palabras. Pronuncia palabras, pero no palabras dualistas.

—Incluso con esa precisión —le contestó su amigo—, tu declaración es imperfecta.

—Entonces, ¿cómo entiendes tú las palabras de Buda?

—Ya hemos discutido bastante. Tomemos una taza de té.

15

LA RISA PUEDE SER UN FIN EN SÍ MISMA

EL HIPO DE NASRUDIN

Es cierto que, de vez en cuando, e incluso bastante a menudo (algunos dirían a cada instante), cuando el mundo se hace difícil de comprender y nos cuesta mucho aceptarlo, dominarlo, adaptarnos a él, la risa es un arma suprema que ofrece al mismo tiempo el refugio de la burla y la evidencia, la plenitud, que es el patrimonio de los seres sanos.

Como los médicos dicen que la risa, entre otras cosas, es buena para la salud, encadenemos algunos cuentos que han hecho reír a los pueblos de aquí y allá, lo que les ha permitido, quizás, sobrevivir.

Y empecemos por Mula Nasrudin, que, sin duda alguna, merece tal honor.

Nasrudin entra en la tienda de un farmacéutico y pide algo contra el hipo.

Entonces el farmacéutico lanza un grito, se echa encima de Nasrudin y le da un fuerte golpe. Nasrudin cae al suelo, derriba algunos tarros y se hace bastante daño.

Se levanta, dolorido, y le pregunta al farmacéutico:

—Pero, bestia, ¿a qué viene ese grito? ¿Y por qué me has golpeado?

—Porque —contesta el farmacéutico—, contra el hipo, de todos es sabido, que no hay nada mejor que un buen susto.

Entonces Nasrudin le dice, enfrentándose a él:

—¡Es que no soy yo quien tiene hipo! ¡Es mi hijo!

EL CABALLO INDOMABLE

El mismo Mula Nasrudin les cuenta a sus amigos:

—Un día que me encontraba en la corte, presentaron al príncipe un magnífico caballo. Nadie podía montarlo, tal era su fogosidad. Relinchaba y coceaba en todas direcciones. Entonces me acerqué y dije: «¡Cómo! ¡Ninguno de vosotros puede montar ese caballo! ¡Ninguno puede mantenerse en la silla! ¡Apartaos y dejadme hacer!». Y entonces me lancé.

—¿Y bien? —preguntó uno de los oyentes.

—Bien, yo tampoco lo conseguí.

EL PLATO DE BERENJENAS

Nasrudin y uno de sus amigos entran en una posada. Ese día no tienen demasiado dinero (es una costumbre casi inveterada) y deciden tomar un plato de berenjenas entre los dos.

Pero ¿cómo cocinarlas? No se ponen de acuerdo y pasan un buen rato discutiendo. El amigo de Nasrudin es un hombre muy tozudo, que quiere berenjenas rellenas. Hambriento, Nasrudin, que las hubiese preferido fritas con tomate, acaba por ceder. Piden berenjenas rellenas.

Esperan a que les traigan el plato, cuando de repente el amigo de Nasrudin se desploma. Parece muy enfermo, respira con dificultad, se aprieta el corazón con una mano.

Nasrudin se levanta precipitadamente. Un hombre, sentado en una mesa contigua, le pregunta:

—¿Vas a buscar a un médico?

—¡Pues claro que no! ¡Voy a ver si todavía se puede cambiar el pedido!

DOS MUJERES EN UNA BARCA

Las dos mujeres de Nasrudin —se cuenta en Turquía— le preguntaron un día a cuál de las dos quería más.

Evitando pronunciarse, contestó, por prudencia, que las quería a las dos por igual.

Ellas insistieron, él persistió. Entonces la más joven de las dos le preguntó:

—Si las dos estuviésemos en una barca y ésta volcase, ¿a cuál de las dos salvarías primero?

Nasrudin miró a la de más edad y le preguntó:

—Tú sabes nadar un poco, ¿no?

EL ASNO ROBADO

Un día le robaron a Nasrudin el asno que había sido el compañero de su vida. Mediante los servicios de un pregonero, prometió una buena suma a quien le devolviera el asno. Pero nadie se presentó.

Entonces Nasrudin se decantó por las amenazas. Anunció que el ladrón sería duramente castigado, azotado en público. Nada. Nadie.

Entonces mandó anunciar por todas partes que, si no le devolvían su asno, haría «lo que hizo su padre», sin precisar nada más. Y ahora veremos lo que pasó.

Al día siguiente apareció el ladrón y le devolvió el asno. Le confesó a Nasrudin que aquella amenaza lo había intimidado e impresionado mucho: «Haré lo que hizo mi padre».

Y le preguntó a Nasrudin:

—¿De verdad lo habrías hecho?

—Sin dudarlo.

—¿Y qué hizo tu padre?

—Se compró otro asno.

EL ASNO DE GOHA

Otra historia de asnos se atribuye tanto a Goha como a Nasrudin.

Un amigo de Goha llamó un día a su puerta y le dijo:

—Tú, que eres amigo mío, préstame tu asno, lo necesito para un encargo urgente.

Goha, que no confiaba demasiado en aquel amigo y que, de todas formas, no era alguien a quien le gustase lo más mínimo prestar cosas, le contestó:

—Ya no tengo asno, lo he vendido. Te lo habría prestado encantado, pero ya no lo tengo.

En aquel instante el asno se puso a rebuznar en el establo, situado en la parte trasera de la casa, y el hombre dijo:

—¡Ahí está tu asno!

—¡Te digo que lo he vendido! ¿Me has comprendido?

El asno volvió a rebuznar, todavía más fuerte.

—¡Pero si le oigo rebuznar! —gritó el amigo—. ¡Tu asno está aquí! ¡Te digo que está aquí!

—¡Por Alá! —gritó Goha exasperado. ¿Crees a mi asno o me crees a mí?

OTRO ASNO ROBADO

Dos hábiles ladrones vieron a un jardinero llamado Farid, que regresaba del mercado tirando del ronzal de un asno. Uno de los ladrones se apresuró a desatar al animal, deslizó el ronzal por su propio cuello y dejó que el jardinero tirase de él. Un momento más tarde, cuando éste se dio la vuelta, vio que estaba tirando de un hombre, a quien le preguntó, estupefacto:

—¿Quién eres?

—Tengo el gran honor de ser tu asno —contestó humildemente el ladrón —. Escucha lo que me pasó. Un día mi excelentísima madre, que Dios se apiade de ella, se indignó al verme llegar borracho. Me dijo palabras muy amargas. Irritado, la golpeé con un bastón de tal forma que ella le suplicó al Señor que volcase el peso de su mano sobre mí. Y fui transformado en asno. Hoy mismo, tras varios años de castigo, mi madre le ha suplicado al Todopoderoso que me devolviese a mi estado original. Y por eso he vuelto a ser humano.

—Te suplico que me perdones —le dijo el jardinero— por los trabajos innobles a los que te he sometido y los golpes que te he dado.

—Te perdono y me despido.

El ladrón se largó. Farid contó la aventura a su esposa, que compartió los mismos sentimientos. «Hemos hecho trabajar a un hombre como a una bestia. Recemos a Dios para que nos perdone».

Los dos se pusieron a rezar.

Algunos días más tarde, Farid fue hasta el mercado para escoger otro asno. Sorpresa: vio el suyo. Lo reconoció sin ningún género de dudas. Era el suyo. Entonces se acercó al animal y, muy severo, le dijo al oído:

—¿No te da vergüenza? ¿Has vuelto a beber y a golpear a tu madre? ¡No te volveré a comprar, lo juro!

Y se alejó muy indignado.

EL OBJETO DE LA DISPUTA

Dos hombres, en plena noche, se peleaban bajo las ventanas de Nasrudin. Éste se levantó, se envolvió en una manta (era invierno) y bajó para hacerles callar.

En cuanto apareció en la calle e intentó calmar a los dos borrachos, uno de ellos se le echó encima, le quitó la manta y se fue corriendo.

El otro borracho huyó en la dirección opuesta.

Nasrudin volvió a su habitación, y al llegar junto a su mujer, ésta le preguntó:

—¿Por qué se peleaban esos dos?

—Creo que por culpa de mi manta —le dijo Nasrudin, metiéndose en la cama—. En cuanto la han tenido, se han calmado.

LA GALLINA Y EL AGUA DE LA GALLINA

Un felá, un campesino, regaló una gallina a Goha (o a Narsudin, o a Ch'hâ). Goha la cocinó y se la comieron juntos, muy satisfechos. Algún tiempo más tarde, otro *felá* llamó a la puerta de Goha y le dijo:

—Soy el vecino del que te ha regalado la gallina.

Goha lo hospedó y lo alimentó. Al hombre no le faltó de nada y se fue satisfecho.

Unos días más tarde, un tercer *felá* llamó a su puerta y le dijo:

—Soy el vecino del vecino del que te regaló la gallina.

—No hay inconveniente —le contestó Goha, según la fórmula consagrada.

Hizo entrar al hombre y le pidió que se sentase frente al plato de la comida. Pero como único alimento le presentó una marmita con agua caliente donde flotaban algunas gotitas de grasa.

—¿Qué es esto? —preguntó *el felá*.

—Es —contestó Goha—, la hermana de la hermana del agua donde cocí la gallina.

EL PRINCIPIO DE LA VIDA

Tres hombres discutían acerca del momento exacto en el que la vida da comienzo.

—Es en el preciso instante —dijo el católico— en que la semilla del padre fecunda el óvulo materno.

—No estoy de acuerdo —dijo el protestante—. La vida empieza en el momento de nacer. No hay ninguna duda.

—No tenéis ni idea —dijo entonces el judío—. Cuando los hijos se han ido y el perro ha muerto, entonces empieza la vida, y ni un segundo antes.

LA BUENA PLEGARIA

Un pobre hombre entró en una mezquita, se unió a la plegaria común, a la cual añadió una plegaria particular, personal, llamada *dua*. Le pedía a Alá alimentos, que hubiera en su desolada casa frutas, carne, legumbres, sémola y, sobre todo, que no olvidase concederle una botella de raki, licor que le gustaba mucho.

Un hombre que estaba delante de él oyó la plegaria, se dio la vuelta y le dijo:

—En lugar de pedirle raki a Alá, ¿no sería mejor que le pidieses que fortalezca tu fe para que te puedas salvar el día del juicio final?

—Pues no —contestó el pobre hombre—. Le he pedido a Alá lo que me falta en la vida. Y lo que me falta no es fe sino raki.

EL ÚLTIMO PASTELITO

La historia de esta pareja golosa es de origen coreano.

En un pueblo había una pareja golosa. Todo su placer era la comida. Un vecino les regaló pastelitos de arroz, que se comieron con deleite. Al final, cuando sólo quedó un pastelito que los dos deseaban, el hombre le dijo a su mujer:

—Te propongo una apuesta.

—¿Cuál?

—El primero que hable le dará el pastelito al otro.

—De acuerdo —dijo la mujer.

Se sentaron el uno frente al otro, separados por el único pastelito, e iniciaron su silencio.

Tras una veintena de silenciosos minutos, un ladrón entró en la casa. Se encontró con la pareja muda, les hizo algunas preguntas y no obtuvo respuesta alguna. Cogió algunos objetos y los metió en su saco. Siguieron sin pronunciar palabra.

El ladrón cogió todo lo que pudo. Antes de salir, incluso decidió llevarse a la mujer. El marido seguía sin decir nada y mantenía la mirada clavada en la boca de la mujer, que se debatía en los brazos del ladrón.

Se trataba de un ladrón robusto. En el momento en que atravesaba la puerta llevándose a la joven, ésta, incapaz de aguantar más tiempo, gritó:

—¿Me dejarás marchar con este ladrón sin decir nada? ¿No vas a decir nada?

Entonces el marido, con la boca muy abierta, cogió rápidamente el pastelito y gritó:

—¡Es para mí!

UNA LENGUA EXTRANJERA

Un judío fue de visita a Londres. Entró en un restaurante judío que le habían recomendado y se sorprendió bastante al ver que el camarero que le servía era chino. Y su sorpresa fue en aumento cuando oyó a aquel camarero dirigirse a él en un yiddish bastante correcto.

El camarero se pasó toda la comida hablándole únicamente en yiddish.

Al final, en el momento de salir del restaurante, el hombre se acercó al propietario y le preguntó:

—¿Cómo es que su camarero chino habla yiddish?

—¡Chis! —dijo el propietario—. Ha venido a Londres para aprender inglés.

LA PRIMERA DIFICULTAD

Una historia europea.

Un niño no hablaba. Todos los exámenes médicos llevaban a la misma conclusión: gozaba de una salud excelente, sus cuerdas vocales estaban perfectas, la razón de ese mutismo era desconocida.

El niño creció. Estaba bien formado y era vigoroso, pero seguía sin hablar. Cursó sus estudios como pudo, aprobando bastante bien los exámenes escritos pero suspendiendo los orales, y con motivo. Se le encontró un buen trabajo para el que no tenía necesidad de hablar. Cuando llegó el momento del servicio militar, fue declarado inútil porque los examinadores no pudieron arrancarle ni una sola palabra. Reanudó su vida.

Un día, con veintiséis años, estaba tomando té en casa de una amiga de su madre, cuando dijo de repente:

—¿Me puedes dar un poco más de azúcar?

La sorpresa se apoderó de los allí presentes. La madre gritó:

—¿Hablas?

El joven se limitó a asentir con la cabeza.

—Pero ¿por qué no has hablado nunca? —prosiguió la madre—. ¿Por qué te has pasado todos estos años en el más absoluto de los silencios? ¿Por qué no has pronunciado una sola palabra?

El joven le contestó:

—Porque, hasta hoy, todo iba bien.

LOS LAPSUS DE MEMORIA

Todos los psiquiatras del mundo conocen y cuentan la historia del paciente que va a ver a su médico y le dice:

—Doctor, tengo lapsus de memoria.

—Un momento —dice el doctor.

Le da una orden a su secretaria, o contesta al teléfono, entonces vuelve con su paciente y le pregunta:

—¿Y desde hace cuánto tiempo le ocurre?

—¿Desde hace cuánto tiempo me ocurre qué, doctor?

ROTHSCHILD Y SILBERMAN

Es difícil escoger una historia divertida de entre el tesoro dejado por la tradición judía. He aquí una bastante larga que transcurre a principios del siglo xx.

Un hombre pobre que vivía en un pueblo pobre adentrado en Polonia, y que se llamaba Silberman, reunió todo el dinero de que disponía para ir a París, su sueño de siempre.

En París, nada más llegar, encontró a otro hombre y se reconocieron. Aquel hombre era Rothschild. Amigos de infancia, Silberman y Rothschild se abrazaron, se felicitaron, bendijeron la suerte que les había reunido. Rothschild hizo que Silberman recogiese sus cosas del modesto hotel en que se alojaba y lo instaló en su suntuosa casa, con un criado y un cuarto de baño para él. Al día siguiente, se lo llevó al Moulin-Rouge y al casino de París. También le enseñó la Torre Eiffel, el museo del Louvre, el Folies-Bergère y las otras cosas dignas de ser vistas en París. Le invitó a las *bottes* de noche y a Maxim's. Se lo llevó consigo al viaje que hizo a Biarritz y a Montecarlo. En resumen, le enseñó todo lo hermoso e importante de Francia.

Tras un mes de admiración, Silberman le dio las gracias a su amigo y regresó a Polonia.

Pasaron dos años. Entonces el destino quiso que un asunto financiero llevase a Rothschild muy cerca del pueblo donde vivía su amigo en Polonia. A pesar de su modesto hogar, Silberman insistió en albergar a Rothschild en su casa y se ocupó de él lo mejor que pudo.

A la mañana del octavo día, Silberman condujo a Rothschild a la estación, porque el hombre de negocios tenía que irse. Los dos hombres estaban caminando. Y de repente Silberman le dijo a Rothschild:

—Por cierto, me debes setenta dólares.

—¿Por qué?

—Porque te has quedado siete días en mi casa. Siete días, a diez dólares cada uno, son setenta dólares.

Rothschild, al principio muy sorprendido, se indignó. ¡Él, que creía que Silberman era un amigo y ahora le reclamaba setenta dólares como precio por su hospitalidad! Rothschild se negó a pagar. Se negó en redondo. Pero Silberman no desistía. Pedía setenta dólares.

En medio de la disputa, Silberman le dijo de repente a su amigo de infancia:

—Aquí, todas las discusiones tienen que solucionarse ante el rabino. Es la costumbre. Estoy dispuesto a aceptar la decisión del rabino. ¿Y tú?

—Yo también —dijo Rothschild.

Como quedaba tiempo hasta que llegara el tren, fueron a ver al rabino, un hombre sabio y anciano, que los recibió y escuchó. Le expusieron el problema. El rabino se mesaba suavemente la barba, los ojos medio abiertos. Al final declaró, sin el más mínimo titubeo, que Silberman tenía razón y que Rothschild tenía que pagar lo que éste le pedía.

En silencio, rojo de cólera, Rothschild contó setenta dólares y se los dio a Silberman. Tras lo cual, apretando los dientes, se fue en dirección a la estación, solo y muy deprisa.

El tren acababa de detenerse. Rothschild, todavía contrariado, se sentó en el compartimiento de primera clase en el que tenía un asiento reservado. De repente oyó la voz de Silberman que lo llamaba. Se asomó por la ventana y vio a su viejo amigo corriendo hacia él esgrimiendo los billetes.

—¡Ten! —le dijo Silberman a Rothschild—. ¡Cógelos! ¡No los quiero! ¡Te los devuelvo!

Rothschild dudaba si coger los billetes o no. No entendía aquel repentino cambio de actitud de Silberman. Como Silberman seguía insistiendo, Rothschild acabó por preguntarle la razón.

—¿A qué viene toda esta historia? —dijo—. ¿Por qué me pides setenta dólares para después correr en mi busca y devolvérmelos?

Y Silberman contestó al mismo tiempo que el jefe de estación cerraba las puertas:

—Escucha, en París, y en Francia, me has enseñado la Torre Eiffel, el Moulin-Rouge, el Lido. Me has enseñado el Folies-Bergère y el casino de Montecarlo. Y yo me he dicho: «¿Qué voy a poderle enseñar aquí?».

Se oyó el silbato. El tren empezó a moverse. Silberman concluyó, caminando un instante junto a su amigo, que se alejaba.

—Entonces he pensado: «La única cosa que puedo enseñarle es el estúpido rabino que tenemos».

PARA NO HACER NUNCA MÁS EL RIDÍCULO

Una historia nacida en el Cáucaso, en la tribu de los nartas, nos da una interesante receta para huir de toda burla.

Una mujer que se llamaba Satana quería casarse con su hermano Uryzmag, que tenía una barba blanca como la nieve, pero éste la rechazaba diciendo:

—¡Jamás se ha visto algo semejante en los nartas! ¡No podría ni pasear por las calles! ¡Todo el mundo se reiría de mí!

—Voy a decirte cómo evitar las risas de la gente —le dijo entonces Satana, su hermana—. Coge un asno, ponle tu silla y tus riendas de plata, ensíllalo al revés, cógele la cola con las dos manos y paséate durante tres días a la vista de los narta.

Uryzmag, con la barba blanca como la nieve, siguió las indicaciones de Satana. El primer día, todos los que lo vieron se echaron a reír y lo señalaron con el dedo. El segundo día sólo rieron aquellos que no lo habían visto el día anterior. El tercer día nadie rio.

El cuarto día, se casó con su hermana.

EL PAPA EN EL PARAÍSO

Antes del papa Juan Pablo n, la cristiandad conoció un soberano pontífice que adoptó el nombre de Juan Pablo I. Aparentemente se trataba de un hombre débil y conciliador, y sólo permaneció un mes en el trono de san Pedro. El Señor lo hizo llamar. Por supuesto, Juan Pablo I fue admitido *ipso facto* en el paraíso y llevado ante Cristo, que lo recibió con afabilidad y le dijo:

—Sí, ya lo sé, tu pontificado ha sido un poco breve. Pero tengo mis razones. Te lo explicaré.

—Que se haga tu voluntad —contestó Juan Pablo I con voz sorprendida —. ¿Cómo podría yo, humilde criatura, discutir tus luminosas decisiones? Te ha placido acogerme a tu lado, y está escrito: «No conocerás ni el día, ni la hora». Te doy las gracias, Señor, me siento colmado por tu gracia, yo…

El papa se interrumpió porque acababa de ver a lo lejos, en las nubes, algo que lo perturbaba. Cristo se dio cuenta y le preguntó qué era.

—Pero —dijo el papa— ¿no es el arzobispo de Canterbury al que acabo de ver allí, entre dos nubes?

—Es muy posible —contestó Cristo.

—¿El arzobispo de Canterbury está aquí?

—Pero ¿por qué no?

Y para disipar la confusión todavía humana del pontífice, Cristo le dijo sonriendo:

—No creas, Juan Pablo, que todos los arzobispos de Canterbury están aquí. Porque entre ellos hubo verdaderos canallas. Pero tienes que comprender una cosa: aquí, en mi paraíso, se admiten todas las criaturas humanas que se han mostrado justas y buenas, como tú.

—¿Sin tener en cuenta su religión?

—Las religiones —contestó Cristo con dulzura e inteligencia— son las divisiones de la tierra. A causa de las apasionadas disputas que provocan y la extraordinaria tensión que crean en los espíritus, quizás son útiles para el mantenimiento, para que sobreviva esa minúscula tierra a la que le tengo tanto

apego. He aquí una vieja e inagotable cuestión. ¿Qué es preferible, el fanatismo o el silencio? ¿La obscuridad del corazón o la luz de la pasión? Buda y yo lo discutimos muy a menudo y estamos en desacuerdo en algunos puntos de mucha importancia.

—¿Buda está aquí? —preguntó el papa, cuyo rostro mostraba sorpresa.

—¿Y por qué no tendría que estar? Fue uno de los mejores hombres que vivió en la tierra. Su inteligencia es profunda, casi ilimitada. Te aconsejo que vayas a verlo de vez en cuando. Su presencia podrá ayudarte a soportar la eternidad.

—Y… ¿Lutero? —preguntó Juan Pablo con voz ligeramente temblorosa —. ¿Está aquí?

—Dudé un poco —le contestó Cristo—, porque tiene muy mal carácter, pero al final lo admití después de que pasase una breve temporada en el purgatorio. En el fondo es un hombre justo y de buena voluntad, y eso cuenta por encima de todo. Y no creas que vas a encontrar muchos papas aquí. La eternidad reserva sorpresas. No te digo nada más.

—Entonces —dijo el papa—, ¿Confucio está aquí?

—No hay ni qué decirlo.

—¿Y Zoroastro?

—Claro.

—¿Y Ramakrishna?

—¡Claro que sí!

Entonces el papa bajó la voz y pronunció la palabra que le quemaba los labios:

—¿Y Mahoma? ¿Mahoma está aquí?

—Naturalmente, ¡claro que Mahoma está aquí! ¿Dónde podría estar?

Cristo se giró y dijo, por encima del hombro y en voz muy alta:

—¡Mahoma! ¡Dos cafés!

EL FANTASMA DEL VIEJO JUGADOR

Esta historia norteamericana, que tiene por escenario los territorios del Oeste, cuenta que cuando el viejo Bill Maloney murió en 1871 lo había perdido todo en el juego. Presa de una especie de maldición que los jugadores de ruleta llaman la «mano negra», dejó a su familia en la pobreza. La familia se dispersó y sobrevivió como pudo. Pero un nieto del viejo Bill que se llamaba Teddy Maloney y que sólo tenía diez años cuando su abuelo murió, mostró muy pronto unas cualidades sorprendentes. Trabajador, obstinado, ahorrador, levantó de nuevo una granja, compró tierras fértiles, construyó el rancho más bonito de toda la región. No bebía, no fumaba y giraba levemente la cabeza cuando pasaba delante de la puerta de doble hoja del salón por la que salían y se disolvían en la calle el humo del tabaco, la música y las risas de las mujeres.

Con veintinueve años, todavía soltero, a Teddy Maloney se le consideraba un personaje en alza en la pequeña ciudad de Silverston y los ecos de su virtud tranquilizaban a las personas honradas.

Una tarde, cuando salía del banco con las pagas de sus empleados, justo cuando se disponía a entrar en el rancho, oyó una voz que le decía:

—Escúchame, Teddy.

Teddy tocó rápidamente con la palma de la mano la culata de su revólver y giró rápidamente la cabeza. No vio a nadie a su alrededor. Pero la misma voz le dijo:

—Escúchame bien, Teddy. Y no tengas miedo. Soy yo, Billy.

—¿Quién?

—Billy Maloney, tu abuelo.

Teddy dio algunos pasos dubitativos, miró en todas direcciones y se vio obligado a admitir que su abuelo le estaba hablando.

—¿Dónde estás? —masculló.

—Lo sabes muy bien.

—¿Y qué quieres?

—Quiero darte un consejo, Teddy. Desde donde estoy veo las cosas con total claridad. Vas a hacer exactamente lo que te voy a decir.

—Te escucho, abuelo —dijo el joven.

—Entra en el banco y liquida tu cuenta. Coge todo lo que tienes.

Teddy obedeció a la voz de su abuelo y, justo antes de que el banco cerrase, se llevó todo su dinero. Cuando iba a salir, la voz le dijo:

—Vende todas tus acciones. Y todas tus pepitas de oro.

—¿Estás seguro?

—Desde donde estoy lo veo todo —contestó la voz muy reconocible del viejo Billy—. Véndelo todo y confía en mí.

Un momento más tarde, Teddy salió del banco muy cargado. La voz le dijo:

—Ve a ver al ganadero. Véndele todas tus vacas.

—¿Todas mis vacas?

—Haz lo que te digo.

Una vez vendió las vacas, la voz dijo:

—¡Vende las tierras y el rancho! ¡Véndelo todo!

Teddy, convencido de que su abuelo, desde el lugar en el que se encontraba, veía con claridad la necesidad de vender, vendió. Hacia el final del día, unos hombres de negocios sorprendidos compraron las tierras y el rancho por una suma que les pareció muy aceptable.

Cuando Teddy salió del despacho de éstos, ya era de noche. Llevaba un saco grande cargado a la espalda y dos carteras muy cargadas en bandolera. Entonces la voz del abuelo le dijo:

—Ve al casino.

—¿Al casino?

—Haz lo que te digo.

Guiado por la voz invisible Teddy Maloney entró por primera vez en la sala maldita seguido por miradas iluminadas por la sorpresa. La voz le indicó la mesa de la ruleta donde se tenía que sentar y entonces le dijo:

—Juega al catorce.

—¿Al catorce?

—Sí. Lo has oído bien.

—¿Y cuánto juego?

—Te lo juegas todo.

—¿Todo?

—Todo. Al catorce.

Como es lógico pensar, los administradores del casino que, como es costumbre, no gozaban de una reputación impoluta, se reunieron presos de gran inquietud. Hicieron algunas llamadas y finalmente aceptaron la apuesta.

Teddy Maloney se lo jugó todo al catorce.

Salió el diecisiete.

Entonces la voz del viejo Bill le susurró a su nieto al oído con cierta amargura:

—Teddy, hemos perdido.

EL PERFECTO AVARO

Un hombre de gran avaricia se encuentra a un mendigo que le pide un Dinar.

—¿Por quién me tomas? —le dice el avaro—. ¿Por qué me pides sólo un Dinar? ¡No es digno de mí!

—Entonces —dice el mendigo—, dame dos dinares.

—No —le contesta el hombre altivamente—. Eso no es digno de ti.

EL PEDO FUNDADOR

Un beduino afortunado, que se llamaba Abul-Hussein, decidió un día, siguiendo los consejos de sus amigos, casarse. Escogió a una jovencita hermosa como la luna llena y, para el día de su boda, abrió las puertas de su casa de par en par y ofreció un espléndido banquete. Todos los invitados comieron y bebieron hasta saciarse. Se paseó a la novia por toda la casa y se la cambió de ropa en cada habitación. Al final, las mujeres la introdujeron en la habitación nupcial y la prepararon para la llegada del esposo.

Abul-Hussein entró rodeado de un séquito. Se sentó un momento en un diván, con dignidad. Entonces se levantó para darles las gracias a las mujeres y obsequiarlas con un día libre cuando, de repente —calamidad entre las calamidades—, soltó un pedo que se describe en *Las mil y una noches* como «terrible e inmenso».

Todas las mujeres hicieron ademán de hablar entre sí, como si no hubiesen oído nada, y la esposa, riendo, hizo tintinear sus brazaletes. Pero Abul-Hussein, avergonzado, salió al patio, ensilló su caballo y huyó en la oscuridad de la noche.

Llegó a orillas del mar, vio un barco que zarpaba hacia la India y se embarcó.

Quería que el manto del olvido cubriera su memoria. Dejaba atrás toda una vida.

En la India, al ser una persona cualificada, tuvo una vida espléndida, se convirtió en el hombre de confianza de un rey, y envejeció rico y respetado.

Después de cerca de diez años, la añoranza de su país se apoderó de él. Suspiraba sin cesar mientras pensaba en su país y en su casa. Un día se escapó, se disfrazó de derviche y finalmente llegó a la colina que dominaba su ciudad. Con lágrimas en los ojos, reconoció la terraza de su antigua casa y las casas vecinas.

Bajó por la colina y cogió caminos apartados para llegar hasta su casa. Caminando por una calle, el corazón latiendo con fuerza a causa de la

emoción, vio a una anciana que despiojaba a una niña de unos diez años. Y al pasar, sin querer, oyó como la niña preguntaba:

—¿En qué año nací?

—Naciste —contestó la anciana— dos años después de que Abul-Hussein se tirase un pedo.

Abul-Hussein quedó paralizado. Su pedo se había convertido en una fecha importante en los anales de la ciudad. Había entrado en la historia. Y el desgraciado se dijo: «¡Mi pedo se transmitirá a través de los años hasta que las palmeras en flores!».

Y entonces dio media vuelta y se fue corriendo, para no volver jamás. Regresó a la India y vivió por siempre en la tristeza hasta el día de su muerte.

LA MUJER DEL CAPITÁN DE POLICÍA

Como ejemplo de las múltiples argucias que los hombres han atribuido a las mujeres (la mayor parte del tiempo inventándolas ellos mismos), un cuento egipcio nos describe un célebre gag, que podríamos tildar de vodevilesco.

En El Cairo había un kurdo de rostro tan repelente, negro y peludo, que fue nombrado capitán de policía y se convirtió en el terror de su barrio.

Para luchar contra la soledad, encontró por mediación de una casamentera a una joven que aceptó casarse con él y que se comprometió a no salir nunca de la casa del kurdo, que tenía una sola y única habitación.

Se celebró la boda, y cada día el capitán de policía desempeñaba su duro trabajo, mientras su joven esposa permanecía encerrada en la casa. Y nada parecía tener que perturbar la tranquilidad de espíritu del kurdo.

Y sucedió lo que a menudo sucede. Al otro lado de la calle trabajaba un joven carnicero que se pasaba el día cantando. Aquella voz jovial fascinó a la mujer del kurdo, y quiso conocer al carnicero. Le encargó carne, él se la llevó, y no regresó de inmediato.

Aquel día el capitán de policía volvió mucho más pronto que de costumbre, mientras su mujer se encontraba, como se suele decir, «copulando». Ella se puso de pie de un salto y se apresuró a esconder a su amante en un rincón de la única habitación, detrás de una cuerda de la que colgaban varias ropas. Después se envolvió en un gran velo y bajó por la escalerilla en busca de su esposo.

Éste advirtió algo raro.

—¿A qué viene ese velo? —le preguntó a su mujer.

—Voy a decírtelo —contestó ella en voz alta—. En la ciudad de El Cairo había un hombre muy celoso, capitán de policía como tú, que vigilaba a su mujer muy de cerca. La tenía encerrada en una casa de una sola habitación, como la nuestra. Un día que ella estaba con su amante y que su marido regresaba más temprano que de costumbre, ella lo llevó a un diván, como hago yo contigo. ¡Y entonces le echó un velo encima de la cabeza, así!

La mujer agarró el velo y rodeó la cabeza del kurdo con él, mientras proseguía en voz alta:

—Y, cuando tuvo la cabeza bien rodeada por el velo, ella le gritó a su amante: «¡Aprisa! ¡Sálvate!». El amante salió de su escondite y salió corriendo a la calle. Ésta es la historia del velo.

Entonces, al ver que su amante se había ido, recogió el velo. El kurdo no sabía qué pensar. ¿Qué significaba aquella historia sin pies ni cabeza? ¿Por qué aquella mujer, de la que hablaba su esposa, le había gritado a su amante: «¡Aprisa! ¡Sálvate!»? ¿No lo había oído el marido? ¿Era sordo? El kurdo no lo entendía. No sabía si tenía que reír o enfadarse. Así que, por miedo a obrar mal, decidió no hacer nada. Su aspecto horrible no dejó traslucir nada…

Vivió mucho tiempo. El carnicero visitaba a su mujer con bastante frecuencia. Y al final el capitán de policía murió bienaventurado, contento, próspero, rodeado de varios hijos, algunos de los cuales, alabado sea Dios, no habían heredado su fealdad.

LOS PERROS PELUDOS

La historia conocida como «del perro peludo» (*shaggy-dog story*) es un clásico anglosajón del siglo xx. Ha servido de modelo a multitud de divertidas situaciones absurdas.

He aquí la original[*].

Un inglés intenta, mediante pequeños anuncios y prometiendo una suculenta recompensa, encontrar a su querido perro, al que describe como «extremadamente peludo».

Un norteamericano, conmovido por la historia y queriendo embolsarse la recompensa, consigue un perro muy peludo, parecido al desaparecido, y llama a la puerta del inglés. Lo recibe un mayordomo, que mira al perro y grita:

—¡Peludo, señor, pero no hasta ese punto!

Una variante nos presenta a dos damas, también inglesas, tomando su habitual whisky en el bar del *Titanic*. Se oye un tremendo estruendo, todo cae al suelo, la punta de un enorme iceberg irrumpe en el bar, y una de las dos damas dice:

—He pedido hielo pero, francamente, esto roza lo ridículo.

También conocemos la historia del perro que juega al póker con su propietario, en un bar. Un recién llegado se sorprende. Admira la inteligencia del perro.

—No hay para tanto —dice un parroquiano—. En cuanto tiene una buena mano, mueve la cola.

LA PALABRA DE DIOS

Srulek, que es el Nasrudin polaco, o el Goha, o incluso Ch’hâ, entra bruscamente en casa del rabino y le dice:

—¡Rabino, rabino, Dios ha hablado!

—¿Qué? ¿Qué estás diciendo?

—¡Sí, le ha hablado a Pinkus! ¡Pinkus me ha dicho que ha hablado con Dios!

—Creo que Pinkus es un mentiroso —dice el rabino.

—¿Y por qué le hablaría Dios a un mentiroso? —dice entonces Srulek.

OTRA PALABRA DE DIOS

Un hombre le pedía a Dios, incansablemente (así nos lo cuenta una historia judía):

—¡Tú que eres todopoderoso, te lo ruego, dame cien mil dólares! ¡Eso no es nada para ti! ¡Puedes hacer todo lo que quieres! ¡El espacio no existe y cien años son como un minuto! ¡Mil años son como un minuto! ¡Para ti, cien mil dólares son como un penique! ¡Te lo suplico, dame un penique!

Dios contestó:

—Espera un minuto…

EL BUEN RÉGIMEN

Otra historia judía cuenta que un hombre de avanzada edad, que se sentía muy cansado, pidió hora con un médico de renombre.

El médico le tomó la tensión, le examinó los ojos, los pulmones, la garganta. Le hizo un electrocardiograma, un encefalograma y otras pruebas y análisis. Cuando se conocieron los resultados, el médico llamó al paciente, verificó algunos detalles, escribió durante un cuarto de hora largo unas líneas en una hoja de papel blanco y finalmente dijo:

—Lo he apuntado todo aquí. A partir de hoy, no volverá a fumar ni a beber una sola gota de alcohol, bajo ningún pretexto. Suprimirá el azúcar y todas las grasas, incluso el aceite de girasol. También suprimirá las patatas, las judías y todas las féculas en general. Se abstendrá de hacer el amor. Esto es lo que puede comer: ensalada y puerros hervidos, sin condimento alguno, unos pocos nabos al vapor, manzanas al horno, evidentemente sin azúcar y, dos veces por semana, cien gramos de carne magra a la parrilla. Para acabar, una vez a la semana podrá comer un yogur natural y un trozo de pez hervido, sin aceite ni mantequilla. Si no sigue mis instrucciones, le doy tres meses de vida.

—Y, si las sigo —preguntó el hombre—, ¿puedo esperar vivir más tiempo?

—No —dijo el médico—. Pero el tiempo le parecerá más largo.

EL MENSAJE DEL GATO

Este relato se encuentra en una colección de viejas historias irlandesas.

Una noche de noviembre, un pobre campesino se levantó. Tenía que ir a la ciudad, que estaba bastante lejos, para intentar vender su ternero. En medio de la fría y oscura noche, ensilló su caballo, que rezongaba tanto como él. Y se pusieron en camino, con el ternero. Por el camino se encontraron con las linternas de otros campesinos que, bajo la lluvia, se dirigían a la misma feria.

El ternero no encontró comprador hasta bien entrado el mediodía, y fue a un precio bastante mediocre. El campesino, desanimado, tomó un trozo de jamón y un par de vasos de vino, y, hundido en la miseria, emprendió el camino de regreso a su granja, dejando al caballo ir a su paso. Cansado, se quedó dormido, con la cabeza colgando. Dormía, se despertaba por culpa de los obstáculos de la carretera, volvía a dormir.

Al pasar delante del cementerio de Inchigeela, un gato pasó la cabeza a través de la verja y le dijo:

—Dile a Balgeary que Balgury ha muerto.

El campesino no prestó la más mínima atención a las palabras del gato. Regresó a su casa, almohazó el caballo y se encontró con su mujer bien entrada la noche.

—¿Y bien —le dijo ella—, qué tal la feria?

—Ah —dijo él y bebió un sorbo de té junto al fuego—, como todas las ferias.

—¿Te han pagado bien el ternero?

—No.

—¿Había mucha gente?

—Como de costumbre, supongo. No los conté.

—¿Y qué noticias hay? ¿Qué cuenta la gente?

—A fe mía, no cuentan nada.

—¿No cuentan nada en la feria? —gritó la mujer.

—No. Nada en particular.

—¿Entonces has recorrido todo ese camino y no te han contado nada? ¿No te has enterado de ninguna noticia? ¡Habrías hecho mejor quedándote en casa!

De repente el campesino, que ante todo quería que lo dejasen tranquilo, se acordó del gato.

—Ah, sí —le dijo a su mujer—. Una sola cosa. Al pasar delante del cementerio de Inchigeela, de regreso, he visto un gato a través de los barrotes de la reja.

—¡Menuda noticia! —dijo su mujer.

—Y el gato me ha dicho: «Dile a Balgeary que Balgury ha muerto».

En aquel momento su gato, que dormitaba delante del fuego, se levantó de repente y, con aire muy irritado, le dijo al campesino:

—¿No podías decírmelo antes? ¡Voy a llegar tarde al entierro!

Salió de la casa y desapareció.

LA INUNDACIÓN

Una historia africana que le da un papel a Dios en un drama humano.

Una inundación asuela un país. Un hombre se ha refugiado en el primer piso de su casa, que está rodeada por el agua. Otros hombres se acercan en una piragua y le dicen si quiere ir con ellos.

Él rechaza el ofrecimiento diciendo:

—¡No! ¡Confío en Dios! ¡Él no permitirá que las aguas se lleven mi casa! ¡Idos!

Los salvadores se van. Las aguas siguen subiendo y el hombre acaba refugiándose en el tejado de su casa. Entonces se acerca un helicóptero, del cual baja un cable y unos hombres le hacen señas al aislado de que se agarre al cable.

Él lo rechaza.

—No —dice—. ¡Jamás! ¡Tengo total confianza en Dios! ¡No permitirá que mis plegarias hayan sido en vano!

El helicóptero se va.

Las aguas siguen subiendo, cubren la casa, se llevan al hombre, que se ahoga.

Llega ante la presencia de Dios, a quien le dice con acritud:

—Pero ¿cómo has podido permitir que mi casa haya sido destruida y que yo haya perdido la vida? ¡Yo, que te rezaba sin descanso! ¿Cómo es posible que no hayas venido en mi ayuda?

—¿De qué hablas? —le dice entonces Dios—. ¡Te envié una barca y un helicóptero!

LA ESCASEZ DE PESCADO

A principios de 1980, cuando Polonia sufría una gran escasez, se contaban allí, como consuelo, historias referidas a la situación. He aquí una.

Un hombre de avanzada edad entra en una tienda y dice:

—Querría un lenguado, por favor.

—Ah, no tenemos lenguado.

—Pues entonces una buena platija.

—Tampoco tenemos platija.

—En este caso, cogeré una pescadilla.

—No tenemos pescadilla.

—Entonces merluza.

—No tenemos merluza, señor.

—Bueno, y entonces ¿qué voy a comprar? Ya lo sé. Quiero unas sardinas.

—No tenemos sardinas.

—Da igual. Dame una hermosa anguila.

—No tenemos anguilas.

—¿Y truchas?

—Tampoco.

El vendedor, impaciente, interrumpe entonces al cliente, que iba a pedir otra cosa, y le dice:

—Señor, esto es una carnicería. Es la tienda donde no hay carne. La tienda donde no hay pescado está enfrente.

EL BUEN REPARTO

En la misma época también se contaba, en Varsovia, que un ruso y un polaco paseaban juntos por una calle, cuando encontraron de repente una bolsa llena de dólares.

Quedaron estupefactos.

—Propongo —dijo el ruso— que nos lo repartamos como hermanos.

—Yo preferiría mitad y mitad —dijo el polaco.

DOLOR EN TODAS PARTES

El cineasta iraní Abbas Kiarostami hace contar a uno de los personajes de su película *El sabor de las cerezas* la siguiente historia.

Un hombre va a ver al médico y le dice:

—Doctor, me duele todo. Cuando me toco la cabeza con el dedo, me duele. Cuando me toco aquí, en el estómago, lo mismo. Cuando me toco la rodilla, me duele. Cuando me toco el pie, me duele. ¿Qué debo hacer? ¿Cómo puedo aliviar el dolor?

El médico lo examina y le dice:

—Tu cuerpo está bien. Pero tienes el dedo roto.

16

ESCUCHEMOS TAMBIÉN LAS LECCIONES DE LOS LOCOS (Y DE LOS BORRACHOS)

LOS CARACTERES GRANDES

Si el mundo es absurdo —o en cualquier caso opaco, indescifrable—, hay que escuchar la voz de aquellos cuyo espíritu está supuestamente alterado. Quizá ellos sean más capaces que nosotros (nosotros, los «normales») de penetrar en la espesa selva en que vivimos. Quizá tengan un contacto directo con el oscuro nexo de las cosas.

En todas las tradiciones —no sin prudencia e irrisión— se ha escuchado al «loco» con mucha atención. Algunas de las historias que se les atribuyen pueden parecer como las de mayor sentido común del mundo. Y lo mismo sucede con los borrachos, así como con los drogados, que han perdido transitoriamente el sentido, para nuestro beneficio.

Aquí también la lógica se altera, las relaciones ordinarias se destruyen, se arroja otra luz.

Lo siguiente ocurrió en la corte de Japón. Un cortesano escribió una carta y lo hizo con unos caracteres enormes.

Otro cortesano que pasaba por allí se sorprendió:

—¿Es una carta?

—Sí.

—Nunca he visto caracteres tan grandes. Debe de tratarse de un asunto muy importante.

—No, en absoluto. Pero es para un sordo.

LA LLAVE PERDIDA

Una de las más hermosas historias de «locos» es también una de las más antiguas. Su origen concreto es desconocido. Se ha contado en la India y en Persia. Hoy en día, tras largos rodeos, se ha convertido en Occidente en un número de circo.

La acción ocurre por la noche, cerca de una farola (en el circo la farola se reemplaza por un haz de luz). Un hombre está a cuatro patas, la nariz cerca del suelo, y parece estar buscando algo.

Otro hombre pasa y le pregunta:

—¿Qué buscas?

—Busco mi llave.

—¿Has perdido tu llave?

—Sí.

—¿Y la has perdido aquí?

—No.

—Pero, entonces, si la has perdido en otro sitio, ¿por qué la buscas aquí?

—Porque aquí es donde hay luz.

EL GRANO DE MAÍZ CURADO

En una historia contemporánea pero cuya estructura es también antigua —historia que se cuenta en todos los centros psiquiátricos—, un hombre es internado porque se cree un grano de maíz.

Un día lo dan por curado y sale.

Un momento más tarde, el psiquiatra lo ve volver a toda prisa, aparentemente aterrado.

—¿Qué le ocurre? —pregunta el doctor.

—Es terrible —contesta el hombre—. Al salir me he encontrado con una gallina.

—¿Y? —le dice el doctor—. ¡Ya sabe que no tiene nada que temer! ¡Que usted no es un grano de maíz!

—Sí, doctor, yo lo sé. Pero ¿la gallina también lo sabe?

LA BUENA OPERACIÓN

Esta historia iraní contemporánea también tiene lugar en un centro psiquiátrico. Se ha tomado la decisión de dar el alta a algunos lunáticos del manicomio. Antes, el director les hace pasar una prueba muy sencilla. Los lunáticos son tres.

El director le pregunta al primero:

—¿Cuánto son dos por dos?

—Setenta y cuatro —contesta el hombre.

El director, desolado, decide que ese paciente todavía no está curado. Imposible darle el alta. Le pregunta al segundo:

—¿Cuánto son dos por dos?

—Martes —contesta el hombre.

Ante tal respuesta, el director toma la decisión que le parece obvia. Tratar a ese enfermo más tiempo.

Entonces le pregunta al tercero:

—¿Cuánto son dos por dos?

—Cuatro.

El director está encantado. Ordena que se dé el alta a ese hombre cuya mente se ha curado. Sin embargo, antes de que cruce la puerta del manicomio, le pregunta:

—¿Cómo has sabido la respuesta correcta?

—Muy sencillo. Restando martes a setenta y cuatro.

EL ILUSIONISTA Y EL LORO

A Saint-Exupéry —buen ilusionista aficionado— le encantaba contar la siguiente historia, que para él era la más divertida del mundo.

El transatlántico *Normandie* está batiendo el récord de la travesía del Atlántico. A bordo, un ilusionista va a hacer un número en el que tiene que utilizar un loro.

Pero su loro acaba de morir. Al saber que el capitán tiene uno, va y le pide su autorización para utilizarlo en un sencillo juego de manos.

—Yo —dice el capitán— no me meto en esos asuntos. Hay que preguntárselo al loro.

Entonces el ilusionista se dirige al loro del capitán, pájaro bastante cascarrabias y de avanzada edad, que pregunta qué se espera exactamente de él.

—Casi nada —dice el mago—. En un momento dado, te haré desaparecer.

—Me niego —dice el loro—. Lo último que quiero es desaparecer.

El ilusionista se pasa un buen rato argumentando, explica el truco con tanto detalle y tan bien que el loro del capitán acaba por dejarse convencer. «No es más que un juego», le dice y repite el ilusionista.

La actuación da comienzo. Aquella noche, las calderas del navío lanzado a la consecución del récord están a máxima potencia. El ilusionista empieza sus habituales manipulaciones, enseña el loro, lo oculta detrás de un velo negro.

En ese preciso instante, explotan las calderas del transatlántico. El barco se hunde.

Más tarde, en el mar, vemos al loro muy contrariado caminando arriba y abajo por una tabla de madera y repitiendo:

—¡Menudo juego de idiotas! ¡Menudo juego de idiotas!

LA BALSA DE BUDA

Una de las parábolas más célebres de Buda, que trata del buen y el mal uso que puede hacer de su enseñanza, cuenta lo siguiente.

Un viajero llegó a la orilla de un río muy grande. En el lado donde estaba, la orilla era peligrosa, aterradora y estaba habitada por bestias salvajes. Al otro lado, la orilla parecía segura y sin peligros. Pero no lograba ver ningún puente para cruzar el río, ninguna barca. Entonces decidió construir una balsa con ramas de árbol, hierba y hojas. Y, sirviéndose de las manos y los pies, cruzó el río con la balsa. Llegó a la seguridad de la otra orilla, que era tranquila y apacible.

Entonces se dijo: «Esta balsa me ha sido de gran ayuda. Me ha permitido pasar de una orilla a la otra. Estaría bien que la llevase conmigo a todas partes».

Y se alejó, con la balsa a cuestas.

Buda consideraba que aquel hombre, que cargaba con una balsa, estaba desprovisto de razón. Recomendaba a sus discípulos desembarazarse «incluso de las cosas buenas», e incluso de una buena enseñanza, para evitar comportarse como locos.

EL PESO DE LA PUERTA

En una historia de origen sufí encontramos una huella de esa balsa india.

Un derviche que entraba en un país al que precisamente se llamaba el país de los locos, vio a una mujer que llevaba a la espalda una pesada puerta.

—¿Por qué vas tan cargada? —le preguntó.

. —Porque esta mañana, al salir a trabajar, mi marido me ha dicho: «Hay objetos de valor en casa. Que nadie pase por esa puerta». Y por eso, al salir, me he llevado la puerta conmigo. Para que nadie pueda pasar por ella.

—¿Quieres —le preguntó el derviche— que te diga una cosa para que no tengas que cargar con esa puerta?

—No —contestó ella— Lo único que podría ayudarme es saber cómo hacer esta puerta menos pesada.

—Eso no puedo decírtelo —contestó el derviche.

Y se separaron.

EL NO-VOLUNTARIO

Una historia que a veces se atribuye a Mula Nasrudin cuenta que el califa de Bagdad hizo anunciar un día con clarines, en toda la ciudad, que daría su hija en matrimonio, cuarenta cofres llenos de oro e inmensos territorios fértiles, al hombre que fuese capaz de llevar un mensaje urgente a su hermano, que había sido capturado por contumaces rebeldes en algún punto del norte del país.

Como cabe pensar, el viaje no era precisamente de recreo. Había que atravesar regiones insalubres, pantanos, montañas ocupadas por bandidos e incluso bosques donde se podían encontrar fantasmas y monstruos.

El hombre que salvase todos los obstáculos tendría su futuro asegurado.

Al oír la noticia, un hombre, que la gente decía que estaba loco, corrió en dirección a palacio. Corrió a toda prisa, empujando a los transeúntes, volcando los puestos del mercado. Apartó violentamente a los guardias, subió desatinado las escaleras, entró en palacio, evitó a otros guardas y finalmente llegó al salón del trono.

Allí, jadeando, se abrió paso entre la corte. Con el cabello en desorden, se encontró por fin ante el califa y le gritó:

—¡Califa! ¡Califa!… ¡Yo no!

EL BUEN PENSAMIENTO

Un joven inglés completamente borracho fue un día a ver a Norman Vincent Peale, autor de un libro entonces célebre: *The Power of Positive Thinking*. El joven, borracho le preguntó al autor qué diferencia había, según él, entre un pensamiento positivo y un pensamiento negativo.

Peale, consciente del estado en que se encontraba el joven visitante, le dijo:

—Vuelva a verme cuando esté sobrio y estaré encantado de responderle.

—Se lo agradezco —contestó el joven—, pero, cuando estoy sobrio, me importa un bledo.

EL ESPEJO DE GOHA

Cuando Egipto estaba sometido por el terrible tártaro Tamerlán, que era cojo, tuerto, terriblemente feo y tenía un pie de hierro, hizo convocar a Goha, de quien había oído hablar. Mientras conversaba con Goha, entró el barbero de Tamerlán, le rapó la cabeza y le entregó un espejo para que se mirase.

Al verse, Tamerlán se echó a llorar. Goha también lloró, gimió y golpeó el suelo con las manos durante dos o tres horas. Tamerlán ya hacía rato que había acabado de llorar. Goha seguía llorando sin parar.

Tamerlán le preguntó:

—Pero ¿qué te ocurre? Yo lloro porque me he mirado en el espejo del desdichado barbero y me he encontrado verdaderamente feo, horrible. Pero ¿y tú? ¿Por qué ese mar de lágrimas?

Y Goha contestó:

—¿Qué tiene de sorprendente? Tú sólo te has mirado un breve instante en el espejo y has llorado durante una hora. Pero yo, que debo mirarte todo el día, ¿cuánto tiempo tendría que llorar?

EL LOCO Y LA PLEGARIA

Una historia árabe —en la que a veces también se hace aparecer a Goha— cuenta que un loco siempre rezaba su plegaria en soledad. Y, sin embargo, se le suponía iniciado en los profundos misterios.

Tras numerosas peticiones, se dejó convencer para asistir a una plegaria común, un viernes.

Primero el imán dijo: «Dios es el más grande». Después de lo cual se puso a cantar: «Alabemos al Señor».

En aquel instante, en el interior de la mezquita, el loco, imitando a un buey, se puso a mugir con todas sus fuerzas.

Cuando la plegaria hubo acabado, le dijeron que por semejante actuación deberían cortarle la cabeza como quien apaga una vela. Pero el loco contestó:

—No he hecho más que imitar al imán.

—¿Qué quieres decir?

—En el momento en que él cantaba «Alabemos al Señor», compraba un buey. Por eso he mugido. Tomo ejemplo de ese hombre santo. Si él hace algo, yo hago lo mismo.

Como los que habían invitado al loco a la plegaria no lo comprendían, interrogaron al imán, que les dijo:

—Sí, es verdad. Cuando he dicho «Dios es el más grande», pensaba en una propiedad que tengo lejos de aquí. Y cuando me he puesto a cantar «Alabemos al Señor», he recordado que necesitaba un buey. Entonces he oído un mugido en la mezquita y…

Se interrumpió, porque el loco, una vez más, se puso a mugir.

UN ÍDOLO MÁS

Una historia de origen árabe cuenta que un loco pasó toda la noche llorando inconsolable ante una morada sagrada. Decía, apoyado contra la puerta:

—Si no me abres, golpearé mi cabeza contra esta puerta como si de un martillo se tratase, hasta que se rompa. Entonces me veré librado del sufrimiento que me embarga.

Una voz se elevó en el interior de la morada y le dijo:

—Nada se perderá por una cabeza rota, porque el océano no vale más que una gota de rocío. Esta morada ha sido llenada dos o tres veces de ídolos, pero todos los ídolos del interior han sido rotos. Qué importa si también se rompe un ídolo en el exterior. Porque, si te rompes la cabeza golpeándola toda la noche contra la puerta, sólo habrás abatido un ídolo más.

EN LA TEMPESTAD

Mula Nasrudin, como muchos otros «locos», o simples de espíritu, se suele caracterizar por un comportamiento inesperado, que parece ilógico, insensato.

Así, lo vemos sentado en la parte trasera de una piragua que cruza mal que bien un brazo de mar. Los dos hombres que se encuentran delante reman con fuerza. Nasrudin no hace nada.

De repente estalla una violenta tempestad. Las olas sacuden peligrosamente la piragua. Los dos remeros luchan con todas sus fuerzas contra el mar, que a cada instante amenaza con hundir el frágil esquife.

Se dan la vuelta para echar un vistazo a Nasrudin y ven que éste, en actitud muy extraña, coge agua del mar y la vierte en la piragua. Sorprendidos, gritan:

—Pero ¿qué haces? ¿Estás loco? ¡Es justo lo contrario de lo que hay que hacer! ¿Por qué echas agua en la piragua?

—¡Mi madre —contesta Nasrudin— siempre me ha dicho que hay que estar del lado del más fuerte!

EL ESTORNUDO

Un comerciante chino que vivía en armonía con su esposa, pero de quien a veces se apoderaban los celos, tuvo que emprender un largo viaje.

Antes de partir, le dijo a su mujer:

—Cuando esté lejos, ¿cómo sabré que piensas en mí?

—Muy sencillo —le contestó la mujer—. Cada vez que estornudes sabrás que pienso en ti.

El hombre se puso en camino. Llegado a las puertas de la ciudad, se encontró con un bonzo, y el bonzo estornudó estrepitosamente.

—Mal signo —se dijo el hombre, de repente muy inquieto—. ¡No he cruzado las murallas y mi mujer ya piensa en ese bonzo!

EL CEDAZO DE MAHMUD

Mahmud, héroe de la más célebre historia de amor de toda la tradición islámica, pierde a Leila, la mujer que ama, y pierde al mismo tiempo la razón.

Un día coge un cedazo y empieza a echar tierra encima de él. La tierra pasa a través del cedazo. Mahmud vuelve a colocar puñados de tierra en el cedazo y empieza de nuevo.

Un hombre que pasa lo ve y se sorprende.

—¿Qué buscas? —le pregunta a Mahmud.

—Busco a mi amada.

—¿Esperas encontrarla buscando aquí?

—Si quiero encontrarla algún día, en algún lugar, tengo que buscarla por todas partes.

LA BRÚJULA

Unos viajeros, atravesando un desierto, se encontraron una brújula, fueron a enseñársela a Nasrudin y le preguntaron:

—¿Qué es?

Nasrudin cogió la brújula, la examinó y rompió a sollozar. Un instante más tarde dejó de llorar y se echó a reír, a reír más y más.

—¿Por qué lloras? ¿Y por qué ríes? —le preguntaron los viajeros.

—Me he puesto a llorar al pensar en vuestra ignorancia —contestó Nasrudin—, porque no sabéis qué es este objeto. Y entonces me he echado a reír al pensar en la mía. Porque yo tampoco lo sé.

LA NARIZ MORDIDA

En el transcurso de una disputa, un chino le mordió la nariz a otro hombre. Fueron llevados ante un juez, y el primero afirmó con aplomo que el segundo se había mordido la nariz él mismo.

—¡Pero si la nariz está encima de la boca! —gritó el juez—. ¿Cómo ha podido morderse la nariz?

—Se ha subido a un banco —contestó el acusado.

GOHA Y LA CIGÜEÑA

En *Las mil y una noches* se cuenta que un día los amigos de Goha le dijeron:

—¿No te da vergüenza pasarte la vida como un holgazán? ¿Y sólo usar tus diez dedos para llevártelos llenos de comida a la boca? ¿No crees que ya es hora de acabar con tu vida de holgazán y empezar a comportarte como todo el mundo?

Goha no contestó. Unos días más tarde, atrapó a una cigüeña grande y hermosa. Subió a su terraza y, en presencia de aquellos que le habían hecho reproches, cortó las magníficas plumas de las alas del ave con un cuchillo acerado, luego le cortó su largo y magnífico pico (terror de las ratas y las ranas) y acabó cortándole las largas y delgadas patas. Tras lo cual empujó al pobre bicho al vacío diciéndole:

—¡Vuela! ¡Vuela!

—Pero ¿a qué viene esa locura? —le preguntaron sus amigos.

—Esa cigüeña me molestaba —contestó Goha—, porque no era como las demás aves. Ahora puede comportarse como todo el mundo.

EL MOSQUITO Y EL BÚFALO

En los arrozales de Annam, un mosquito que estaba en el cuerno de un búfalo se imaginó que era muy pesado. Tomó aire y le gritó al búfalo lo más fuerte que pudo:

—¿Acaso peso demasiado? Si te peso, dímelo y me iré a posar a otro sitio.

El búfalo oyó la voz, dejó de pastar, miró a derecha e izquierda y preguntó con sorpresa:

—¿Quién me habla?

—Soy yo.

—¿Quién es yo?

—Yo. Un mosquito.

—¿Y dónde estás?

—Estoy en tu cuerno izquierdo.

—Has hecho bien en decírmelo —dijo el búfalo—. Sin tu ayuda nunca habría sabido que tenía un imbécil en mi cuerno izquierdo.

EL CAFTÁN DE NASRUDIN

Mula Nasrudin, con el estómago vacío como de costumbre, erraba un día por las calles de una ciudad cuando oyó, en el interior de una casa rica y bonita, los ruidos cálidos y atrayentes de una fiesta. Se presentó y pidió ser recibido para participar en los festejos, pero iba tan mal vestido que dos guardias le prohibieron violentamente la entrada.

Fue corriendo a que un amigo le prestase un caftán revestido de oro. Envuelto en aquella vestimenta magnífica, volvió a presentarse en la puerta de la casa y esta vez le hicieron entrar con todos los honores.

Nasrudin se situó alrededor de los platos que se acababan de servir, dando las gracias con educación. Luego, con mucha delicadeza, levantó un brazo y pasó la manga de su bello caftán por un plato que contenía salsa.

Al mismo tiempo dijo, como dirigiéndose a aquella manga:

—Ten, come.

El anfitrión, sorprendido e indignado, gritó:

—Pero ¿qué haces? ¿Estás loco?

—En absoluto —contestó Nasrudin—. El invitado no soy yo sino mi caftán. Es normal que sea él quien coma.

LA PIEDRA CON BARBA

Esta historia nos llega del Senegal.

Una hiena que estaba de caza se encontró con una piedra que tenía barba.

—¡Es la primera vez que veo una piedra con barba! —gritó.

Y en aquel preciso instante cayó muerta.

Un momento más tarde, la piedra le devolvió la vida y le dijo:

—Siempre ocurre lo mismo con las piedras con barba. Si alguien dice: «Es la primera vez que veo una piedra con barba», muere al instante. Es la ley.

La hiena pidió perdón por su ignorancia, regresó a su casa y lo ocurrido le dio la idea de cómo acabar con su vieja adversaria, la liebre.

Le dijo, mintiendo descaradamente:

—He encontrado una cosa extraordinaria. Una piedra que tiene barba. El problema es que mata a todo el mundo al instante, a menos que, al verla, se diga: «Es la primera vez que veo una piedra con barba». Si no dices esa frase, mueres. ¿Lo has entendido?

—Lo he entendido —dijo la liebre—. Vayamos a verla.

Llegaron al lado de la piedra con barba, y la hiena le dijo a la liebre:

—Venga, di la frase, ¡prepárate!

—He olvidado la frase. ¿Qué tengo que decir?

—¡Venga, sí, acuérdate! «Es la primera vez…».

—Es la primera vez —repitió la liebre.

—«Que veo».

—Que veo.

—«Una piedra…».

—Una piedra.

—«Una piedra con…».

—Una piedra con…

—¡Ahora acaba!

—¡Ahora acaba!

—¡No, acaba la frase!

—¡No, acaba la frase! —repitió la liebre.

—¡Mira que eres tonta! —gritó la hiena.

—¡Mira que eres tonta! —gritó la liebre.

—¡Idiota! ¡Cretina! ¿No puedes acordarte de una frase tan sencilla? «Es la primera vez que veo…».

—«Es la primera vez que veo…».

—¡Una piedra con barba! —gritó la hiena furiosa.

Y cayó muerta de inmediato.

La piedra con barba le dijo a la liebre:

—Le había perdonado la primera vez, pero la verdad es que dos es demasiado.

—Estoy de acuerdo contigo —le dijo la liebre.

Y regresó tranquilamente a su casa.

EL HOMBRE CON BARBA

Esta otra historia sober una barba es persa. Ha sido contada, entre otros, por Farid al-Din ’Attār.

Unos pájaros que atravesaban un gran desierto volando veloces vieron a un hombre solo, sentado a la entrada de una cueva. Se posaron un momento a su lado, y uno de los pájaros, que conocía al ermitaño, le dijo tras saludarlo:

—¿Sigues estando aquí?

—Así es —contestó el hombre, mientras se peinaba lentamente su larga barba con un trozo de madera tallada.

—Y dime, ¿has encontrado la respuesta?

—¿La respuesta a qué?

—A la pregunta que hacías.

—No —dijo el hombre—, no he encontrado la respuesta.

—Pero ¿cuál es la pregunta? —preguntó otro pájaro.

El hombre tuvo un gesto de cansancio, como si no desease compartir un secreto al parecer muy profundo. Pero los pájaros, encantados de oír un buen cuento de ermitaño durante su parada, insistieron tanto que, al final, el hombre, que sin duda estaba muerto de ganas de hablar de sí mismo, les dijo:

—Yo vivía cerca del centro de una ciudad y me comportaba, creo, como un hombre honrado. Tenía mujer e hijos. Desde hacía algún tiempo, no puedo fijar el punto concreto en el que nació tal deseo, me sentía atormentado por una violenta necesidad de berenjenas. Las ganas de comer berenjenas no desaparecían ni de día ni de noche. Al mismo tiempo me decía que, si comía berenjenas, alguna desgracia me sucedería. Una gran y terrible desgracia. Intentaba pensar en otra cosa, en mi trabajo, en mi familia. En naranjas. En cabras. Pero las berenjenas siempre regresaban. Cada vez con más fuerza. Berenjenas.

Los pájaros escuchaban atentamente y dejaban que el cálido viento del desierto les agitase las alas. El hombre hablaba mientras se peinaba la barba.

—Al final, como debéis de estar pensando, ya que de lo contrario no habría cuento, sucumbí a mi deseo. Mi madre encontró berenjenas, las guisó

como creyó que me gustarían, y me las sirvió calientes y desprendiendo muy buen olor. Empecé a comerlas bajo la atenta mirada de mi madre. Pero, en cuanto hube comido la mitad, sí, la mitad de una berenjena, llamaron a la puerta. Un hombre entró y colocó delante de mí la cabeza de mi hijo. Acababan de cortarle la cabeza a mi hijo.

El hombre calló un momento y los pájaros respetaron el dolor que parecía embargarlo de los pies a la cabeza. Permanecía con la cabeza inclinada hacia el árido sol. Sólo su mano seguía moviéndose, pasando arriba y abajo por su barba.

—Entonces —dijo—, decidí que pasaría el resto de mi vida buscando la relación entre el hecho de comer berenjenas y que le cortaran la cabeza a mi hijo. —Lo he abandonado todo, absolutamente todo, he venido aquí, y desde aquel día busco la respuesta a dicha pregunta.

—¿Y no has encontrado nada? —preguntó otro pájaro.

—Nada.

—En la espera, ¿cómo vives en el desierto?

—Como briznas de hierba, tierra, trozos de corteza que el viento trae hasta mí. Encuentro agua prensando la arcilla del fondo de mi cueva. Y, como podéis ver, reflexiono.

De repente, tras un breve silencio, un joven pájaro se echó a reír como un loco.

—¿Por qué te ríes? —le preguntó el ermitaño sorprendido.

—Me río porque sé por qué.

—¿Por qué qué?

—Por qué no has encontrado la respuesta.

—¿Y por qué no he encontrado la respuesta?

—Porque no piensas en tu pregunta.

—¿Yo? —dijo el hombre indignado—. ¡Si sólo pienso en eso!

—Error —le contestó el joven pájaro, que seguía riendo—. Sólo piensas en tu barba.

Lo que siguió sorprendió a los pájaros. El hombre se miró la mano con una cierta gravedad y su mano dejó de peinarle la barba. Sólo permaneció en silencio por un breve instante. La observación del joven pájaro era tan cierta que se impuso al ermitaño con la fuerza de una iluminación total. Sin la menor agitación, penetrado de repente por una nueva verdad que se le aparecía con todos los detalles hasta el momento dispersos y bruscamente coherentes, dijo con voz tranquila:

—Tienes razón. Veo que tienes razón, joven pájaro. Tienes toda la razón. Escúchame. Un día, cuando llevaba aquí varios meses, o quizá un año, vi de repente algo que brillaba en el suelo. Una piedra que brillaba. La recogí. Miradla, aquí está. Es mica.

Los pájaros se pasaron unos a otros la mica con los picos, mientras el hombre proseguía:

—Al mirarme en ese trozo de mica vi que ya tenía una barba bastante larga. Una barba que me parecía magnífica. ¡Entonces recogí rápidamente un trozo de madera, lo tallé hasta darle forma de peine y me puse a acicalarme la barba! ¡A desenredar, a peinar, a alisar, a cuidar de mi barba!

Se dejaba llevar por el movimiento de sus palabras y se enfadaba. Era presa de la más violenta de las cóleras, que es la cólera contra uno mismo.

—¡Y tenéis razón! —gritó—. ¡Ya no pensaba más que en mi barba! ¡Antes sólo pensaba en las berenjenas y ahora, retirado en el desierto, sólo pienso en mi barba! ¡Toda mi vida la he consagrado a mi barba!

Se levantó hecho una furia y se agarró la barba con ambas manos. Gritaba a los ecos del desierto:

—¡Se acabó! ¡Ya veréis, voy a arrancarme esta sucia barba! ¡Esta barba maldita! ¡Me la arranco! ¡La tiro!

Hacía lo que decía, se arrancaba los pelos a puñados, y la sangre brotaba de su piel desgarrada, manchando el suelo.

—¡El viento se la lleva! ¡Pronto ya no tendré barba! ¡Nada de nada! ¡Ni un solo pelo!

El hombre se arrancaba los últimos pelos de la barba mientras gritaba de rabia. De repente, al ver la risa del joven pájaro, se detuvo. Giró su rostro sanguinolento y miserable hacia el insolente y le preguntó:

—¿Por qué te ríes?

El joven pájaro contestó mientras se frotaba las alas porque, como los otros, estaba a punto de partir:

—¿Por qué me río? ¡Porque ahora sigues sin pensar en otra cosa que en tu barba!

Y todos los pájaros levantaron el vuelo mientras reían.

EL CAMBIO DE LAS AGUAS

Una leyenda popular árabe cuenta lo siguiente.

Antaño, hace mucho tiempo, Khidr, que era el maestro de Moisés, lanzó una terrible advertencia a la humanidad. Un día concreto toda el agua de la tierra desaparecería, a menos que hubiese sido previamente almacenada. Sería reemplazada por una nueva agua que volvería a todos los hombres locos.

Sólo un hombre hizo caso de aquella advertencia. Reunió gran cantidad de agua y la puso en reserva en un sitio. Cuando llegó el día anunciado por Khidr, las corrientes de agua dejaron de correr, los pozos se agotaron, toda la tierra se secó. El hombre previsor intentó vivir en su retiro, bebiendo su agua almacenada.

Un tiempo más tarde, el agua nueva cayó del cielo; los ríos y los pozos se llenaron. El hombre abandonó su refugio y regresó con sus semejantes. Encontró que mantenían discursos y que hacían gestos totalmente diferentes y extraños. Ellos habían olvidado lo que había ocurrido e incluso la advertencia. El hombre intentó hablarles, pero lo tomaron por loco. Algunos se mostraron hostiles, otros compasivos. No le entendían.

Se negó a beber el agua nueva y regresó a su retiro. Allí siguió bebiendo al agua almacenada. Muy pronto le fue muy difícil soportar la soledad, así como su singularidad, ya que no era como ningún otro hombre. Regresó con los demás y bebió el agua nueva. Entonces incluso olvidó el lugar donde guardaba su provisión de agua, y los otros lo tuvieron por un loco que, milagrosamente, había recuperado la razón.

EL AMNÉSICO

Dos historias coreanas nos presentan a un amnésico.

Un día, después de un largo y penoso viaje a pie, un amnésico vio un río. Se quitó la ropa para zambullirse en el agua cristalina, y la colgó de un árbol.

Al salir del agua, completamente desnudo, vio sus ropas y se dijo:

—¡Vaya! ¡Alguien ha olvidado sus ropas y su sombrero! ¡Me los voy a poner!

Se puso las ropas, el sombrero, los zapatos y se fue contento.

El mismo amnésico prosiguió su viaje en compañía de un bonzo, al que le preguntaba a cada instante su nombre y destino. El bonzo, molesto por aquella pregunta repetida hasta la saciedad, decidió llevar la debilidad del amnésico hasta el límite.

Pasaron la noche en la misma habitación del albergue. Por la mañana, al ver a su compañero profundamente dormido, el bonzo le cortó el pelo y le puso sus ropas. Entonces salió con las ropas del amnésico.

Cuando éste despertó y se miró al espejo, gritó:

—Mira, he aquí el bonzo que estaba conmigo anoche. Pero, y yo, ¿dónde estoy? ¿Me he perdido? Es absolutamente necesario que me encuentre.

Y partió en su propia búsqueda.

LOS LÍMITES DE LA IDIOTEZ

Mula Nasrudin —finalicemos con él este capítulo— llevó un saco de maíz a un molino para hacerlo moler. Mientras esperaba su turno, dejó su saco junto a los demás. Con la mano, los ojos entreabiertos, cogía maquinalmente puñados de granos de los otros sacos y los metía en el suyo.

El molinero lo sorprendió y gritó:

—¡Eh! ¿Qué haces?

—¿Yo?, nada —contestó Nasrudin—. Soy idiota. Hago cualquier cosa.

—Si eres idiota, ¿por qué no coges granos de tu saco y los metes en los otros?

—Porque soy idiota —dijo Nasrudin—, pero no hasta ese punto.

17

EL TIEMPO ES NUESTRO MAESTRO: ¿PODEMOS JUGAR CON NUESTRO MAESTRO?

EL HOMBRE QUE FUE A BUSCAR AGUA

Si el tiempo es nuestro indiscutible maestro, el maestro al que todo obedece, incluso las piedras y las estrellas (e incluso los cuentos), a veces podemos someterlo, cuando se presta a ello, a lo que llamamos los juegos de la mente.

He aquí primero una historia india extraída de una digresión del *Mahābhārata*.

Dos hombres caminaban por el campo. El más anciano le dijo al otro:

—Estoy cansado. Ve a buscarme un poco de agua en los pozos que veo, allá, al otro lado del campo. Te espero a la sombra de esos árboles.

El joven cruzó el campo. Una vez hubo llegado al pozo, se encontró con una muchacha que estaba sacando agua. Como se sintió irresistiblemente atraído por la joven, le dirigió la palabra suavemente, le preguntó su nombre. Ella le contestó con una sonrisa. Un momento más tarde, él le propuso llevarle la jarra de agua hasta el pueblo. Ella aceptó. Ya en el pueblo, fue invitado a quedarse a comer en casa de la joven. Conoció a toda la familia y acabó pidiendo la mano de aquella que le había conducido hasta allí. Se la concedieron. Cuando la boda hubo concluido, se puso a trabajar en los campos del pueblo. Tuvo hijos y se ocupó de su educación. Uno de ellos murió de enfermedad. Los padres de su mujer también murieron, uno y luego el otro, y así se convirtió en el cabeza de familia. Su hijo mayor se casó y se fue del pueblo, adonde regresaba una vez al año. Entonces su mujer, cuya cabellera se había vuelto blanca, tuvo unas fiebres incurables y murió.

Él la lloró, porque la había amado mucho.

Unos días más tarde, una repentina inundación devastó el campo. El campesino fue arrastrado con el resto de la gente por un imparable torbellino de agua fangosa. Se debatió, intentó alargar la mano para coger a su hijo pequeño, que se ahogaba ante sus ojos, por los pelos. De repente, sin que pudiese decir por qué, se acordó de su viejo amigo, el anciano que le había pedido agua.

Al instante se encontró en tierra seca, cruzando un campo, con una jarra de agua en la mano. Regresó junto a un anciano que estaba adormecido a los pies de un árbol. Algo en el aire, que se había vuelto puro y ligero, parecía indicarle al campesino que se encontraba en el mismísimo umbral del gran misterio de Visnú, el dios que mantiene los mundos en su sitio.

El anciano se despertó y le dijo mientras se levantaba:

—El sol ya está bajo. Has tardado mucho. Estaba a punto de ir a buscarte.

Una variante de esta historia india se encuentra en la tradición sufí.

Un hombre llamado Haydar estaba a punto de ser admitido en la gran cadena de los sheiks. Tenía que llevarle agua a su maestro, que era un hombre muy venerable. Atravesó lentamente la multitud con un vaso de agua en la mano, se inclinó ante el anciano sheik y le entregó el vaso. Pero el viejo, que hablaba agitando las manos, golpeó el vaso y éste cayó al suelo y se rompió.

En ese preciso instante, Haydar se sintió transportado por los aires y se encontró al borde de un precipicio. No demasiado lejos de allí vio una ciudad desconocida y hacia ella se dirigió.

Entró en una posada, hizo una buena comida, buscó dinero en sus bolsillos y no encontró nada. Muy confundido, compartió su aprieto con el posadero, que le dijo:

—¡Pero si aquí no se paga! Basta con que digas *Bismillah ir-Rahman in-Rahim*. Eso es todo.

—¿*Bismillah ir-Rahman in-Rahim*?

—Tú lo has dicho.

Haydar, encantado con el arreglo, pidió un café y luego otro. Para pagar el café le bastaba con recitar un verso sagrado. Y así sucesivamente. Lo mismo le ocurrió en el taller de un sastre donde adquirió preciosas ropas nuevas a cambio de recitar otro verso (a decir verdad más largo que el anterior).

—Tú no eres de aquí —le dijo el sastre.

—No. He llegado hoy. No conozco bien vuestras costumbres.

—Y seguro que no tienes donde hospedarte, ¿verdad?

—Verdad.

—Tengo una habitación pequeña encima de la tienda. Si la quieres, tuya es.

—Te lo agradezco.

—Cierra tu puerta antes de acostarte y coloca una vela encendida en la ventana. Porque por la noche las mujeres vienen aquí a coger lo que desean.

Haydar hizo lo que le decían. Por la noche, desde la ventana, vio a las mujeres acercarse a la tienda del sastre y empezar a servirse. Una de las

mujeres le sorprendió por su porte, por su belleza. Haydar, presa de un repentino amor, no pudo dormir ni un segundo. A la mañana siguiente, le habló al sastre de aquella mujer, y éste le dijo:

—Pero si es muy sencillo: la próxima noche, enciende una segunda vela y dásela a dicha mujer. Si la acepta, es una buena señal.

—¿Volverá?

—Vuelven todas las noches.

La noche siguiente, la mujer aceptó la vela encendida de manos de Haydar y se retiró sin mediar palabra. Durante el día, el juez mandó llamar a Haydar a su despacho y le dijo:

—Si lo he entendido bien, quieres casarte con mi hija.

—Exactamente —contestó Haydar (que temía ser convocado por alguna mala acción).

—Ella te ha aceptado. Pero antes de que se case contigo, tienes que conocer las tres reglas fundamentales de la vida en nuestra ciudad. Primera: no debes robar. Segunda: no debes mentir. Tercera: no debes desear a la mujer de otro.

—Estoy de acuerdo —dijo Haydar, a quien las tres condiciones le parecieron muy razonables.

Una magnífica boda unió a Haydar con una maravillosa esposa, devota y fiel. Un día, ella le vio regresar a la ciudad comiendo una manzana que había encontrado en los campos.

—Has robado esa manzana —le dijo—. La manzana pertenece al propietario de la tierra por la que has pasado. Tengo que dejarte.

Inflexible, hizo las maletas y se fue, dejando a Haydar con el corazón roto. Pero, como era nuevo en el país, su cuñado le perdonó. Después de todo, la falta era leve. Su mujer regresó, la vida continuó.

Una mañana, muy temprano, cuando todavía estaba en la cama, alguien llamó a su puerta.

—Es un amigo que quiere verte —le dijo su mujer, que ya estaba levantada.

Haydar, medio dormido, se dio la vuelta y murmuró:

—Dile que no estoy.

—Acabas de mentir —le dijo su mujer.

Sin una palabra más, ella volvió a hacer las maletas y se fue por segunda vez.

Haydar se presentó ante su cuñado, que quería castigarlo con severidad y exiliarlo. Haydar se defendió con elocuencia y sinceridad. Lo perdonaron por

segunda vez y por segunda vez su mujer regresó a casa, y los días felices retornaron.

Los años pasaron numerosos y aprisa. Su mujer perdió poco a poco su belleza. Haydar adquirió la costumbre de pasear todos los días junto al río. A través de las ramas de los árboles, observaba cómo se bañaban las jóvenes.

Alguien lo vio y se lo hizo saber a su mujer. Ella le dejó por tercera vez.

Haydar fue llevado ante el juez, su cuñado.

—Has deseado a otra mujer —le dijo éste—. Has quebrantado una a una las tres reglas de nuestro país. Te destierro, y esta vez sin perdón.

Haydar fue agarrado por dos hombres muy fuertes que lo llevaron hasta el borde de un precipicio, el mismo lugar en el que de repente se había encontrado hacía años.

Lo cogieron por los brazos y las piernas, lo balancearon un par de veces y luego lo lanzaron al abismo.

Por un instante se sintió flotar en el aire.

Entonces se volvió a encontrar frente al anciano sheik que le dijo, señalando los trozos de cristal:

—¿Dices ser un hombre de calidad y ni siquiera puedes servirme correctamente un vaso de agua?

EL LARGO CANTO DE PÁJARO

Una antigua historia cristiana, que nos llega de Italia, cuenta que un santo cruzaba un bosque mientras meditaba esta frase de los Salmos: «Mil años ante los ojos, como el día de ayer que ha pasado».

De repente le llamó la atención el canto de un pájaro que estaba en la rama más alta de un árbol. El santo levantó la cabeza y escuchó durante una hora, absolutamente encantado, el maravilloso canto de aquel pájaro. Tras lo cual se dijo que había llegado el momento de regresar y se puso en camino.

Pero, al salir del bosque, caminando por un paisaje antaño conocido, no reconoció nada. Las casas en las que aquella misma mañana le habían acogido con los brazos abiertos no eran al mediodía más que ruinas cubiertas de zarzas. Había casas donde aquella misma mañana sólo había tierra y piedras y en cuanto a las personas que se encontró, además de que las ropas le parecieron singulares, no las conocía.

El santo se había pasado trescientos años escuchando el canto del pájaro, tres siglos enteros. Las hojas habían caído trescientas veces a su alrededor, y trescientas veces habían reverdecido, pero el hombre, olvidado el peso de la carne, el cansancio, los gruñidos de hambre, la voracidad del tiempo, conservaba la misma apariencia. Cautivado por una gota invisible de lo que los cronistas han llamado el paraíso, se vio protegido de la noche, de la vejez y de la muerte.

Tras lo cual retomó su vida prestando especial atención a los cantos de todos los pájaros. Regresó varias veces al mismo lugar del bosque. Pero el fenómeno del éxtasis —que ahora buscaba— no se produjo nunca más.

UN DÍA EN LOS ÁNGELES

En Los Ángeles, en los círculos de la gente del cine, a menudo ricos —y ociosos, aunque todo el mundo está siempre «trabajando en un proyecto»—, se cuenta el horario de una jornada normal:

—Te levantas a las ocho. Te tomas un zumo de naranja y tus vitaminas. Un paseo de media hora con tu perro te prepara para el desayuno. Después del cual lees la prensa y el correo. Hacia las diez y media, primera visita a la piscina, gimnasia, baño, sol y aseo completo. Y entonces llega la hora de la comida, que podemos compartir con amigos.

»Después de la comida y el café, no es de extrañar que tengamos la proyección privada de alguna película, o algunas compras o llamadas de teléfono que hacer. Hacia las cuatro, tenis, o equitación, o golf. De vuelta, segunda visita a la piscina y la sesión de *fitness* de la tarde. Tras dichos ejercicios, la ducha y el masaje, es recomendable echar una cabezadita.

»Cuando te despiertas de la siesta, tienes ochenta años.

EL INSECTO Y EL CARACOL

Un caracol japonés subía lentamente por el tronco de un cerezo. Era febrero, o quizá marzo. El caracol se encontró con un insecto que le dijo:

—Pero ¿adónde vas? ¡No es temporada! ¡No hay cerezas en ese árbol!

—Las habrá cuando llegue —contestó el caracol sin detenerse.

EL TAMBOR DEL LADRÓN

En plena noche, cuenta una historia persa, un hombre vio, al otro lado de la calle, a un ladrón que intentaba introducirse en una casa. El hombre cogió una linterna, enfocó al ladrón y gritó:

—¿Qué haces aquí?

El ladrón, sorprendido, se quedó inmóvil y contestó:

—¿Yo? Toco el tambor.

—¿Qué quieres decir con que tocas el tambor?

—Tú me preguntas qué hago y yo te contesto. Toco el tambor.

—¡Pero no veo ningún tambor! —dijo el hombre elevando su linterna—. Y no oigo nada.

—No oyes nada —le dijo el ladrón—, porque es un tambor un poco especial. Ahora lo toco y lo oirás mañana por la mañana.

EL ANCIANO Y EL NIÑO

Un cuento africano de los más secretos trata de forma magnífica la naturaleza del tiempo de los hombres.

Un día un niño se perdió en un bosque oscuro y plagado de bestias feroces. Al caer la noche, encontró a un anciano que también parecía perdido, y que le propuso buscar el camino de salida juntos. El niño, que temblaba de miedo y cansancio, le dio la mano al anciano. Caminaron un trecho sin llegar a salir de una inextricable maraña de troncos, ramas, lianas y hierbas altas. Y decidieron —porque los dos estaban agotados— pararse a pasar la noche. El anciano llevaba un poco de comida, que compartió con el niño. Entonces, a pesar de los gritos de las bestias que cazaban en la oscuridad, se durmieron.

Por la mañana, al ponerse en marcha, el anciano le preguntó al niño el nombre de su pueblo. Resultó que el anciano lo conocía muy bien.

—Allí me dirijo yo también —dijo.

El anciano levantó la mirada hacia el sol, que se vislumbraba en un agujerito, y escogió una dirección. El niño le cogió la mano y se fue con él. Se preguntaba quién podía ser aquel hombre que decía ser de su mismo pueblo. El niño no lo conocía y, sin embargo, en su andar, en sus gestos e incluso en los rotos acentos de su vieja voz, encontraba algo familiar. En el transcurso de aquella jornada, en la que comieron frutos y algunos caracoles crudos, el anciano pareció tomar al niño bajo su protección. Le evitó caminar por peligrosas ciénagas, lo apartó de un árbol donde había una serpiente bastante grande.

A medida que avanzaban, el niño se sentía presa de un sentimiento extraño y opresor. El anciano hablaba poco y raramente giraba el rostro hacia el niño.

—¿Estás seguro de que vamos por el camino correcto? —preguntó el niño de madrugada.

El anciano le contestó:

—Sí, sí. Es imposible que me equivoque.

—¿Cómo puede ser que no te conozca? —prosiguió el niño—. ¿Cómo te llamas?

—Me conoces —contestó el anciano—. Me conoces, pero me has olvidado.

Caminaron con muchas dificultades por la tupida vegetación durante la mayor parte del día. El niño se sobresaltaba con cada rama rota, con cada grito de pájaro, con cada picada de insecto. Pero el anciano, a pesar de avanzar muy lentamente, a causa sin duda de su avanzada edad, apaciguaba los miedos del niño, nunca le soltaba la mano y de vez en cuando le daba comida y bebida.

—¿Estás seguro de que vamos por el buen camino? —preguntó el niño hacia el mediodía.

—Sí, sí. Es imposible que me equivoque.

A pesar de la seguridad del anciano, que, en efecto, parecía conocer el camino (y, sin embargo, pensaba el niño: «¿No me dijo que se había perdido como yo?») el sentimiento de opresión persistía. El niño no reconocía ninguna forma, ningún olor del bosque. Todo le parecía inquietante y nuevo. Incluso las horas del día no le parecían las de costumbre. Hasta el cansancio que sentía su frágil cuerpo le parecía una especie de nuevo cansancio que hasta entonces nunca había conocido.

Cuando le pareció que ya era bien entrada la tarde —pero no hubiera podido decir con exactitud cuánto tiempo faltaba hasta la noche—, el niño preguntó por tercera vez:

—¿Estás seguro de que vamos por el buen camino?

—Sí, sí —contestó el anciano—. Es imposible que me equivoque.

Un momento más tarde, los árboles, como para darle la razón al anciano, se entreabrieron y apareció un claro.

—He aquí el pueblo —dijo el anciano—. Hemos llegado.

El anciano y el niño avanzaron por el claro donde se alzaban las casas del pueblo. El niño reconoció inmediatamente el pueblo, que era el suyo. Vio que hombres y mujeres se acercaban a saludar al anciano, primero con miramientos, luego con alegría, como alguien al que hace tiempo no se ve, un amigo al que se creía perdido.

Algo curioso: nadie parecía reconocer al niño y el niño tampoco reconocía a nadie. Vio la casa de donde había partido el día anterior, la reconoció, pero no pudo reconocer a los que entonces la habitaban. ¿Qué había pasado? Intentó preguntar a unos niños que encontró, quiso preguntar dónde estaba su madre, su padre, toda su familia, pero nadie parecía oír su voz. Nadie le

prestaba la más mínima atención. Intentó agarrar por la pierna a una mujer que pasaba, pero no pudo cogérsela. Su mano parecía haber atravesado el aire.

Al darse la vuelta bruscamente, de pie en medio del claro, vio que su cuerpo, al contrario de los otros que se movían a su alrededor, no proyectaba ninguna sombra en el suelo. Sin saber por qué, se asustó. Gritó pero nadie se movió. La mayoría de los habitantes del pueblo, sentados alrededor del anciano, parecían escuchar cómo éste les contaba un viaje. El niño corrió hasta allí y saltó en medio del grupo, quiso interrumpir el relato, hablar, pero ni siquiera perturbó el aire cálido y tranquilo del final del día. Ni siquiera conseguía hacer temblar la hoja de un árbol, o aplastar bajo sus pies una brizna de hierba.

Corrió hasta una pequeña charca en la que solía mirarse. Se arrodilló y se inclinó encima del agua, pero sólo vio agua. Aquel espejo, que él conocía bien, ya no le devolvía su imagen.

Entonces sintió que el anciano se acercaba y se arrodillaba a su lado. Vio aparecer en el agua, en el lugar exacto donde debería haber estado la suya, la imagen del anciano. El anciano metió las manos en el agua y se las pasó por su cansado rostro. En aquel momento una anciana, que podía ser una de sus mujeres, fue junto a él y se puso a lavarle la coronilla, los hombros y el cuello.

El niño observaba aquella escena. Sentía en su interior cada vez más ganas de dormir. «Sin duda —se dijo en medio del sopor que le envolvía— hay que atribuir este deseo de dormir a mi larga caminata por el bosque. Mañana todo estará más claro».

Antes de perder la conciencia, oyó a la mujer de cabello blanco preguntarle al anciano:

—¿No has encontrado a nadie en el bosque?

—No —contestó el anciano—. No, no he encontrado a nadie.

LAS VISIONES DEL SULTÁN MAHMUD

En *Las mil y una noches* se cuenta que el sultán Mahmud, uno de los más sabios que reinó en Egipto, se dejaba agobiar a menudo por inmotivados ataques de tristeza. En aquellos momentos, el mundo y la vida le parecían sumidos en la más profunda oscuridad y se quejaba de su destino, hasta el extremo de envidiar la condición del campesino más pobre.

Un día de abatimiento, mientras se negaba a comer y a ocuparse de los asuntos de su país, no deseando más que la repentina llegada de la muerte, le anunciaron la llegada de un personaje extraordinario, supuestamente mago y doctor, el ser más sorprendente de la tierra. Ordenó con desgana que lo hicieran entrar, y vio aparecer a un personaje demacrado, que venía del lejano Magreb, un hombre de unos cien años al que sólo cubría una prodigiosa barba y un cinturón alrededor de los riñones. Parecía un cuerpo muy viejo, como aquellos que los labradores de Egipto retiraban a veces de las sepulturas de granito. Un viejo cuerpo con mirada muy viva.

Se acercó hasta el sultán, le cogió la mano y lo condujo hasta una de las cuatro ventanas del salón del trono. Esas cuatro ventanas estaban orientadas a los cuatro puntos cardinales.

Abrieron la primera ventana y el anciano le dijo al sultán:

—¡Mira!

El sultán sacó la cabeza por la ventana y vio un enorme ejército de caballeros que se dirigían, enarbolando sus sables, hacia la ciudad. Algunos habían bajado de sus monturas y, con gritos de guerra y muerte, empezaban a escalar las murallas.

El sultán quedó lívido. Entonces el anciano cerró la ventana y volvió a abrirla inmediatamente. De repente el ejército había desaparecido. Todo estaba tranquilo.

El anciano condujo al sultán hasta la segunda ventana, la abrió y le dijo:

—¡Mira!

El sultán miró por la segunda ventana y vio que toda la ciudad no era más que una brasa ardiendo, coronada de nubes negras que cegaban el ojo del sol.

Un viento salvaje empujaba las llamas en dirección al castillo. El sultán gritó y las lágrimas aparecieron en sus ojos. Entonces el anciano cerró la ventana, volvió a abrirla y el sultán vio que la ciudad se extendía ante él tranquila y hermosa como siempre.

En la tercera ventana, cuando el anciano le ordenó mirar, el sultán vio una tremenda inundación que cubría la ciudad y no dejaba piedra sobre piedra. En la cuarta ventana, en lugar de los verdes prados que normalmente se extendían en aquella dirección, el sultán sólo vio un horrible desierto quemado. Después aquellas visiones desaparecieron y las cosas parecieron volver a la normalidad.

Entonces el anciano cogió al sultán por la mano, lo condujo hasta un pequeño estanque y le ordenó que se inclinase para mirar el agua. Con un movimiento brutal, el hombre venido del Magreb sumergió toda la cabeza del sultán en el agua. De repente el sultán se encontró al pie de una montaña, cerca de unos campesinos que reían y lo señalaban. Les dijo que era el sultán Mahmud, insistió, gritó y golpeó fuertemente los pies contra el suelo, pero los fellás seguían riendo a mandíbula batiente. El jefe de los fellás se acercó a él, le arrancó las ropas y joyas principescas y le dio a cambio un sencillo traje de campesino y un sombrero. Y le dijo:

—¡Si no quieres morirte de hambre, trabaja!

—¡Yo no sé trabajar! —contestó Mahmud.

—¡Entonces nos servirás como bestia de carga!

Lo cargaron con sus utensilios y Mahmud, extenuado, les siguió hasta un pueblo donde un grupito de niños se burló de él. Pasó la noche en un establo abandonado donde le tiraron un mendrugo y una cebolla vieja.

A la mañana siguiente, al despertar, se había convertido en un asno, un asno de verdad, con cascos, cola, orejas. Le pasaron una cuerda por el cuello y el sultán Mahmud, transformado en asno, tiró de una carreta todo el día. Tras lo cual dio vueltas a la rueda del molino, con los ojos vendados, y recibiendo latigazos bastante a menudo. Aquello duró cinco años, cinco años de injurias, privaciones y desprecio.

Luego, de repente, recuperó su forma humana, y se encontró caminando por las calles de una ciudad desconocida. Un viejo comerciante se le acercó y le propuso un extraño trabajo.

—Ve a apostarte a la puerta de los baños turcos. Pregúntale a cada mujer que salga si tiene marido. Si no tiene marido, cásate con ella inmediatamente. Te pagaré. Pero si te niegas a casarte con la mujer que no tenga marido, no obtendrás nada, y serás expulsado de la ciudad.

Resultó que la mujer que se declaró soltera era vieja y repulsiva. El sultán Mahmud intentó librarse, llegó incluso a gritar que era un asno, quiso enseñar sus orejas y su cola, así como su miembro, mientras seguía repitiendo que era un asno y que una mujer no debía casarse con un asno.

Hizo un esfuerzo sobrehumano para desembarazarse de la vieja, que lo abrazaba con ternura y, al final de tanto esfuerzo, logró sacar la cabeza del estanque.

Volvió a encontrarse en la sala del trono, con su visir y el viejo hechicero. Una deliciosa mujer le servía un sorbete en una bandeja. Toda su desgraciada aventura, tan larga y tan dura, se reducía a haber sumergido la cabeza en el estanque. Así que él era el sultán. De verdad.

Miró a su alrededor frotándose los ojos.

Entonces el anciano le dijo:

—Sólo he venido para hacerte consciente de los dones de los que gozas.

El hombre salió sin pronunciar una palabra más.

El sultán Mahmud se sentó en su trono, respiró un par de veces, y preguntó con tono firme cuál era el siguiente asunto a tratar.

LA CABEZA Y LAS DOS MUJERES

Otro ejemplo de juego con el tiempo nos lo da este relato de los indios norteamericanos, de origen modoc.

Una anciana, que vivía en la pobreza, envió a sus dos hijas a ver al gran jefe Blaiwas, esperando que viviesen felices a su lado. Pero les recomendó que tomasen en el bosque el camino de la derecha, porque el camino de la izquierda llevaba a la guarida del temible Wus.

Las dos hijas, atolondradas, olvidadizas y seducidas por el agradable aspecto del camino de la izquierda, cayeron rápidamente en manos del temible Wus. Pasaron una noche con él, en una cabaña. A la mañana siguiente, él las dejó marchar pero, a medida que se alejaban, vieron que sus bellas ropas se transformaban en sucios harapos, que sus collares no eran más que briznas de hierba seca y retorcida, que las provisiones que transportaban en sus cestas se pudrían y que incluso ellas se convertían en ancianas con joroba, repugnantes, de cabellos blancos y dientes amarillos.

Y, embrujadas, regresaron junto a Wus.

Su vieja madre, informada de aquella desgracia, abrió su morral sagrado para recitar sus cantos mágicos. Y el hechizo funcionó de forma extraña.

Wus, que ahora tenía dos bocas más que alimentar, volvía de cazar con un ciervo. Pero aquel ciervo se hacía cada vez más y más pesado, era difícil de arrastrar. Wus, para aligerar la carga, cortó un cuarto del ciervo y lo colgó de un árbol. Pero la pieza seguía siendo demasiado pesada. Wus cortó otro cuarto, luego otro, y acabó por abandonar todo lo que quedaba.

Sin embargo, a pesar de no llevar carga, avanzaba con mucha dificultad. Un misterioso peso lo aplastaba. Apenas podía levantar los pies. Se desembarazó de sus ropas, de sus mocasines, de su arco, de sus flechas. Pero nada era bastante.

Entonces, desesperado, se arrancó un brazo y lo tiró. Para aligerar más la carga, se arrancó el otro brazo. Agobiado por una insoportable sensación de pesadez, se desembarazó de sus dos piernas, luego de su vientre, más tarde de sus costillas y de sus hombros.

Su cabeza siguió rodando sola hasta la cabaña, donde empezó una triste existencia para las dos hermanas. Cada día la cabeza se colocaba en el regazo de una de las dos, mientras la otra tenía que rascarle el cuero cabelludo y peinarla. No quería perderlas de vista ni un instante y ordenó a las dos hermanas que le construyeran un andamio, desde lo alto del cual podría observarlas en todo momento. Las dos hermanas incluso tenían que llevarlo cuando iba a cazar y dejarlo en la copa de un árbol, desde donde saltaba gritando para dar muerte a la presa.

Un día, en el bosque, encontraron a Blaiwas. Éste reconoció inmediatamente la cabeza de Wus, que miraba con rabia desde la cesta donde se encontraba. También reconoció, con el aspecto de dos ancianas, a las dos hermanas, cuya existencia conocía. Construyó de inmediato una sauna, muy sólida, la acabó con piedras calientes y allí encerró la cabeza de Wus, que gritaba en señal de protesta y amenazaba con exterminar a todo el mundo. Pero Blaiwas tapó con mucho cuidado las aberturas de la sauna, mientras decía que el mundo no estaba hecho para cabezas sin cuerpo. La cabeza recalentada dio un potente salto, golpeó el muro de piedra y estalló en mil pedazos.

Cuando Blaiwas entró en la sauna, descubrió el cadáver de cuerpo entero de Wus. Lo hizo quemar. Mientras el fuego consumía el cadáver, las dos mujeres se levantaron lentamente, sus cabellos se volvieron negros, sus arrugas se borraron, sus ropas aparecieron intactas y limpias. Encima de las cenizas de Wus se convirtieron en las mujeres de Blaiwas.

LA MANO CORTADA

A veces el plazo temporal se reduce, se limita a unas horas, a unos minutos. Pero a la historia le gusta jugar con este plazo.

Farid al-Din ’Attār cuenta que un dignatario pilló a un ladrón en una calle de la ciudad e hizo que le cortasen la mano allí mismo, en medio de la multitud.

El ladrón no dijo nada, no gritó. Recogió la mano cortada y se alejó. Un poco más lejos, entró en un mercado popular. Allí se puso a gritar, a patalear, a rodar por el suelo.

—¿A qué vienen esas terribles quejas? —le preguntó alguien—. Cuando te han cortado la mano has permanecido en silencio.

El ladrón contestó:

—Porque allí todos me tomaban por un ladrón y nadie me compadecía. Aquí, en este mercado, seguro que hay otros ladrones. Seguro que incluso hay hombres a los que se les ha cortado la mano. Ellos saben cómo sufro y pueden compadecerme. Por tanto, si grito es por ellos.

18

SI NADA SE PUEDE SEPARAR, ¿ESTARÁ EL MÁS ALLÁ EN NOSOTROS MISMOS?

LA TELARAÑA

La existencia del más allá se ve atestiguada y contestada por las historias de todos los tiempos.

Dostoievsky y más tarde Akutagawa Ryūnosuke contaron esta antigua historia india.

El buda Chakyamuni paseaba un día por el paraíso cuando, al inclinarse hacia el borde de un estanque, vio las dolorosas profundidades del infierno. Allí se debatía un célebre bandido capturado por los diablos. Se llamaba Kandata.

Pero el buda sabía que un día, atravesando un bosque, aquel criminal había salvado a una araña a la que poco le faltó para aplastar. Por esta única buena acción, Chakyamuni, embargado por la piedad, decidió que había que indultar a aquel criminal. Una araña del paraíso tejía tranquilamente su tela cerca de él. El buda cogió aquel hilo y lo deslizó por el agujero del abismo del infierno.

Kandata vio aquel hilillo brillante y se agarró a él. Empezó a subir por el hilo hacia la luz y los perfumes celestes. El esfuerzo era mucho. En un momento dado, Kandata, cansado, se detuvo un instante para descansar y miró hacia abajo.

Entonces vio que centenares, miles de condenados se habían agarrado al mismo hilo y subían con muchas dificultades detrás de él. Asustado, furioso, Kandata les gritó que aquel hilo era suyo y que tenían que soltarlo inmediatamente. Apenas pronunció aquellas palabras, el hilo se rompió.

Kandata volvió a caer con todos los demás en las profundidades de la noche y el dolor.

Chakyamuni, que lo había estado observando todo, reemprendió su tranquilo paseo por los prados del más allá.

LA IMAGEN DE DIOS

Los habitantes de un pueblo turco llamado Karatepo, célebres por su simpleza, nunca habían visto un camello. Uno de aquellos habitantes, que había plantado unas sandías hermosísimas, vio aparecer un día un animal extraordinario, muy alto, de color beige, que entró en su jardín y se comió sus sandías.

—¿Qué animal es ése? —preguntó el hombre—. Sólo veo una explicación posible: no es un animal, ¡es el mismísimo Dios!

Entonces se postró en medio de su asolado huerto y dijo, dirigiéndose al camello que se alejaba:

—Oh, Dios beige de cuello largo y flexible, tú me has dado estas sandías y ahora me las has quitado. ¿Qué puedo hacer? ¡Bendito sea tu nombre!

EL DIOS DE LAS HORMIGAS

Un hombre, cuenta un breve cuento sufí, se dio cuenta con alegría de que conocía el lenguaje de las hormigas.

Se acercó a una hormiga y le preguntó:

—¿Tenéis un dios?

—Claro —dijo la hormiga.

—¿Cómo es? ¿Se parece a una hormiga?

—No exactamente —contestó la hormiga—. Nosotras sólo tenemos un aguijón. Y él tiene dos.

LA BUENA PLEGARIA

Un día san Nicolás, caminando por la orilla del mar, se encontró con un hombre que rezaba en voz alta, gritando:

—¡Dios, te lo ruego, no me ayudes! ¡Dios, te lo ruego, no me ayudes!

San Nicolás se detuvo y le hizo saber al hombre que estaba rezando de la forma contraria a la correcta, y que tenía que decir:

—¡Dios, ayúdame! ¡Dios, ayúdame!

El hombre se puso entonces a rezar de aquella forma. San Nicolás subió a un barco y se alejó mar adentro.

Algunos momentos más tarde, el hombre había olvidado las recomendaciones de san Nicolás y ya no sabía cómo rezar. Llamó al santo, pero éste ya no podía oírle. Entonces se quitó el abrigo, lo extendió en la superficie del mar, se sentó encima y empezó a remar con los brazos.

De esta forma alcanzó bastante aprisa el barco en el que viajaba san Nicolás y le preguntó:

—¡Eh! ¡Lo he olvidado! ¿Cómo me has dicho que tenía que rezar?

—¡Sobre todo, no cambies nada! —le contestó el santo.

EL INFIERNO Y EL PARAÍSO

Un viejo chino pidió un deseo antes de morir. Quería ver el infierno y el paraíso. Como toda su vida había sido honrado, su deseo le fue concedido.

Primero fue conducido al infierno. Vio mesas repletas de deliciosos manjares, pero los comensales parecían hambrientos y furiosos. Sentados a dos metros de la mesa, tenían que utilizar unos palillos muy largos y no conseguían llevarse ningún alimento a la boca. De ahí su sufrimiento y su cólera.

Entonces el anciano fue llevado al paraíso y vio exactamente el mismo espectáculo.

—Sí —explicó a su regreso—. Las mismas mesas, la misma comida, los mismos palillos. Pero todos los comensales parecían felices y saciados.

—¿Por qué? —le preguntó alguien.

—Porque se alimentaban unos a otros.

LA LECTURA Y EL PARAÍSO

Una historia judía también aborda la cuestión del paraíso.

Un joven veía que un anciano consagraba todas las horas de su vida a la lectura. Leía sin parar, día y noche, y, cuando alguien le preguntaba la razón de aquella perseverancia, contestaba:

—Leo para llegar algún día al paraíso.

Años más tarde, con el anciano ya muerto, el joven, por entonces ya no tanto, emprendió un largo viaje en busca de la verdad. Como es costumbre es esa clase de viajes, pasó por dificultades extremas, por regiones estériles y peligrosas. Se encontró con ladrones de muchas clases (incluso los llamados ladrones de corazones), monstruos, precipicios, enigmas y tentaciones.

Tan fuerte era su deseo de saber la verdad que consiguió sortear todos los obstáculos y llegar finalmente, en la cima de una montaña, a una cueva donde le esperaba la revelación suprema.

Entró y, no sin bastante sorpresa, se encontró en aquella cueva al anciano cuya reputación en la tierra había adquirido en aquel tiempo el grado de santidad.

Sin embargo, en la cueva, el anciano seguía leyendo. El otro se acercó respetuosamente y le preguntó:

—¿Así que aquí está el paraíso?

—Así es.

—¿Y sigues leyendo?

—Sigo.

—¿Así que te has pasado toda tu vida en la tierra leyendo para llegar al paraíso y, una vez tu deseo cumplido, sigues leyendo?

—Ya lo ves.

—¿Así que sólo leías para leer?

—Sí —dijo entonces el anciano—. Pero aquí comprendo lo que leo.

EL NOMBRE MÁS GRANDE

Un día, un hombre (cuenta una historia de origen árabe), le preguntó a Jesús cuál era el nombre más grande de Dios.

—No eres digno de saberlo —le contestó Jesús—. ¿Por qué desear lo que no tienes capacidad para poseer?

El hombre insistió tanto que al final Jesús se dejó convencer y le dijo el nombre más grande de Dios. El hombre se fue exultante de alegría. Se adentró con paso decidido en el desierto y vio una fosa llena de huesos resecos.

El hombre reflexionó un instante al borde de la fosa y decidió invocar el nombre más grande, tentar su primera experiencia. Al pronunciar el nombre, le pidió a Dios que reanimase aquellos huesos.

Al instante los huesos se reunieron, la carne los unió y volvieron a la vida. Pero resultó que aquellos huesos eran los de un león hambriento, que mató al hombre de un zarpazo y lo devoró.

Después de lo cual dejó los huesos del hombre en la fosa que había contenido los suyos.

EL PASO DEL RÍO

La presencia de lo imposible, o si se prefiere de lo sobrenatural, puede poner a veces de muy mal humor, como en esta anécdota zen.

Un monje mayor, que hacía un peregrinaje, se encontró con un joven monje que seguía la misma ruta. Charlaron y descubrieron que tenían muchos puntos en común. Decidieron continuar juntos su viaje sagrado.

Llegaron a orillas de un río. La balsa ya había salido. El monje mayor se sentó en la ribera a esperar el regreso de la balsa. El otro monje, bastante más joven, siguió avanzando. Caminaba encima del agua.

Cuando estuvo en medio del río, se dio la vuelta y le dijo al otro:

—¡Ven! ¡Tú también puedes hacerlo! ¡Basta con tener confianza!

El monje mayor negó con la cabeza y permaneció sentado a la orilla. El otro insistió:

—¡Puedo ayudarte si tienes miedo! ¡Ven! ¡Ya ves que es posible, puesto que yo lo hago!

El monje mayor volvió a negar con la cabeza y permaneció en su sitio. El otro acabó de cruzar el río y esperó a su compañero en la otra orilla.

El monje mayor cruzó un poco más tarde el río subido en la balsa.

—¿Por qué te has rezagado? —le preguntó el otro.

—¿Y qué has ganado tú apresurándote? —dijo el monje mayor—. De haber sabido el tipo de hombre que eras, ¡no habría aceptado hacer este peregrinaje contigo!

El monje mayor le deseó buen viaje al otro y se fue solo.

SIEMPRE EN LA PUERTA DEL PARAÍSO

Un cuento sufí nos dice que existía un hombre excelente que se había pasado toda la vida cultivando las cualidades requeridas para entrar en el paraíso. Daba a los pobres, amaba al prójimo, soportaba pacientemente las contrariedades, envejecía aureolado de una reputación de sabiduría.

Sólo tenía un defecto, era muy descuidado. Aquel defecto, comparado con sus grandes cualidades, no era más que un defecto muy pequeño. De vez en cuando no veía a un pobre que mendigaba. Algunas veces sus preocupaciones personales le hacían olvidar la presencia de los otros.

Y, sobre todo, le encantaba dormir. El sueño era su debilidad. Cuando dormía, algunas oportunidades de aumentar su sabiduría, de practicar la verdadera humildad o de completar su aptitud para la virtud pasaban a su lado sin despertarlo y no regresaban jamás.

Cuando murió, mientras avanzaba por el camino hacia el paraíso, se detuvo un instante para examinar su conciencia. Después de haber reflexionado, decidió que las grandes puertas debían abrirse para él. Sus méritos le parecían suficientes.

Cuando llegó, encontró las puertas cerradas. Una voz le dijo:

—Mantente atento. Las puertas sólo se abren una vez cada siglo.

Nervioso, se sentó a esperar. Pero, al estar solo, como había perdido toda ocasión de ejercer su bondad y prestar servicio a sus hermanos humanos, tuvo muchas dificultades para mantener su atención. Después de un tiempo que le pareció interminable, su cabeza osciló y cayó sobre sus hombros. Sus párpados se cerraron un instante. En aquel breve instante, las puertas se abrieron. Antes de que tuviese tiempo de abrir los ojos del todo, se cerraron con un estruendo capaz de despertar a los muertos.

LA LIMPIEZA DE DIOS

En el Oriente Medio, un poco por todas partes, se cuenta la historia de un día que Moisés se paseaba por el campo cuando vio a un pastor rezando.

El pastor decía en voz alta:

—Oh, Dios, te lo ruego, déjame zurcirte las ropas, atarte los zapatos. Déjame desenredarte el pelo, limpiarte las orejas. Déjame limpiar la entrada de tu casa, barrer tu casa hasta los rincones, echar el polvo y las pulgas. Déjame…

Moisés lo interrumpió violentamente diciéndole:

—¡Cállate ya! ¿No ves que estás blasfemando? ¿No te da vergüenza dirigirte a Dios de esa forma?

Entonces se oyó la voz de Dios decirle a Moisés:

—Pero ¿por qué te entrometes? ¡Es verdad que desde hace algún tiempo nadie me ha limpiado la casa!

LA PRESENCIA DE VISNÚ

Bastante a menudo, en las historias más antiguas, antes de que surgiese el dualismo occidental, las cosas aparecían como inseparables. Dicha noción, que a veces llamamos interdependencia, está en la base del pensamiento budista. El objeto observado no puede separarse de aquel que lo observa. Numerosos textos, anecdóticos o poéticos, han insistido mucho en la unidad e «inseparabilidad» del mundo, concepto hoy en día fundamental en la más avanzada y rigurosa de las ciencias.

Una historia india presenta a un hombre, discípulo de un célebre maestro, que recogía madera en un bosque. Oyó un fuerte estrépito y vio acudir un elefante desencadenado que un cornac se esforzaba por dominar.

—¡Sálvate! —gritó el cornac al hombre—. ¡Apártate! ¡El elefante se ha vuelto loco!

El discípulo, al que se le había enseñado que la divinidad, en dicho caso el dios Visnú, se encuentra en todas las cosas, dejó que el elefante se precipitase en su dirección y no se movió.

—¡Pero apártate! —gritó el cornac—. ¡Sálvate! ¡No puedo controlar al elefante!

El hombre, en lugar de apartarse, se plantó delante del furioso elefante. Éste lo cogió con la trompa y lo lanzó violentamente contra un árbol.

El hombre cayó al suelo destrozado, ensangrentado. Fue llevado a un hospital. Su gurú fue a verlo y le dijo:

—Pero ¿por qué no te apartaste?

—Maestro, he recordado sus palabras acerca de que Visnú está en todas las cosas. Me he inclinado para saludar al dios que, evidentemente, estaba en el elefante…

—¡Desgraciado! —le dijo el gurú—. ¿Por qué no escuchaste al cornac? ¡Visnú también estaba en sus palabras!

LA PIEDRA Y LA MOTA DE TIERRA

Una historia árabe cuenta que una piedra y una mota de tierra cayeron juntas al mar.

La piedra, al caer al fondo del mar, gemía:

—¡Me he ahogado! ¡Estoy perdida! ¡Sólo el fondo del mar escuchará mis quejas!

La mota desapareció. Nadie sabe qué fue de ella. Pero se cuenta que, sin lengua, habló, y algunos oídos muy agudos oyeron lo siguiente:

—Ya no queda nada de mí en los dos mundos, nada, ni la más mínima partícula. Ya no se verá mi cuerpo, ya no se verá mi alma. Los dos se han fundido en el mar, el cual sí que es claramente visible.

EL DEMONIO QUE SUFRÍA

Una historia sin origen conocido pero contada un poco por todas partes, relata que un demonio se encontró con otro, que rodaba por el suelo, gritaba y lloraba, como poseído por un dolor sin igual.

—¿Cuál es tu mal? —preguntó el primer demonio.

El otro contestó, entre dos quejidos:

—Tengo un ángel en mí. Y me atormenta.

LA FIESTA DE LA DERROTA

A veces incluso es difícil separar dos nociones diametralmente contradictorias. En el *Mahābhārata* se dice que la victoria es una forma de la derrota. Un suceso histórico parece confirmarlo.

En 1389, en Kosovo, se preparaba una terrible batalla entre los serbios, que defendían su territorio, y los invasores turcos, superiores en número. Dos días antes de dicha batalla, que cada bando sabía decisiva, el príncipe Lazar, comandante en jefe de las tropas serbias, recibió un mensaje de la Virgen María, traído por un pájaro desde Jerusalén.

El mensaje decía:

«Puedes escoger entre dos reinos, el de aquí o el de arriba. ¿Cuál escoges?».

El príncipe Lazar eligió el reino celeste. Por consiguiente, perdió la batalla de Kosovo, en la que sus ejércitos fueron diezmados.

Pero su victoria espiritual, según la promesa de la Virgen, fue inmensa y duradera, hasta el punto que el día de la batalla se convirtió en un gran día de fiesta secreta para los serbios, ocupados por los otomanos.

El campo de batalla de Kosovo se cubre cada primavera de flores rojas. En 1913, para atravesar esa llanura, todo el ejército serbio reconstituido anduvo de puntillas para no despertar a los muertos.

¿QUIÉN ES EL MÁS GRANDE?

Una historia esquimal responde a la perfección esta pregunta.

La Luna de rostro redondo recorría el cielo, tumbada en su trineo, y decía fanfarroneando:

—¡Soy la más grande! Soy incluso más grande que el mismo Sol.

Un pequeño lago, perdido en mitad de la tundra, oyó como se jactaba la Luna y le dijo:

—¡Vanidosa! ¡Mírame y verás que yo soy el más grande!

La Luna se inclinó hacia la Tierra y se vio reflejada en el lago.

—¡Soy más grande que tú —dijo el lago—, porque puedes hospedarte en mí y me sigue quedando mucho espacio!

La Luna y el lago discutieron tanto que despertaron a un pequeño roedor que estaba durmiendo. Éste salió de su guarida, se estiró y bostezó con tanta fuerza que su ojo izquierdo se cerró. Con el ojo derecho abierto, miró el lago, luego a la Luna, y declaró:

—¡De hecho, el más grande de todos es mi ojo derecho, porque contiene al mismo tiempo a la Luna y al lago!

Una lechuza que cazaba por los parajes oyó al roedor, se abalanzó sobre él y se lo comió.

«Ahora vemos quién es el más grande —se dijo la lechuza—. Es mi estómago, que contiene al roedor, su ojo, el lago y la Luna».

19

¿Y, ENTONCES, LA VERDAD?

DECIR LA VERDAD

Si buscamos la verdad (que, según Víctor Hugo, siempre acaba por no conocerse), es que creemos que existe. Se trata de una creencia tan frágil como las otras.

Sin embargo, en algunos casos es indiscutible que la verdad —o al menos una verdad parcial— existe. Por ejemplo, en una corta historia árabe, en la que un hombre muy irritado le dice a su mujer:

—¡Te repudio si no me dices la verdad! ¿Has robado algo de mi bolsillo?

La mujer contesta, mirándole a los ojos:

—He robado. No he robado.

El hombre reflexiona un instante. Comprende que, de todas formas, su esposa le ha dicho la verdad, como él le ha pedido.

Y se tranquiliza.

EL COCODRILO Y LA VERDAD

Rene Daumal nos ha hecho llegar esta historia india.

Un cocodrilo desmesurado, monstruoso, devoraba a todos los viajeros que intentaban cruzar el río. El destino lo había colocado desde su nacimiento en aquel lugar, muy cerca de un vado, y llevaba a cabo concienzudamente su labor de cocodrilo.

Sin embargo, oía con amargura la mala reputación de la que era objeto en aquellos parajes. Los pájaros, los peces, le contaban todas las cosas malas que de él se decían. De aquel cocodrilo se decía especialmente que *no conocía la verdad*.

Aquellas habladurías lo apenaban y le desasosegaban. Reflexionaba durante mucho tiempo, casi totalmente escondido en el cieno, mientras los viajeros disminuían y disminuían (preferían, comprensiblemente, cruzar por otro sitio).

Un mediodía vio a una bella mujer avanzando por la margen del río, dispuesta a cruzar el vado. Al instante apareció el monstruo goteando cieno, y se plantó delante de la mujer con la boca abierta. La viajera se detuvo y gritó de pavor.

—¿Conoces la verdad? —le preguntó el cocodrilo.

—Sí —dijo ella.

—Pues mira, si me dices la verdad no te devoraré.

La mujer le contestó casi de inmediato:

—La verdad es que me vas a devorar.

Entonces el cocodrilo abrió mucho los ojos y luego abrió un momento su larga y plana cabeza. Y es que cuando oímos de repente la verdad, nos quedamos un momento desconcertados, boquiabiertos y con los ojos como platos.

Cuando el cocodrilo sacudió la cabeza y volvió en sí, la mujer, claro, ya estaba en la otra orilla.

¿QUÉ SÉ YO?

Chuang-tzu nos hace llegar este diálogo.

—¿Conoces una verdad que pueda ser admitida de manera unánime por todos los seres? —le preguntaron un día a un sabio chino llamado Wang Yi.

—¿Cómo podría yo conocer tal verdad? —contestó el sabio.

—¿Sabes al menos que la desconoces?

—¿Cómo podría saberlo? —contestó Wang Yi.

—Dicho de otra forma, ¿los seres humanos no saben nada?

—¿Cómo podría saberlo?

VERDAD Y MENTIRA EN RUTA

Una historia haoussa, de origen africano, nos cuenta lo siguiente.

La Mentira y la Verdad viajaban cada una por su lado cuando se encontraron y decidieron proseguir juntas. La Verdad se había puesto en marcha para recuperar las deudas de algunos clientes. La Mentira, por su parte, hacía la ruta de siempre, llevando a los habitantes de la Tierra esperanza, ilusión y decepción.

La Verdad decidió el itinerario del viaje. Pero las dos compañeras encontraron una desagradable acogida en todos los pueblos que atravesaron: mujeres hurañas, bastonazos, puertas cerradas en los morros.

—Nos morimos de hambre y de sed —dijo la Mentira—. En mi opinión, no eres un buen guía. Déjame tomar el mando.

La Verdad le cedió el mando a la Mentira. Llegaron a una ciudad donde la Mentira vio una casa de la que salía un grupo de mujeres silenciosas, encorvadas. Comprendió que allí acababa de tener lugar un funesto acontecimiento. En efecto, el hijo único de la dueña de la casa había muerto la víspera. Se podía ver su tumba recién cavada a la sombra de unos árboles. Las otras mujeres iban a dar el pésame.

La Mentira adoptó un aspecto afligido y se sentó cerca de la tumba.

—¿Por qué lloras? —le preguntó la madre.

—Mi amiga y yo veníamos a resucitar a un niño muerto pero, desgraciadamente, eso nos es imposible.

—¿Y por qué? —preguntó la madre, presa de un fortísimo sentimiento de esperanza.

—Porque, verás, hace varios días que no comemos. Mi genio me acosa, exige su parte de alimentos, a falta de los cuales otras personas morirán.

—¡Es mi hijo el que ha muerto! —gritó la mujer—. ¿Podríais resucitarlo si os diese una buena comida?

—Ése es nuestro trabajo, resucitar a los muertos —contestó la Mentira (haciéndole una señal a la Verdad para que se callase). Para eso hemos venido. Pero nuestro genio es extremadamente voraz. Es una pena.

La mujer se apresuró a prepararles una opípara comida. Tras lo cual, mientras la Mentira y la Verdad hacían la digestión, la mujer les dijo que el padre del rey también acababa de morir. De ahí aquellos cánticos fúnebres que se oían por toda la ciudad.

—Ah, ah —dijo la Mentira—. El padre del rey ha muerto…

—¿Y, ahora, puedes resucitar a mi hijo? —le dijo la mujer—, ¿Ha comido ya suficiente tu genio?

—Ha comido suficiente —contestó la Mentira—. Llévame junto a la tumba y haz saber al rey que los resucitadores de muertos están en la ciudad.

El rey fue puesto al corriente y se mostró muy sorprendido e intrigado. Miembros de su corte le aconsejaron aprovechar la ocasión y hacer resucitar a su padre. La Mentira hizo decir que estaba lista para resucitar al padre del rey. Lo cual causó gran revuelo en la corte.

Durante aquel tiempo, siguiendo las instrucciones de la Mentira, se había construido una tapia alrededor de la tumba del niño. Cuando estimó que era el momento oportuno, ante una buena parte de la población de la ciudad, la Mentira se deslizó sola en el interior de la tapia. Se oyeron los sordos murmullos de una conversación de ultratumba, después de lo cual la Mentira volvió a salir y, jadeante y empapada en sudor, le dijo a la madre:

—Tu hijo quiere regresar, ahí está, preparado, pero el padre del rey lo retiene agarrado por la mano. El padre del rey dice que no dejará que el niño regrese sin él. Ve a decírselo al rey. Apresúrate.

El rey fue rápidamente informado de que su padre pedía, en cierto modo, permiso para regresar a la tierra. Pero, como el rey y su mujer —y esto la Mentira lo sabía o, como mínimo, lo sospechaba— habían envenenado al padre del rey, no deseaban en lo más mínimo su regreso. Al contrario, exigían que permaneciese entre tinieblas, y así se lo hicieron saber a la Mentira.

Ésta le dijo a la desgraciada mujer que, muy a su pesar, ante la obstinación del rey, tenía que renunciar a devolver a su hijo a la tierra.

Tras lo cual, acompañada de la Verdad, se despidió. Ésta no había recuperado creencia alguna. La Mentira se sentía satisfecha. La vida le parecía larga y prometedora.

—El que compra con la mentira pagará con la verdad —le dijo la Verdad.

—Es muy posible —le contestó la Mentira.

Tras algunos días de viaje se separaron. Cada una prosiguió su propio camino.

LAS TRES VERDADES DEL CANARIO

Una historia árabe concede, como ocurre a menudo, el don de la palabra a un animal.

Un hombre capturó a un canario, que inmediatamente le dijo:

—¿Qué quieres de mí? Mira mis delgadas patas, mi cabeza y cuello minúsculos. ¿Qué puedes esperar de esto? Dame la libertad y te enseñaré tres verdades útiles.

—¿Tres verdades?

—Sí. Escucha con atención. Te diré la primera cuando todavía me tengas en tu mano. Te diré la segunda cuando esté a salvo en una rama. Y te diré la tercera cuando haya llegado a la cima de aquella colina.

—Vale —dijo el hombre, que sentía curiosidad por conocer aquellas tres verdades—. Dime la primera.

Entonces el canario le dijo:

—Si pierdes una cosa, aunque sea tan valiosa como tu propia vida, nunca lo lamentes, ¡ni un solo instante!

El hombre, fiel a su palabra, abrió la mano. El canario se posó en una rama, y desde allí le reveló la segunda verdad:

—Si alguien te cuenta una historia absurda, ¡nunca, bajo ningún pretexto, te la creas antes de tener una prueba!

El pájaro voló hasta la cima de la colina. El hombre le gritó:

—¿Cuál es la tercera verdad?

—Es —dijo el pájaro— que en mi cuerpo tengo dos admirables joyas que pesan cada una veinte miscales. Si me hubieses matado, ahora te pertenecerían.

El hombre cayó de rodillas, muy decepcionado, y se mordió un dedo hasta sangrar. En aquel instante oyó la risa del pájaro. Se puso en pie y le preguntó la razón de aquella risa.

—No eres más que un loco —le dijo el pájaro—. Primero te he dicho que nunca lamentases haber perdido algo. Sin embargo, lamentas haber perdido esas joyas. Después te he dicho que nunca, bajo ningún pretexto, creyeses una

historia absurda. Y sin embargo, ¡te digo que llevo dos joyas que pesan veinte miscales cada una y te lo crees! Adiós, no eres más que un loco.

Y el pájaro se alejó volando, mientras el hombre volvía a caer de rodillas.

LAS OREJAS DEL REY MIDAS

A veces la verdad es tan fuerte que todos los objetos del mundo la conocen y repiten.

Ovidio cuenta en Las *Metamorfosis* que un concurso de música enfrentó a Apolo y al dios Pan. Decidieron que el juez sería el monte Tmolo, que decidió que Apolo era el ganador. Pero el rey Midas, a quien le gustaba pasearse por las laderas de aquella montaña, discutió la decisión. A él le parecía que la música de Pan era la mejor.

Presa de una repentina cólera —lo que le ocurría bastante a menudo—, Apolo decidió vengarse con las orejas de Midas, que tan mal habían escuchado. Las estiró, las llenó de pelos largos y grises y las hizo móviles en la base. Unas orejas de asno.

Midas intentó esconderlas bajo una tiara de púrpura. Pero su sirviente-peluquero, que tenía la costumbre de cortar los largos cabellos del rey, lo sabía todo. Sabía de la extraordinaria metamorfosis de las orejas. Por un lado, por miedo a un terrible castigo, no osaba revelar aquella deformidad. Por otro lado, le torturaba el deseo de contarlo todo y la imposibilidad de callarse.

En un lugar alejado, el sirviente-peluquero cavó un agujero en la tierra. Allí dijo en voz baja cómo eran las orejas de su patrón, confiando así su secreto a la tierra. Entonces, para borrar todo rastro de las palabras que acababa de pronunciar, volvió a tapar cuidadosamente el agujero. Después de lo cual, aliviado, regresó a palacio, y permaneció en silencio a partir de entonces.

En aquel lugar creció un macizo de rosales. Pasó un año. Los rosales crecieron. Y, cada vez que el viento los agitaba, se les oía murmurar: «Midas, el rey Midas tiene orejas de asno».

Se conoce una versión coreana de esta misma historia. El sirviente-peluquero se ha transformado en un sombrerero. Él es quien fabrica el sombrero destinado a ocultar las orejas de asno del rey (no se sabe el porqué de esas orejas). El sombrerero no puede guardar su secreto porque se muere de risa. Tras habérselo confiado a la tierra, muere.

Aquí son los bambús los que crecen sobre la tumba del secreto. El rey coreano ordena cortarlos y plantar árboles en su lugar. Pero los árboles también conocen el secreto de las orejas del rey y lo repiten cuando el viento los agita.

EL LIBRO Y LA LLAVE

Corto diálogo entre dos sufís:

—Venderé *El libro de la verdad* por un centenar de monedas de oro, y algunos hombres dirán: «No es caro».

—Y yo —dijo el otro—, daré la llave que permitirá entenderlo y algunos hombres no la querrán, aunque la dé a cambio de nada.

LA VERDADERA FLOR

Una historia árabe o judía (se cuenta en las dos tradiciones) presenta otra forma de revelar la verdad en un mundo entregado a lo artificial o, si preferimos, a lo virtual.

Cuando la reina de Saba recibió la visita del gran Salomón, con quien rivalizaba en sabiduría, le propuso un enigma. Le llevó a una habitación de su palacio donde unos prodigiosos artesanos habían llenado el espacio de flores artificiales. Parecía un milagroso prado, donde múltiples flores desprendían su aroma y se balanceaban suavemente bajo el efecto de una desconocida brisa.

—He aquí mi enigma —dijo la reina—. Una de estas flores, sólo una, es una flor de verdad. ¿Puedes señalármela?

Salomón miró atentamente a su alrededor. Recurrió a lo más delicado de su sensibilidad, de todas las fuerzas de su concentración. No pudo señalar la flor de verdad. Entonces, como estaba sudando, le dijo a la reina de Saba:

—Aquí hace un calor poco habitual. ¿Puedes pedirle a uno de tus sirvientes que abra una ventana?

La reina ordenó que se abriese una ventana.

—He aquí la verdadera flor —dijo el rey un momento más tarde.

No podía equivocarse. Una abeja que había entrado por la ventana acababa de posarse en la única flor de verdad.

Si siempre es difícil ser Salomón, dicen los comentaristas de esta historia, todavía es más difícil ser abeja. Pero lo más difícil, en todas las épocas, es ser la flor.

EL SECRETO DEL COFRE

Nuri Bey, que vivía en Albania, era un hombre de gran sabiduría. Y se casó con una mujer mucho más joven que él.

Una noche que volvía a casa más pronto que de costumbre, un sirviente, hombre de toda confianza, le dijo:

—Hoy la conducta de tu esposa ha sido sospechosa. Permíteme que te lo diga. Se ha encerrado en su habitación con un baúl. Dicho baúl es lo bastante grande como para contener el cuerpo de un hombre. Pertenecía a tu abuela y no debería contener más que viejos bordados. Creo que si lo abres no encontrarás ni un solo bordado. Tu esposa no me ha autorizado a abrirlo, a mí, al más viejo y devoto de tus sirvientes.

Nuri Bey entró en la habitación de su esposa. Ella estaba sentada, al parecer triste, junto al sólido baúl.

—¿Puedes enseñarme lo que hay dentro del baúl? —preguntó Nuri Bey.

—¿Por qué quieres verlo? ¿Es a causa de las sospechas de tu sirviente? ¿O porque ya no confías en mí?

—¿No sería más sencillo abrirlo —dijo Nuri Bey—, sin buscar más razones?

—Creo que no es posible —dijo la mujer.

—¿El baúl está cerrado?

—Sí.

—¿Dónde está la llave?

La mujer mostró la llave, que estaba en la palma de su mano, y dijo:

—Despide a tu sirviente y te doy la llave.

El sirviente fue despedido de inmediato. La mujer le dio la llave a su marido y salió de la habitación. Al parecer su corazón y su espíritu estaban turbados.

Nuri Bey pensó un momento.

Cuando hubo imaginado todas las posibilidades, que eran múltiples, hizo llamar a cuatro jardineros. Les pidió que, en plena noche, transportasen el

baúl hasta un campo, lo más lejos posible de la casa, y que lo enterraran a gran profundidad. Cosa que hicieron.

Tras lo cual nunca más volvió a hablar de aquel baúl.

LA MENTIRA DE LA VERDAD

Una historia popular india cuenta que un joven príncipe, galopando por sus tierras, se enamoró apasionadamente de una joven campesina y le pidió la mano inmediatamente.

Pero el padre de la joven le dijo:

—No puedo darte a mi hija, porque tú no conoces la verdad. Búscala, encuéntrala, vuelve y te daré a mi hija.

El príncipe se lanzó en busca de la verdad sin esperar un instante. La buscó por los campos, por los bosques, en las orillas de los ríos, la buscó en las ciudades y en los desiertos. Preguntaba:

—¿Habéis visto la verdad? ¿La conocéis? ¿Sabéis dónde podría encontrarla?

En todas partes le contestaban que la verdad no estaba allí. Sí, claro, antaño la habían conocido, había pasado por aquella ciudad o cerca de aquel río, pero sin demorarse, sin permanecer mucho tiempo. No había tardado nada en marcharse. ¿En qué dirección? No se sabía con exactitud. La verdad estaba en otro lugar, más lejos, mucho más lejos.

—Aquí —le decían al príncipe—, ya no la conocemos.

Su obstinada e incansable búsqueda duró varios años. Al final, cansado, desanimado, el pelo ya blanco, se sentó en la cima de una montaña, cerca de la entrada de una cueva.

Quería descansar un momento y se sentía a punto de abandonar la búsqueda.

Oyó un ruido, una especie de gruñido, procedente del interior de la cueva. Se levantó y se acercó, empuñando su espada, temiendo la presencia de una bestia, de un oso. Vislumbró una tosca y sombría silueta, que le pareció la de una mujer.

Entró en la cueva, donde reinaba un hedor fétido. Allí, cuando sus ojos se hubieron acostumbrado a la oscuridad, vio a una mujer vieja y feísima, cubierta de pústulas y chancros, llena de arrugas, peluda, apestosa, agachada en el suelo.

Ella levantó la mirada de ojos glaucos y le preguntó qué deseaba.

—Busco la verdad —dijo él.

—La has encontrado —contestó ella.

—¿Tú eres la verdad?

—Sí.

—¿Cómo estar seguro?

Ella le dio varias pruebas: por ejemplo, lo sabía todo sobre él, su nombre, su edad, su aventura.

Él le preguntó:

—¿Soy el primero en encontrarte?

—Eres el primero.

Tras un momento de sorpresa, el príncipe añadió:

—Estoy muy contento de haberte encontrado. Voy a poder casarme con la mujer que amo, si es que ella me ha esperado. ¿Qué quieres que les diga a los hombres de tu parte?

—No les digas nada.

—¡Pero todos quieren conocerte! ¡Van a interrogarme! ¡Algo tendré que contarles! ¿Qué voy a decirles?

Entonces la repugnante mujer le contestó al príncipe:

—Diles que soy joven y hermosa.

20

POR ÚLTIMO (QUIZÁS) UNAS GOTAS DE SABIDURÍA

EL SOLDADO HERIDO

Buda, tal y como se nos cuenta, decía que un hombre herido por una flecha tenía que, sobre todo y lo más rápidamente posible, curarse. El error sería preguntarse primero de dónde viene la flecha, quién la ha lanzado, de qué madera ha sido tallada, etc.

Rumi, el poeta persa, ha retomado casi palabra por palabra dicha parábola.

Un guerrero fue herido por una flecha en una batalla. Quisieron arrancarle la flecha y curarlo, pero él exigió saber primero quién era el arquero, a qué clase de hombre pertenecía y dónde se había colocado para disparar. También quiso saber la forma exacta del arco de éste y qué clase de cuerda utilizaba. Mientras se esforzaba por conocer todos estos datos, falleció.

LAS DOS SANDALIAS

Una historia india contemporánea cuenta lo siguiente.

Un hombre viaja en tren. El vagón sufre de repente una sacudida y el hombre pierde una de sus sandalias, que cae al exterior.

Al instante coge la otra sandalia y la tira.

Otro hombre sentado a su lado se sorprende al ver aquello. Él le contesta:

—No puedo hacer gran cosa con una sola sandalia. Y, si alguien encuentra la que ha caído, tampoco le servirá para mucho. Así pues, mejor que encuentre las dos.

ENCONTRAR EL ESPÍRITU

El siguiente *koan* es de los más célebres de la historia del budismo zen.

Un monje fue a ver a un maestro y le dijo:

—Me gustaría apaciguar mi espíritu, que es inestable y turbulento. Te lo ruego, apacigua mi espíritu.

—Hecho —dijo el maestro—. Tráeme tu espíritu aquí y yo te lo apaciguo.

—Pero, cuando lo busco —dice el monje—, no lo encuentro.

—Ya está —contesta el maestro—. He apaciguado tu espíritu.

EL SECRETO DE LA VIDA

Otro *koan*.
—Maestro —pregunta un discípulo—, cuéntame el secreto de la vida.
—No puedo.
—¿Por qué?
—Porque es un secreto.

LA DERROTA DE DIOS

Un rabino muy célebre y venerado defendía con energía un punto concreto de una doctrina. Creía en la absoluta certeza de su interpretación.

Como sus adversarios, tan tercos como él, se negaban a oír sus argumentos, gritó:

—¡Si la ley es tal y como yo la enseño, que este algarrobo sea quien lo decida!

En aquel preciso instante, el árbol que él estaba señalando retrocedió cien palmos. Pero los adversarios del rabino Eliezer le dijeron:

—Un algarrobo no demuestra nada.

—Entonces —dijo—, si la ley es tal y como yo la enseño, ¡que sea el agua de este canal quien lo decida!

En aquel preciso instante el agua del canal cambió el curso de su corriente. Pero los tozudos adversarios del rabino Eliezer le dijeron:

—El agua de un canal no demuestra nada.

Entonces les dijo:

—Si la ley es tal y como yo la enseño, ¡que sean las paredes de esta escuela quienes lo decidan!

En aquel preciso instante, las paredes de la escuela se inclinaron como si estuviesen a punto de caer. El rabino Josué se dirigió a los muros y les dijo con virulencia:

—Pero ¿por qué os metéis? ¿En qué os concierne esta discusión entre sabios?

Entonces los muros, por respeto a las palabras del rabino Josué, quedaron inmóviles y no cayeron al suelo. Pero, también por respeto al rabino Eliezer, tampoco se levantaron. Permanecieron inclinados.

En aquel momento se alzó una voz celeste y dijo:

—¿Qué ocurre? ¿Por qué importunar al rabino Eliezer? ¡La ley siempre es como él dice!

El rabino Josué se puso de pie y, dirigiéndose a la voz celeste, gritó:

—¡La ley ya no está en el cielo! Nos fue entregada en la cima del Sinaí, de una vez por todas, y ya no tenemos que preocuparnos de ninguna voz celeste, porque así ha sido escrito en la Torá que nos fue dada en el Sinaí: «¡Nos regiremos por la opinión de la mayoría!».

Un poco más tarde, después de aquella memorable escena en la que el rabino Josué había negado abiertamente el valor de los milagros, el profeta Elías se le apareció a otro santo, el rabino Nathan, que le preguntó:

—Pero ¿qué hacía Dios en aquel momento?

—Reía —contestó Elías—. Reía a carcajadas y decía: «¡Mis niños me han vencido! ¡Mis niños me han vencido!».

EL MEJOR RABINO

Tres judíos de diferentes comunidades se vanagloriaban de las cualidades de sus rabinos.

El primero decía:

—El nuestro tiene une fe tan fuerte y siente tanto temor ante Dios que no deja de temblar noche y día. Es necesario atarlo con cuerdas, ya que si no se caería de la cama.

—El nuestro —dijo el segundo judío— es tan santo que Dios no deja de temblar ante él del miedo que tiene a no gustarle. De hecho ésa es la razón de que el mundo no vaya demasiado bien estos últimos tiempos. Dios no deja de temblar.

Entonces el tercer judío tomó la palabra y dijo:

—Vuestros dos rabinos son formidables, no hay duda. Pero en mi opinión el nuestro los supera. Durante un largo período no dejó de temblar. Durante otro largo período Dios no dejó de temblar ante él. Tras lo cual se puso a reflexionar. Al final, le preguntó a Dios: «Oye, ¿por qué razón deberíamos temblar?».

LA SOLUCIÓN

Otro diálogo relevante de la tradición judía, con un extraño acento zen. Un estudiante va a ver a un viejo rabino y le dice:

—He pensado mucho y he tomado una decisión. He decidido morir.

—Eso no es una solución —le dice el rabino.

El joven se va y, una semana más tarde, regresa y dice:

—Tenías razón. He reflexionado mucho y he decidido vivir.

—Eso no es una solución —le dijo el rabino.

—¡Pero tú me dijiste que morir no era una solución! Y ahora me dices que vivir no es una solución. Entonces, dime, ¿cuál es la solución?

—¿Y por qué crees que hay una solución? —le dijo el rabino.

EL CAZAMOSCAS

Un maestro japonés llamado Baso le preguntó a otro maestro llamado Hyakujo:

—¿Qué verdad enseñas tú?

Por toda respuesta, el maestro Hyakujo alzó su matamoscas.

—¿Eso es todo? —le preguntó Baso—. ¿No hay nada más?

El maestro Hyakujo bajó su matamoscas.

EL MAESTRO QUE LLORA

Otro maestro zen llamado Shaku Soen, paseaba cada noche por las calles de un pueblo cercano. Al oír lamentaciones procedentes de una casa, entró allí con cuidado. Vio que un hombre había muerto. Sus familiares y amigos lo lloraban.

Se sentó y lloró con ellos.

Un anciano se fijó en él. Sorprendido al ver a un famoso maestro llorando como un simple humano, le dijo:

—¿Por qué lloras? Yo pensaba que al menos tú estabas por encima de esto.

—Precisamente lloro porque estoy por encima de esto —contestó el maestro.

Y siguió llorando.

MÁS ALLÁ DEL PENSAMIENTO

Un discípulo adoptó una cierta postura que había visto en su maestro y le preguntó:

—Maestro, ¿en qué piensas al hacer esto?

—Pienso —le contestó el maestro— en lo que está más allá del pensamiento.

—¿Y cómo lo haces?

—No pensando.

LA PAZ UNIVERSAL

Una historia árabe en forma de fábula nos recuerda que el mundo es lo que es, al menos por el momento.

En *Las mil y una noches* se cuenta la aventura de un admirable gallo que se llamaba Voz de la Aurora y era el orgullo de su corral. Un día que se alejó imprudentemente de su granja, vio a un zorro que se dirigía hacia él. Inmediatamente, Voz de la Aurora se subió de un salto a lo alto de un muro en ruinas, lugar en el que el zorro no podía cogerlo.

El zorro levantó la cabeza hacia el gallo y le notificó algo extraordinario:

—Si supieses lo que estoy encargado de decirte, ¡bajarías del muro para besarme en la boca!

El gallo se guardó muy mucho de bajar. Ni siquiera se dignó responder. Entonces el zorro, que estaba recuperando el aliento, le dijo que el sultán de los animales, el león, y el sultán de los pájaros, el águila, habían reunido a su alrededor en un verde prado a todos los animales de la creación: los tigres, los leopardos, los buitres, los cuervos, los antílopes, los chacales, las liebres, sin olvidar a los linces, las panteras, las serpientes, las palomas, los lobos y todos los demás.

—Por decreto imperial —dijo el zorro—, se ha decidido que la paz, la seguridad y la fraternidad reinen en la tierra de hoy en adelante. Todas las viejas enemistades van a desaparecer. Todos los esfuerzos se van a encaminar hacia la felicidad universal.

Y el zorro añadió:

—Se ha decidido que todo infractor de esta ley sea llevado ante la corte suprema. Y es a mí a quien se ha escogido como heraldo para proclamar la excelente noticia, ordenándome hacerles saber los nombres de todos los que se opongan. Baja, ven a abrazarme. De lo contrario, te arriesgas a sentir en tus carnes el terrible peso de la nueva ley, que no retrocederá ante ninguna violencia para establecer la paz universal. ¡Venga, contéstame, ven!

Entonces el gallo lo miró por primera vez y le dijo:

—Te honro, hermano, en calidad de representante de nuestro sultán el águila. No creas que si no te he respondido ha sido por arrogancia. ¡No y mil veces no! Pero estaba muy alterado por lo que veo allí.

—¿Qué ves? —preguntó el zorro—. Espero que no sea ninguna calamidad.

—Pues bien —contestó el gallo—, creo ver, en un torbellino de polvo, ¡una bandada de halcones cazando que se acercan a gran velocidad!

—¿Halcones? —preguntó el zorro temblando—. ¿Estás seguro?

—Y en la tierra —prosiguió el gallo—, veo algo que corre muy deprisa. Algo alto y con patas, largo, delgado, con orejas caídas.

—¿No estarás viendo a un galgo?

—Es muy posible.

—¡Que Alá nos proteja! —gritó el zorro—. Me veo obligado a despedirme.

—¿No esperas al perro y a los halcones?

—¡Ah, no!

—Pero ¿no me has dicho que venías como heraldo de parte de nuestros soberanos para anunciar la paz universal?

—¡Es verdad! —contestó el zorro—. ¡Pero los galgos y los halcones se han olvidado de asistir al congreso!

El zorro se fue lo más aprisa que pudo. El gallo, satisfecho por su astucia, regresó al gallinero y contó su aventura a sus compañeras. Todo el mundo dio voces para celebrar su gran triunfo. Y siguieron viviendo día a día, ahora en paz, ahora en guerra.

EL PASAMURALLAS

Una historia china nos dice lo contrario, y que, en realidad, es lo mismo.

P'u Sung-ling cuenta en sus *Cuentos fantásticos del estudio de Liao* que un hombre pasó algunos meses en un monasterio taoísta cuyo superior conocía el arte de pasar a través de los muros sin hacerse daño. El hombre, que se llamaba Wang, cuando estaba a punto de dejar el monasterio, le pidió al monje que le enseñase ese arte.

—Sería tan feliz —le dijo— si pudiese pasar a través de los muros…

El monje sonrió y accedió. Le enseñó a Wang una fórmula secreta, le dijo que la recitase y que se lanzase contra el muro. Wang dudaba. El monje le dio ánimos.

—Baja un poco la cabeza y lánzate. No dudes.

Wang cogió unos metros de carrerilla, recitó la fórmula, bajó la cabeza y se lanzó sin dudar. El muro pareció borrarse delante de él, y Wang se encontró fuera de la habitación, ileso y loco de alegría. Se lo agradeció muchísimo al monje, que le dio aún unos sabios consejos, y regresó a su casa.

Al llegar, no pudo evitar contarle a su mujer que conocía el arte de pasar a través de los muros. Como es de imaginar, su mujer no le creyó. Entonces, siguiendo al pie de la letra las instrucciones del monje, Wang tomó carrerilla, recitó la fórmula secreta, bajó la cabeza y se lanzó contra uno de los muros de su casa. El choque fue muy violento. Wang, aturdido, cayó al suelo, mientras su mujer se moría de risa. Muy pronto le apareció en la frente un prominente chichón, al que su mujer, que no podía dejar de reír, le aplicó compresas.

El autor de este cuento añade que Wang, como millares de otros seres humanos, maldijo al que le había enseñado el arte de pasar a través de los muros. Lo mismo ocurre con todos los trucos, e incluso con todos los conocimientos que nos enseñan. Los utilizamos hasta que un muro se niega a abrirse delante de nosotros. Entonces, dice el cuento, nos amargamos y enfurecemos. La actitud más sabia, para Wang, hubiese sido sin duda guardar aquel arte secreto para alguna ocasión excepcional, y no vanagloriarse de poseerlo por el simple placer de suscitar la admiración de los demás.

Más sabio hubiera sido todavía no intentar utilizarlo nunca, bajo ningún pretexto.

LA PARTIDA DE LOS BARCOS

Un maestro zen le dijo a uno de sus discípulos, mostrándole el mar:

—Tú dices que el espíritu manda sobre la materia. Pues, en tal caso, impide que zarpen aquellos barcos que están allí.

El discípulo bajó la persiana de la ventana por la que estaban mirando.

—Sí —dijo el maestro, sonriendo y levantando la persiana—, está bien, pero has tenido que servirte de las manos.

Entonces el discípulo cerró los ojos.

OTRO SECRETO DEL MUNDO

Un discípulo le preguntó a su maestro chino:

—¿Cuál es el secreto del mundo?

El maestro levantó lentamente el índice y lo mantuvo extendido delante de él.

Al día siguiente, el maestro no estaba. Un peregrino llegó, se encontró a su discípulo y le preguntó:

—¿Cuál es el secreto del mundo?

El discípulo a su vez, como había visto hacer a su maestro, levantó lentamente el índice y lo mantuvo extendido delante de él.

El peregrino se retiró.

Cuando el maestro regresó, le preguntó a su discípulo qué había ocurrido en su ausencia.

—Vino un hombre. Me preguntó el secreto del mundo.

—¿Y qué le contestaste?

—Hice este gesto.

El discípulo levantó lentamente el índice y lo mantuvo extendido delante de él. Entonces el maestro cogió una afilada espada y le cortó el dedo de un solo golpe.

El discípulo se retiró tambaleándose, agarrándose la mano ensangrentada.

Entonces el maestro, mirando al discípulo, levantó lentamente el índice y lo mantuvo extendido delante de él.

LA RECOMPENSA

Un breve poema árabe cuenta que una gota de lluvia gritó al caer al mar:

—¡Oh, mar! ¡Qué poquita cosa soy al lado de tu inmensidad!

Esta gota de agua fue recogida y alimentada por una concha. Se transformó en una espléndida perla, que acabó brillando en la corona de un rey.

Viva, visible, preciosa y única, por haberse considerado nada.

UNA RESPUESTA

Último *koan*.
—Maestro —preguntó un discípulo—, ¿por qué Buda vino del oeste?
El maestro señaló un poste que había delante de la puerta y contestó:
—Mira ese poste que hay allí.
—No comprendo —dijo el discípulo, mirando el poste.
—Yo tampoco —dijo el maestro.

21

EL FINAL DE LOS CUENTOS

LA CARNE DE LOS CUENTOS

También hay historias que nos hablan de las historias, como es el caso de este breve diálogo sufí:

Un día le decían a Bahandin Naqshband:

—Nos cuentas historias pero no nos dices cómo descifrarlas.

—¿Tú qué dirías —contestó el narrador—, si un hombre que viene a venderte fruta se la comiese, dejándote sólo con la piel?

¿TIENEN UN SENTIDO LAS HISTORIAS?

Un hombre escuchaba las historias que contaba un sabio profesional y observaba cómo se interpretaban ora en un sentido, ora en otro. Se quejó:

—En tal caso, ¿para qué explicar historias?

El narrador le contestó:

—¡Pero si es eso lo que les da valor! ¿Qué importancia le darías tú a una taza en la que sólo se pudiese beber agua, a un plato en el que sólo se pudiese comer carne? Y añado, escúchame bien: una taza y un plato tienen una capacidad limitada. ¡Qué decir entonces del lenguaje, que parece tener que proporcionarnos una comida más abundante, más rica, más variada!

Calló un instante y añadió:

—La verdadera pregunta no es: «¿Cuál es el sentido de esta historia? ¿De cuántas formas puedo interpretarla? ¿Puede tener un único significado?». La pregunta es: «¿Puede este individuo al que me dirijo sacar provecho de lo que voy a contarle?».

PARA RECORDAR

A Rumi se le atribuye esta observación:

—Cuando el tiempo haya acabado, cuando ya no estemos aquí, entonces veremos si todavía se acuerdan de nosotros. Las viejas leyes son siempre las más fuertes. Tened confianza. Habéis oído muchas historias que empiezan con «érase una vez un león». ¿Habéis oído muchas historias que empiecen con «érase una vez un chacal»?

DE CARA AL OCÉANO

Una anécdota persa muy antigua muestra al narrador como un hombre aislado, de pie en una roca cara al océano. Cuenta sin descanso una historia tras otra, deteniéndose a penas un momento para beber, de vez en cuando, un vaso de agua.

El océano, fascinado, lo escucha en calma.

Y el autor anónimo añade:

—Si un día el narrador callase, o si alguien lo hiciese callar, nadie puede decir lo que haría el océano.

LO QUE QUEDA DESPUÉS DEL OLVIDO

Para acabar, una historia judía que nos llega de Polonia cuenta lo siguiente.

En una pequeña ciudad donde vivía una comunidad judía, había una particular ceremonia, instituida desde hacía mucho tiempo, que se celebraba en el bosque cada treinta años. Un viejo rabino, que conocía al dedillo el ritual de la ceremonia, se lo transmitió a otro rabino antes de morir.

Cuando llegó el momento, este último condujo a un reducido grupo de fieles al bosque, al lugar preciso, y celebró la ceremonia según el rito exacto. Después de lo cual, todos regresaron a sus casas.

Pasaron los años. Cuando, treinta años más tarde, volvió a llegar el momento de la ceremonia, el rabino ya había muerto. Sólo quedaban tres o cuatro fieles con vida de la última ceremonia, los cuales se fueron al bosque con algunos neófitos y otro rabino.

Una vez en el bosque, les fue difícil recordar el lugar exacto. «Es en este claro», decía uno. «No», decía otro, «¡es mucho más lejos!». Finalmente escogieron un sitio sin estar seguros de que fuera el correcto, celebraron la ceremonia según el ritual y volvieron a sus casas.

Treinta años más tarde, sólo quedaban algunos de los neófitos con vida. Bajo la dirección de un nuevo rabino, acompañados por un grupo de jóvenes, volvieron a dirigirse hacia el bosque. Esta vez les fue imposible reconocer siquiera un claro. Todo había cambiado, todo se enmarañaba en sus memorias. Incluso el rito de la ceremonia les parecía incierto, impreciso. ¿Había que pronunciar primero aquella plegaria? ¿O aquella otra? Ya no lo sabían.

Lo hicieron lo mejor que pudieron y regresaron a la ciudad.

Treinta años más tarde, un nuevo grupo, guiado por un nuevo rabino, se adentró en el bosque. Habían oído hablar de una importante ceremonia que allí se celebraba antaño. ¿Qué día? No lo sabían con exactitud. ¿En qué lugar? ¿De qué forma? Imposible decirlo con certeza.

El rabino y los fieles erraron por el bosque durante dos horas, bajo la lluvia, sin celebrar la ceremonia, y luego regresaron. Se volvieron a encontrar en la sinagoga.

Uno de los fieles, desanimado, dijo:

—Lo hemos olvidado todo. La próxima vez ya no valdrá la pena ni regresar al bosque.

—Es verdad —dijo el rabino—, hemos olvidado todos los detalles de la ceremonia. Pero no todo está perdido. Seguimos teniendo un buen motivo para sentirnos satisfechos.

—¿Por qué deberíamos estarlo? —preguntaron los fieles.

—Porque siempre podremos contar la historia.

ALGUNAS PISTAS PARA UNA POSIBLE BIBLIOGRAFÍA

Por definición, en el ámbito de la literatura oral, una bibliografía es algo imposible. Casi un tercio de las historias que reúne este libro me han sido contadas de viva voz. Doy las gracias a los transmisores.

Las otras provienen de cerca de dos mil obras a las que, evidentemente, no tengo ni el tiempo ni el espacio para citar, todavía más si tenemos en cuenta que aparecen otras cada mes. Es bueno referirse constantemente a las publicaciones de L'Harmattan, Phébus, Sindbad, Gallimard («Connaissance de l'Orient» e incluso ahora La Pléiade), Hachette, Nathan…

También puedo señalar algunas colecciones básicas, sin el conocimiento de las cuales toda búsqueda sería aventurada. En un sentido, éstas han preparado el trabajo. El gusto de las colecciones de cuentos y de fábulas existe desde hace mucho. Las *Fábulas* de Bidpay ya fueron publicadas en el siglo xv, como incunables. En el siglo xviii, *Le cabinet des fées* presenta más de cuarenta volúmenes. Cien años más tarde podemos seguir varias colecciones como la *Collection des contes et chansons populaires* de Ernest Leroux, que son irreemplazables para algunas tradiciones africanas (más de treinta volúmenes entre 1880 y 1914).

En la misma época Maisonneuve publicó más de sesenta volúmenes de las *Littératures populaires de toutes les nations*, que conocieron una reedición fotostática en los años sesenta, así como la serie *Conteurs et poètes de tous pays*, de la editorial Fernand Nathan. A esto hay que añadir la célebre *Collection de contes et légendes de tous les pays*, destinada al público infantil y adolescente. También he consultado más de treinta volúmenes de las publicaciones del Instituto de Etnología, que son muy valiosas.

Para África es indispensable mencionar la serie *Classiques africains*, de la editorial Armand Colin, donde Amadou Hampaté-Bâ ha hecho un trabajo enorme. También hay que buscar en las ediciones de Khartala, Peeters, Stock, Présence africaine, L'Harmattan…

Una serie interesante concerniente a la India fue publicada en los años treinta por Chitra, cuyo relevo ha tomado Maisonneuve. Se llama *Feuillets de*

l'Inde. Se puede completar con un gran número de distintas publicaciones, las primeras de las cuales aparecieron en el siglo xviii (*Contes et Légendes indiennes*, traducidos por Galland, 1724) y que siguen apareciendo hoy (*Océan des rivières de contes*, por Somadeva, «La Pléiade», NRF, 1997).

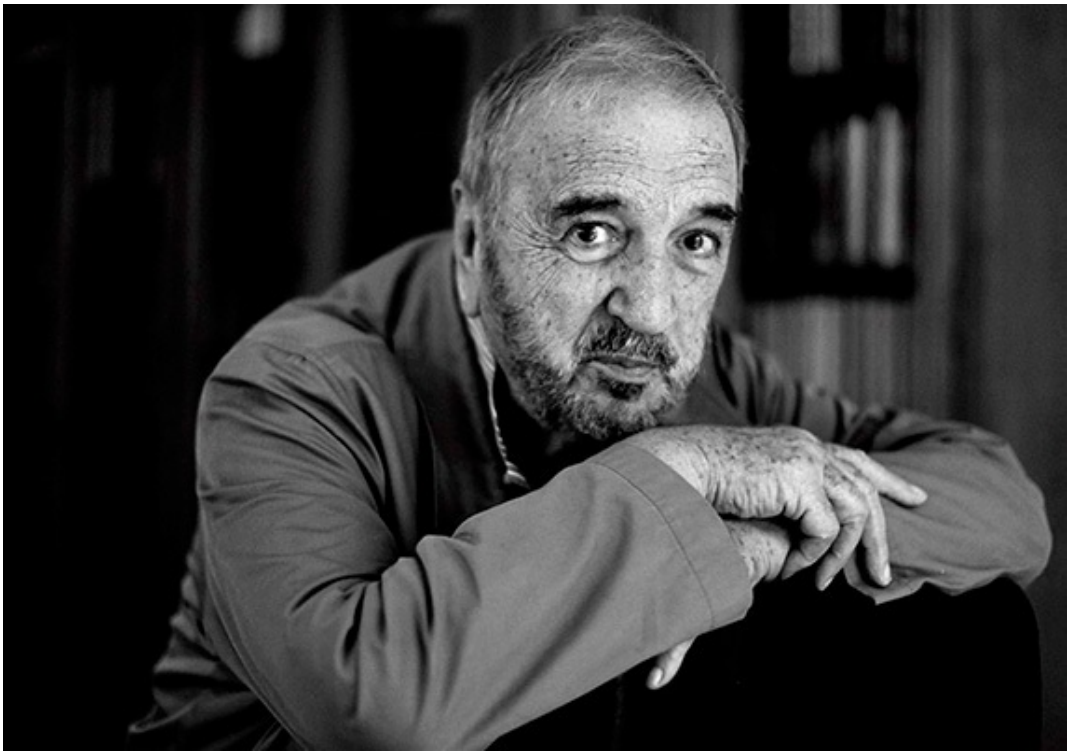
Junto con las distintas ediciones de *Las mil y una noches*, los *Contes et Légendes arabes* de René Basset, publicados en tres volúmenes por Maisonneuve en 1924, son la columna vertebral de toda búsqueda en el ámbito islámico, donde las obras se cuentan por centenares (Desclée de Brouwer, Sindbad, Érasme, Le Rocher, Le Courrier du livre, Édisud, Fleuve et flamme, Phébus, Selaf, etcétera.).

Respecto de Francia, donde evidentemente tenemos una gran riqueza, hay un gran número de obras especializadas. Podemos recomendar las de Van Gennep y de P. Sébillot (*Le folklore de France*, 1904) así como las compilaciones de Collin de Plancy, que en el siglo xix publicó diecisiete volúmenes de *Légendes*. Aquí se hace necesaria una búsqueda provincia a provincia. Yo he encontrado más de mil relatos, a menudo repetitivos. En todo caso es imposible no mencionar los trece volúmenes del *Trésor des contes*, publicados por Henri Pourrat en la NRF.

También he consultado un centenar de obras en inglés, sobre todo para los relatos de los indios de América del Norte. Hay que servirse del español y del portugués para América Latina. Los cuentos japoneses, chinos, camboyanos y vietnamitas están bastante representados en ediciones en lengua francesa (Aubier, Picquier, POF, Gallimard, PAF, Albin Michel…).

Como ya dije en la introducción, no transcribo literalmente estos relatos. He preferido buscar un estilo común. Como dice un proverbio indio: «El paraguas es tuyo, pero la lluvia es de todo el mundo».

J.-C. C.



JEAN-CLAUDE CARRIÉRE (Colombières-sur-Orb, 1931-París, 2021) fue un destacado cineasta y novelista, con decenas de películas a sus espaldas. Cursó sus estudios en el Liceo Lakanal y en la Escuela Normal Superior de Saint-Cloud. Era licenciado en Filosofía y poseía un máster en Historia.

Debutó como novelista en 1957 con *Lézard* y pronto se dedicó a adaptar las películas de Jacques Tati a novelas cortas. Gracias a Tati metió cabeza en el mundo del cine y comenzó a escribir guiones y dirigir filmes junto a Pierre Étaix. Sin embargo, su colaboración más conocida es la que mantuvo con el director español Luis Buñuel durante 19 años. Junto a este trabajó en *Diario de una camarera*, *Belle de Jour*, *La Vía Láctea* o *El fantasma de la libertad*, entre muchas otras producciones.

Entre su bibliografía encontramos novelas como *Viva María*, *La controversia de Valladolid*, *Los fantasmas de Goya*, *Nadie acabará con los libros* o *Las palabras y la cosa*.

Notas

[1] Esta historia polonesa ya se encuentra en relatos indios. <<

[1] Me la contó el pintor André François. <<

[*] Según Jean-Louis Maunoury en *Hautes sottises de Nasreddin Hodja*, Phébus, 1994. <<

[*] En *Le Dit du corbeau*, Alpha Bleue, 1989. <<

[**] Raymond Zochetti, *Légendes indiennes du Venezuela*, El Harmattan, 1985. <<

[*] En *Comes de lièvre et plumes de tortue*, París, Le Seuil, 1997. <<

[*] Contada por Robert Benayoun en *Les Dingues du nonsense*, ediciones Pauvert y Balland. <<